



J. Kenner

AL ROJO VIVO

TRILOGÍA DESEO III



Durante la fiesta de inauguración de la galería de arte propiedad de Cole August y Tyler Sharp, una de las invitadas deambula por las salas, y no precisamente para admirar los cuadros, sino a uno de los dueños: el apuesto e inaccesible Cole.

«Cole no sale con chicas, solo se acuesta con ellas». Eso es lo que le ha dicho a Katrina su amiga, la novia de Tyler, pero a ella no le importa ya que tampoco está buscando una relación formal. Lo cierto es que ni siquiera termina de comprender por qué se siente tan atraída desde hace tiempo por aquel joven millonario tan apuesto que no oculta a nadie que no nació en una cuna de oro. En realidad, el único objetivo de Kat es curarse esa obsesión y sabe, porque se conoce bien, que solo logrará quitárselo de la cabeza si pasa una noche con él.

Pero una sola noche puede abrir las puertas para siempre al placer más increíble y a los juegos eróticos más atrevidos. Al dolor más sensual. Cole y Katrina están a punto de descubrir que, a veces, entregarse al otro puede significar entrar en un juego peligroso e inagotable y caer en una adicción a la que ninguno de los dos sabrá resistirse.

Título original: *Ignited*

Julie Kenner, 2014

Traducción: Verónica Canales Medina, Sheila Espinosa Arribas, Matuca
Fernández de Villavicencio & Pilar de la Peña Minguell

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.2



1

Timos y engaños, mentiras y triquiñuelas.

Para mí no son solo palabras, sino una forma de vida.

Durante años he intentado huir, ser una persona distinta a la hija de mi padre, pero siempre he fracasado.

Puede que no me haya esforzado lo suficiente. Puede que en realidad no quiera hacerlo. Al fin y al cabo, me gusta el subidón de adrenalina. El desafío.

Con más de veinte años de experiencia como estafadora, creía que lo sabía todo. Que entendía el riesgo. Que conocía la definición de la palabra «peligro».

Y entonces llegó él.

Puro y carnal, oscuro y peligroso.

No sabía qué era el riesgo hasta que lo conocí. No entendía el peligro hasta que me perdí en sus ojos. No comprendía la pasión hasta que sentí el tacto de sus manos.

Debería haberme alejado, pero ¿cómo hacerlo cuando él era lo que yo más deseaba? ¿Sabiendo como sabía que solo él podía hacer realidad mis fantasías más oscuras?

Ardía de deseo por él, simple y llanamente.

Así que me dispuse a jugar al juego más peligroso de todos...

Estaba en el centro de la recién inaugurada galería Edge, con los tacones

firmemente plantados en el suelo de madera pulida y a punto de quedarme ciega por culpa del blanco radiante de las paredes de la exposición principal.

A mi alrededor, políticos y modernos se mezclaban mientras deambulaban de un cuadro a otro como abejas zumbando alrededor de una flor. Los camareros, vestidos de esmoquin, se movían entre los asistentes con bandejas llenas de copas de vino, al tiempo que sus compañeras, ataviadas con un atuendo similar, ofrecían deliciosos aperitivos, pequeñas obras de arte tan perfectas que daba pena comérselas.

La gala era una celebración por todo lo alto de la apertura de la nueva incorporación al River North, el distrito de Chicago en el que se concentraban las galerías de arte, y cualquiera que fuese alguien importante estaba allí. Y no solo por el arte. Los asistentes habían acudido a celebrar la apertura, sí, pero también a relacionarse con los dueños.

¿Y por qué no? Tyler Sharp y Cole August formaban parte de la élite de Chicago. Los dos, junto con su amigo y habitual socio en los negocios Evan Black, eran los caballeros, un triángulo de poder dentro de la estratosfera de Chicago. El hecho de que éste procediera tanto de actividades legales como ilegales no hacía más que acrecentar el aura de peligrosidad y sofisticación que los rodeaba.

Desde luego, la parte ilícita de la ecuación no era de dominio público, pero añadía una especie de pátina misteriosa al trío, deliciosamente sexy, que siempre tenía a la prensa babeando. Yo conocía la verdad porque era la mejor amiga de la prometida de Evan, Angelina Raine, y nuestra amistad se había extendido hasta incluir a los tres caballeros. Al menos, eso era lo que ellos creían. Lo cierto es que no había necesitado ni veinticuatro horas para darme cuenta de que los tres amigos eran mucho más que los exitosos emprendedores que aparentaban ser.

Al fin y al cabo, los iguales se reconocen.

Y, siguiendo la misma lógica, los iguales también se gustan. O al menos eso esperaba yo. Porque, aunque me apetecía celebrar la inauguración de la galería, había ido con otro propósito: llamar la atención de Cole August de una vez por todas y llevármelo a la cama.

Por desgracia, no se podía decir que estuviera progresando a la velocidad de la luz precisamente. Había ido sin un plan concreto, algo que nunca hago,

y después de noventa minutos apenas había intercambiado veintisiete palabras con Cole, y todas en la puerta de entrada. Sabía que eran veintisiete palabras exactas porque había imaginado aquel mismo encuentro, llamarlo conversación sería pasarse, al menos un millón de veces. Un tipo de tortura mental, supongo, mientras me regodeaba en mi propia insipidez.

—Me alegro mucho por los dos.

—Gracias, Kat. Nos alegramos de que hayas podido venir.

—Yo también. Bueno, os dejo que habléis con la gente. Hasta luego.

Sacudí despacio la cabeza. Si mi padre hubiera escuchado semejante intercambio de nimiedades, me habría desheredado al instante. ¿Acaso no me había entrenado en el arte de la conversación? ¿No me había enseñado a embaucar por medio de la palabra? ¿A acercarme lo suficiente para conseguir lo que quisiera?

Trazar un plan y concentrarme en mi objetivo eran habilidades innatas en mí. Me había criado en el negocio de la estafa y conocía las dificultades de idear un buen timo, uno largo y complicado, antes incluso de aprender las tablas de multiplicar.

Esa noche, sin embargo, no iba a timar a nadie. Esa noche era para mí.

Y, al parecer, un detalle tan insignificante como ese era suficiente para hacerme perder los nervios.

Joder, qué putada.

Cambié de posición disimuladamente en busca de mi objetivo. No tardé mucho en encontrarlo. Cole August no era el tipo de hombre que pasa desapercibido. En ese preciso instante, estaba cruzando la sala, deteniéndose a hablar de arte con los posibles compradores y también con amigos y conocidos varios.

El arte era su pasión y resultaba evidente lo mucho que aquella noche significaba para él. Los dos artistas que inauguraban la galería —un grafitero que Cole había descubierto en el South Side y al que había ayudado a salir del gueto, y un pintor de fama mundial especializado en hiperrealismo— se abrían paso entre los presentes junto a él.

Cole desprendía un poder primitivo y una arrogancia natural que delataban sus orígenes —también era del South Side— y al mismo tiempo lo contradecían. Yo sabía que había formado parte de una banda y que había

conseguido desvincularse de ella él solo, para acabar convirtiéndose en uno de los hombres más poderosos de todo Chicago. Al observarlo, uno apreciaba con facilidad la seguridad y la gracia natural que le habían llevado tan lejos.

Lo estudié en silencio, como hipnotizada y hasta un poco aturdida, mientras él recorría la sala. Llevaba unos sencillos tejanos negros que le marcaban el culo y una camiseta blanca que recordaba sutilmente a todos los presentes que él no había nacido rodeado de dinero y de privilegios y, al mismo tiempo, acentuaba el color caramelo oscuro de su piel, herencia de su origen interracial. Llevaba el pelo corto, rapado casi al estilo militar; el peinado desviaba la atención hacia sus ojos, ligeramente entornados, como si nunca se perdieran nada, y hacia los marcados ángulos de los pómulos y las líneas de la boca, firme y generosa, esculpida con el único objetivo de volver locas a las mujeres.

Llevaba la palabra sexo escrita en la frente y yo me moría de ganas de trazar cada una de las letras con la punta de la lengua.

Nunca había jugado a tener novio y raramente me colgaba de un hombre. Mi especie de celibato voluntario era fruto del pragmatismo más que de una falta de libido por mi parte. ¿Por qué atormentarlos, a ellos y a mí misma, revelándoles mis gustos en la cama para que luego sufrieran la inevitable angustia y dolor al darse cuenta de su incapacidad para conseguir lo que un cilindro de goma de sesenta dólares era capaz de hacer con una simple vibración?

Si soy sincera, la mayoría de los hombres que se cruzaban en mi camino eran menos estimulantes —tanto intelectual como físicamente— que cualquiera de los objetos que guardaba en el cajón de los juguetes.

Cole, en cambio, era diferente.

De algún modo, había conseguido colarse en mis pensamientos hasta colmar mis sentidos. Había notado la conexión desde la primera vez que lo vi, y desde entonces habían pasado unos cuantos años. Sin embargo, durante los últimos meses se había convertido en una obsesión, y sabía que si quería librarme de él solo había una opción posible.

Tenía que acostarme con él.

Estaba decidida a conseguirlo aquella misma noche y por eso no pude evitar cierta perplejidad ante mí misma por no haberme lanzado de cabeza a

las oscuras aguas de la seducción.

Obviamente, sabía cuál era el motivo de mi inseguridad: no estaba convencida de que mis avances fueran bien recibidos, y las decepciones nunca habían sido lo mío.

Sí, estaba casi segura de que se sentía atraído por mí. Había sentido esa chispa cuando nuestras manos se rozaban, cuando estábamos cerca el uno del otro y el aire se cargaba de electricidad a nuestro alrededor.

En un par de ocasiones, al encontrarse nuestras miradas, el espejismo de la amistad que nos unía se había transformado en un montón de cenizas, consumido por la llama que emanaba de sus ojos. Esos momentos apenas duraban unos instantes, lo suficiente para alimentar mi apetito y hacerme desear con todas mis fuerzas que el calor que creía haber percibido fuera real y no el reflejo desesperado de mi propio deseo descontrolado.

Porque ¿cómo podía estar segura de que aquello no era fruto de mi imaginación? Quizá estaba proyectando una supuesta atracción donde en realidad no había nada y, como una polilla revoloteando alrededor del fuego, acabaría chamuscándome las alas si me acercaba demasiado.

Aun así, nunca lo sabría si no me lanzaba y lo descubría por mí misma. Puede que hubiera desperdiciado la primera oportunidad por culpa de mis patéticas dotes para la conversación, pero la noche era joven, así que me animé en silencio mientras recorría la galería, abriéndome paso entre las conversaciones sobre negocios y los cotilleos que inundaban la sala. Había de todo, desde comentarios maliciosos sobre el atuendo de alguna de las asistentes hasta especulaciones sobre el mejor local en el que comer algo después de la inauguración, o alabanzas de todo tipo de las innegables habilidades artísticas de los dos protagonistas de la velada.

Algunos conocidos intentaron establecer contacto visual y se movieron disimuladamente como si quisieran que me uniera a sus conversaciones. Fingí no darme cuenta. En aquel preciso instante, estaba perdida en mis pensamientos, intentando encontrar la manera de cuadrar lo que tanto deseaba con la forma de conseguirlo.

La galería tenía forma de «t» mayúscula. La sala principal, en la que se exhibía la obra de los dos artistas que la inauguraban, era la base de la «t», y la línea que la coronaba perpendicularmente estaba dedicada a exposiciones

permanentes. Como no era la primera vez que estaba allí y conocía la disposición del local, recorrí la sala principal y me dirigí hacia el punto en el que se encontraban las dos salas.

Una cuerda de terciopelo bloqueaba la entrada a la zona permanente, pero yo nunca había sido de las que obedecían las reglas. Me deslicé entre la pared y el poste de latón que sujetaba la cuerda y, acto seguido, me dirigí hacia la derecha para que los demás no pudieran verme. No estaba de humor para sermones sobre la etiqueta en una fiesta ni tampoco para que nadie se ofreciera a hacerme compañía.

La última vez que había pisado aquella zona del local, este aún seguía en construcción. Las paredes estaban sin pintar y habían cubierto el techo de cristal con un plástico oscuro para protegerlo. La sala, larga y estrecha, apenas estaba iluminada y resultaba un tanto claustrofóbica. Ahora, en cambio, se extendía frente a mí como si se tratara de una pasarela directa al paraíso.

El cristal del techo era transparente. Por encima de él, las luces creaban la sensación de que era de día y, a mi alrededor, la zona estaba bañada de luz artificial y de los brillantes colores de las obras expuestas.

Unos bonitos bancos de teca pulida ocupaban el centro de la sala, separados por bonsáis para que tanto los asientos como la decoración fueran tan artísticos como la arquitectura y el contenido de la sala. Sin embargo, la suma de los elementos no resultaba abrumadora. Incluso en una noche como aquella, rodeada por el murmullo de las voces que llegaba desde la sala principal de la galería, sentí el placer liberador de la soledad.

Con un suspiro, me senté en uno de los bancos. Enseguida me di cuenta de que había terminado en aquel punto exacto por una razón: el cuadro que tenía ante mis ojos me llamaba la atención por completo. No, mucho más que eso. Me había atrapado. Me puse cómoda y lo estudié con detenimiento.

Sabía algo de arte, aunque no tanto como mi padre ni como Cole. Digamos que había pasado unas cuantas horas en galerías de arte como aquella y que se me daban especialmente bien los clientes que representaban la tríada perfecta: demasiado dinero, demasiado tiempo libre y demasiadas propiedades.

Había pasado tanto tiempo encaramada a unos tacones y embutida en una

falda de tubo, exaltando las virtudes de una pieza en particular, que había perdido la noción del tiempo que le había dedicado. Mi estrategia consistía en hacer hincapié en la ganga que el comprador estaba a punto de llevarse porque nuestro cliente —«no, no, no puedo revelar su identidad, pero si lee la prensa europea, seguro que ha oído hablar de él»— quería deshacerse como fuera de un original que llevaba generaciones en su familia. «Son tiempos difíciles», solía decir con un gesto resignado. «Seguro que lo entiende».

Y entonces el comprador, siempre tan comprensivo, fruncía el ceño y asentía lentamente, sin dejar de pensar en la ganga que tenía delante y en la cara que pondrían los Smith cuando la vieran colgando de su pared en la próxima fiesta que organizara en casa.

Nunca había vendido ni una sola obra real de un auténtico maestro de la pintura o de la escultura, pero las piezas que pasaban por mis manos despertaban el mismo interés, al menos a simple vista, aunque luego la cartera de inversiones ya fuera otra historia.

Sin embargo, el cuadro que tenía delante dejaba a todos los demás a la altura del betún. Representaba la figura de una mujer vista desde detrás. Estaba sentada al borde de una fuente, por lo que, desde la perspectiva del pintor, su imagen se veía a través de una lluvia de pequeñas gotas de agua que dibujaban una cortina en movimiento. Una especie de barrera entre ella y el mundo. Transmitía la sensación de que se trataba de una criatura de una inocencia absolutamente pura, pero eso no la hacía más cercana. Al contrario, esa misma inocencia la convertía en un ser inalcanzable, a pesar de que solo había que atravesar la cortina de agua con la mano para poder tocarla.

El ángulo no permitía que se le viera la cadera, solo la curva de la cintura, la piel inmaculada de la espalda y la melena rubia que le caía hasta los omóplatos en una cascada de mechones húmedos y rizados.

Había algo en ella que me resultaba familiar, algo magnético, pero aunque mi vida hubiera dependido de ello, fui incapaz de descubrirlo.

—Es uno de mis preferidos.

La voz, profunda y familiar, me arrancó del trance. Incapaz de disimular los nervios, me di la vuelta para mirar a Cole y enseguida deseé no haberlo hecho. A juzgar por la exclamación que se me escapó al ver sus espectaculares ojos color chocolate, debería haberme tomado unos segundos

para prepararme.

—Yo...

Cerré la boca. Era evidente que acababa de perder la habilidad de pensar, de hablar y de funcionar en sociedad. Deseé con todas mis fuerzas que el suelo se abriera y me tragara, aunque una abducción alienígena también me pareció una buena opción.

Por desgracia, no pasó ninguna de las dos cosas y de pronto me encontré allí sentada, con los ojos clavados en él mientras las comisuras de sus labios —esos labios tan alucinantes que parecían gritar «bésame»— se tensaban en lo que parecía ser una sonrisa contenida.

—Siento haberme colado. Empezaba a agobiarme con tanta gente y necesitaba un poco de aire.

La sombra de la preocupación le oscureció el rostro.

—¿Va todo bien, Catalina? Pareces preocupada.

—Estoy bien —respondí, aunque no pude reprimir el leve temblor de siempre al escucharle llamarme Catalina.

Y eso que Cole no sabía que ese era mi verdadero nombre. Para él y para el resto de mis amigos de Chicago, yo era Katrina Laron. Catalina Rhodes no existía para ellos. Es más, desde hacía muchos, muchos años ni siquiera existía para mí.

A veces no podía evitar echarla de menos.

Hacía unos ocho meses, unos cuantos habíamos quedado para comer. Cole empezó a hablar de un viaje que tenía pendiente a Los Ángeles y de que quería visitar Isla Catalina. Ni siquiera recuerdo los detalles de la conversación, pero al terminar yo tenía un nuevo sobrenombre.

Levanté los ojos al cielo y fingí que no me gustaba, pero lo cierto era que me encantaba la intimidad que me transmitía el hecho de escuchar mi nombre de pila en sus labios. Era como si Cole y yo compartiéramos un secreto, aunque yo era la única de los dos que lo sabía.

Catalina no era mi único sobrenombre. Cole también me llamaba «rubia» y «pequeñaja», aunque este último mote solía reservarlo para Angie, a la que conocía desde que eran adolescentes.

Por supuesto, Catalina era mi mote favorito, pero tampoco era especialmente tiquismiquis. Cole podía llamarme como quisiera, que a mí ya

me estaría bien.

Se había colocado de pie a mi derecha y me observaba desde arriba con el ceño fruncido.

—Estoy bien —repetí, esta vez con más convencimiento—. En serio. Estaba enfrascada en mis cosas y me has asustado. Pero ya estoy de vuelta.

—Me alegro.

Tenía una voz suave, como de pijo de colegio privado. Yo sabía que había trabajado mucho hasta conseguir moldearla. Raramente hablaba del tiempo que había pasado en una banda o de las cosas que había tenido que hacer para superar esa etapa. Joder, si apenas contaba nada de los dos años que había pasado en Italia estudiando arte gracias a una beca. Pero todas esas experiencias lo habían convertido en el hombre que tenía delante. Y justo entonces, en aquel preciso instante, me alegré de que nunca hablara de ello con la prensa ni con sus clientes, a la vez que deseé con todas mis fuerzas que algún día me lo contara a mí.

Efectivamente, estaba pillada hasta las trancas.

Me levanté y deslicé la mano por la tela roja que se pegaba de manera provocativa a la piel de mis muslos. Intenté que pareciera que me estaba alisando la falda, aunque en realidad me estaba secando el sudor de las palmas.

—Voy a ver si encuentro a la chica de la bandeja de sushi —dije—. No he comido nada y creo que estoy empezando a marearme.

Obvié el verdadero motivo por el que me daba vueltas la cabeza: él.

—Quédate.

Alargó un brazo y cerró los dedos alrededor de una de mis muñecas. Tenía las manos enormes, pero para mi sorpresa noté que me sujetaba con ternura. Al sentir el tacto áspero de su piel, recordé que gran parte del trabajo de la galería lo había hecho él con sus propias manos, desde montar los marcos hasta colgar los lienzos o mover los muebles. Además, también pintaba sus propios cuadros. Debía de pasarse horas sosteniendo el pincel de madera en alto, moviéndolo con meticulosidad y mucho cuidado para conseguir el resultado deseado —color, textura, sensualidad absoluta.

Lentamente, como si intentara volverme loca, dejó que sus ojos se pasearan por mi cuerpo. Reprimí la necesidad de estremecerme, de cerrar los

míos y de dejarme llevar por la fantasía de aquella caricia tan deliberada.

En lugar de eso, lo miré a la cara. Observé que su expresión se intensificaba y se iba volviendo más salvaje, como si en ese momento lo que más deseara fuera tocarme, poseerme.

«Hazlo», pensé. «Aquí y ahora, hazlo y déjame recuperar la capacidad de pensar y de razonar. Fóllame, joder, y libérame de una vez por todas».

Pero Cole no me atrajo hacia su cuerpo. No me cogió del culo ni me restregó la polla por los muslos. No me empujó contra la pared ni me cubrió la boca con la suya, tampoco me magreó el pecho con una mano mientras con la otra tiraba de la falda hacia arriba.

No hizo nada, se limitó a observarme en silencio, y con aquella simple mirada consiguió que me sintiera como si hubiéramos hecho de todo.

Al menos no tuve remordimientos por haber abusado de la pobre tarjeta de crédito para comprarme aquel vestido para la inauguración. Era rojo pasión, con un escote generoso y unas formas que se adaptaban como un guante a cada una de mis curvas. A menudo tenía la sensación de que mi cuerpo parecía sacado de una película de detectives de los cuarenta, pero esta vez tenía que reconocer que mis formas generosas llenaban el vestido de una manera que Cole parecía aprobar.

Me había recogido el pelo, rubio y rizado, y había dejado algunos mechones libres para que me enmarcaran la cara. Los zapatos quedaban perfectos con el vestido y añadían diez centímetros a mi estatura, ya de por sí generosa, lo cual me situaba a la misma altura que el hombre que tenía a mi lado. Si alguien buscara en el diccionario la definición de «zapatos para zorrear», seguro que se encontraría una fotografía de los que yo llevaba puestos.

Quería quedarme allí y perderme en la forma en que Cole me miraba.

Al mismo tiempo, no veía el momento de huir de allí. De escapar a toda prisa y de tranquilizarme. De averiguar cómo leches me las iba a ingeniar para controlar un proceso de seducción que ni yo misma era capaz de dominar.

Al final, ganó la segunda opción y tiré suavemente de mi brazo con la intención de liberarlo.

Para mi sorpresa, Cole cerró la mano con más fuerza. Lo miré con el ceño

fruncido, un poco confundida pero también llena de esperanza.

—Me gustaría saber qué piensas.

—¿Qué pienso?

—Sobre el cuadro —dijo él—. ¿Qué te parece?

—Ah. —Una profunda sensación de desengaño se apoderó de mí—. El cuadro.

Tiré de nuevo del brazo y sentí que esta vez sí me soltaba.

—¿Te gusta?

—Me encanta —respondí de manera automática, aunque estaba siendo sincera—. Pero tiene algo, no sé, un aire triste.

Cole arqueó ligeramente las cejas y por un momento me pareció que mi respuesta le había parecido divertida. Como si acabara de pillar un chiste que yo aún no había conseguido entender. Y que nunca entendería.

—¿A ti no te parece triste? —pregunté, girándome de nuevo hacia el cuadro.

—No lo sé —dijo él—. El arte es lo que cada espectador ve en él. Si a ti te parece triste, supongo que será porque lo es.

—¿A ti qué te parece?

—Que esconde un deseo secreto —respondió.

Dejé de observar el cuadro y me volví de nuevo hacia él, convencida de que podía leer la pregunta en la expresión de mi cara.

—Es más deseo que tristeza —continuó, como si eso aclarara su respuesta—. Sus deseos son como piedras preciosas que ella mantiene siempre cerca y cuyas aristas se le clavan en las palmas de las manos.

Pensé en ello mientras volvía a contemplar el cuadro.

—¿Piensas de esa manera porque eres un artista? ¿O eres un artista porque piensas de esa manera?

Él se rió entre dientes con un sonido agradable y encantador.

—Joder, Catalina. No lo sé. Creo que no podría separar una cosa de la otra.

—Bueno, lo más elocuente que se me ocurre ahora mismo es que me gusta. Veo que no la has incluido entre las obras principales de la galería, pero espero ver más cuadros de este artista en el futuro. Esta es, cuando menos, absorbente. —Me incliné hacia el cuadro en busca de una firma o de

la tarjeta con la descripción en la pared, pero no encontré ninguna de las dos cosas—. ¿Quién es el autor?

—No te preocupes, rubia —me dijo Cole, y sus ojos se desviaron rápidamente hacia el cuadro—. No lo perderemos de vista.

Esta vez estaba segura de que su voz escondía una sonrisa disimulada y, como seguía sin saber cuál era el chiste, no pude evitar que su actitud me molestara. Incliné la cabeza a un lado. Al cabrearme, sentía que controlaba más la situación.

—Vale, suéltalo. ¿Qué me estoy perdiendo?

Cole se colocó frente a mí, bloqueándome la visión del cuadro. Joder, bloqueándolo todo. Colmaba mis sentidos de tal manera que sentía que su cercanía se me subía a la cabeza, como si estuviera borracha. Borracha de él, de verlo, de oler su perfume a especias, madera y hombre. Hasta el eco de su voz se me había metido en la cabeza, con su tono profundo, tan radiofónico que por un momento estuve a punto de volver a estremecerme.

Sus dedos ya no me acariciaban la piel, pero aún podía sentir el recuerdo de su mano alrededor de mi muñeca con tanta claridad que me aferré a él. Y el sabor... Bueno, la esperanza es lo último que se pierde.

Fue como si, en cuestión de segundos, pasara toda una eternidad ante mis ojos. Cuando por fin habló, su voz era la de alguien que se está divirtiendo, alguien que se dirige más a sí mismo que a los demás.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué? —pregunté, pero mientras las palabras salían de mi boca, sentí que el hechizo se desvanecía y Cole me miraba como si no hubiera dicho nada.

—Es una noche muy importante para Tyler y para mí —continuó con la voz tensa, casi formal—. Me alegro de que hayas podido venir, pero tengo que volver con el resto de invitados.

Me decepcionó escuchar aquel cambio de actitud en su voz, pero me aferré a las palabras con uñas y dientes e intenté ignorar todo lo demás. Acababa de decir que se alegraba. Que se alegraba él personalmente, no ellos.

Y yo acababa de alcanzar un nuevo nivel de patetismo gracias a mi recién descubierto interés por el análisis de los pronombres.

—No me lo habría perdido por nada del mundo —dije, esperando que mi

voz no delatara la poca cordura que me quedaba.

Me dedicó una de sus sonrisas matadoras y se dirigió hacia la zona principal de la galería. Apenas había dado dos pasos cuando, de repente, se dio la vuelta y me miró.

—Por cierto, me debes una —dijo, y esta vez la sonrisa que le iluminaba los labios no dejaba lugar a dudas.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—¿Cómo puede ser que lleves tres meses trabajando aquí y yo ni me haya enterado? No es propio de mí. Y, sinceramente, Kat, si hubieras pasado tanto tiempo cerca de mí, te aseguro que me habría dado cuenta.

Su voz volvía a transmitir la misma calidez de antes, pero yo apenas me di cuenta. Un sudor frío se había apoderado de mí. Tenía la cabeza llena de maldiciones y de juramentos y tuve que contenerme para no soltar la primera barbaridad que me pasara por la cabeza.

En vez de eso, hice lo que me habían enseñado a hacer desde que tenía uso de razón: respiré hondo y me lancé de cabeza a la piscina.

—Dios, Cole, no sabes cuánto lo siento. Quería comentártelo hace semanas, que quizá llamaban del banco por lo de la hipoteca, pero me puse a ayudar a Angie con los preparativos de la boda y se me fue de la cabeza. Firmo la semana que viene y he estado preparando la mudanza y luego...

—No pasa nada —dijo él—. Lo entiendo.

—Es que las horas que trabajo en la cafetería nunca han sido especialmente regulares y no quiero que los del banco piensen que no gano lo suficiente para hacer frente a los pagos.

—No pasa nada —repitió Cole—. Comprarse una casa es un paso muy importante. Me parece genial que lo hagas. Llamaron hace algo más de una semana y les confirmé todo lo que querían saber. Si desde entonces no te han pedido más información es porque todo va sobre ruedas.

Me volvió a mirar a los ojos, atrapándome con la mirada el tiempo justo para ponerme nerviosa. La tenue sonrisa de antes había desaparecido y en su rostro solo veía una intensidad vibrante y sensual.

—Pero lo dicho, que me debes una.

Tragué saliva y, a pesar de que se me había secado la boca, conseguí pronunciar unas palabras.

—Lo que tú quieras —dije, y deseé con todas mis fuerzas que entendiera el verdadero alcance de mis palabras.

Por un momento sus ojos no se movieron de los míos. De pronto inclinó la cabeza a modo de despedida.

—Nos vemos en la galería.

Dio media vuelta y se alejó.

Y esta vez no volvió la mirada.

2

Necesité unos minutos para tranquilizarme antes de regresar a la fiesta, y en el mismo momento en que rodeé la cuerda y volví a sentir la presión de las voces y de las risas a mi alrededor, supe que debería haberme tomado unos minutos más.

«Me debes una», había dicho Cole.

«Lo que tú quieras», le había prometido yo.

¿Era consciente de hasta qué punto se lo decía en serio? ¿Realmente era deseo lo que había visto en sus ojos cuando me había mirado? Y, si era así, ¿qué iba a hacer él al respecto?

Es más, ¿qué iba a hacer yo al respecto?

Al parecer, el círculo se había cerrado. Había empezado la velada con la intención de seducir a Cole August. Y, a pesar de la electricidad que chisporroteaba entre nosotros, no había dado ni un solo paso hacia mi objetivo.

¿Se podía fracasar más estrepitosamente de lo que lo había hecho yo?

De nuevo pensé que si me viera mi padre no estaría orgulloso de mí. Quizá si pensaba en Cole como el blanco de una de mis estafas y no como un hombre...

Empecé a pasarme la mano por el pelo, pero me detuve al darme cuenta de que me iba a destrozar el peinado sin querer. Necesitaba desesperadamente hacer algo con las manos, así que le hice una señal a una de las camareras, una chica esbelta y de melena oscura. Me debatí unos segundos entre un rollito de primavera y un bocado de sushi y al final cogí uno de cada, para

acto seguido maldecirme entre dientes. Comida, Cole, toda mi puñetera vida. Por lo visto, estaba condenada a cargar con la maldición de la indecisión.

Genial.

Me refugié junto a una pared para encontrar algo de aire lejos de la multitud e intenté localizar a Cole. No me costó mucho. Se había separado de la melé de invitados y estaba en uno de los nichos que se abrían en la pared junto a otro hombre, un tipo grueso y de expresión infantil con la cara sonrojada y poco atractiva. El desconocido le estaba diciendo algo; cada vez se ponía más rojo y no paraba de mover las manos como para enfatizar sus palabras.

Cole lo escuchaba impertérrito, lo cual era una prueba más que evidente de que estaba cabreado como una mona y lo estaba disimulando con su maestría habitual. El pronto de Cole era mítico y, quienquiera que fuese aquel tipo, se estaba arriesgando a provocar un estallido de su cólera en plena fiesta de inauguración.

Consideré la posibilidad de acercarme a ellos e interrumpir la escena. Así al menos distraería la atención del que a todas luces parecía ser la peor pesadilla de Cole. Por suerte, la gerente de la galería, Liz, se acercó a ellos, le ofreció una copa al tipo de la cara sonrojada y, haciendo gala de una habilidad pasmosa, se lo llevó de allí en cuestión de segundos.

Cole los siguió con la mirada mientras se alejaban y vi que apretaba los puños a ambos lados del cuerpo. Empecé a contar y, al llegar a diez, Cole se apartó de la pared. Uno de sus trucos para controlar la ira, pensé, y por lo visto hoy los necesitaba todos.

Me pregunté por qué estaba tan enfadado, aunque en ningún momento me planteé la posibilidad de acercarme y preguntárselo. No, era demasiado egoísta para eso. Aún seguía concentrada en mi propio problema con Cole y no era precisamente su cólera lo que quería ver explotar.

Pensé en llamar a Flynn, mi amigo y compañero de piso durante los últimos meses. En el mejor de los casos, tendría un punto de vista nuevo, una perspectiva masculina que me resultara útil. En el peor, al menos podría consolarme. Por desgracia, sabía que esa noche trabajaba —si hubiera librado, estaría en la inauguración—. Flynn no era de los que se pierden una fiesta. Especialmente si hay barra libre.

Una perspectiva femenina tampoco me hubiera venido mal, pero Angie y Evan tenían otro compromiso aquella noche, una cena con los padres de ella para decidir algunos detalles de la boda, y ya se habían marchado. Por su parte, la novia de Tyler, Sloane, aún no había llegado.

Sabía que aquella noche tenía que trabajar hasta tarde porque el día anterior, entre martini y martini, me había contado que estaba haciendo un seguimiento, pero yo había dado por supuesto que a la hora que era ya habría llegado. Egoísta por mi parte, lo sé, pero últimamente nos habíamos hecho muy amigas y la necesitaba a mi lado para que me diera apoyo moral.

Miré el reloj y fruncí el ceño, pero enseguida me dije que no era justo que me enfadara cuando Sloane estaba haciendo su trabajo y no tenía ni idea de que yo estaba contemplando la posibilidad de seducir a Cole y necesitaba que alguien me diera ánimos.

Por suerte, la de las fiestas de pijama no tardó en apiadarse de mí porque, cuando dirigí la mirada hacia la entrada de la galería, la vi empujando las puertas de vidrio y atravesando el umbral.

Estábamos teniendo un mes de mayo especialmente caluroso y, a pesar de lo tarde que era, el aire resultaba agobiante. Sloane, en cambio, estaba preciosa, fresca y radiante como la vecina de al lado, pero con el cinismo y la dureza de una ex policía. Me dirigí hacia ella, pero me detuve al ver que Tyler se le acercaba con una expresión de alegría en la mirada.

La atrajo hacia su pecho y, a pesar de que la sala estaba llena de gente, la recibió con un beso de bienvenida largo y pausado, y juro que la vi brillar desde el otro extremo de la galería.

Sentí que se me hacía un nudo en el estómago y me asaltaba una intensa sensación de anhelo, repentino e inesperado. Quería ser aquella chica, quería ser hermosa a los ojos de un hombre, y tener el poder de ponerlo de rodillas ante mí.

No. A los ojos de un hombre cualquiera no. A los de Cole.

Observé a Sloane mientras acariciaba el brazo de Taylor con aire posesivo y después le susurraba algo. Él se echó a reír y le dio un beso en la mejilla. Sloane se apartó de él, lista para zambullirse de lleno en la fiesta, y Taylor permaneció inmóvil, siguiéndola con la mirada mientras ella se alejaba.

Como estaba mirando a Tyler, no me di cuenta de que Sloane se dirigía hacia mí hasta que se detuvo a mi lado.

—¿Alguna novedad sobre la casa?

—Firmamos la semana que viene —respondí—. A veces me siento como si estuviera al borde de un precipicio y alguien me fuera a empujar. No dejo de pensar qué pasaría si descubriéramos que los cimientos de la casa son un desastre. O si los dueños se echaran atrás. O si el banco no me concediera la hipoteca.

Lo de la casa había empezado como un antojo. Mi tendencia natural es a estar en continuo movimiento, desde no poder estar físicamente quieta hasta mi tendencia general a recoger los bártulos cada pocos años y mudarme a una ciudad nueva.

Sin embargo, en los últimos seis años esta segunda costumbre se había ido mitigando. En vez de marcharme de Chicago, me limitaba a mudarme de apartamento.

Hacía ya unos meses que había decidido que podía ser divertido vivir en una casa. Empecé buscando solo alquileres, pero en cuanto vi la casita de madera de dos habitaciones supe que era como el árbol de Navidad de Charlie Brown. Solo necesitaba un poco de amor. Lo más importante es que enseguida supe que tenía que ser mía.

Ni siquiera fui consciente de que me estaba planteando la posibilidad de convertirme en propietaria hasta que cogí la tarjeta de la inmobiliaria, pero estaba cansada de sentirme en tierra de nadie. Quería echar raíces. Quería... más.

Ya estaba a punto de conseguir mi objetivo.

Y, sinceramente, me gustaba la sensación.

Sloane frunció el ceño mientras consideraba mis palabras.

—Has pasado todas las inspecciones, los inquilinos ya se han mudado y los dueños viven... ¿dónde? En Nuevo México, ¿verdad? Además, si hubiera algún problema con la hipoteca, a estas alturas ya lo sabrías. —Entornó los ojos—. Lo de tus ingresos ya está, ¿verdad?

—Sí, pero por poco no la cago. Supongo que cuando llamaron Liz no estaba.

Había hablado con Liz antes de incluir una inocente mentirijilla en la

solicitud de la hipoteca y ella había prometido cubrirme las espaldas si a los de la aseguradora se les ocurría llamar.

—Mierda. ¿Qué ha pasado? Tyler no me ha dicho nada.

—Al parecer, fue Cole quien cogió la llamada.

Sloane abrió los ojos como platos.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—Hace más de una semana.

—¿Y no te había dicho nada?

—No hasta hace unos minutos —respondí.

Sloane extendió las manos, animándome a continuar.

—¿Cómo? ¿Y qué te ha dicho?

—Que le debo una —admití.

A juzgar por su risa, estaba encantada.

—Vaya, qué oportuno, ¿no?

—¿Perdona?

—Si dice que le debes una, tú solo tienes que preguntarle cómo quiere que le pagues.

Me crucé de brazos.

—¿Y se puede saber exactamente de qué estamos hablando?

—Venga, Kat. No te hagas la inocente conmigo. Soy policía, ¿recuerdas? Sé leer la verdadera naturaleza de la gente. Y eso también te incluye a ti, Katrina Laron, aunque creas que eres impenetrable.

Eso era exactamente lo que pensaba y me resultó un tanto desconcertante descubrir que me equivocaba. Por eso precisamente me había pasado casi toda la vida evitando hacer verdaderos amigos. Se colaban por las rendijas de tu vida, te conocían demasiado bien y te transformaban en alguien vulnerable. Pero Sloane tenía razón. Como ex policía que era, estaba acostumbrada a observar a la gente y a captar hasta el más mínimo detalle. Es más, hacía poco ella misma había estado en una posición parecida a la mía, tramando un plan para seducir a Tyler Sharp. Considerando que los dos estaban desesperadamente enamorados el uno del otro y que no podían ser más felices, tuve que reconocer que mi amiga sabía de lo que hablaba.

Me miró de arriba abajo con un movimiento de cabeza exageradamente deliberado.

—Bonito vestido. —Sus labios se curvaron en una sonrisa cómplice—. Diría que es el tipo de atuendo que llamaría la atención de Cole.

—Zorra —le espeté, pero me estaba riendo.

—Aparte del vestido, ¿qué más tienes en la recámara?

—Esa es la pregunta del día, ¿no? No vas errada en cuanto a las intenciones —admití—, pero hasta ahora la ejecución ha sido un desastre.

Me pasé los dedos por el pelo y, al darme cuenta de que me había vuelto a olvidar del recogido, maldije mi torpeza entre dientes. Mientras me soltaba la melena y la ahuecaba con los dedos, le hice un rápido resumen de lo que había pasado hasta entonces.

—Pero no estoy segura de si realmente está interesado en mí o si es cosa mía.

—Por favor, dime que no eres tan ingenua —dijo Sloane—. El tío pierde el culo por ti.

—Eres una mentirosa —repliqué yo.

Sinceramente, me costaba imaginarme a Cole perdiendo el culo por alguien. Se le daba demasiado bien mantenerlo todo bajo control. Por lo que había visto a lo largo de los años, el pronto era lo único que se le escapaba a través de las paredes que había levantado a su alrededor, e incluso sus arrebatos se incendiaban a la velocidad de un cohete y luego se apagaban más rápido aún.

—Le he visto la cara cuando te mira —dijo Sloane—. O, para ser más exactos, le he visto la cara cuando te mira y tú no lo estás mirando a él. —En sus labios se dibujó una sonrisa—. Sabes tan bien como yo que Cole nunca suelta prenda si no es estrictamente necesario.

—Ese es uno de los mayores eufemismos que he oído jamás.

—Lo digo en serio —continuó ella—. Cuando Tyler me mira como Cole te mira a ti, sé que me espera una noche muy larga y que seguramente no pegaré ojo.

—Vaya. —Cogí aire y luego me humedecí los labios, que de pronto se me habían quedado secos—. Quizá tienes razón —añadí, incapaz de disimular la sonrisa que me teñía la voz—. Gracias.

—De nada —respondió Sloane—. Pero, escucha, ¿estás...? —Se encogió de hombros y dejó la frase a medias—. Da igual.

—Ah, eso sí que no —le dije—. A mí no me vengas con esas. Tienes algo que decir y es sobre mí o sobre Cole. Y yo quiero saberlo.

—Es solo que... ¿estás segura de esto? ¿Y por qué ahora?

—Sí —respondí, porque a pesar de los momentos de nervios y de las dudas, nunca había estado tan segura de algo como entonces. La cogí del brazo y la llevé hacia una esquina apartada de la sala, donde no había ningún cuadro en las paredes y, por tanto, nadie que pudiera oírnos—. Y sobre por qué ahora, no creo que tenga otra elección. No me lo puedo sacar de la cabeza —admití—. Se ha metido hasta en mis sueños. Nunca había sentido nada así por un chico y creo que me voy a volver loca.

—Entonces ¿esto es un exorcismo?

—Puede. Joder, no lo sé. ¿Por qué?

—Porque somos amigos, Kat. Todos. Tyler y yo, Angie y Evan. Incluso Cole y tú. No quiero que las cosas se tuerzan entre nosotros y tampoco quiero que... —Movi6 despacio la cabeza—. Perdona, eso no es asunto mío. No debería seguir por ahí.

No pensaba dejar que se marchara de rositas tan fácilmente.

—¿Por dónde?

—No quiero que lo pases mal —dijo Sloane.

—¿De qué estás hablando?

Se pasó la mano por el pelo.

—Pues que sé que Cole no es de salir. No quiero que te lleves una desilusión. Y, egoístamente, no quiero que se pierda la dinámica que hay entre los seis.

—Yo tampoco —repliqué, y lo decía de verdad—. Pero necesito hacerlo.

No intenté explicarle que aunque no lo hiciera, la dinámica del grupo cambiaría igualmente. Había cruzado una línea mental y, pasara lo que pasase, no podía volver a ser Kat la Simpática, la chica secretamente colgada de Cole. Porque lo mío no era un simple cuelgue. Era una necesidad, un deseo incontenible. Había abierto la caja de Pandora y, aunque quisiera, no podía volver a guardarlo todo dentro.

—¿Qué quieres decir con eso de que no es de salir? —pregunté.

—Es lo que me dijo Taylor. Cole folla —dijo arqueando una ceja—, pero no sale.

—Esa es una de las cosas que lo convierten en el hombre perfecto — admití, porque a pesar de que no tenía forma de saberlo con seguridad, llevaba observándolo con detenimiento el tiempo suficiente como para saber que estaba tan jodido como yo—. Yo solo quiero quitarme esta espinita. Y si estás en lo cierto, Cole tiene la misma espinita que yo, así que no veo qué podría salir mal.

—Entonces ¿solo estás buscando un follamigo? —preguntó Sloane entornando los ojos como si no acabara de creerme.

—Sí —respondí, aunque yo no había usado esas mismas palabras—. Sí, supongo que es eso.

—Kat...

Dejó la frase a medias, pero era imposible no captar la censura que escondían sus palabras.

—¿Qué?

—Que no te lo crees ni tú.

—No —repliqué con decisión—, te equivocas.

Y se equivocaba. Estaba dispuesta a admitir —al menos a mí misma— que la atracción que sentía por Cole era intensa y muy profunda. Pero eso no significaba que quisiera salir con él o, para ser más concretos, no quería decir que fuera a salir con él, por mucho que lo deseara.

Por desgracia, todo eso no se lo podía contar a Sloane. Nos habíamos hecho muy amigas desde que ella había aparecido en la ciudad a finales del verano pasado, pero no tenía intención de abrirle mi corazón para que viera todas las miserias que guardaba.

No necesitaba un título de psicóloga para saber que estaba muy jodida y tampoco necesitaba otro de sexualidad para saber que quería sentir las manos de Cole sobre mi cuerpo. La segunda cuestión tenía arreglo; la primera, por desgracia, no tenía más remedio que aprender a vivir con ella.

—Confía en mí, Sloane —le dije con la esperanza de que no estuviera a punto de cagarla con todo el equipo—. Sé lo que estoy haciendo.

Permaneció un momento en silencio y luego asintió.

—Es tu vida. Ve a por él.

Me reí y le hice una señal a un camarero que pasaba por allí. El hombre se detuvo frente a mí y aproveché para coger una copa de chardonnay.

Levanté un dedo mientras apuraba la copa, indicándole en silencio al camarero que esperara, y acto seguido cambié la copa vacía por otra llena.

—Valor líquido —dije dirigiéndome más a Sloane que al camarero, aunque este no pudo reprimir una leve sonrisa.

Inclinó la cabeza a modo de reconocimiento y de despedida, y luego se perdió entre la multitud. Lo seguí con la mirada, consciente de que me tocaba a mí. Porque Cole también estaba entre el gentío.

Mis ojos se encontraron con los de Sloane y me sentí reconfortada por la sonrisa de ánimo que le iluminaba la cara.

—Que sea lo que Dios quiera —dije, y me alejé de ella de vuelta al centro de la melé, decidida a acabar con aquello cuanto antes.

Necesité un momento, pero por fin localicé a Cole rodeado de un grupo de invitados cargados de billetes que observaban embobadas un lienzo tan lleno de color y de vida que parecía estar en movimiento. No podía escuchar lo que les estaba diciendo, pero sí ver la expresión de su cara, iluminada como siempre que hablaba de arte.

Usaba las manos el cuerpo, y con cada palabra, con cada movimiento, captaba la atención de su público. Joder, ni siquiera yo podía apartar la mirada. Me fui acercando lentamente hasta que por fin pude escuchar lo que decía y allí me quedé, dejando que su suave voz me envolviera y me insuflara valor.

Pasaron los minutos hasta que, de repente, Cole puso punto final a su discurso y dejó solos a sus invitados para que pudieran contemplar el cuadro a sus anchas. Al darse la vuelta, me vio y enseguida sentí el impacto de su mirada extendiéndose por todo mi cuerpo.

Era la segunda vez aquella noche que saltaban chispas entre los dos, de eso ya no me quedaba ninguna duda, pero antes Cole tenía la situación bajo control. Esa vez, en cambio, lo había cogido desprevenido y yo podía ver claramente el deseo latiendo por sus venas mientras me miraba fijamente.

«Adelante. Ahora es el momento».

Cogí aire e intenté armarme de valor. Sí, había llegado el momento de lanzarme.

Así pues, di un paso adelante, seguido de otro y luego de un tercero. Cada uno me llevaba hacia Cole August. Cada uno avivaba la llama que ardía en

mi interior, un fuego que tenía el poder de elevarme o de reducirme a un montón de cenizas.

Solo podía rezar para que aquella noche capturara al hombre en mis redes y no me destruyera a mí misma en el intento.

3

No es el sexo lo que lo estropea todo. Es el deseo.

En cuanto el sexo entra a formar parte de la ecuación, todo el mundo tiene una baza con la que negociar. Es como un contrato en el que todas las partes ganan. Puede que no sea espectacular o que sea para tirar cohetes, incluso que los participantes estén tan absorbidos por sus propias neurosis que estas lo enmascaren todo. Pero incluso así, los parámetros básicos están ahí y todo el mundo sabe qué se espera de él.

Con el deseo no pasa lo mismo.

Cuando hablamos de deseo, todo es unilateral. No tienes nada en lo que basarte más allá de la percepción. Una sonrisa. Un gesto con la cabeza. Una encajada de manos que dura demasiado. El roce de un dedo sobre un mechón de pelo.

Pero todas esas cosas se pueden ocultar y también pueden fingirse.

Cuando creces entre timos y estafadores, aprendes a fingir muchas cosas y a leer la verdad en la gente.

Al menos, eso es lo que crees.

Yo pensaba que había captado la esencia de Cole. Creía que había percibido las señales que validaban mi propio deseo. Las sutiles pistas y los movimientos, las miradas casuales y los roces involuntarios.

Creía haber visto todas esas señales, pero al mismo tiempo no estaba segura. Y si quería una respuesta tenía que ponerme a la cola.

Por eso el deseo es una putada.

Una putada que en ese preciso instante me sujetaba por el hombro con

una mano de hierro y me empujaba a través de la multitud hacia el objeto de mi deseo. Lo había apartado de la concurrencia una mujer de unos setenta años y elegantemente vestida que parecía estar interrogándolos, a él y al artista, sobre las sutiles diferencias entre dos de las piezas que formaban parte de la muestra.

Tenía tres puntos a mi favor y me aferraba a ellos como a un salvavidas. Primero, mi educación me había convertido en un camaleón, capaz de cambiar y también de adaptarse. También me había proporcionado una piel gruesa y la habilidad de fingir seguridad en mí misma. Algunos niños les dan las gracias a sus padres por obligarlos a practicar un deporte porque eso les ayuda a fortalecer su carácter. Yo le daba las gracias a mi padre por enseñarme a montar timos rápidos y estafas a gran escala.

Segundo, había percibido la llama del deseo en los ojos de Cole al menos en dos ocasiones durante toda la velada. Puede que estuviera proyectando mis deseos, pero estaba casi segura de que no era así. Y si él también quería algo conmigo, eso hacía que mi objetivo fuera mucho más asequible.

Finalmente, me había bebido dos copas de vino en cuestión de cinco minutos y siempre he sido un peso pluma en lo que al alcohol se refiere. Eso quiere decir que estaba flotando en una nube de valor líquido, tal y como le había dicho al camarero. Y, al menos de momento, no tenía ningún problema con ello.

—Puede analizar —escuché que decía Cole mientras me acercaba— o puede sentir.

Los dos cuadros de los que estaban hablando eran enormes, de unos dos metros de alto por uno y medio de ancho. Estaban colocados uno al lado del otro y los brillantes colores de ambos parecían saltar de un lienzo al otro. El artista, un chico procedente del South Side de unos veinte años que se hacía llamar Tiki, asentía enérgicamente desde su posición al lado de Cole.

—Es como yo digo. —Se golpeó el pecho con la base de la mano—. Tiene que hacer lo que sienta aquí dentro. Puede mirarlo y compararlo con todas las muestras de colores que quiera o llamar a un decorador de esos caros, pero eso no le va a ayudar a saber qué va a sentir cada vez que entre en una sala y vea el lienzo colgando de la pared de su casa.

La mujer aspiró por la nariz.

—Joven, puede que tenga razón, pero mi esposo acaba de pagarle un dineral a nuestro diseñador para que le reforme el estudio y le aseguro que si lo que compro no pega con la nueva decoración, no será su arte lo que sienta precisamente.

Tiki se echó a reír.

—Ahí me ha pillado, Amelia.

—Creo que una decoración cara no vale ni un centavo si el dueño no hace suya la estancia. —Me acerqué a los cuadros y cambié a modo operador. Esto sí sabía cómo hacerlo—. Si tuviese una estancia completamente vacía sobre la que trabajar, ¿cuál escogería?

Observé los dos lienzos mientras Amelia pensaba su respuesta.

—Ya sé que es una elección difícil —añadí—. Son parecidos y al mismo tiempo cada uno tiene su propia personalidad. Ambos son evocadores —continué—. La explosión de colores. La sutileza de las zonas más apagadas.

Miré a la anciana, vi que asentía levemente y empecé a tirar del anzuelo.

—No sé tú... Espero que no te importe que te tutee —dije, porque estábamos hablando de mujer a mujer—, pero yo los miro y me levantan el ánimo.

De un solo vistazo, inspeccioné a Amelia de los pies a la cabeza. Las líneas clásicas de su vestido. El pelo, recogido con esmero. Estaba considerando la posibilidad de comprar arte moderno, sí, pero era una mujer elegante con raíces profundas que posiblemente se remontaban varias generaciones.

Ese análisis me dio una pista sobre el siguiente paso que debía dar.

—Hacen que me sienta... —Guardé silencio, como si buscara las palabras—. Es como estar en una sinfonía —dije al final—. Cuando la música parece levantarte del suelo y llevarte muy, muy lejos.

—Sí —murmuró Amelia—. Sí, exacto.

—Lo que me impresiona es la forma en que las dos piezas se confunden. ¿Los ves? Los colores se complementan los unos con los otros. El rojo de este te lleva al púrpura del otro. —Señalé primero un lienzo y luego el otro—. Trabajan en equipo. Sinceramente, separarlos sería como retirar todos los violines de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven.

Miré a Cole y vi que tenía los ojos ligeramente entornados, pero no pude

saber si estaba impresionado por mis esfuerzos o preocupado ante la posibilidad de que le jodiera una venta.

La expresión de Tiki era más fácil de leer. Su amplia sonrisa sugería que sabía exactamente hacia dónde iba yo.

Intenté no pensar en ninguno de los dos. Lo que menos necesitaba en aquel preciso instante era añadir nervios al batiburrillo emocional en el que ya estaba sumida.

—¿Cuál escogerías tú? —preguntó Amelia.

—¿Sinceramente? —Me incliné hacia ella con aire de conspiración—. Yo haría trampas.

Abrió los ojos como platos, como si yo acabara de hacer el comentario más escandaloso que jamás hubiera escuchado.

—Si tuviera una sala vacía que llenar, no me iría de aquí con uno solo. Intentaría comprar los dos.

Amelia dirigió su atención de nuevo hacia los cuadros. Podía ver el interés en su mirada y la forma en que sus cejas dibujaban una «v» profunda justo por encima de la nariz.

—Pero todo esto es hipotético. No tengo carta blanca.

—En realidad —dije sonriendo abiertamente—, sí la tienes. ¿Cuál es el esquema de colores de la habitación?

—Tonos tierra salpicados de melocotón.

—Estos colores —asentí, indicando un trozo de lienzo a mi izquierda.

Miré a Tiki en busca de aprobación y de ayuda. Confirmó mis palabras, pero no intervino como yo esperaba.

Fue Cole quien recogió el testigo.

—Tiene razón, ¿sabe? —dijo, dirigiéndose a Amelia—. Por sí solo, puede que el otro cuadro no funcione igual con esa paleta de colores. Pero ¿ve aquí? —Hizo un gesto entre los dos lienzos, destacando con sus movimientos las formas y los colores—. Estos marrones y estos verdes de aquí son el complemento ideal para estos rosas y estos melocotones.

—Sí, tío, tienes razón —intervino Tiki—. Los dos lienzos son como un equipo. Como el ying y el yang, ¿lo pillas?

Observé a Amelia y vi cómo en sus labios afloraba una sonrisa. Era una sonrisa que conocía a la perfección de mis días y mis noches en Florida,

vendiendo cuadros con mi padre. Era la sonrisa de una mujer forrada que acababa de encontrar la excusa perfecta para gastárselo.

En otras palabras, mi trabajo estaba hecho.

Apreté la palma de la mano suavemente contra su brazo.

—Lo siento. No era mi intención enrollarme de esta manera. Os dejo a solas para que habléis.

—No creo que haga falta hablar más, Tiki querido —escuché que decía mientras yo me perdía entre la concurrencia—. Solo necesitamos a esa chica tan maja, la que lleva el datáfono, para pagar con tarjeta.

—Menuda interpretación —dijo Cole unos segundos más tarde.

Me cogió del brazo y me llevó a un lado. Yo me dejé hacer, mientras todo mi cuerpo vibraba por el firme contacto de sus dedos sobre mi codo desnudo. Caminaba ligeramente por detrás de mí, de modo que no podía verle la cara.

—¿Buena o mala?

—Por lo que a mí respecta, digna de una ovación con el auditorio en pie.

—¿En serio? —pregunté, ridículamente complacida por haber impresionado a Cole.

Me soltó y se colocó frente a mí. Enseguida eché de menos el tacto de sus manos, pero el cambio valió la pena. Yo nunca había sido la clase de chica que se desmaya cuando ve un calendario de bomberos macizos y solo había visto *Magic Mike* una vez, pero en lo que a caramelos visuales se refiere, Cole era una chocolatina con patas y tan o más tentadora.

—En serio —asintió, y en sus labios brotó una sonrisa. Sacudió lentamente la cabeza con un placer más que evidente—. No sabía que para trabajar en una cafetería se necesitaran tantas dotes comerciales.

—Soy un mujer de múltiples talentos —repliqué, e hice aletear las pestañas.

—Y que lo digas.

Respiró hondo mientras me miraba. Por mucho que lo intentara, no tenía ni idea de qué podía estar pensando.

—Eso que acabas de hacer supone una buena comisión para la galería —dijo finalmente—. Creo que vas a recibir postales de Navidad de Tiki durante el resto de tu vida.

—Eso espero. ¿Y de ti? —pregunté incapaz de morderme la lengua y

echándole la culpa al vino. Lo miré a los ojos y deseé con todas mis fuerzas que los míos fueran una ventana a mi alma, porque en aquel preciso instante quería que pudiera ver dentro de mí—. ¿Qué voy a recibir de ti?

—Eso depende de lo que tú quieras.

—De lo que yo quiera —repetí.

Cuando se trataba de Cole, ¿es que había algo que no quisiera?

—Ya te lo he dicho antes, me debes una —continuó—. ¿Quieres que nos declaremos en paz?

—¿Tú quieres?

Permaneció un momento en silencio y luego añadió unos segundos más.

—No —respondió al fin.

Levanté la barbilla bien alta.

—Me alegro.

La expresión de su rostro seguía siendo perfectamente estoica. Alzó una mano hacia mi cara, pero de pronto la dejó caer como si se tratara de un niño al que sus padres descubren haciendo algo malo.

—No pasa nada —le dije, y mi voz apenas era un susurro—. No me voy a romper.

—No estés tan segura, rubia. Soy conocido por haber roto cosas mucho más resistentes.

—Yo no soy una cosa. Y tranquilo que no me destruirás. —Dudé un segundo y di un paso hacia él. Nos separaban apenas unos centímetros, pero el aire parecía más pesado, como si a mis pulmones les costara más llenarse de oxígeno—. No pasa nada.

A nuestro alrededor, la fiesta seguía su curso, pero ninguno de los dos parecía ser consciente de ello. Era como estar atrapado en un vórtice; en nuestro pequeño rincón del tiempo y del universo, no importaba nada más, solo existíamos nosotros.

Contuve la respiración y deseé con todas mis fuerzas volver a sentir sus manos, tanto que por un momento creí percibir el sabor de su piel. Me acarició la mejilla con el pulgar y tuve que reprimir un gemido de placer al sentir el contacto de sus dedos.

De pronto apartó la mano y retrocedió, dejándome huérfana de su tacto y haciendo que todo a nuestro alrededor cobrara vida de nuevo.

—Tenía que comprobar si estaba en lo cierto —dijo.

—¿Sobre?

—Tu piel. Es como tocar una promesa.

—¿En serio? —murmuré.

—Tierna —respondió Cole—. Y un poco misteriosa. Una capa encima de otra, esperando a ser descubiertas.

Por un momento creí que no me saldrían las palabras.

—No sabía que pensaras eso —dije—. De hecho, no sabía que pensaras en mí.

Cole permaneció en silencio durante tanto tiempo que temí que no me contestara. Cuando al fin me respondió, fue como si sus palabras me atravesaran, dulces y afiladas como puñales.

—Pienso en ti más de lo que debería.

De pronto, pensé que en la galería hacía un calor insoportable y sentí que tenía la nuca cubierta de pequeñas gotas de sudor. Necesitaba respirar; era como si alguien hubiera chupado todo el oxígeno del local.

No sé cómo —de milagro, eso seguro— pero conseguí formar las palabras.

—¿En qué estás pensando?

Vi la respuesta que tanto ansiaba oír en las líneas de su cara y en el control férreo que ejercía sobre su cuerpo. La sentí en la forma en que el aire chisporroteaba y brillaba a nuestro alrededor. Incluso la olí, cálida y almizclada como el deseo.

La rotundidad de su respuesta me rodeó, me tentó sin cuartel, y, sin embargo, cuando abrió la boca sus palabras negaron la realidad. Me negaron a mí, nos negaron a los dos.

—Estoy pensando que no —dijo, y con cuatro sencillas palabras le bastó para destruirme—. Y estoy pensando que será mejor que vuelva con mis invitados.

4

Lo seguí con la mirada mientras se alejaba, aturdida por la certeza de que, a pesar de haber estado tan cerca, al final había fracasado estrepitosamente.

Ni siquiera me consolaba la idea de que al negarme a mí, también se estaba negando a sí mismo. Quería sentir sus manos sobre mi cuerpo, no solo tener la seguridad de que me deseaba tanto como yo a él.

«Coge lo que te pertenece».

La idea era tan simple, tan precisa y tan convincente que no pude evitar dar un paso hacia Cole. Había visto las llamas en su mirada. Joder, si solo me había faltado el olor a azufre. Si insistía, estaba convencida de que podía forzar una explosión.

Convencida de que mi plan solo podía ser un éxito, salí disparada detrás de él. Un paso, luego otro. Hasta que, de pronto, con la multitud girando a mi alrededor y las voces solapándose unas con otras como las notas discordantes de una canción, simplemente me detuve en seco.

«¿Realmente quiero esto?»

Sí, joder. Claro que lo quería. Ansiaba sentir las manos de Cole sobre mi piel, su cuerpo desnudo, cálido e imponente, contra el mío.

Y, sin embargo...

Sin embargo, no conseguía ir más allá. Podía forzar una explosión, cierto, ¿y luego qué? Si ardíamos los dos, ¿qué pasaría después?

¿Renoceríamos de nuestras propias cenizas como el ave fénix?

¿O el fuego destruiría todo lo que ya existía entre los dos?

Le había dicho a Sloane que había superado el punto de no retorno, que

solo podía seguir avanzando aunque significara arriesgar nuestra amistad, y lo había dicho convencida de la certeza de cada una de mis palabras. Pero de pronto el miedo y las dudas también formaban parte de la ecuación.

Aquel hombre me importaba mucho, no solo en el plano sentimental. ¿Realmente lo que sentía era tan intenso que estaba dispuesta a sacrificar todo lo demás?

—¿Estás bien?

Una voz de mujer me arrancó de mis pensamientos.

—Sí —respondí a la dueña de la voz, una chica alta y morena que me resultaba muy familiar—. Estaba distraída... y creo que un poco borracha. Demasiado vino.

—Cole y Tyler saben cómo organizar una fiesta. Soy Michelle. Creo que nos hemos visto un par de veces en el Destiny.

—Ah, claro.

Cogí la mano que me ofrecía y la estreché. El Destiny era el club para hombres de alto copete del que los caballeros eran dueños. Yo no solía frecuentarlo, pero había ido un par de veces a tomar algo con Angie mientras esperábamos a Evan, y Sloane había trabajado una temporada allí. No hacía mucho me había confesado que todavía actuaba de vez en cuando. «A Tyler le gusta», me había dicho con una sonrisa que sugería que a ella también. Y que aún le gustaba más lo que pasaba después de uno de sus bailes.

Intenté ubicar a Michelle, pero no fui capaz. Con su cuerpo, podía ser una de las bailarinas, pero no lo parecía. La recordaba vagamente en el bar. Y, a medida que el recuerdo iba ganando fuerza, empecé a ver a Cole a su lado.

—Eres amiga de Cole, ¿verdad?

El contorno de sus ojos se arrugó ligeramente.

—Sí —respondió, y por el tono de su voz, se lo estaba pasando bien—. Somos muy buenos amigos.

—Bueno —dije un poco tensa, mientras los celos me devoraban por dentro—, me alegro de verte por aquí.

Antes de seguir su camino, Michelle hizo un par de comentarios amables sobre la inauguración y yo le respondí al mismo nivel de conversación de ascensor. Nuevamente sola, necesité un momento para decidir que los celos que acababa de sentir no hacían más que confirmar que tenía que largarme de

allí cuanto antes. Debía pensar y aclararme.

Y necesitaba poner distancia entre Cole y yo.

Decidí hacer una última ronda, despedirme de todo el mundo y volver a casa, donde podría ahogar el calentón y la inseguridad con una botella de shiraz y una buena película de llorar. Con un poco de suerte, Flynn aún no habría vuelto del trabajo y podría beberme la botella entera yo solita.

Empecé a abrirme paso hacia la puerta, pero no llegué muy lejos. Me detuve a escasos pasos de mi punto de partida, bloqueada por la visión de Michelle junto a Cole, la mano de ella en su hombro y la boca cerca de su oreja.

Sí, puede que le estuviera contando algo sin importancia —«No sé si lo sabes, pero tienes una rueda pinchada»—, pero mi imaginación se decantaba más por algo tipo «¿Por qué no me llevas a la parte de atrás y te la chupo?».

«Joder».

Desde luego, yo estaba para encerrar, y todo por culpa de Cole August.

Retomé el camino hacia la salida, sin dejar de pensar en la copa de vino y la película que me esperaban en casa para animarme a seguir avanzando, hasta que de repente vi la mano de Cole sobre la curva de la espalda de Michelle y la expresión pétrea de su rostro. Y cuando los dos se detuvieron frente al hombre hinchado y con cara de niño con el que Cole había estado hablando antes, la curiosidad pudo más que yo.

Desde donde estaba, no podía oír la conversación, pero saltaba a la vista que Cole estaba cabreado y Cara de Niño, pálido y asustado.

Michelle le dijo algo a Cole y, a juzgar por las tres veces que cogió aire con movimientos lentos y medidos, supe que se estaba esforzando para no perder el control. Los dos guiaron a Cara de Niño, que no parecía demasiado contento, hacia la zona cerrada de la galería.

Dudé un segundo y los seguí.

Cuando llegué a la cuerda de terciopelo, me asomé a la zona restringida, pero no los vi por ninguna parte. El cuadro que antes me había llamado la atención estaba a la derecha y yo sabía que las oficinas estaban a la izquierda. Ambas posibilidades se encontraban al otro lado de la cuerda y yo era consciente de que si me colaba una segunda vez, estaría sacrificando mis buenos modales en favor de mi lado más cotilla.

Me encogí de hombros. Sin duda, era un sacrificio más que razonable.

Rodeé la cuerda, me quité los zapatos para no hacer ruido y me dirigí hacia el fondo del pasillo, donde se abría una gran puerta que daba paso a un segundo pasillo. Este discurría en paralelo a la sala principal de la galería y allí se encontraban las oficinas del personal, el estudio de Cole y de los artistas en exposición, los lavabos y el almacén con el material.

La puerta estaba ligeramente abierta. Casi podía considerarse una invitación, así que no me lo pensé dos veces y la crucé. Casi había llegado a la altura de la oficina de Cole cuando se abrió la puerta y apareció Michelle.

Me pegué a la pared, convencida de que mi vestido rojo era como el haz de luz de un faro y que no tardaría en percatarse de mi presencia. Sin embargo, Michelle me dio la espalda y se alejó en dirección contraria hacia el final del pasillo, que era donde Liz tenía su pequeña oficina y que hacía las veces de recepción.

En cuanto Michelle desapareció por la puerta, suspiré aliviada. De pronto me sobresaltó el sonido de un cristal al estallar, seguido de la voz furiosa aunque controlada de Cole.

—Hostia puta, Conrad. ¿Tienes idea de lo increíblemente fácil que me resultaría matarte ahora mismo? ¿Tienes idea del placer que sentiría partiéndote el cuello y acabando con tu miseria? ¿Tienes idea? ¿Eh? ¿Te lo imaginas?

No escuché la respuesta del tal Conrad, pero supuse que incluiría súplicas y lloriqueos varios.

—Si alguna vez me entero de que has vuelto a meter la nariz en los asuntos de mi gente, te juro por Dios que te arranco el corazón. Y ahora haz el puto favor de largarte de aquí antes de que pierda los nervios.

Conrad debió de tomarse las amenazas de Cole al pie de la letra, porque cuando apareció por la puerta del despacho estaba blanco como la nieve y se movía tan deprisa que todo su cuerpo se sacudía. Se giró hacia mí y se sobresaltó aún más al verme en medio del pasillo.

—¡Ah! —exclamó, y pasó corriendo por delante de mí en dirección a la puerta.

Me apoyé de nuevo contra la pared, aliviada y decidida a seguir a Conrad en cuanto mi corazón dejara de latir como un caballo desbocado.

De pronto la noche ya no parecía la más adecuada para jugar al juego de la seducción.

Respiré hondo, me aparté de la pared y me dirigí lentamente hacia la salida.

Apenas había avanzado dos pasos cuando me detuve en seco, convencida de que Cole estaba detrás de mí. No había oído ni visto nada extraño, pero podía sentir el aire crepitando a mi alrededor, como si los restos de la ira de Cole lo hicieran vibrar como un cable pelado.

—Lo siento —dije, y empecé a darme la vuelta—. No pretendía...

Pero las palabras se secaron en mis labios. Lo tenía justo delante, ocupando todo el pasillo con su cuerpo, la expresión de su cara salvaje y feroz.

Tenía los puños apretados a ambos lados del cuerpo. Podía ver el esfuerzo que estaba haciendo para controlarse y de pronto supe que una palabra mal escogida bastaría para hacerlo estallar en mil pedazos.

Aun así, no me quedé callada.

Quizá intentaba tranquilizarlo. Quizá quería verlo reventar.

Lo único que tenía claro era que quería escuchar su nombre saliendo de mis labios y ver la intensidad de sus ojos concentrada en mí.

Estaba jugando con fuego y lo peor de todo es que me daba igual.

—Cole —dije, y me callé al ver que mi voz había bastado para ponerlo en movimiento.

Recorrió el pasillo en cuatro zancadas y se detuvo delante de mí. Yo retrocedí instintivamente y sentí que una de sus manos se cerraba sobre mi brazo. Su aliento me acarició la cara mientras me daba una única orden.

—No.

Sentí que una corriente de calor me recorría el cuerpo. Emanaba del punto en el que su mano seguía apoyada sobre la piel desnuda de mi brazo. Casi podía oler su miedo, la furia salvaje y descontrolada que amenazaba con estallar en cualquier momento. Estaba alterado y era impredecible, y si yo hubiera sabido lo que era el instinto de supervivencia, habría tenido miedo.

Pero no lo tenía.

En vez de eso, todo mi cuerpo se estremecía ante la sensualidad concentrada de aquel hombre. Quería cerrar los ojos y empaparme de ella.

Quería sentirla en toda su intensidad, perder la cabeza por ella.

Quería todo lo que Cole tenía para dar... y me tocaba las narices que se negara a dármelo.

Giré la cabeza poco a poco y bajé la mirada hacia el brazo por el que me tenía sujeta, hasta el punto exacto en el que nuestras pieles se tocaban. Luego incliné la cabeza hacia atrás y lo miré de nuevo directamente a los ojos.

—Sí —repliqué, y a pesar del marrón profundo e insondable de su mirada, pude ver cómo se le dilataban las pupilas en respuesta a mis palabras.

Contuve la respiración, deseando sentir las caricias que sabía que Cole no podría reprimir mucho más tiempo, hasta que me soltó y estuve a punto de gritar de pura frustración.

—Vuelve a la fiesta, Kat —dijo.

Me dio la espalda y regresó lentamente a su despacho.

¿Qué coño estaba haciendo?

—Vete a la mierda, Cole August —le grité, ignorando la ironía de que fuera yo, y no él, la que al final había acabado estallando. Corrí tras él y lo sujeté por la camiseta justo cuando se disponía a cruzar la puerta—. ¿Crees que te tengo miedo? ¿Qué tengo miedo a esto? Pues te equivocas.

—Deberías.

Su voz sonó tan grave y amenazadora como la expresión de su cara.

Estaba al límite. Era evidente a simple vista. Y lo peor era que me daba igual. Yo también estaba al límite. Es más, sentía que me había lanzado de cabeza al abismo y de repente caía sin control, girando sobre mí misma.

No sabía dónde aterrizaría. De lo único que estaba segura era de que quería que fuera Cole quien me atrapara al vuelo.

—Puede que tengas razón —admití—, pero me importa una mierda.

Y entonces, sin saber muy bien lo que estaba haciendo, usé la camiseta a modo de soporte, me puse de puntillas y le cubrí la boca con la mía.

El beso fue como caer a través del infierno para acabar aterrizando en el cielo. Al principio Cole se mostró inflexible, con los labios rígidos y la expresión pétrea. Hasta que sentí sus dedos hundiéndose en mi melena y la otra mano sujetándome por la base de la espalda, tirando de mí hasta que todo mi cuerpo estaba apoyado contra el suyo.

Noté la erección dura como el acero a través de la tela de los tejanos, la

punta clavándose en mi abdomen.

¿De verdad me había planteado la posibilidad de rendirme? ¿De alejarme de ese hombre que era capaz de hacerme sentir cosas increíbles?

¿En qué estaba pensando? Menos mal que no había hecho caso de mis propios consejos.

Se movió contra mi cuerpo y a mí se me escapó un gemido de puro placer. De pronto fue como si el sonido hubiera roto algo en su interior y el beso se volvió más salvaje, nuestras bocas unidas como yo quería que lo estuvieran nuestros cuerpos. Su lengua exploraba y saboreaba, me volvía loca y me hacía perder el control hasta proyectarme fuera de mi cuerpo, porque ¿cómo si no iba a sobrevivir a ese subidón de sensaciones?

De repente Cole rompió el beso y se echó hacia atrás respirando con dificultad. Lo cogí por el cuello de la camiseta y tiré nuevamente de él.

—Ni se te ocurra —le espeté, y no me sorprendió descubrir que mi voz sonaba más como un gruñido que como una sucesión de sonidos articulados.

—Dios, Kat.

Temía que aquello fuera una protesta o un intento de rechazarme, así que lo sujeté aún con más fuerza y lo empujé hacia delante hasta hacerle perder el equilibrio. Soltó una maldición y en su rostro vi una mezcla de irritación y de lujuria.

También vi poder, pero el férreo control que había ejercido hasta entonces se había desmoronado por completo y su lugar lo ocupaba un deseo salvaje.

Durante una milésima de segundo, temí haber ido demasiado lejos. Hasta que de pronto se abalanzó sobre mí y ya no quedó lugar para el miedo. Solo para el deseo, la lujuria y la pasión.

Sus manos se cerraron sobre mis hombros y creí oír el sonido de una puerta al cerrarse. La estancia dio vueltas a mi alrededor mientras Cole giraba conmigo y me empotraba contra la pared.

El local que ocupaba la galería era un antiguo almacén y Cole me había empujado contra la pared original de ladrillo. Podía sentir su textura rugosa arañándome la piel de los hombros y de los brazos desnudos, y cada pequeña punzada de dolor no hacía más que aumentar la sensación de emoción al tener por fin las manos de Cole sobre mi cuerpo.

Cerró la mano sobre el cuello de mi vestido y tiró hacia abajo hasta rasgar

la tela. Yo ahogué una exclamación de sorpresa, asombrada y encantada mientras él me cubría un pecho con la mano y acariciaba el pezón, que ya estaba erecto y especialmente sensible.

Con la otra mano me levantó la falda y, mientras cerraba los labios sobre mi pecho, apartó las bragas a un lado y gimió al darse cuenta de que yo ya estaba empapada.

—Dios, te has puesto cachonda —me dijo, y me metió los dedos con brusquedad.

Yo estaba mojada y lista para lo que fuera. Mi cuerpo se tensó alrededor de sus dedos tratando de retenerlo, de sentirlo tan cerca como fuera humanamente posible.

—Kat —murmuró Cole mientras se movía del pecho al cuello y de allí a la boca—. Dios, qué bien sabes.

—No pares —le supliqué, mientras me penetraba con los dedos cada vez más adentro.

—No sé cómo lo haces, pero consigues que...

—¿Qué?

—Que sienta —dijo.

—Sí —susurré, sorprendida de que una sola palabra pudiera encerrar tantos significados—. Ah, sí.

Su boca se cerró de nuevo sobre mi pecho y yo me retorcí contra la pared, sintiendo que con cada arañazo que me hacía con los ladrillos enfatizaba la pasión que fluía entre los dos.

Quería sentirlo dentro de mí y le supliqué en silencio que me follara allí mismo, a cambio de nada, solo por el placer de hacerlo. Quería sentir que era suya, que aquel era mi lugar.

A mi derecha, a poco más de un metro de donde estábamos, había un sofá. Cole me cogió de la mano y me arrastró hacia él. Cubrió mi boca con la suya y me martirizó con la lengua, mientras con los dedos tiraba de la falda y me la subía hasta la cintura. Luego me hizo ponerme de espaldas a él y, con las manos sobre mi culo, hizo que me inclinara hacia delante, que me abriera para él, y yo gemí en voz alta porque ¿no era eso lo que llevaba toda la noche esperando? Joder, toda la noche no, ¿todo el año?

Sentí que sus dedos acariciaban la piel enrojecida de mis hombros y

contuve la respiración, consciente por primera vez de las rascadas que me habían provocado los ladrillos.

—Te he hecho daño.

—No —repliqué, y sentí que algo se rompía dentro de mí.

Me dolía, sí. Pero me gustaba.

No sabía qué podía querer decir eso, pero sabía que esa era la verdad. Me gustaba el dolor, aunque no el dolor en sí mismo, sino el que procedía de él. De la pasión que compartíamos.

Quería que él tuviese el poder para hacerme daño. Quería que lo conservara como si fuera un regalo. Porque de algún modo eso hacía que yo fuera suya.

Quería explicárselo, que lo entendiera, pero no conseguía dar con las palabras apropiadas.

—Te he hecho daño —repitió él, y esta vez no se me escapó el tono grave y agónico de desprecio hacia sí mismo que destilaba su voz.

—Eso no es verdad —susurré desesperada por tranquilizarlo y maldiciéndome por no haber encontrado antes las palabras—. Por favor, Cole, no.

Pero no me estaba escuchando y de repente me sentí desnuda y expuesta. Empecé a darme la vuelta, a intentar ponerme bien el vestido, pero no pude. Cole tenía una mano sobre mi cintura y la otra sobre mi hombro.

La de la cintura ejercía una presión constante, manteniéndome inclinada hacia delante y a su merced.

La del hombro me acariciaba suavemente la piel enrojecida, que unos segundos antes había ardido con el dolor del placer interrumpido, pero que ya solo escocía, como si se avergonzara.

—Joder —exclamó, y esta vez su voz sonó tan tenue que apenas entendí lo que decía.

—Cole —le dije suavemente—. No pasa nada.

—¿Nada?

Tenía la voz tensa, como si estuviera a punto de explotar. Me soltó y yo me incorporé, alisándome con cuidado el vestido mientras me ardían las mejillas. Uno de los momentos más eróticos y emocionantes de mi vida acababa de torcerse y ya no tenía solución.

Extendió una mano y vi que tenía los dedos manchados de sangre.

—Esto te lo he hecho yo.

—No es verdad —protesté. Me di la vuelta e intenté recolocarme el vestido—. Cole —dije con un hilo de voz—. Por favor. No has hecho nada que yo no quiera.

—¿Qué he hecho? —Su voz sonaba muy dura—. ¿Qué es lo que quieres, Kat? ¿Qué puedes querer de mí? —Extendió de nuevo las manos—. ¿Dolor? ¿Sangre?

—Puede que sí. —Levanté la cabeza y lo miré a los ojos—. Dices que te debo una. Bueno, pues estoy dispuesta a saldar la deuda de la forma que tú quieras.

—No tienes ni idea de lo que quiero ni de lo que estás diciendo.

—Y una mierda —protesté—. ¿Es que no lo entiendes, Cole? Te deseo. Me da igual lo que eso signifique, te deseo.

Algo brilló en sus ojos, algo parecido a la esperanza, pero desapareció antes de que pudiera estar segura de lo que había visto. Dio un paso atrás, y juro que nunca lo había visto tan triste.

—Puede que no tenga mucho autocontrol, pero sí el suficiente. Y no pienso arrastrarte conmigo.

—Cole, por favor.

Dio media vuelta y se dispuso a marcharse, pero al llegar a la puerta se detuvo y me miró.

—Te he roto el vestido.

Acaricié el roto del cuello por el que asomaba el encaje del sujetador y la curva de mi pecho. A pesar de la confusión, de la vergüenza y de la absoluta frustración, sentí la necesidad de romperlo todavía más. De destrozar el maldito vestido de arriba abajo. De quedarme desnuda delante de él. Para tentarlo. Para ponerlo a prueba.

En lugar de eso, lo único que dije fue:

—Sí.

—Le diré a Red que te lleve a casa —dijo él, refiriéndose al chófer que compartía con Evan y con Tyler.

—Y una mierda. Sé volver solita a mi casa.

Nuestras miradas se encontraron y por un momento creí ver

arrepentimiento en la suya. Un segundo más tarde ya había desaparecido y Cole se limitó a asentir.

—Coge una chaqueta, si quieres —dijo señalando el perchero que había al otro lado de la estancia.

Y se marchó, dejándome sola en su oficina, con el vestido roto y las emociones hechas igualmente trizas.

5

—Aguacate, salmón y crema de queso —anunció Flynn mientras ponía frente a mí un plato cargado con la mayor tortilla francesa de la historia—. Zumo de naranja —añadió, acompañando el plato con una copa de champán—. Un cóctel mimoso. Y, como ¿qué es un desayuno sin beicon?, una ración crujiente y sabrosa de grasa de cerdo.

Levanté una ceja mientras él colocaba el plato de beicon sobre la pequeña mesa de madera que ocupaba casi toda la zona del comedor de nuestro minúsculo apartamento.

—¿Y cómo pretendes que me coma todo esto?

—Poco a poco. —Llenó su plato y luego se dejó caer en una silla al otro lado de la mesa—. Considéralo el desayuno del remordimiento. Yo ayer salí y eché un polvo mientras tú te quedabas en casa a hacer la colada.

—Dicho así... —asentí, y empecé a comer.

Compartir piso con Flynn tenía muchas ventajas. Era el mejor cocinero que había conocido en toda mi vida. Siempre pagaba el alquiler puntualmente. Trabajaba como auxiliar de vuelo y a menudo se ausentaba durante varios días, lo cual me permitía pasar tiempo a solas. Y cuando estaba en la ciudad, solía hacer turnos en el John Barleycorn, un pub de la zona, con lo cual, además de cumplir con lo de mi necesidad de soledad, tenía un sitio al que ir de copas donde sabía que los camareros me tratarían bien.

Hacía años que era amigo de Angie y se llevaba genial con Sloane, por lo que no habíamos tenido ninguno de los problemas que suelen darse cuando se solapan dos grupos de amigos. Por si fuera poco, es agradable a la vista. Y es

heterosexual.

Esa era precisamente la característica que más me intrigaba aquel día desde que me había levantado. No porque quisiera acostarme con él, sino porque podía darme otra visión sobre Cole. Al menos, eso esperaba.

Mientras él batía los huevos y freía el beicon, yo le había hecho un resumen general de todo lo que había pasado la noche anterior durante la inauguración. Una vez finiquitada la versión ligeramente editada de los hechos, le pedí que hiciera de psicólogo y se metiera en la cabeza de Cole.

—Como si fuera tan fácil meterse en la cabeza de Cole August —dijo Flynn—. O, para el caso, en la de cualquiera de los tres. Pero Cole...

Dejó la frase a medias y se encogió de hombros mientras meneaba la cabeza.

—¿Qué?

—Lo conozco desde hace los mismos años que Angie, aunque yo no los veía tan a menudo como ella, sobre todo desde que Jahn empezó a pasar más tiempo en el piso y menos en la casa —añadió, refiriéndose al tío de Angie y el piso del centro que su sobrina había heredado tras su muerte, hacía algo más de un año.

—¿Pero? —insistí.

—Pero lo conozco lo suficientemente bien como para saber que no lo conozco en absoluto. —Se encogió de hombros—. Nunca se le ha dado bien eso de compartir sus pensamientos.

—Ni a mí. Y si me apuras, a ti tampoco.

Levantó las manos en alto en señal de paz.

—No es una crítica, es un hecho. Y en lo que a mí respecta, conoces hasta el último de mis secretos más oscuros.

Golpeé la tortilla con el tenedor y sonreí.

—Por eso me tratas tan bien.

—Cierto. —Se llevó la copa a los labios y bebió un trago de su mimosa—. Yo solo me preocupo por ti. Es que te comportas como si se hubiera convertido en una obsesión. Y tú no eres el tipo de chica que se obsesiona con nada.

Tenía razón, así que preferí no decir nada.

—Deberías alejarte de él. Es decir, por un lado, es más o menos lo que te

ha dicho que hagas. Y por el otro, no hay ni una sola persona en el mundo que merezca la cantidad de energía mental que tú has invertido en este tío.

Fruncí el ceño y pensé en lo que acababa de decir.

—¿De verdad lo crees?

—¿El qué?

—Que nadie merece tanto la pena.

Aquella idea me puso triste y no pude evitar pensar que Flynn se sentía más solo en el mundo de lo que yo creía.

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Puede que sí. Puede que no. Supongo que aquí la pregunta importante es si Cole vale la pena. —Me dedicó una de sus sonrisas de sátiro—. Es decir, si lo único que quieres es echar una cana al aire, estoy dispuesto a sacrificarme por ti.

Lo miré y puse los ojos en blanco.

—Ni aunque viviera un millón de años. Tu experiencia como profesional dejaría mis habilidades a la altura del betún.

Flynn sonrió.

—Estoy retirado, ¿recuerdas?

—Y yo me alegro.

Durante unos meses, Flynn había completado su sueldo acostándose con mujeres de alta alcurnia, señoras aburridas y siempre mayores que él. Estaba convencida de que Angie sospechaba la verdad, pero yo era la única que lo sabía a ciencia cierta, básicamente porque había tenido sospechas y un día le había sacado el tema.

Pero, a pesar de que yo conocía su secreto, él seguía sin conocer los míos. Y de momento no se me ocurría ninguna razón de peso para alterar el *statu quo*.

—Aun así —continué—, sería raro. Imagino que debe de ser muy tentador verme día sí, día no y no poder tener un trozo de mí —añadí alegremente—. Tranquilo, estoy seguro de que sobrevivirás al dolor de pelotas.

Flynn sonrió.

—Por eso te quiero, Kat. No te tragas mis mierdas.

—No me trago las mierdas de nadie.

—Excepto las de Cole.

Fruncí el ceño porque debía admitir que tenía razón.

Ya que estábamos celebrando el día de la Pobre Katrina, Flynn me libró de mi parte del trato, que consistía en que él cocinaba y yo limpiaba. Mientras él recogía los platos, los aclaraba y ponía el lavavajillas, yo lo observé en silencio, dejando que mi mente repasara la conversación.

La verdad era que, aunque no tuviéramos la típica relación incómoda entre amigos, tenía claro que nunca me acostaría con Flynn. De hecho, no solía acostarme con prácticamente nadie porque sabía lo que venía después. Cómo reaccionaría yo. Cómo me encerraría en mí misma.

Ese era el motivo principal por el que estaba segura de que mis sentimientos por Cole eran verdaderos. Tenía que insistir u olvidarme del tema cuanto antes y para siempre. Porque aunque sabía lo que acabaría pasando, aunque sabía los recuerdos que acabarían asaltándome y las sombras que aparecerían cuando menos lo esperara para consumirme, aún lo deseaba desesperadamente, como nunca antes había deseado a ningún hombre.

De pronto me di cuenta de que estaba temblando y me cubrí el pecho con los brazos para protegerme de los recuerdos.

Flynn se dio cuenta y frunció el ceño.

—¿Estás bien?

—Solo es un escalofrío. Anoche no pegué ojo.

—No me sorprende. —Apuró su copa y me miró fijamente—. Tienes que hablar con él, así de sencillo. Lo sabes, ¿verdad? Si no tienes intención de pasar del tema, no te queda otra que tragarte el orgullo y forzar la conversación. El tío está loco por ti. Tú estás loca por él. Te has acercado bastante y, aun así, no te ha tirado encima de la cama ni te ha arrancado la falda a bocados. Tienes que preguntarle por qué.

—Lo he intentado.

—Pues inténtalo otra vez.

Me encogí de hombros. Empezaba a cansarme de que la conversación girara a mi alrededor.

—Sigues queriendo alquilar una de las habitaciones de mi casa, ¿verdad?

Por un momento, creí que no iba a contestar y temí que se burlara de mi

intento más que evidente de cambiar de tema. Por suerte, cuando respondió fue para decir:

—Joder, claro. Pero deberías dejarme pagar la mitad de la hipoteca.

—Ni hablar. Es mi casa. O lo será la semana que viene. Tú solo alquilas una habitación. El trato ya está cerrado.

Sabía que Flynn iba justo de dinero. La compañía aérea en la que trabajaba no dejaba de quitarle turnos y las propinas como camarero tampoco daban para tanto. No quería que volviera a sus tiempos de gigoló, pero si en algún momento se veía en apuros, sabía que eso era precisamente lo primero que se le ocurriría.

Me levanté de la mesa.

—Gracias por el desayuno y por la conversación. Será mejor que me ponga en movimiento. Tengo que hacer unos recados y luego me esperan más planes para la boda, y esta noche pretendo acostarme pronto porque mañana, antes de que se haga de día, tengo que estar sirviendo cafés. Mi vida está tan llena de emociones...

—Sé que no es la primera vez que te lo digo, pero te admiro por ser capaz de comprarte una casa con un sueldo de camarera.

—Soy el tipo de chica que siempre consigue lo que quiere —dije, sin mencionar que mi plan incluía fingir un trabajo que no tenía en la galería y sacar la paga y señal de la caja de seguridad en la que guardaba el dinero que había ahorrado año tras año gracias a los timos.

—¿De eso se trata? —preguntó Flynn.

Lo miré fijamente, confundida.

—¿De qué estás hablando?

—Cole —respondió él—. ¿Estás forzando la máquina porque se te ha antojado y no puedes tenerlo?

—No —repliqué de forma automática—. Por supuesto que no.

Pero mientras me dirigía hacia mi dormitorio para acabar de vestirme, me pregunté si Flynn no tendría razón. Todo lo que creía sentir por Cole ¿no era más que un ataque de orgullo? ¿O realmente se trataba de algo mucho más profundo?

Y siendo la principal implicada como era, ¿cómo se supone que iba a saber la diferencia?

Como creía que Flynn tenía razón, cancelé los recados relacionados con la casa que tenía pendientes y fui a la galería para hablar con Cole.

—Aún no ha llegado —me dijo Liz, la rubia que se ocupaba del día a día de la galería y que antes había sido una de las bailarinas del Destiny.

Una de las cosas más chulas que hacían los caballeros era ayudar a las chicas que trabajaban en el club a encontrar un trabajo en el que no tuvieran que sacarse la ropa si no querían. Incluso llegaban a pagarles los estudios o las prácticas, y Tyler era el dueño de una empresa de trabajo temporal a la que muchas de las chicas acudían cuando estaban listas para seguir su camino.

Aún mejor que eso era que algunas de las chicas habían sido captadas por una mafia de trata de blancas y los chicos habían conseguido liberarlas y encontrarles un trabajo remunerado. Se trataba de una operación encubierta, pero tanto Angie como Sloane estaban tan orgullosas de lo que sus parejas habían hecho que no se habían podido resistir y me lo habían contado.

Desde entonces, los tres caballeros seguían trabajando de vez en cuando para los federales que habían desmantelado aquella red de trata de blancas. El caso aún estaba siendo investigado, pero cualquier día podía empezar el juicio, que sin duda sería un auténtico circo mediático.

—La inauguración salió genial —le dije a Liz—. Hiciste un trabajo increíble organizándolo todo.

—Gracias —respondió ella visiblemente halagada—. ¿Quieres que le deje una nota o algo?

No estaba segura de querer, pero me pareció extraño pasarme por allí y no dejar ni un mísero recado. Además, dejar una nota era propio de gente civilizada.

—¿Te importa que entre y se la deje yo misma en su mesa?

—No, adelante —dijo Liz, sonriendo de oreja a oreja.

Esta vez, mientras recorría el pasillo de las oficinas, vi que la puerta del estudio de Cole estaba abierta. Me pareció ver algo que me resultó familiar y me detuve frente a ella. Era la imagen de la espalda desnuda de una mujer, la misma imagen que yo ya había visto antes.

El lienzo descansaba sobre un caballete y, aunque en un primer momento

pensé que se trataba del mismo retrato que me había llamado la atención la noche anterior, enseguida me di cuenta de que en este el ángulo era diferente. Era otro estudio de la misma mujer.

Había además otra diferencia muy evidente. Este estaba firmado con una rúbrica que yo conocía muy bien.

«Cole».

Recordé la conversación e intenté disimular una sonrisa. De pronto entendía por qué parecía tan seguro cuando me había dicho que la galería seguiría exponiendo el trabajo de aquel artista.

Sin darme cuenta, había entrado en el estudio y estaba apenas a unos centímetros del lienzo. La perspectiva de la mujer era casi idéntica a la del retrato de la galería, con algunas sutiles aunque importantes diferencias.

Al igual que en la obra original, la mujer del cuadro sugería belleza y también pureza. Transmitía energía y dinamismo, aunque también control. Estaba viva y era consciente de su propia excepcionalidad. Era una diosa en la tierra.

Cole dominaba el pincel con tanta maestría que, a partir de una simple pincelada, era capaz de evocar un abanico de emociones y un catálogo de interpretaciones, a cuál más vívida. Siempre había sabido que tenía talento, pero de repente, de pie frente a su obra, me daba cuenta de que sus habilidades se parecían mucho a las de un genio.

Retrocedí con la intención de empaparirme de la belleza de la imagen. En ese momento, era lo más cerca que iba a estar de Cole y no quería malgastar el momento ni la oportunidad.

A diferencia del retrato que colgaba en la galería, esta otra imagen no estaba oculta tras la fuente, por lo que no había nada que se interpusiera entre la mujer y los espectadores. Los detalles de su espalda eran más precisos, incluidas las marcas del biquini que le daban una calidad más humana. Por si fuera poco, la imagen llegaba más abajo y mostraba unos centímetros más de la cadera y un par de pequeños hoyuelos justo por encima de la curva de las nalgas.

Yo tenía dos hoyuelos como aquellos. Cuando era pequeña los odiaba. Ahora, en cambio, los consideraba un punto a mi favor. Eran sexis y provocadores, y Cole debía de pensar lo mismo o no los habría incluido...

De pronto me quedé petrificada, sin poder apartar la mirada de una zona por debajo del hoyuelo izquierdo de la modelo. ¿Eso era...?

Me incliné sobre el lienzo y se me escapó una exclamación de sorpresa. Era un tatuaje.

Peor aún, era una expresión latina. *Ad astra*. «A las estrellas».

En un acto reflejo, me llevé la mano a la espalda, justo por debajo del hoyuelo. Era el mismo tatuaje y las mismas palabras en latín, palabras que conocía desde pequeña porque eran la expresión favorita de mi padre.

Retrocedí para poder contemplar el retrato al completo. Era yo, ya no tenía ninguna duda. Aquella era mi cintura. Y mi pelo. Incluso la forma en que la modelo inclinaba la cabeza ligeramente a un lado, tal y como hacía yo cuando pensaba.

Me había visto reflejada, había analizado mi propio retrato, sin ni siquiera darme cuenta.

Más grave aún, no sabía que Cole me estuviera usando como modelo.

¿De qué demonios iba aquello?

Recordé todas las veces que había tomado el sol en el piso de Angie. Las veces que Evan nos había llevado a navegar en su barco.

¿Cole había aprovechado para observarme?

Y no solo para observarme, sino también para estudiarme.

Recorrí todo el taller y descubrí que la del caballete no era la única imagen de mí. La mesa estaba cubierta de bocetos. Los revisé y me vi a mí misma devolviéndome la mirada, sopesando la curva de mi propio cuello o el tamaño de mis pechos.

En lo práctico, el de Cole era un trabajo excepcional, pero eso no era lo que me intrigaba.

Cole me deseaba.

Al menos se sentía atraído e intrigado por mí.

Obsesionado.

Por lo visto, eso también lo teníamos en común.

Entonces ¿por qué se estaba esforzando tanto para mantenerse alejado de mí?

Respiré hondo y miré a mi alrededor, observé la sala espaciosa y llena de luz a través de los ojos de Cole. Estaba repleta de mí. O, al menos, de una

versión.

Pero la chica del cuadro y de los bocetos estaba llena de luz. Transmitía pureza y dulzura. No había nada en ella que sugiriera un pasado secreto o una arista en su carácter.

Esa chica era yo y, al mismo tiempo, no lo era. De pronto el placer que había sentido al reconocermelo se transformó en una sensación fría y desagradable.

No sabía a quién veía Cole cuando me miraba, pero seguro que no era Katrina Laron ni ninguno de los otros nombres que había usado a lo largo de los años.

Ni siquiera veía a Catalina Rhodes, la chica con cuya identidad había venido a este mundo, pero que había desaparecido hacía tanto tiempo.

¿Acaso no me había mirado de verdad?

¿O quizá veía algo en mí que yo llevaba mucho tiempo ocultando a todo el mundo, incluida a mí?

6

El plan inicial era ir directamente de la galería al hotel Drake, donde había quedado con las chicas para hacer el vermut antes de que Sloane y yo nos fuéramos por nuestro lado para planear la despedida de soltera de Angie. Esa habría sido la opción inteligente, teniendo en cuenta que podía haber ido andando de un sitio a otro en menos de quince minutos, cinco si iba en coche.

Pero estaba inquieta y de mal humor, así que decidí dar un rodeo desde el River North, el distrito de las galerías, hasta mi futuro vecindario en Roscoe Village, añadiendo al trayecto una hora de reloj entre el viaje de vuelta y el tráfico. Eso por no mencionar los minutos que pasaría contemplando desde el coche la segunda cosa que más me obsesionaba en la vida.

Al igual que Cole, mi casa iba a necesitar cantidades ingentes de cariño y de cuidados varios. A diferencia de él, el aspecto general de la fachada en su estado actual dejaba bastante que desear.

Precisamente por eso la había podido comprar tan barata. O al menos relativamente barata. Teniendo en cuenta que la casa tenía menos de noventa metros cuadrados, un solo baño y que necesitaba electrodomésticos nuevos, no estaba muy convencida de que la cantidad de seis cifras que estaba a punto de desembolsar a cambio de las llaves fuera realmente una «ganga».

Pero iba a ser mía y por esa sensación sí valía la pena pagar lo que fuera.

Quizá por eso había sentido la necesidad de ir a verla después de encontrar los bocetos en el taller de Cole. Verlos me había provocado una desagradable sensación de inquietud y de inseguridad en mí misma y en mis objetivos. Y que él los hubiera dibujado con tanto esmero y tanto amor por el

detalle me dejaba igualmente confusa acerca de sus deseos.

Teniendo en cuenta todos los lienzos que había dedicado a mi imagen, lo normal habría sido que aprovechara la oportunidad para acostarse conmigo. Sin embargo, me había dejado plantada y con la cabeza dándome vueltas.

La casa me tranquilizó. Era tangible. Madera y ladrillo, piedra y clavos.

En ella, lo que veías era lo que había.

Con Cole, en cambio, las cosas eran muy distintas.

Suspiré, porque esa era la conclusión, ¿no? ¿Por qué me había alejado varios kilómetros de mi destino e iba a llegar tarde a la reunión con mis amigas? Porque mi cerebro dedicaba cada segundo de cada día a intentar resolver el misterio que para mí era Cole. Y la verdad es que, de momento, no lo estaba haciendo demasiado bien.

Superada por la frustración, bajé del coche y me dirigí hacia el porche de entrada. Apoyé la frente en el cristal de la ventana y miré dentro. Ahí estaba el maltrecho suelo de madera que en breve lijaría y barnizaría de nuevo. Y allí estaban las paredes que parecían pedir a gritos una mano de pintura.

De pronto me di cuenta de que era más que una simple casa. Era un ancla. Ochenta y cinco metros cuadrados que me ataban a Chicago, a mis amigos y a la vida que me había forjado aquí.

«Katrina Laron».

En algún momento del trayecto, esa era la mujer en la que me había convertido.

Observé el interior de la casa a través de la ventana y suspiré. ¿Realmente me molestaba no poder entender a Cole? ¿Me sentía frustrada porque su visión de mí era la de una mujer pura e inocente? Bastante injusto por mi parte, teniendo en cuenta que yo era la mujer que cambiaba de identidad cada cinco minutos.

Hipócrita, te llamas Katrina. O Catalina. A veces incluso Kathy.

Dios, mi vida era un desastre.

La casa aún no era mía, así que técnicamente no podía entrar. Por suerte, los tecnicismos nunca me habían interesado porque solo representaban un problema si alguien te pillaba saltándote las reglas. E incluso así, solía zafarme sin demasiados problemas gracias a mi poder de convicción.

La llave estaba guardada en el candado digital que colgaba del pomo de la

puerta y que solo podían usar los agentes inmobiliarios. Sin embargo, aquella no era mi primera visita; por norma general, solía ir con Cyndee, mi agente, y tenía la experiencia suficiente para saber que no conviene perder una oportunidad cuando se presenta.

Por eso, el día que Cyndee introdujo la clave electrónica en el candado para sacar la llave, yo presté atención al código. Aún lo recordaba perfectamente —a mi padre nunca le habían preocupado las notas del colegio, pero si por casualidad se me olvidaba algo que él me hubiera mandado memorizar, me pasaba una semana en casa castigada.

Introduje el código, cogí la llave y entré en mi futura casa.

El aire estaba viciado y olía a cerrado. Aún no era mediodía, pero dentro hacía calor. Aun así, respiré hondo, porque aquel ambiente cargado y todo lo que lo rodeaba en breve me pertenecerían.

No había muebles, así que no me senté. Y no había ido con un propósito en particular; recorrí la casa, observé las habitaciones e imaginé todo lo que podría hacer para arreglarlas. Porque sabía que podía hacerlo.

De pronto entendí por qué estaba tan decidida a ir y suspiré. Quizá no podía conseguir lo que quería de Cole, pero lo que sí podía hacer era ocuparme de la casa aunque me fuera la vida en ello.

No tardé demasiado en completar el circuito: sala de estar, cocina, habitaciones y lavabo. Me asomé al jardín trasero y regresé a la puerta de entrada, a mi coche, a mis amigas.

Estaba a punto de salir al porche cuando me sonó el teléfono. Lo saqué del bolsillo trasero de los tejanos y, al ver la pantalla, contuve la respiración. «Cole».

Durante unos segundos no supe qué hacer, pero me negaba a dejar que saltara el buzón de voz, aunque seguramente habría sido la mejor opción. Me mordí el labio inferior y apreté el botón verde con el pulgar.

Eso sí, no dije nada. Aquel sería mi pequeño homenaje a los intercambios pasivo-agresivos.

—Liz me ha dicho que te has pasado por la galería.

Su voz sonaba firme. Suave. Y yo seguía sin poder leer entre líneas.

—Sí.

—Si has venido buscando una disculpa...

—¡No! —Solté la palabra sin pensar y enseguida me arrepentí. A la mierda la frialdad y la compostura—. Joder, Cole —le dije, y aunque mis palabras fueran duras, mi voz sonaba tranquila—. ¿Es que no entiendes que no hay nada por lo que disculparse?

Se hizo un silencio tan largo que por un momento temí que la llamada se hubiera cortado. Cuando por fin escuché las palabras de Cole, fue como si flotaran entre los dos, cargadas de emoción y de arrepentimiento.

—Me provocas, Kat.

—Supongo que estamos empatados.

Su risa profunda y masculina fue como un bálsamo que me hizo sonreír.

—Estás loca, rubia.

—Te equivocas —repliqué—. Me considero una chica lista, Cole. Y sé lo que quiero. ¿Y sabes qué más sé? —pregunté, pero no le di tiempo para que me contestara—. Que te deseo.

—¿En serio? ¿Y qué crees que quiero yo?

—A mí —respondí, y esperé que mis palabras no me alejaran todavía más de él.

Cole no dijo nada, ni para asentir ni para protestar, así que seguí presionándolo.

—He estado en tu estudio. He visto los cuadros y los bocetos.

—Vale —dijo él lentamente—. ¿Y qué te parecen?

—Las imágenes son impresionantes, pero eso ya te lo dije anoche cuando me encontraste frente al cuadro de la galería.

—Un momento enternecedor. La mujer hermosa que no es consciente de que está contemplando su propio reflejo.

—Muy bonitos —continué, ignorándolo—, técnicamente perfectos. Puros. Pero sigo sin ser yo.

—Te equivocas —replicó Cole.

—Y una mierda. Yo no soy pura, no soy inocente. Por Dios, Cole, no hace ni veinticuatro horas tenías los dedos metidos dentro de mí y te recuerdo que no fui yo quien se rajó.

—Kat...

—No, escúchame. Por favor, Cole. ¿Es que no lo entiendes? No soy la chica de tus cuadros. No soy un ángel. ¿Tienes idea de cuánto te deseaba ayer

por la noche? Lo quería todo de ti. Tu boca, tu polla.

—Joder, Kat.

Sentí el fuego que ardía en su voz y noté que se me aceleraba el pulso ante la posibilidad de que quizá, y solo quizá, por fin estuviera llegando hasta él.

—Cuando me dejaste a medias, juro por Dios que te maldije como un marinero. ¿Crees que la inocente modelo de tus cuadros haría algo así?

No dijo nada y yo seguí insistiendo, decidida a ganar la batalla. La batalla y luego la guerra.

—Tú también te morías de ganas de hacerlo —le dije—. Dime que sí. Por favor. Necesito saber que no estoy loca. Necesito saber que ayer por la noche me deseabas tanto como yo a ti.

—Te deseo desde el primer momento en que te vi.

Cerré los ojos y mi cuerpo se deshinchó aliviado al escuchar el reconocimiento de lo que yo estaba tan segura de saber. Me apoyé contra una de las paredes cubiertas de mugre de la casa que pronto sería mía, suspiré y me dejé caer lentamente hasta el suelo.

—Soy tuya —dije—. Cuando quieras. Donde quieras. Como tú quieras —añadí susurrando la última parte.

—No —replicó él—. No puedo.

Me estremecí al escuchar la determinación que transmitía su voz.

—No puedo —repitió—. No puedo escoger cuándo, dónde ni cómo, pero cuando te miro... cuando te pinto...

Su voz se había teñido de emoción. Me aferré con todas mis fuerzas a sus palabras e intenté empaparme del momento, porque ¿quién sabía cuántos momentos más como aquel me esperaban?

—Cuéntamelo.

—Pon el teléfono en manos libres —dijo—. Déjalo a tu lado.

Apreté el botón que conectaba el altavoz.

—Ya está.

—Muy bien. Tienes que entender que cuando te pinto, no es solo una imagen de ti lo que tengo delante. Es tu carne. Tu sangre.

—Soy yo.

—Sí. El color de tu cabello. La curva de tu cuello, la línea de tus pechos.

La indeterminación de antes había desaparecido y en su lugar brillaba un poder masculino que emanaba de cada una de sus palabras. Como si al pintarme, me hubiera reclamado para sí mismo y yo no tuviera más elección que someterme a su voluntad.

—Sigue —susurré.

Aún tenía los ojos cerrados, pero en mi imaginación me vi sentada sobre una manta en Oak Street Beach. Tenía la mirada perdida en el mar, pero Cole estaba a mi lado, un poco apartado, y solo podía verlo gracias a la visión periférica.

Apenas lo veía, pero sí podía sentir su presencia. Cada roce del lápiz sobre el lienzo era una tentación; cada toque del pincel, una caricia.

—Cuando te pinto, siento que eres mía, Kat. Puedo tocarte, acariciarte y contemplarte hasta saciarme de ti.

La sangre latía con fuerza en mis oídos y tenía la piel muy caliente. Me levanté la camiseta y suspiré al sentir la caricia de la brisa sobre el estómago.

—Y te veo con más claridad que nunca, Kat —continuó Cole—. El pincel no miente. Cuando lo deslizo sobre la línea de tu cintura o sobre la curva de tus caderas, no solo cobran vida sobre el lienzo las líneas y las formas de tu cuerpo; también lo haces tú. Dime, Kat, dime que lo entiendes.

—Sí —respondí, porque en aquel momento no se me ocurría ninguna otra respuesta.

—Cuando te pinto, es como si te capturara. Luz. Sombras. Veo mucho más de lo que luego plasmo en el lienzo, Kat. Lo veo todo. La cara que enseñas en público, las partes más íntimas de ti que siempre mantienes escondidas.

Emití un ruidito a modo de protesta porque lo que Cole acababa de decir no podía ser cierto. Era imposible que me conociera tan bien o que hubiera descubierto mis secretos.

—¿No lo sientes, Kat? ¿No sientes mis ojos explorando tu cuerpo, evaluándolo, decidiendo qué quiero enseñar al mundo y qué quiero guardarme para mí solo?

«Mi cuerpo», pensé aliviada. «No se refiere a mis secretos, sino a mi cuerpo».

—Sí que los siento —susurré, y mi voz sonó ligera como el viento.

—El pincel deslizándose suavemente por tus labios —continuó mientras yo me llevaba la punta del dedo a la boca—. Y luego hacia abajo hasta posarse sobre tus pechos, hasta explorar el abismo que se abre entre ellos y el brillo que desprende tu piel, como si, cuando el sol te acaricia los pezones, fuese transparente. ¿Se te han puesto duros, Kat?

—Mucho.

—Sujétate uno entre los dedos y pellízcalo con fuerza. Quiero que se ponga más duro, que se tiña de un rojo intenso y sensual. Quiero pintarte excitada, Kat. El brillo de tu cara y el color rosado de tu piel. Adelante, Kat. Hazlo y deja que te mire.

—Pero no estás aquí conmigo —protesté, aunque obedecí sin pensármelo dos veces.

—Siempre estoy contigo —replicó él, y sus palabras se mezclaron con el gemido que se me escapó de entre los labios al apretar con fuerza la piel más sensible del pezón.

Arqueé la espalda y, al susurrar su nombre, me regaló un gruñido grave y masculino.

—Quiero pintarte mientras te corres —continuó—. Quiero capturar el éxtasis en tu rostro, Kat. Déjame que lo haga, mi pequeño ángel. Déjame pintarte.

—Cole...

Escuché el tono de protesta en mi propia voz, la timidez, repentina e inoportuna.

—No —me cortó—. Nada de protestas ni de negativas. Quiero verte. Quiero ver cómo tu cuerpo se tensa hasta explotar. Quiero presenciarlo, Kat, aunque solo sea en mi imaginación.

Me pasé la lengua por los labios, deseosa de compartir aquella experiencia con él, pero sin saber si era posible. Nunca me había corrido con un hombre que llevara la voz cantante en la cama. No desde... hacía mucho, mucho tiempo. Pero esto...

Quizá así...

—¿Dónde estás?

—En casa.

—¿Sola?

Pensé en todo lo que me había dicho hasta entonces.

—¿Tú qué crees?

Cole se echó a reír.

—Algunas mujeres prefieren tener público.

—Ah. —Pensé en lo que había dicho antes sobre mi supuesta inocencia.

Quizá en el fondo no estuviera tan equivocado como yo creía—. Estoy sola.

—¿Qué llevas puesto?

—Unos tejanos. Y una camiseta.

—Quítate los tejanos. Déjate solo las bragas.

—Pero...

—No —me interrumpió—. No discutas conmigo. Haz lo que te digo o cuelga.

Sentí que una sonrisa se me dibujaba en los labios mientras me quitaba las sandalias y luego me contoneaba hasta deshacerme de los tejanos.

—Vale, ya está.

—En tu casa —dijo él, y por el tono de su voz parecía que se estaba divirtiendo— hay una hilera de ventanas por encima del porche, y hoy hace un día estupendo. El sol debería entrar a raudales.

Mis ojos se dirigieron hacia el diseño en forma de tablero de ajedrez que los rayos del sol proyectaban sobre el gastado suelo de madera, bloques de luz atravesados por las sombras de los marcos de las ventanas que sostenían los cristales en su lugar.

—¿Cómo lo sabes? Solo has estado aquí una vez.

—Estuve muy atento —dijo Cole.

—¿Porque siempre lo estás? ¿O porque sabías que iba a ser mi casa?

—Acércate a la luz —dijo él, y aunque no era una respuesta, enseguida detecté la verdad en su voz.

Puede que estuviera acostumbrado a prestar atención a lo que tenía alrededor, pero se había fijado especialmente en la casa porque sabía que iba a ser mía. Porque al mismo tiempo se estaba fijando en mí.

¿Cómo podía ser que no me hubiera dado cuenta hasta entonces? ¿Cómo había podido temer que la atracción que creía ver en su cara no fuera más que el reflejo de la que sentía yo, sobre todo sabiendo que era evidente que se había fijado en mí, que me había deseado desde hacía tanto tiempo que solo

podía lamentarme al pensar en las oportunidades que habíamos desperdiciado y que nunca recuperaríamos?

—Kat —dijo la voz firme—. Obedece.

—Ah.

Me situé bajo la luz del sol y no pude reprimir un suspiro de placer al sentir la intensidad y la calidez de sus rayos por todo el cuerpo. La casa no tenía aire acondicionado —al menos no desde que los inquilinos se habían marchado— y mi cuerpo estaba a punto de derretirse. De pronto, mientras el sol me acariciaba las piernas desnudas, sentí una intensa sensación de relajación, incluso de sueño.

Sin saber por qué, me sentí sensual. Y cachonda al mismo tiempo.

Era una mezcla interesante y no podía negar que me gustaba.

—Quiero pintar las formas que la luz dibuja sobre tu vientre —me dijo—. Trázaslas tú con los dedos, hazlo por mí. Deslízalos por encima de la piel. ¿Lo estás haciendo? ¿Sientes cómo el calor se filtra lentamente en tu cuerpo?

—Sí.

—Es la luz del sol, Kat. Y es mi pincel. Mis ojos. La forma en que te observo. El temblor de tus músculos cuando te toco. La contracción refleja de tu vientre cuando estás excitada.

Tragué saliva. Tenía razón. Mi cuerpo estaba haciendo todo lo que él decía, y además sentía el sexo en tensión entre las piernas, desesperado por una caricia de Cole, a pesar de que él ni siquiera estaba presente.

—Háblame de tus bragas.

—Son de algodón. Tipo biquini. Aburridas.

—Aburridas, no. Ahora mismo te estoy imaginando con ellas puestas. Cachonda y casi desnuda con tus aburridas braguitas de algodón... inocentes y atrevidas al mismo tiempo —añadió antes de que yo pudiera protestar—. Dime algo, Kat. ¿Están mojadas?

—Vaya que sí.

—¿Estás segura?

—Pues...

—Mete una mano dentro y déjame verlo. Espera, que pinto esa imagen en mi mente. Tú, tumbada boca arriba con la camiseta marcándote las tetas y los dedos dentro de las bragas mientras te tocas. Mientras yo te toco.

—Cole...

—¿Te quejas? —me preguntó y, por el tono de su voz, era evidente que se estaba divirtiendo—. Has sido tú la que te has ofrecido a hacer esto, Kat.

—Pero qué dices —protesté, pero yo también me estaba aguantando la risa.

—Lo que yo quiera —dijo Cole, y al volver a hablar, la nota alegre de antes se había desvanecido y su lugar volvían a ocuparlo el deseo y la autoridad del principio—. Tócate, nena. Tócate y piensa en mí.

—Pero...

No pude terminar de concretar la idea, básicamente porque mi cabeza era incapaz de completar un solo pensamiento coherente. Mi mente estaba cubierta por una espesa neblina, repleta únicamente de promesas de placer y de la dulce tentación de las manos de Cole sobre mi cuerpo, aunque no fuera más que una fantasía.

Poco a poco, porque quería recrearme en la sensación, apoyé la palma de la mano sobre el vientre y fui bajando, deslizando los dedos por debajo de la cintura de algodón de las bragas, jadeando suavemente. Porque no era mi mano, sino la de Cole. No era mi deseo el que estaba satisfaciendo, sino el suyo.

—Eso es —murmuró—. No pares. Quiero sentir lo mojada que estás. Quiero verte bañada por los rayos del sol y abriéndote de piernas para mí. Más abajo, Kat, no te pares, y dime qué sientes.

—Estoy mojada —dije consciente de que acababa de darle una nueva dimensión a la expresión «quedarse corto». Estaba empapada. Y al borde de la desesperación. Toda yo era un amasijo de deseo carnal y de calentones salvajes y descontrolados—. Estoy muy mojada y me gustaría que fuera por tu mano y tus dedos.

—Lo es, Kat, lo es. Bueno, aún no. ¿Lo sientes? ¿El suave cosquilleo que va subiendo por el interior del muslo? ¿Sabes qué es?

Ya no podía ni hablar, así que respondí que no con la cabeza. Cole debió de percibirlo de alguna manera, porque continuó.

—Es mi pincel. Las cerdas te van acariciando la piel hasta llegar al coño. Ahora bailan sobre el clítoris, suavemente, con un movimiento sensual.

De pronto me di cuenta de que me había olvidado de respirar.

—Con movimientos suaves, pequeña. Acaríciate como lo haría mi pincel. Un dedo encima del clítoris, apenas rozándolo. Luego métete un dedo. Primero imagínate que es mi dedo y luego, la punta de mi pincel, porque te voy a follar de todas las formas imaginables.

Llegados a este punto, yo ya no podía parar de gemir. Quería lo que Cole me estaba describiendo, algo salvaje, retorcido e inesperado, y aun así tan personal, tan propio de él —de los dos— que sentí que me excitaba como nunca antes.

—Ha llegado la hora de correrse, preciosa. ¿Se te ha puesto duro el clítoris? ¿Lo tienes sensible?

—Dios, sí.

—Pues suavemente al principio, con más fuerza si es necesario. Es mi boca encima de ti. Mi lengua saboreándote, jugueteando con tu dulce campanilla. No te puedes imaginar lo bien que sabes. Podría pasarme el día entero comiéndotelo y luego seguir por la noche.

—Por favor —murmuré mientras me acariciaba el clítoris con la mano, aumentando y reduciendo el ritmo, mientras el mundo giraba sin control a mi alrededor y yo flotaba en el aire, empujada por la voz profunda y acaramelada de Cole.

La sensación era maravillosa: pasión y placer con un potencial inimaginable.

En realidad, no esperaba agotar ese potencial, pero no pasaba nada. Solo el viaje con Cole ya valía la pena. Saber que él era quien me hacía sentir de aquella manera, como si tuviera la piel cubierta por pequeñas descargas eléctricas. Como si, llegado el momento, pudiera echarme a volar.

—Ya casi está, pequeña. Estás tan mojada, tan cachonda. Un poco más. Solo un poco más y luego quiero que te corras para mí. Venga, preciosa. Explota conmigo ahora mismo.

Gemí y me doblé como un arco, sorprendida y maravillada y colmada por un placer puro e inigualable. El orgasmo me atravesó como un rayo, rápido y poderoso, y aún más violento porque no me lo esperaba y no tenía defensas tras las que protegerme. Intenté respirar, intenté que mi cuerpo bajara de nuevo a la tierra, pero solo pude dejarme arrastrar hasta que por fin la sensación se fue diluyendo y me encontré hecha un ovillo sobre el suelo de

madera de la casa, con los brazos alrededor de las rodillas y el cuerpo temblando con las últimas réplicas de la satisfacción más absoluta que acababa de experimentar.

—Katrina —murmuró Cole.

—Cole.

Me tumbé de lado en el suelo para poder ver el teléfono e intenté imaginar que era Cole el que estaba junto a mí, acariciándome. Que había sido él quien me había llevado hasta el orgasmo —una hazaña asombrosa— para luego abrazarme con fuerza. Y que aún no me había soltado.

—Nena, escucha —dijo. El tono de su voz, más serio de lo que el momento requería, hizo que le prestara toda mi atención—. No veo lo que no está ahí y tampoco pinto lo que no veo.

Fruncí el ceño, sin entender lo que intentaba decirme.

—Dices que la de los cuadros y los bocetos no eres tú, pero te equivocas. Te has adueñado de mis días y de mis noches. Te conozco, Katrina Laron, y eres más inocente de lo que crees. Te he hecho disfrutar y ahora me perteneces. Pero puede que no como tú crees.

—No te entiendo.

—Lo sé. Ya me entenderás. De momento, quiero que sepas que haré lo que haga falta para protegerte. Aunque eso signifique protegerte de mí.

7

—Por los maridos y las casas —dijo Sloane, alzando el manhattan para que Angie y yo pudiéramos brindar con ella—. En un par de semanas, tendréis los vuestros.

Angie me miró con aire burlón.

—Me pido el marido —espetó, haciéndonos reír a Sloane y a mí.

—No hay problema —repuse—. Yo me contento con la casa.

En esos momentos estaba muy contenta con la casa. Y con el hombre. Pero no me apetecía contarles a mis amigas que había tenido sexo telefónico en el que pronto sería mi salón. Sobre todo cuando aún disfrutaba de sus efectos.

—Por ahora te contentas con la casa —intervino Sloane—. Pero pronto querrás un hombre que te cambie las bombillas y te corte el césped del jardín. Así va el mundo.

—¿Por eso estás tan entusiasmada con Tyler? —bromeó Angie—. ¿Por lo estupendamente que cambia las bombillas?

—Esa es una de las ventajas de vivir en una suite del Drake —replicó Sloane con aire de superioridad—. No tenemos jardín y los de mantenimiento se encargan de las bombillas, con lo que nos queda más tiempo para el sexo.

Y, como ni Angie ni yo podíamos rebatirle esa respuesta, volvimos a brindar y bebimos otro sorbo.

Llevábamos ya dos horas en Coq d'Or, el histórico bar del Drake. Yo iba por el tercer manhattan y sentía esa especie de regocijo que produce la combinación de buenas copas y estupendas amigas.

Angie apoyó el codo en la barra y descansó la barbilla en el puño mientras miraba más allá de donde estábamos Sloane y yo.

—Se me ocurre que tu casa va a necesitar más de un cambio de bombilla y un buen corte de césped. Imagino que Cole manejará bien las herramientas.

Miró a Sloane y las dos rieron a carcajadas.

Yo meneé la cabeza fingiéndome espantada.

—¿No nos vas a contar lo que pasó? —preguntó Sloane—. Estabais los dos en la fiesta y de pronto desaparecisteis.

—Una mujer decente no va aireando por ahí sus intimidades —respondí haciéndome la interesante.

—Por lo menos hubo intimidades —intervino Angie.

Alcé la mano para detenerlas.

—Basta ya, locas. —No me apetecía hablar de la extraña evolución de mi relación con Cole, pero lo dije con desenfado y con una sonrisa en los labios, para que mis amigas no notaran mi incertidumbre—. Se nos acaba el tiempo y hay que hablar de la boda. Solo quedan unas semanas —le dije a Angie—, ¿estás nerviosa?

—¿Por qué? —preguntó tan sincera que supe que no bromeaba.

—¿No están nerviosas todas las novias? —inquirí.

Levantó un hombro con indiferencia.

—Si lo están, no entiendo por qué se casan. ¿Cómo iba a ponerme nerviosa la idea de pasar el resto de mi vida con Evan?

—Creo que más que el marido es la propia boda lo que agobia a las novias —repuso Sloane.

—Por suerte, para eso tenemos a mi madre —replicó Angie, mirándome fijamente.

—Y no sabes cómo te lo agradezco.

Cuando Angie me había pedido que fuese su dama de honor, le había dicho que lo haría encantada, pero que, si quería una boda sin sobresaltos, quizá no le convenía que alguien que no tenía ni idea se ocupara de todo lo que le corresponde organizar a una dama de honor en una boda tradicional.

Mi absoluta carencia de recursos no fue un problema dado que la madre de Angie estaba casada con un senador y tenía una idea muy concreta de cómo debía ser la boda de su hija, además de una enorme plantilla de

profesionales con la que encargarse de todo.

Mi papel se había reducido a salir de copas con la novia, tranquilizarla el día del evento y organizar la despedida de soltera con Sloane.

Quizá no fuera lo habitual, pero a nosotras nos valía.

—Por cierto —dije mirando el reloj—, ¿no tenías que hacer esta tarde algo importantísimo para el gran día? Tu madre nos ha dicho que solo podríamos estar contigo tres horas y teniendo en cuenta que yo he llegado tarde...

Puede que no fuera una dama de honor convencional, pero, si conseguía que la novia llegara puntual a sus citas y que su madre estuviera contenta, cumplía de sobra con mi cometido.

Sacó el móvil para ver la hora y soltó un improperio.

—Vale, no os divertáis mucho sin mí —dijo, y apuró la copa de un trago.

—Vaya, pues se nos fastidia el plan de esta tarde —replicó Sloane mirándome.

Angie puso los ojos en blanco y después se fue. En cuanto salió por la puerta, Sloane le hizo una seña al camarero para que nos sirviera otra ronda.

—¿Estás loca? —pregunté.

—Un poco —admitió—. Aún estaremos aquí una o dos horas más, así que te da tiempo a despejarte. Esta noche no trabajas, ¿no?

—Mañana por la mañana —dije, e hice una mueca.

Había aceptado el empleo en Perk Up porque la cafetería estaba cerca del campus de Northwestern y andaba detrás de la hija de cierto senador a la que creía lo bastante ingenua y lo bastante aburrida como para caer en una trampa que había ideado en torno a una falsa operación de marketing a varios niveles.

En cuanto había empezado a conocer de verdad a la hija del senador, había pospuesto el plan, y Angie aún no sabía que un plan de hurto había sido el desencadenante de nuestra sólida amistad.

El caso es que no tenía intención de seguir trabajando en la cafetería, pero, por muchas pegas que se me ocurrieran, necesitaba el dinero. Aunque el sueldo fuera un asco, el horario era flexible y me gustaba poder disponer de mi tiempo mientras la mayoría trabajaba de nueve a cinco. Además, ya estaba en nómina y la idea de buscar otro empleo me daba jaqueca.

Llevaba años diciéndole a mi padre que dejara el mundo del hampa, que se estaba haciendo mayor y no tenía sentido arriesgarse habiendo ahorrado ya lo suficiente con los golpes que había dado para vivir tranquilo en Palm Beach o algún otro destino de jubilados.

Así que resultaba paradójico que fuera yo quien abandonara el negocio primero... o lo intentara, al menos. Porque mi intervención cada vez era menor y, tan pronto como firmara la compraventa de la casa, iba a tener que plantearme muy seriamente mi vida, mi futuro y todo lo demás.

Porque, cuando echara raíces, ya no iba a poder seguir con los trabajitos, ni siquiera los fáciles que organizaba al principio por diversión y por estar activa.

Como solía decir mi padre, solamente los peces cagan donde viven. No era una frase muy elegante, pero tenía razón. Por ese motivo, cuando yo era niña, nunca nos quedábamos en el mismo sitio más tiempo del necesario.

—¿Dónde andabas? —Sloane me sacó de mis elucubraciones y, al mirarla, vi que me escudriñaba perpleja—. Te he preguntado por la cafetería y te has ido a miles de kilómetros de aquí.

—Perdona. No estoy muy contenta con mi trabajo últimamente.

—Si quieres, puedo hablar con Tyler. Igual hay algo para ti.

El camarero trajo las bebidas, y yo le di un buen sorbo a la mía antes de responder.

—Lo que hacéis me parece extraordinario —dije—, pero no es para mí. Además, terminaría odiándoos, porque yo estaría archivando documentos y atendiendo el correo, y vosotros robando fotos colgados de alguna farola.

Como había sido policía, Sloane estaba perfectamente cualificada para trabajar en la exquisita firma de investigación y de seguridad de los caballeros. Yo, no tanto. Salvo que quisiera ser asesora en el delicado arte del fraude, algo que, por supuesto, no quería.

—No suelo colgarme de las farolas —repuso Sloane—, pero te entiendo. ¿Has pensado en algo?

—Puede —contesté.

Lo cierto era que había barajado la posibilidad de cambiar de profesión, me lo había planteado alguna que otra vez y le había dado unas cuantas vueltas. Aún me fascinaba la idea, pero no lo bastante como para hablar de

ello. Todavía no. Me encontraba en esa fase mágica, como de luna de miel. Hablaría de ello cuando hubiera superado el entusiasmo inicial y estuviera lista para abordarla en serio y decidir si podía o no funcionar.

A propósito de lunas de miel...

—Pero no es de mí de quien deberíamos estar hablando —protesté—. Hay una fiesta que organizar. Y habría que hacerlo mientras aún estemos a tono —añadí señalando las copas.

El problema de que el novio fuera dueño de un club de striptease era que llevar a la novia a uno perdía todo su encanto. Sin embargo, bajo el efecto de los manhattan, nos pareció que un Destiny en versión tíos buenos podría resultar. Y, como estábamos tan pedo, decidimos además que rematar la noche llevando a Angie al Destiny para que le hiciera su número a Evan sería aún más divertido.

Con el tiempo sabríamos si era un buen plan o uno de esos que solo suenan genial cuando vas bebida.

—Hablando de los caballeros y de citas sexis —dijo Sloane apoyando la barbilla en el puño y escudriñándome con los ojos entornados—. ¿Dónde te metiste anoche?

—En casa —contesté con rotundidad.

—¿En compañía de...? —inquirió—. Venga ya, Kat, suéltalo. No es posible que, con un vestido tan increíble, no consiguieras impresionar a nadie.

Pensé en el vestido, que estaba hecho un gurrño en mi cubo de basura, y sonreí.

—Conseguí impresionar, desde luego.

—¡Ja! —replicó triunfante—. Lo sabía. Cuenta.

Sloane, al parecer, era condenadamente intuitiva.

—No fue del todo como había previsto —reconocí, y eso era todo lo que estaba dispuesta a confesarle.

—Muy bien —añadió despacio—. ¿En el mal o en el buen sentido?

—En ambos.

Enarcó las cejas.

—¿En serio? ¿Por qué no me cuentas los detalles?

—No pienso hacerlo.

—Pero ¿estuvo bien?

No pude evitar reírme.

—Para haber sido policía, no estás muy atenta. Sí, estuvo bien. Tuve un momento de celos antes: una mujer llamada Michelle, que decía haberme visto en el Destiny, se abrazó a Cole. Entonces decidí que ella, Cole y otro tío debían de tener algún negocio juntos y dejé a un lado los celos, sabia decisión por mi parte, porque después Michelle se marchó y pasé un rato con Cole y fue... una auténtica delicia —sentencié finalmente—. Al menos hasta que se enrareció el ambiente. —Pensé en el encuentro de hacía un rato en casa—. Luego volvió a ser una delicia.

—Una delicia está bien —dijo Sloane—. Conozco a Michelle —añadió.

—¿Sí? Y trabaja para ellos, ¿no?

—Claro —contestó sorbiendo la bebida sin mirarme a los ojos y, alargando el brazo, cogió de la barra una carta que había dejado otro cliente—. Deberíamos comer algo. Me muero de hambre.

—Ya —dije—. Conozco algunos niños más sutiles. ¿Qué pasa?

—No pasa nada. Tengo un bajón de azúcar, en serio. Necesito comer. ¿Pedimos unas patatas fritas?

—Quiero que me cuentes lo que sea que me estás ocultando.

—Dos de patatas —le dijo al camarero—. Y unos champiñones rellenos. Para alegrarlas un poco.

—Sloane.

—No es nada, en serio.

—Si alguien dice que no es nada es porque es algo —señalé—. Es algo de Michelle, así que suéltalo ya. ¿Salían Cole y ella? Dios, ¿están saliendo ahora?

—No están saliendo, desde luego —respondió con inesperada rotundidad.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Ay, por favor, Kat. Yo qué sé. Ya te he dicho que Cole no sale con nadie. Él solo folla. Y se está follando a Michelle.

—Ya veo. —Pero no. Ni siquiera estaba segura de que me gustara lo que veía.

—No creo que sea eso.

—¿Eso, qué? —inquirí.

—No creo que sea más que dos personas que se vienen bien una a otra. Me ha parecido justo que lo supieras, porque, aunque anoche dijiste convencida que solo era un rollo, tengo la impresión de que buscas más.

Me centré en pinchar la cereza de mi copa con un palillo.

—La verdad, no sé lo que busco —confesé—. Pero sí, supongo que «más» se le acerca.

—Lo siento —dijo Sloane.

—No lo sientas. No tengo ningún derecho sobre él. Y, por lo que dices, tampoco Michelle.

—Hay más. Y lo cierto es que no es asunto mío, pero somos amigas y creo que deberías saber dónde te metes, porque quizá no te convenga.

—Muy bien —señalé algo preocupada, algo intrigada—. Cuéntame.

—Cole y Michelle son socios de un club local, el Firehouse. ¿Lo conoces?

Asentí con la cabeza.

—He oído hablar de él.

Nunca había estado allí, pero Flynn había ido una o dos veces con clientes. Era un club de sado. Muy exquisito. Muy exclusivo.

Y del todo al margen de mi ámbito de experiencia.

—Como digo, no es asunto mío, pero sé de buena tinta que Cole va por allí. Y también que no sale con nadie. Así que, si lo que buscas es una relación o el rollo sado no te va, más vale que te retires. Te aprecio y aprecio a Cole, y no quiero que ninguno de los dos sufra.

Volví a asentir, valorando sus palabras mientras sopesaba las posibilidades. ¿Era aquello lo que necesitaba?

No lo sabía.

Solo sabía que, en lo relativo al sexo, la había cagado mil veces desde el domingo.

Pero aquello... aquello me intrigaba. Quizá fuera del todo inútil, pero sentía curiosidad.

Y por nada del mundo pensaba retirarme en ese momento.

Se madruga mucho cuando se trabaja en una cafetería.

Como abría yo, llegué al Perk Up hacia las cinco y, antes de dejar entrar a los clientes, puse en marcha las máquinas. Ya había dos coches aparcados fuera, y en cuanto volví la llave, los conductores apagaron los motores e hicieron cola en la puerta. Apenas cinco minutos después había una fila cuádruple de coches a la entrada.

Un día más en el habitual ir y venir del trabajador desplazado.

La mañana se me fue entre cafés solos, con leche, expresos, bollería y copas de fruta coronadas de granola. Cuando al fin pude respirar, eran más de las diez y hora de prepararse para la avalancha de las comidas.

Lo único bueno fue que no tuve tiempo de pensar en lo de Cole, ni de angustiarme o de agobiarme por ello.

Me convencí de que era mejor así, pero en cuanto pude respirar, volvió a asaltarme el pensamiento.

—Tómate el descanso —me dijo Glenn, el gerente—. Y, si sales, aprovecha para limpiar las mesas de la terraza.

Asentí, me eché un litro de crema en el café para enfriarlo rápidamente, cogí el periódico del día anterior de la sala de descanso y salí a la terraza. El calor era casi insoportable, pero me gustaba.

Mi vida había sido un no parar de altibajos económicos, con frecuentes malas rachas en invierno. Como el truco favorito de mi padre para ahorrar era amontonar mantas e ignorar los radiadores, pasaba muchos inviernos enterrada bajo edredones y mantas de felpa. Y, aunque se lo ocultaba a mi padre, siempre tenía helados los dedos de los pies y de las manos, y el frío me calaba los huesos.

Miré por encima del periódico mientras me empapaba de sol. No me interesaba la política de Chicago, ni los chismes de sociedad. Más que nada, miraba los anuncios. Cuesta perder las viejas costumbres y se puede aprender mucho sobre los habitantes de una ciudad por los anuncios de la prensa local. Con la información adecuada, puede venderse lo que sea a quien sea, desde una casa junto al mar en Arizona hasta un planeta lejano con el nombre de esa querida abuela ya fallecida.

Ese día no vi nada interesante entre los anuncios, pero la inauguración ocupaba el suplemento entero a doble página de la sección de tendencias. Había fotografías de los invitados, de los artistas, hasta de los aperitivos.

Aunque la única que me importaba era una en la que salía Cole.

Nunca lo había visto en una situación en que no estuviera impresionante, pero en esa foto parecía un ángel caído, a la par hermoso y peligroso. El fotógrafo había usado un gran angular, pero tan cerca de Cole que la luz del flash no solo lo hacía resplandecer, sino que parecía recortarlo sobre el fondo. El efecto era exótico y lograba atraer hacia aquel hombre la mirada del que hojeaba el diario.

Cole, en cambio, estaba centrado en algo muy distinto.

Al principio, no era evidente, y quizá fuera yo la única del mundo entero, aparte del fotógrafo, que sabía lo que estaba mirando Cole. Pero eso no cambiaba lo esencial: que Cole no miraba a la multitud que requería su atención. Sus ojos estaban fijos en alguien cerca de la barra. Alguien con un vestido y unos zapatos rojos.

Alguien que era yo.

Sin embargo, fue la expresión de su rostro lo que me llamó la atención. Lujuria. Anheló. Ese deseo intenso que inspira canciones de amor y sonatas.

Maldito fuera. Maldito por negarse a sí mismo y, de paso, a mí.

No soy un alma cándida. Ni mucho menos. Pero, después de la mañana de increíble sexo telefónico del día anterior, Cole me había dicho que me protegería incluso de sí mismo. Por entonces no tenía ni idea de a qué se refería, pero la revelación de Sloane sobre el Firehouse me lo había aclarado.

Me deseaba, me lo había dicho, y aquella foto lo demostraba, pero creía que no iba a poder con lo que suponía estar con él.

Iba a demostrarle que se equivocaba.

No sabía bien cómo abordar el asunto, pero daba igual. No tenía pensado verlo hasta el cóctel del viernes por la noche en el barco de Evan. Un pequeño encuentro prenupcial para amigos y familia. Para eso quedaba casi una semana. Sabía por experiencia que podía organizar una estafa en menos de una semana. ¿Cuánto más podía complicarse aquello?

Procuré imaginar diversos escenarios mientras proseguía con mi trabajo, pero elucubrar no combinaba bien con el espumado de leche para capuchinos o la preparación de granizados de café y, cuando acabó mi turno, estaba agotada.

Volví a casa con la capota del Mustang bajada, para que el viento me

alborotara el pelo. Hacía más de diez años que tenía ese coche y siempre había sido mi orgullo y mi alegría, siempre conseguía levantarme el ánimo. Conduje muy deprisa y puse la radio muy alta y, cuando entré en el aparcamiento de detrás de mi apartamento de Rogers Park, me sentía de maravilla.

Subí las escaleras tarareando lo último de Taylor Swift y llamé a Flynn.

No contestó, pero lo oía trastear en la cocina. Aún mejor, olía lo que estaba horneando.

¿Galletas?

Apreté el paso, llamándolo a voces mientras me dirigía a toda prisa a la cocina.

—Como esas galletas sean para alguna fiesta a la que vas y tengas pensado no dejarme probarlas, tú y yo vamos a tener unas palabras.

Paré en mi cuarto para ponerme unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes y fui disparada a la cocina, pero me detuve en seco al ver al hombre que había de pie junto a los fogones, con un delantal atado a la cintura y una mano enfundada en un guante de horno.

—Catalina —dijo con aquella sonrisa que me hacía sentir tan a gusto. Me abrió los brazos—. Hola, cariño.

—¿Papá?

Me quedé quieta un instante, algo perpleja y muy confundida. Después todos los pedazos de realidad que constituían mi mundo volvieron a su sitio.

—¡Papá! —repetí.

Esta vez corrí hacia él y me arrojé a sus brazos abiertos.

8

—¿Así que es verdad que estás fuera? —pregunté mientras, con una pequeña espátula verde, trasladaba las galletas del papel de hornear a una bandeja—. ¿Se acabaron las estafas?

—Es más complicado que eso —contestó al tiempo que yo deslizaba la bandeja al centro de la mesa y me sentaba enfrente de él.

—Me estás engañando.

—¡Qué cosas le dices a un padre que te quiere!

—¿Se las digo al que no me quiere?

Carraspeó, algo molesto, y escogió un par de galletas.

Yo también cogí una y me recosté en la silla.

—Fuiste tú el que me dijo que había que romper lazos, papá, ¿lo recuerdas? Me soltaste un discurso larguísimo sobre que si te metías en algún lío, no querías que por tu culpa dieran con tu pequeña.

—Un discurso muy elocuente, por cierto.

—Pues sí —coincidí—. Debió de serlo si conseguiste convencerme. ¿Eres consciente de que no he vuelto a verte desde que se fue al garete aquella última estafa que casualmente iba a hacernos más ricos que Midas?

Su rostro se tiñó de pena; sin duda, recordaba sus vanas promesas de que pronto tendría un piso en París y un apartamento en Nueva York y un colchón hecho de billetes de cien dólares si lo quería. Y quizá también recordara que entretanto había llamado la atención de al menos una docena de polis y de federales. La cosa se había complicado bastante y, cuando me había dicho que me escondiera, yo había decidido que aquello era un aviso

del destino para que lo sacara de mi vida.

—Llevo más de un año sin hablar contigo, salvo con móviles desechables. No tengo ni idea de lo que ha sido de tu vida, y no me importaba porque sabía que me estabas protegiendo. Y que pronto te soltarían y, cuando eso ocurriera, aparecerías en mi puerta con los brazos abiertos y me dirías que todo iba a salir bien.

Se aclaró la garganta y le dio un bocado a una galleta, pero no dijo nada. Ni me miró a los ojos.

—Y aquí estás —proseguí— y me esperabas con los brazos abiertos, pero ¿qué ha sido del resto de la escena?

No le mencioné que había sabido que algo no iba bien nada más verlo. Disimulaba muy bien, todo sonrisas y felicidad, pero, bajo aquella fachada, se le veía cansado, preocupado y algo fuera de juego.

—Esta es la definitiva, Kitty Cat. Te lo juro, esta vez lo tengo todo previsto. Nada va a volver a tumbar a tu viejo. Nada en absoluto. Al menos en cuanto tenga resuelto un pequeñísimo detalle.

Me levanté, algo aturdida, y me acerqué a la pila. No quería que mi padre me viera la cara, así que me puse a enjuagar la jarra de la cafetera. «Un pequeñísimo detalle» no sonaba muy bien. Sonaba a eufemismo de «soy hombre muerto».

—¿Qué pequeñísimo detalle es ese, papá?

—Nada de lo que tú debas preocuparte.

Cerré los ojos y conté hasta diez. ¿Acaso no recordaba quién me había entrenado? ¿Me estaba tendiendo una trampa? ¿Iba a implicarme para que me ofreciera a ayudarlo creyendo que había sido idea mía? ¿Tan ingenua me veía?

Es más, ¿tan asustado estaba que iba a poner en peligro a su propia hija? Porque, por muy desnortada que estuviera la brújula moral de mi padre, una cosa era indudable: para él, no había nada en este mundo más importante que yo, con una sola excepción: su propio pellejo.

Me hallaba en una posición delicada en ese momento. No sabía si quienes lo buscaban estaban a horas o días de darle caza. Ignoraba si nos enfrentábamos a una organización o un solo tío cabreado. ¿Sin un centavo o forrado? ¿Era una de esas situaciones de las que podía escapar o iban a por él

de todas todas?

Por Dios, debía averiguar si había la más mínima posibilidad de que supieran de mi existencia.

No me iba a andar con tonterías, si alguien tenía pensado jugar al corre que te pilló en mi casa, yo jugaría también.

Llené hasta arriba la jarra de café y vertí el contenido en el depósito, añadí el café molido y puse en marcha la cafetera. Luego volví a sentarme frente a mi padre, le puse una galleta delante y le dije una sola palabra:

—Cuenta.

—Kitty, cariño, yo...

—Basta ya, papá. Tengo una vida aquí. Tengo un compañero de piso al que quizá hayas puesto en peligro. También tengo una casa aquí. O la tendré la semana que viene. Tengo un trabajo de verdad y estoy sentando cabeza. Echando raíces, ¿sabes? —«Además, hay un tío que me gusta y quizá lo nuestro vaya a más». Habría añadido eso, pero no lo vi necesario.

—Me alegro por ti —señaló, y noté que lo decía de corazón—. Mi niñita. ¿Quién lo habría dicho?

—Papá, ¿te ha seguido alguien hasta aquí? —pregunté muy seria.

Negó con la cabeza.

—No. Te lo juro por Dios —añadió dibujándose una cruz en el pecho con el dedo índice—. No te voy a negar que estoy metido en un lío gordo, pero aún sé cómo guardarme las espaldas.

Lo creí. De momento, al menos.

—Cuéntame el resto —dije—. ¿Por qué no empiezas por explicarme qué has hecho exactamente para meterte en un lío gordo?

Le dio otro mordisco a la galleta y esa vez ni el dulce pareció complacerlo.

—¿Has oído hablar de Ilya Muratti?

—Claro. Un pez gordo de la mafia, ¿no? Tiene casinos en Las Vegas y en Atlantic City y seguro que se lleva tajada en algún otro negocio sucio. —Suspiré—. Papá, no. Dime que no te has dejado liar por él.

Rechazó mis palabras como si espantara moscas con la mano.

—Solo en un asuntillo. Un asuntillo en el colosal patrón de este mundo, pero un asuntillo que hará rico a tu padre.

El estómago me dio un vuelco y lamenté haberme comido las galletas.

—Suéltalo ya. Dime.

Y por Dios si lo hizo.

Me contó que se había camelado a algunos de los hombres de Muratti. Había empezado haciéndose pasar por marchante de arte, y luego había dejado caer unas cuantas indirectas para que aquellos tipos «descubrieran» que esas molestas leyes le importaban tan poco como a ellos.

Finalmente había surgido un trabajito y, cuando se habían puesto en contacto con él para ver si quería participar, había aprovechado la ocasión.

—Papá, no. —Tenía los codos apoyados en la mesa y los dedos enterrados en el pelo—. Has hecho exactamente lo que me enseñaste a no hacer jamás. Te has metido en el crimen organizado.

—Solo en la periferia, cariño. En los alrededores.

Pero aquello no eran más que patrañas, porque cuanto más hablaba más claro me quedaba que estaba metido hasta el fondo.

—Nada más necesitaban un documento. Una cosita sin importancia.

—¿De qué tipo?

—Un testamento. Testamento ológrafo, lo llaman. Hecho a mano, vamos.

—Sé lo que es un testamento ológrafo, papá —espeté—. Sigue.

Siguió, y la cosa fue de mal en peor. Por lo visto, un tal Frederick Charles pretendía dejarle en herencia a su sobrina, Marjorie Caloway, una finca de lujo de ciento veinte hectáreas en Atlantic City, y eso no le venía nada bien a Muratti.

Frederick, aún vivo, se negaba a negociar con el capo, porque lo consideraba un capullo mafioso; pero una vez muerto, Frederick no podría oponerse si su testamento revelaba que había cambiado de opinión respecto a su querida Marjorie y había decidido legarle la finca a un primo lejano que casualmente estaba hasta el cuello de deudas de juego con Muratti y que, para saldar dichas deudas, le cedería la finca en cuestión.

Muratti, por supuesto, sembraría los terrenos de casinos que se convertirían en incesantes manantiales de dinero.

—Van a matar al viejo —dije después de que me lo contara todo—. En cuanto falsifiquen el testamento, se lo quitarán de en medio. —Lo miré a los ojos—. Te has metido en un negocio en el que alguien va a terminar muerto.

Se había puesto completamente pálido.

—No lo sabía, Kitty Cat. Te juro que no lo sabía.

Le creí. Mi padre tenía estómago para muchas cosas, pero matar a alguien no era una de ellas.

—Tú no sabrías falsificar ni tu propia firma —le dije—. ¿Quién te ayuda?

—Esa es la cosa —contestó—. Contraté a Wesley, ¿lo recuerdas?

—Desde luego. ¿Cómo está?

Wesley tenía unas habilidades asombrosas, y yo lo recordaba mucho por su suministro aparentemente interminable de caramelos de palo. Lo adoraba.

—Ha muerto —me dijo—. De cáncer.

—Cuánto lo siento.

—Sí, una putada.

—Pero, si ha muerto, no puede hacer el trabajo, así que ¿cuál es el problema? —pregunté, pero entonces caí en la cuenta y me respondí yo sola—. Cielos, papá, ¿se la ibas a jugar a Wesley?

—No se la iba a jugar —replicó mi padre indignado—. Su parte iba a ser perfectamente razonable, pero el negocio lo había descubierto yo y lo iba a meter a él. Quien se arriesgaba era yo. Alguna compensación tenía que tener por hacer el trabajo sucio.

—Quien se arriesga eres tú, en efecto. Ahora que Wesley ha muerto y no puedes cumplir el trato, Muratti va a querer cobrárselo en carne. Por Dios, papá —dije levantándome y paseándome nerviosa—. ¿Tú sabes lo que hace la mafia con los tipos que no cumplen sus promesas?

—¿Por qué crees que he venido aquí? No me han seguido —se apresuró a decir—. De eso estoy seguro. Y nadie sabe quién eres tú. Hace tiempo que enterramos esa conexión. No van a dar conmigo. ¿Cómo demonios iban a encontrarme?

Lo abracé, paralizada de miedo.

—Te encontrarán porque no pararán de buscarte.

—Pero Charles terminará muriendo y su sobrina heredará la finca, y fin de la historia. Muratti se olvidará del asunto y yo podré salir de mi escondite.

—Tu escondite —repetí—. ¿A eso has venido?

No contestó.

—No —añadí con tristeza—. No has venido a esconderte. Has venido a

buscarme para que encuentre a alguien que ocupe el lugar de Wesley. Sabes tan bien como yo que un hombre de la casta de Muratti nunca olvida.

—Es solo un documento, Catalina. Seguro que conoces a alguien que pueda encargarse de un solo documento.

—Estoy fuera del juego, papá. Casi del todo, vamos —rectifiqué—. Y no he vuelto a organizar una estafa desde lo de Florida. Ya no tengo contactos —mentí, porque lo cierto era que conocía a alguien que podía encargarse de aquello, pero, si se lo pedía, tendría que contarle toda la verdad, y no estaba segura de querer hacer eso.

Volví a peinarme con los dedos.

—Deja que lo piense. Quizá se me ocurra alguien.

—Sí, sí, tú piénsalo. —Se puso de pie y bostezó—. Sé que apenas son las cinco, pero estoy agotado. ¿Tienes sitio para que tu padre eche una cabezada?

—No —contesté—, pero ven conmigo, que te busco un motel.

Curvó los labios en una especie de mohín.

—Olvídalo, papi querido. Es demasiado arriesgado que te quedes aquí. Tienes a un capo de la mafia siguiéndote la pista. ¿De verdad piensas que voy a dejar que Flynn se vea envuelto en un fuego cruzado?

Profirió un gruñido que sonó a asentimiento. A regañadientes, quizá, pero asentimiento a fin de cuentas.

Negué con la cabeza, exasperada.

—Es un motel, papá. Por lo que me has contado, deberías dar gracias de que no sea una celda de prisión.

—Si no tiene servicio de habitaciones, como si lo fuera —suspiró.

9

Evan Black había vivido en un barco antes de mudarse al piso de lujo que compartía con Angie. Tyler Sharp se alojaba en una suite del Drake que en su día había servido de residencia a la realeza.

Sin embargo, para mi gusto, los domicilios de Evan y Tyler palidecían al lado de la casa de Cole.

Vivía en Hyde Park, cerca de la Universidad de Chicago y, sí, cerca del famoso South Side plagado de bandas que la vieja canción sobre el malísimo Leroy Brown había hecho célebre. Sabía que Cole había crecido en esa parte de la ciudad, pero ya no vivía en la zona peligrosa. Al contrario, Hyde Park estaba de moda y era ecléctico. Era el lugar donde sucedía casi todo.

Además, su casa era como la guinda de un postre exquisito y exótico.

La había diseñado Frank Lloyd Wright a finales del siglo XIX, y el sello del arquitecto quedaba patente en sus líneas rectas, sus pronunciados ángulos y su geometría en general. La finca se había puesto a la venta hacía unos cinco meses y Cole se había hecho con ella de inmediato. Ignoraba lo que habría tenido que pagar para adquirirla, pero tenía la sensación de que ninguna cantidad lo habría desalentado.

En la fiesta de inauguración de la casa, me había dicho que Frank Lloyd Wright era un genio de la talla de Miguel Ángel o Da Vinci y que por nada del mundo habría dejado pasar la oportunidad de vivir en algo creado por ese genio.

En ese momento, de pie ante la enorme puerta de madera rodeada de intrincada mampostería, pensaba de nuevo en lo mucho que le iba a Cole

aquella casa. No solo era artística, sino también impenetrable, sin llegar a producir rechazo.

¿No era él así también? Porque, salvo con su permiso expreso, no había forma de llegar al interior de Cole August.

No lo había llamado antes porque no quería que inventara una excusa para no verme. Liz me había asegurado que tenía previsto pasar la noche en casa, poniendo al día el papeleo, pero quizá no le había contado sus planes verdaderos.

Por lo que me habían dicho, estaría en el Firehouse. Y, por mucho que me intrigara aquel local, no estaba del todo dispuesta a ir a buscarlo allí.

Titubeé un instante más antes de llamar, sintiéndome un poco tonta. Quería verlo, joder, oír su voz. Esa voz sexy y suave que me había puesto a cien el otro día.

Al mismo tiempo, sin embargo, temía su reacción. No me habría quedado más clara su intención de mantenerse alejado de mí si hubiera puesto un anuncio en el *Chicago Tribune*, así que encontrarme a la puerta de su casa quizá no le alegrara la noche.

En todo caso, no estaba allí por mí, ni estaba allí por él, y mucho menos por el sexo.

Era por mi padre, y Cole era la única persona de mi círculo actual que de verdad podía ayudarle.

Eso significaba que cualquier problema que Cole tuviese conmigo en ese momento iba a tener que quedar al margen. Necesitaba ayuda. Cole tendría que lidiar con eso.

Toqué el timbre.

Al principio no contestó. Luego oí su voz distorsionada por el interfono.

—Enseguida voy.

Esperé y, al poco, abrió la puerta él mismo, cubierto tan solo por una toalla alrededor de las caderas.

—Kat —dijo, y por un instante vi arder la pasión en sus ojos. Luego su expresión se tiñó de estudiada indiferencia.

Se me secó completamente la boca; mis partes bajas sufrieron el efecto contrario.

—Kat —volvió a decir en un tono que no revelaba ni placer ni irritación.

Solo confusión—. Lo siento... creía que era el mensajero. Tendría que haber mirado la pantalla.

Como si lo hubiera llamado, saltó a la acera desde una bicicleta un tipo delgaducho con una gorra de Speedy Messenger. Se acercó trotando a la puerta principal y le pasó a Cole un sobre fino de color crema junto con un portapapeles de pinza. Cole firmó el recibo, le devolvió el portapapeles y me miró expectante.

—¿Qué?

¿Por qué me miraba a mí? Yo no sabía lo que había en el sobre.

—¿A qué has venido? —dijo y añadió—: ¿Kat? ¿Va todo bien?

Levanté de golpe la cabeza, consciente de que llevaba un rato mirándole la entrepierna... y el bulto clarísimo que se ocultaba bajo la fina toalla blanca. «Por favor».

Inspiré hondo para recomponerme y confié en que no notara lo colorada que me había puesto ni las gotitas de sudor que me ribeteaban la frente.

—Necesito hablar contigo —dije—. ¿Puedo pasar? —Al ver que no se apartaba para dejarme entrar, añadí—: Es importante.

Se hizo a un lado, abrió más la puerta.

—Adelante.

Lo seguí a un salón imponente, repleto de radiantes adornos de madera pulida y muebles de estilo moderno que acentuaban la elegante simplicidad de la arquitectura. La luz vespertina entraba a mares por los ventanales y la estancia entera parecía refulgir.

—Siéntate —dijo señalándome un sofá azul de dos plazas.

Se volvió hacia un pequeño bar instalado en un rincón y, mientras se alejaba, estudié el intrincado tatuaje de un dragón que le cubría casi toda la espalda. Le había visto el tatuaje entero solo una vez, en una fiesta en el barco de Evan, cuando se había quedado en bañador. La mayoría de las veces tan solo había visto una parte asomándole por el cuello de la camisa desde la nuca.

El trabajo era detallado y hermoso, y no tenía ni idea de por qué se había hecho un tatuaje tan grande y enrevesado. Suponía que significaba algo para él, pero cuando Sloane se lo había preguntado en una ocasión, había eludido la pregunta y yo ya no había insistido.

Pese a la belleza del dragón, la imagen era atrevida y le hacía parecer un tipo salvaje e imprevisible.

Claro que eso no era solo una impresión, ¿verdad?

—Me alegro de que hayas venido —señaló trayéndome un trago de whisky solo.

—Déjame adivinarlo —espeté con sequedad—: tenemos que hablar.

Esbozó una sonrisa.

—Sería buena idea.

Se sentó en la silla de enfrente, aún tapado solo por la toalla, que se le tensó a la altura de las rodillas. Vislumbré la sombra que, bajo la tela, marcaba la conjunción de sus muslos y, aunque no se distinguía nada, lo imaginé. Y lo deseé.

Me distraía mucho, muchísimo.

Enarqué una ceja y señalé la toalla.

—¿Por eso te van tan bien los negocios, porque sabes cómo poner nerviosa a la otra parte?

—Exacto —dijo—. Aunque en las reuniones de trabajo, suelo ir vestido.

—¡Qué lástima! —exclamé, y le hice reír.

—Dame un minuto.

Se levantó, se dirigió al fondo de la estancia, donde tenía unos pantalones de deporte grises colgados del respaldo de una silla. Dejó caer al suelo la toalla y yo inspiré hondo en respuesta a la inesperada y del todo excepcional visión de su culo desnudo.

No tardó nada en subirse los pantalones y volverse hacia mí y, aunque ya iba medianamente tapado, la vista seguía siendo de lo más provocadora.

—Cometí un error —dijo sin preámbulos—. La otra mañana, por teléfono. Y un error aún mayor la noche anterior.

—Te equivocas —repuse serena—. Pero da igual. Ahora mismo da igual. No he venido por eso.

Aunque sí, la verdad. Había ido tanto por mí como por mi padre. Y estaba decidida a salir de aquella sala con todo lo que quería.

Ese era mi plan, ya solo me faltaba ejecutarlo correctamente.

Me miró desconcertado un instante, luego se sentó enfrente de mí.

—Muy bien —dijo—. Cuéntame.

Así lo hice, se lo conté todo. Salvo lo de mi infancia, lo de que había crecido en chirona. Sí le conté lo que había hecho mi padre. Le hablé de Muratti. Le dije que necesitaba a alguien que falsificara el testamento.

Le conté lo suficiente para incriminar a mi padre, además de enredarme en una posible conspiración. En otras palabras, puse mi vida y la de mi padre en manos de Cole August. Lo hice porque confiaba en él, porque había visto lo que había hecho por las chicas del Destiny y porque sabía que tenía buen corazón.

O eso me parecía, al menos.

Confiaba en no estar equivocándome.

—¿Dónde está tu padre ahora?

—He estado una hora dando vueltas con él en el coche, para asegurarnos de que no nos seguía nadie, después lo he registrado en el Windy City Motor Inn. Ya sabes, ese motelucho que hay a kilómetro y medio del Destiny.

—Sé cuál dices —respondió Cole—. ¿Bajo nombre falso?

—Por supuesto. Y hemos pagado en efectivo. Sabe que no debe salir de la habitación, ni cargar llamadas a su tarjeta de crédito, ni llamarme por el móvil, blablablá. Le he comprado un teléfono desechable para emergencias.

—Alcé un hombro con desenfado—. Ya conoce el procedimiento.

—Eso parece. Y, por lo visto, tú también.

Lo miré a los ojos. Noté que conectábamos.

—Ya te lo he dicho —me excusé—. No soy ningún alma cándida.

Lo dije en voz baja, provocadora. Y vi en su rostro que me había entendido y que sabía lo que deseaba.

Por Dios, cómo lo deseaba. No hacía otra cosa que estar sentada enfrente de él, pero era tal la cercanía que lo imaginaba acariciándome. Con esas manos ásperas y callosas. Sentía el tacto de los músculos tersos y firmes de sus muslos. Ansiaba que aquellos labios me besaran, me exploraran.

¿Cómo había llegado a eso? Era como si estuviera hecha de una especie de material combustible y me hubiera paseado por la vida sin saberlo, manteniéndome a salvo solo lejos de la chispa.

Hasta que Cole se había acercado demasiado y me había encendido. Me iba a quemar, era inevitable. Joder, lo que yo quería era que ardiera conmigo.

Allí estaba, sentado, observándome en silencio, esperando a que

prosiguiera. Pero yo no sabía qué más decir.

—Y eso es todo —espeté al fin—. ¿Me vas a ayudar?

—¿Qué te hace pensar que puedo?

—Sé lo del Da Vinci —repliqué, refiriéndome a la falsificación de un célebre cuaderno de Da Vinci de la que sabía que se había ocupado hacía años.

Alzó las cejas de forma casi imperceptible.

—¿Qué Da Vinci?

Ladeé la cabeza.

—El del piso de Angie y Evan. ¿Tengo que darte más detalles? ¿O quizá debería recitar la letanía de tus diversas actividades delictivas a lo largo de los años? Yo estaba presente, ¿lo recuerdas? He visto mucho. Y entiendo lo que veo.

Se hizo el silencio un instante, luego se recostó en el asiento, tan relajado y desenfadado que era fácil ver cómo se había hecho tan poderoso. Nada alteraba a aquel hombre. O al menos, nada lo alteraba hasta que explotaba. Y entonces temblaba el mundo entero.

—Si no te he entendido mal, quieres contratar los servicios de alguien que falsifique un testamento ológrafo.

—Eso es —dije tras un momento de vacilación—. Sinceramente, no se me ocurre otra solución.

Lo cierto era que sabía qué pasaría si le entregaba ese testamento ológrafo a Muratti, que pondría en peligro la vida del anciano; pero en ese momento, en ese lugar, debía pensar en mi padre. Y confiar en que, de algún modo, como fuera, todo saliera bien.

—Aunque supiera a quién contratar, ¿por qué iba a hacerlo?

—Porque he venido a pedírtelo —contesté—. Y porque necesito tu ayuda.

Pensé en las chicas del Destiny a las que los caballeros llevaban años ayudando. Pensé en los estudiantes de arte a los que Cole daba clases sacando el tiempo de no se sabe dónde y en los artistas profesionales como Tiki de los que era mentor.

No me lo negaría, de eso estaba segura. Y, sí, estaba jugando con él y aprovechándome de su buena voluntad, pero tenía la impresión de que él

habría hecho lo mismo en mi lugar.

—Muy bien —dijo—. Hecho.

Se levantó y cruzó la estancia para servirse otra copa.

Lo observé mientras se alejaba, encantada con la vista pero también algo desconcertada.

—¿Ya está? ¿Sin negociación? ¿Sin tira y afloja?

—¿Decepcionada?

Negué con la cabeza.

—¿Cuánto se tarda en hacer la falsificación?

Se apoyó en la barra y dio un sorbo al whisky.

—No voy a falsificar nada.

—Pero si me acabas de decir...

—Te he dicho que te ayudaría. No te he dicho cómo.

Abrí la boca para rebatírselo, pero la cerré casi de inmediato. Al fin y al cabo, yo buscaba una solución que no precisara la falsificación. Y, teniendo en cuenta la clase de argucias y de tejemanejes que Cole urdía a diario, confiaba en que se le ocurriera un plan que tuviera sentido y, a la vez, pusiera a salvo a mi padre y al propietario de la finca.

—Muy bien —dije—. Confío en ti.

Esbozó una sonrisa.

—Está bien saberlo.

Inspiré hondo y me levanté del sofá. Me acerqué a él, pensando que me abrazaría y me estrecharía contra su pecho, pero no lo hizo, y me quedé allí, desconcertada, excitada, envuelta en el aire cálido y vibrante que nos separaba.

—De verdad confío en ti, ¿sabes? —dije en voz baja—. Sea lo que sea eso de lo que crees que debemos hablar, te prometo que no.

—Kat.

Me cogió suavemente la cara y me miró a los ojos. Tragué saliva, perturbada por su intenso escrutinio, pero no aparté la vista y lo que vi en su rostro me llenó de esperanza.

Se inclinó hacia delante y le atrapé la boca con la mía. Su aliento me supo a whisky y de pronto me sentí ebria, no sé bien si por el alcohol o por el hombre.

A diferencia de nuestro beso de la noche de la gala, este fue suave, tierno y un poco triste, y cuando se apartó, anticipando sus palabras, negué con la cabeza.

—No puedo ser el hombre que necesitas.

—Te equivocas. Lo que no puedes ser es otra cosa.

Se metió la mano en uno de los bolsillos del pantalón de deporte y sacó una piedra verde lisa. Era ovalada y plana, y tenía una muesca del tamaño de un pulgar en un lateral. La sostuvo en la mano como lo había visto hacer en numerosas ocasiones, dándole vueltas, acariciándola y jugando con ella.

—Sé que te confunde —señaló—, pero me importas, Katrina. Y por mucho que chilles, patalees y me odies, esto no va a ir más lejos. No soporto la idea de hacerte daño, y tú te mereces a alguien mucho menos jodido que yo.

—¿Hacerme daño? —repetí—. ¿Qué coño crees que estás haciendo? Me dices que me quieres... que te importo, y sabes perfectamente que tú me importas a mí también, pero ¿me apartas de ti? Eso sí que duele, Cole, no esto.

Me volví de espaldas, me bajé el tirante de la camiseta y dejé al descubierto las heridas aún visibles del hombro.

—Joder —dijo en voz baja, lastimera.

—No me hiciste daño —declaré, enfatizando cada palabra—. ¿Cómo puedo hacértelo entender? Son solo unos rasguños. Solo carne. Nada comparado con lo que podría haber entre nosotros.

Sentí ganas de levantar las manos y gritar de frustración y de desconcierto. Frustración de no poder entrar en aquella cabeza tan espantosamente tozuda y desconcierto por lo mucho que me importaba. Nunca me había importado tanto. Nada, de verdad, y menos aún un hombre.

Pero las cosas estaban cambiando. O yo cambiaba. Me importaba mi casa. Me importaba encontrar un empleo mejor. Mis amigos y mi padre. Sentar cabeza. Esas raíces que le había dicho a mi padre que estaba echando.

Y me importaba aquel hombre. Tanto que no sabía si quería abofetearlo, besarlo o llorar.

Lentamente, alargó la mano y me acarició con suavidad el hombro, procurando no rozar las partes más irritadas. Noté que el pulso se me

aceleraba poco a poco e inspiré de manera entrecortada. Sus manos eran mágicas, me producían espirales de gozo por todo el cuerpo. Me despertaban. Me calentaban.

—¿Ves? —le dije, mirándolo por encima del hombro—. Tengo mucho más aguante del que crees.

Él no dijo nada y me pareció buena señal. Me volví para mirarlo de frente, porque quería ver esa expresión que tantísimo se esforzaba por ocultar.

—No me has hecho daño, Cole. Ni siquiera me has asustado. Pero te diré lo que sí has conseguido. Me has puesto cachonda. Me has encendido. —Me acerqué más, hasta percibir el aroma limpio y fresco de su jabón—. ¿Tienes idea de lo mucho que te deseaba en tu despacho? ¿De lo mucho que aún te deseo?

Lo miré a los ojos, confiando en ver en ellos un deseo equiparable al mío. En cambio, lo único que vi fue una férrea determinación.

Cuánto deseaba burlar esas defensas. Era mi misión. Como si solo me faltara desmontar a Cole para que todas las piezas sueltas de mi propia existencia encajaran allí mismo, con él en el centro.

Me acerqué un poco, tanto que noté que su aliento me alborotaba el pelo. Tanto que veía inflarse su pecho al ritmo de sus latidos y distinguía los diminutos poros de su piel.

Despacio, posé la mano en su abdomen, con los dedos apuntando abajo. Sus músculos ya tensos se contrajeron al contacto con mis dedos y yo contuve una sonrisa, consciente de que por lo menos el tacto de mi piel le había afectado.

Alcé la cabeza y volví a mirarlo a los ojos. Esta vez vi en ellos el ardor que anhelaba y este me dio fuerzas para continuar.

Muy lentamente fui deslizando la mano por debajo de la lazada que impedía que aquellos pantalones de deporte le resbalaran de las caderas. No me detuve, no pensé, simplemente seguí, sin dejar de mirarlo, calibrando el impacto que tenía en ese hombre por el fuego de su mirada y la tensión de su mandíbula.

Un vello fino poblaba el camino a su polla, que yo seguí entusiasmada. La tenía dura y gorda; la envolví con la mano y la acaricié.

Cole gruñó, luego espetó mi nombre como una maldición. Me limité a sonreír, ahogando mi propio suspiro y descansando el peso de mi cuerpo primero en un pie y luego en el otro para aliviar la dulce e imperiosa presión de entre mis muslos.

—¿Quieres que me arrodille? —le susurré deslizando la mano con movimientos lentos y sensuales—. ¿Quieres metérmela en la boca? ¿O me doy la vuelta, me curvo sobre el brazo del sillón y te dejo que me folles por detrás? Lo que tú quieras, Cole. Y como tú quieras.

Metió la mano entre los dos y, por un instante, estuve casi segura de que iba a apartar la mía, pero lo único que hizo fue sujetármela a través de la gruesa felpa de los pantalones para que yo terminara acariciándole la polla con la intensidad y la velocidad que él quería.

—Te lo dije —señalé—. No soy pura. No soy inocente.

—Igual no —coincidió él. Dejó pasar un instante y vi el arrepentimiento en su rostro al soltarme despacio la mano—. Pero tampoco puedes ser mía.

Aquellas palabras tan inesperadas fueron la gota que colmó el vaso. Estallé y sin pensarlo le di una bofetada.

—Cabrón.

—Maldita sea, Kat, tú eres especial. —Se frotó la mandíbula enrojecida—. Quizá tú no lo veas, pero yo sí, y no me voy a arriesgar a destruir eso permitiendo que te enredes conmigo. Porque la mierda con la que debo lidiar todos los días no tiene nada de limpia, ni de pura, ni de especial.

—Eso es mentira —espeté—. Es miedo y es una excusa y, desde que te conozco, jamás, ni una sola vez, te he creído un cobarde.

Exhaló y se pasó las manos por la cabeza, visiblemente frustrado.

—Sé lo del Firehouse —confesé—. Sé que te va el sado. Lo entiendo, Cole. No me molesta.

—No entiendes una mierda —replicó.

—Pues explícamelo.

—Joder —dijo, tirando una mesita auxiliar de una patada y haciendo que me sobresaltara—. Mierda —espetó, lleno de furia y frustración.

—Me sorprendiste —sentencié—. No me hiciste daño. Y, si lo que quieres es asustarme, no va a bastar con que destroces una mesa.

Como esperaba, casi se rió. Casi. Pero se calmó. Inspiró hondo, luego

más. A poco se pellizcó el puente de la nariz y me miró.

—¿Tú crees que me enorgullezco de mis necesidades? —me preguntó en voz baja—. No es un camino por el que te quiera llevar, Kat.

—No te atrevas a decirme lo que yo quiero o no quiero. No tienes ni idea de lo que necesito y te aseguro que no conoces mis límites en absoluto.

—Puede que no —reconoció—. Pero conozco los míos.

—¿Qué coño quieres decir? —inquirí.

Suspirando, me cogió la barbilla con tanta tristeza que me dieron ganas de llorar.

—Que tú eres un límite infranqueable para mí, rubia. Y eso es así.

10

—Genial —espeté—. Pero mantente alejado de mí, Cole. Mantente alejado de mí y de mi padre. Y, ya que estamos, sal de mi vida.

Di media vuelta y me dirigí airada hacia la puerta. Me agarró del brazo y me hizo retroceder.

—Te voy a ayudar en lo de tu padre, pero del resto nada.

—No. Esto no es una negociación. Ya te he dicho lo que quiero. No quieres ayudarme con mis condiciones, pues no me ayudes. Aparta de mi camino.

—¿Por qué?

—Porque ya estaba en deuda contigo por el certificado de contratación. Estoy harta de estar en deuda contigo, Cole. Estoy harta de deberte y no poder pagarte como quiero.

—No voy a arrojar a tu padre a los lobos.

—Pues fóllame —dije.

—Kat.

—¿Un límite infranqueable? Menuda chorrada. No me digas lo que quiero y lo que no, ni lo que puedo o no tener. Soy una mujer adulta, joder. Sé lo que quiero, lo que necesito. Pero como eres tan puñeteramente terco...

Me dirigía a él cabreadísima. Como él. Lo notaba en el brillo de su mirada. A Cole no lo desafiaban a menudo. No estaba segura de que supiera bien qué hacer conmigo.

—¿Cómo te convengo de que no me das miedo? ¿Así? —Me agarré la blusa por el bajo y me la quité bruscamente por la cabeza. La tiré a un lado—.

¿Así?

El sujetador fue lo siguiente y, en cuanto lo lancé al suelo, agarré a Cole de la mano y tiré hasta quedarme allí mismo, justo delante de él.

Antes de que pudiera pensar o protestar, lo obligué a cogermelos pechos y, mientras él inspiraba entre los dientes, le solté las manos para desabrocharme los pantalones cortos. Me bajé la cremallera, me los quité y colgué los pulgares del elástico de mi diminuto tanga de encaje.

—No —dijo, cubriéndome la mano con una de las suyas.

Le dediqué una mirada de puro desafío y seguí adelante.

Me agarró de la mano y tiró de mí tan fuerte que me estampó en su pecho. Hice un aspaviento y me encontré de pronto respirando con dificultad en la pequeña hondura de la base de su garganta.

—Lo haré —me dijo al oído, y me gruñó esas palabras mientras las acompañaba con acciones, de modo que oí su voz firme y decidida acompañar melodiosa el brutal rasgón de tejido cuando me arrancó del cuerpo el encaje y me dejó completamente desnuda, tremendamente excitada y absolutamente entregada a él.

—¡Cole! —grité, pero él me acalló, atrapándome la boca con la suya. Aquel no fue un beso sensual. Fue brutal, despótico. Ardiente.

Al tiempo que me destrozaba la boca con la lengua y los dientes, deslizó las manos por mis brazos hasta las muñecas, me las agarró y me las llevó a la espalda.

La incómoda postura me provocó una mueca de dolor.

—¿Te he hecho daño?

Negué con la cabeza. Me dolía un poco, pero no se lo iba a decir, claro.

Apretó, forzando aún más el ángulo y haciéndome gritar, porque aquello sí dolía, pero me gustaba. Me gustaba estar a su merced. Me gustaba saber que estaba bajo su control. Y me gustaba, sobre todo, lo que le estaba viendo hacer con mi tanga roto: atarme las manos para sujetarme los brazos a la espalda.

Me condujo al sofá e hizo que me inclinara sobre el brazo de cara al cojín. Se inclinó sobre mí, acariciándome el culo desnudo con su sudor y rozándome la espalda con el pecho. Me mordisqueó la oreja mientras me penetraba con un dedo.

No me lo esperaba y grité tanto de sorpresa como de placer. Estaba húmeda (joder, ¿alguna vez lo había estado tanto?) y mi cuerpo se contrajo avaricioso alrededor de aquel dedo, anhelando mucho más. Todo lo que pudiera obligarle a darme.

—¿Y si te dijera que quiero hacerte daño?

Sacó el dedo y volvió a penetrarme con fuerza, esta vez con dos dedos, luego con tres. Y todas las veces se me contrajeron las entrañas, agradecidas, porque eso era lo que quería, dejarme llevar, ser libre, ser suya.

—¿Y si te dijera que me la pones dura y que a veces pierdo el control? Tengo que lidiar con muchas mierdas, Kat, y tú ya tienes bastante con las tuyas.

—Pero te necesito —murmuré.

—¿Qué harías —prosiguió como si no me hubiera oído— si te dijera eso? Si te contara que me pone el dolor. Que me gusta. Que lo necesito. ¿Te entraría por fin en esa cabecita dura que te equivocas conmigo? ¿Saldrías corriendo?

—No —susurré con el aliento entrecortado—. Te suplicaría. Te rogaría que me utilizaras. Que me hicieras daño. Que me hicieras lo que quisieras. —Ladeé la cabeza para verlo un poco—. Tú me haces sentir, Cole. ¡Y quiero sentir más!

Noté que disminuía la presión de su cuerpo sobre mi espalda.

—¿Qué coño has dicho?

—Lo digo en serio, Cole. Nunca he...

—¿Nunca has hecho esto?

—No, digo, sí. Sí que lo he hecho. Pero nunca... —Inspiré hondo. Teniendo en cuenta que me tenía desnuda e inclinada sobre el brazo de un sofá, con el culo al aire, resultaba ridículo que fuera tan remilgada y comedida con las palabras—. Nunca me había excitado tanto. Eso es lo que quería decir.

Con suavidad, me agarró por la cintura y me ayudó a levantarme. Me llevó hasta el sofá, se sentó y me atrajo hacia sí para que me sentara a horcajadas encima de él, con las rodillas en los cojines y el sexo completamente a su merced.

Aprovechando la postura, me penetró con tres dedos.

—Dime —me pidió—, dime cómo te sientes.

—Excitada —contesté.

—No, móntame mientras hablas.

—¿Que haga... qué?

Tenía la otra mano en mi cintura y, a modo de demostración, me subió y me bajó para que me follara con sus dedos.

—No creo que pueda hacer eso con las manos atadas.

—Harás eso y más —me aseguró—. Dímelo ahora mismo.

Me alcé y los músculos de mis muslos protestaron, porque hacía mucho que no entrenaba como es debido. Pero merecía la pena. Me hundí todo lo que pude sobre él, con fuerza, y él me levantaba cada vez que yo bajaba, penetrándome cada vez más. Me llenaba, y la sensación era magnífica.

Eso, unido al roce de mi clítoris con su mano, me hacía sentir un delicioso cosquilleo por todo el cuerpo. Y, sí, la esperanza de estallar quizá, solo quizá, en brazos de Cole esa noche.

Me pellizcó el pezón con fuerza, un toque interesante que me hizo jadear al tiempo que un millón de pequeños escalofríos se propagaban por todo mi ser para reunirse finalmente en mi clítoris, acercándome más, muchísimo más.

—Has dejado de hablar —dijo—. Quiero oírte. Háblame. Hazme sentir lo que tú sientes.

—Me tienes encendida. Como esos extras de cine que se dejan envolver de llamas azules. Creo que ardo, Cole. Siento que mi cuerpo entero es mi centro. Como si fuera a explorar en un millón de trozos si me pasas la yema del pulgar por los pezones.

—Son muy receptivos —dijo estimulándome la areola, trazando en ella círculos suaves y lentos y rozándome el pezón sensible con la yema del dedo.

Grité asombrada cuando lo hizo y mi sexo se contrajo alrededor de sus dedos, aún hundidos en mi interior.

—Parece que a la señora le gusta esto. La próxima vez habrá que probar los cepos en los pezones —sentenció, y casi lloré de alegría al saber que habría una próxima vez.

Ignoraba lo que descubriría en brazos de Cole. ¿Un nuevo lado de mí misma? ¿Una nueva forma de placer? ¿Reaccionaría así solo con él? ¿O

habría descubierto un lado aún por explorar de mi sexualidad?

Ni idea. Lo único que tenía claro era que haría lo que me pidiese.

—Quizá te sorprenda, teniendo en cuenta lo dura que me la has puesto y que tengo la mano metida en tu coño, pero hoy has pasado a la categoría de guarra.

—¡Guarra! De eso nada. Yo solo...

—Y eso exige un castigo —dijo con la firmeza suficiente para callarme.

—Ah.

Me retorcí y el roce con su mano me obsequió con deliciosos resultados.

—¿Te han zurrado alguna vez?

—No.

Lo decía completamente en serio. Jamás me habían zurrado, ni de niña.

—Date la vuelta —dijo sacando los dedos—. Ponte en mis rodillas.

Mi primera reacción fue preguntarle si había perdido el juicio. Pero sabía que no. En lo relativo al sexo, mi experiencia había sido bastante convencional, pero leía libros y revistas y sabía que los azotes eran corrientes y, a juzgar por lo que decían los artículos, bastante excitantes.

Sabía también que aquello era muy poca cosa en el baremo del sado serio y me pregunté hasta dónde llegaría cuando Cole decidiera que era hora de pasar a mayores.

La idea y las posibilidades me estremecieron.

—Me gusta eso —señaló Cole, pasándome un dedo por la piel—. Me gusta verte expectante. Nerviosa. Excitada.

—Lo estoy —dije.

—¿Demasiado para ti?

—Qué va —le aseguré, y a punto estuve de derretirme en el fuego lento y prolongado de su sonrisa.

Pensé que me diría algo más, pero lo único que hizo fue pedirme que me inclinara sobre su rodilla. Me sentí un poco estúpida, pero se me pasó enseguida con el dolor punzante de su palma contra mi culo desnudo. Grité, tomé aire apretando los dientes y una sensación cálida y dolorosa se propagó por mi ser, asistida de los círculos atenuantes que Cole describía con su mano.

—Creí que usarías una pala o algo.

—¿Y negarme el placer de azotar un culo tan bonito? —preguntó, mientras me daba otro azote. Y otro y otro. Cuando iba ya por la octava palmada, yo ya estaba tan cerca del orgasmo que sabía que un azote más me catapultaría como una bala a un abismo al que llevaba más de diez años sin llegar.

Sin embargo, paró y me dejó excitada, aturdida y confundida.

Rió, sin duda al ver mi expresión.

—Te gusta —dijo.

Afirmaba, no preguntaba, pero yo asentí igual.

—Ven. —Y me llevó al suelo, a una alfombra gruesa—. Quiero saborearte.

Esperaba que me hiciera tumbarme y me abriera de piernas. En cambio, fue él quien se tumbó boca arriba. Yo me puse a horcajadas sobre su cara, separando tanto las piernas que casi me dolía. «Dolor», había dicho, y era cierto, pero la postura tenía algo: la tensión de la cara interna de mis muslos; el ángulo en que su lengua jugaba con mi clítoris; el modo en que me acariciaba el culo con la mano izquierda, paseándola por la piel aún dolorida, y tirando hacia abajo de vez en cuando para poder chuparme más fuerte o meterme más la lengua.

Y la forma en que después me buscó el pecho y me pellizcó el pezón mientras me excitaba el sexo con la lengua.

En resumen, era un hombre orquesta, dándome placer con lametones y caricias, produciéndome dolor con pellizcos en los pezones, pequeños azotes e incluso mordisquitos fuertes en el clítoris, extremadamente sensible.

Como una sinfonía, dolor y placer se fueron amplificando, luces y sombras en una espiral interminable, augurándome un clímax sensacional.

Al contrario que en la sinfonía, ignoraba si alcanzaríamos la cumbre. A fin de cuentas, jamás había llegado a eso con un tío y, pese a lo ocurrido esa noche —todas esas nuevas sensaciones y esas espléndidas vivencias—, un orgasmo era un orgasmo, y no podía desprenderme del recuerdo y la vergüenza de haberle permitido a aquel capullo patético que me tocara allí.

Pero Cole no era él. Nunca lo sería. No era ni una serpiente ni un gusano. Cole pedía lo que quería, no te lo robaba como un ladrón por la noche.

Cuando Cole me tocaba, no me daban ganas de esconderme. Al contrario,

me animaba.

Pensé en Cole, su boca en mi clítoris, sus dedos en mi pezón, en el placer que me estaba produciendo por todo el cuerpo.

Pensé en él y volé un poco más alto y me pregunté si sería posible.

Y, al oír su voz rotunda y apremiante diciéndome «córrete, córrete ya, Catalina», me estiré todo lo que pude, alcé la mano hasta la estrella más cercana y supe que era un día de milagros.

Porque mientras trataba de desentrañar aquella inconcebible verdad, mientras Cole me llamaba y me instaba a precipitarme, «ya, ya, ya», mi ser estalló en millones de puntos de luz que titilaban, explotaban, refulgían y vibraban para, por fin, quedarse quietos y satisfechos.

Y, sobre todo, contentos.

Cole me tenía entre sus brazos, con la espalda pegada a su pecho, y el culo a su regazo. Me sentía a gusto, segura y satisfecha, pero algo no iba bien del todo.

Tardé un poco en darme cuenta de que oía su voz grave y preocupada diciéndome que no pasaba nada, que yo estaba bien.

Esa preocupación me confundió, hasta que reparé en que me corrían lágrimas por las mejillas y, al inspirar entrecortadamente, me supo la boca a sal.

—No —susurré. Me desató las manos y me limpié las lágrimas—. No, estoy bien. Más que bien. —Me volví, apoyándome en los brazos, y vi inquietud en su mirada, y quise llorar de verdad—. No son lágrimas de dolor —le prometí, y posé los labios en los suyos—. Me siento de maravilla. Tú eres una maravilla.

Frunció el ceño, como si no supiera si creerme o no, y la emoción cruda que vi en su rostro fue tan tierna y tan auténtica que me hizo sonreír. Es más, me hizo reír, inclinarme y depositar en su boca un beso salado.

—Gracias —le susurré.

De pronto la preocupación se transformó en confusión.

—¿Por qué?

«Por preocuparte. Por estar aquí. Por todo».

No lo dije en voz alta. En su lugar, le di otro beso suave en los labios, inspiré hondo y, armándome de valor, me dispuse a decirle lo que jamás le había dicho a ningún otro ser vivo.

—Yo no he... ya sabes... con un tío, bueno, nunca.

No era del todo cierto, pero no estaba lista para contarle toda la verdad.

—¿Nunca te habías acostado con un tío?

—Venga, hombre —dije con las mejillas encendidas. Clavé la mirada en su hombro, en la asombrosa ala de dragón que llevaba tatuada, porque no podía decirle eso mirándole a los ojos—. Ya sabes. Que nunca he alcanzado el clímax. Nunca he tenido un orgasmo.

Alcé un hombro con desenfado como si lo dicho careciera de importancia y no me diera una vergüenza espantosa.

Pero seguí sin mirarlo.

—Dime —me pidió su voz suave como la brisa.

—Te lo acabo de decir.

—Dime por qué no.

Me encogí de hombros y miré a otro lado para que no viera que mentía.

—Porque yo soy así.

Guardó silencio un momento, acariciándome el pelo con su enorme mano. Y, pese a lo violento de la situación, me sentí querida. Y cuando al fin habló, deseada.

—Pues los hombres con los que te has acostado no saben lo que se han perdido. Estás preciosa cuando te corres.

—Me vas a hacer llorar otra vez. —Le dediqué una sonrisa trémula pero auténtica—. Creo que eso es lo más romántico que me han dicho jamás.

—En ese caso, voy a tener que esmerarme. Mereces más romance que eso.

Se me encogió el pecho y busqué algo que decir. No se me ocurrió nada. No había combinación de palabras capaz de expresar con acierto lo que sentía. Porque ¿cómo iba a decirle que me llenaba, que veía en él mucho más de lo que había visto en todos esos años?

Era una mezcla de rasgos duros y angulosos, de colores suaves y ternura. Era como algunas de las obras de arte que colgaban en su galería, una combinación de tantos elementos que te sorprende que te guste porque casi parece demasiado. Sin embargo, esa multitud de elementos compone un todo y, si te llevas alguno de ellos, el conjunto se desmorona.

—Me estás mirando fijamente —me dijo frunciendo los ojos e

imitándome.

Sonreí como embobada.

—A lo mejor es que me gusta mirarte.

—Pues ya somos dos —repuso—. Date la vuelta.

Lo hice y, arrimándome de nuevo a su cuerpo, hicimos la cucharita tendidos en la gruesa y cálida alfombra.

Paseó un dedo por mi cadera desnuda, después por mi cintura. La sensación me hizo temblar y suspiré al tiempo que mi cuerpo se encendía con sus caricias. Despacio, deliberadamente, me acarició la curva del pecho, luego los pezones hasta ponérmelos tensos, duros, ansiosos de sus caricias.

No se conformó con eso. Ascendiendo más, me recorrió el labio inferior y me instó muy despacio a que abriera la boca.

Cerré los ojos y me metí su dedo en la boca, lo chupé con fuerza, acariciándolo con la lengua al tiempo que brotaba en mí el deseo como si el dedo fuera pulsando todas y cada una de mis zonas erógenas.

Lo oí gemir, noté cómo se le contraía la polla contra mis nalgas.

—Algún día —dijo— conseguiré que tú también llegues a esto.

—Sí —dije, y la sola idea me excitó—. Lo que sea —añadí—. Todo.

—Y solo para que quede claro —me dijo tan cerca del oído que su aliento me hizo cosquillas—, si yo follo contigo, tú no follas con nadie más. ¿Entendido?

—Por supuesto —contesté, y me produjo una pequeña punzada de placer el hecho de saber que, al menos de momento, Cole August me había declarado suya.

—Bien.

Noté que me dolían las mejillas de tanto sonreír. Me volví para mirarlo, luego lo puse boca arriba.

—¿Estás juguetona? —inquirió.

—Calla —le contesté—. Tengo un plan.

Me subí a horcajadas sobre él y me sentí decadente acoplando mi sexo a su entrepierna y dejándome acariciar por su grueso vello púbico, sin duda diseñado para volverme loca.

Al notar que su pene se erguía en señal de evidente interés, una intensa sensación de poder femenino me recorrió el cuerpo entero.

—¿Tienes pensado algo, nena?

—Ya te he dicho que me las podía apañar —repuse con suficiencia—. Que podía contigo.

—Y has podido.

Deslizó la mano hasta mi sexo y empezó a jugar conmigo. Como aquel me parecía un plan absolutamente delicioso, moví las caderas para facilitarle el acceso. Se detuvo inmediatamente.

Enarqué una ceja.

—Continúa —dijo esbozando una sonrisa.

—¿Continúa? Eres tú el que ha parado.

—La mano sigue ahí, lista para que le des buen uso, a menos que prefieras usar la tuya.

Lo miré extrañada, sin entender bien a qué se refería.

Rió, visiblemente divertido por mi confusión.

—Quiero ver cómo te masturbas —señaló—. Quiero ver cómo se te sonroja la piel cuando te excitas. Con mi mano. Con la tuya. Qué sé yo, saca el vibrador si llevas uno en el bolso...

—¡Cole!

—Ya —dijo con una voz de pronto seria. Se había terminado el jugueteo. Aquella era su voz de mando. Una voz con la que conseguía lo que quería—. Córrete, nena. Te he dicho que quiero mirar.

Negué con la cabeza, sentí un retortijón.

—No.

Alzó una ceja.

—¿Cómo has dicho?

—Cole, por favor, no. Lo de antes ha sido estupendo, pero no voy a poder, ¿sabes?, y no quiero estropear por completo ese recuerdo.

—No lo estropearás.

—Tú no entiendes cómo funciona yo. No...

Pero no me dejó terminar. Me agarró el sexo, pellizcando la carne tierna y desnuda de alrededor del clítoris y produciéndome oleadas de dolor y de placer que me recorrieron entera.

—No vas a estropear ese recuerdo, porque te vas a correr para mí. ¿Sabes por qué?

Negué con la cabeza, demasiado distraída por aquel pellizco íntimo y por el modo en que mi cuerpo reaccionaba a él: los pezones se me pusieron duros, el sexo se me contrajo, ansioso de que lo penetraran. Me sentí excitada, necesitada, al límite. Por Dios, ¿qué puerta había abierto al poner los ojos en Cole August?

—Kat —apretó un poco y sentí que una corriente eléctrica se apoderaba de mí, un millón de chispazos diminutos—, ¿me escuchas?

—Me lo estás poniendo muy mal.

Si le di pena, no lo demostró.

—Muy mal, desde luego —se burló del doble sentido—. Pero te vas a masturbar ya y yo te voy a mirar. Además, Katrina, te vas a correr para mí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque te lo mando yo —espetó en ese tono que no admite discusión. Se movió un poco y dobló las piernas como para hacerme un respaldo. La tenía dura y su erección quedó enterrada entre sus piernas y mis nalgas—. Recuéstate —me ordenó y, al obedecer, vi que el rostro se le tensaba con el roce provocativo de mi cuerpo en su polla—. Abre más las piernas.

Tragué saliva, pensando en la visión tan íntima que eso debía de proporcionarle.

—Cole...

—Como vuelvas a discutírmelo, te doy unos azotes en el culo. —Se irguió sobre los codos—. Hazlo, nena. Quiero ver ese coñito bonito.

Quise protestar, juntar los muslos en una especie de inoportuno intento de recato. Sabía de sobra que no iba a correrme así, me daba vergüenza. Demasiada.

Pero, al mismo tiempo, oía su voz. Percibía en ella su deseo. Y hubo algo en su tono autoritario que me obligó a obedecer. Estaba cachondo, de eso no me cabía duda, y el hecho de saber que eran mi cuerpo y el modo en que reaccionaba a sus caricias lo que lo estaba llevando al límite me excitaba y me animaba a la vez.

—Las piernas —repitió, y yo, olvidándome del decoro, las separé todo lo que pude—. Ay, nena —dijo—, me gusta que te depiles. Estás húmeda y resbaladiza, y veo lo excitada que estás. Dímelo.

—Muy excitada.

—Estás tan húmeda, nena. Métete un dedo por el coño y verás lo húmeda que estás. No —añadió al ver que cerraba los ojos para obedecer—. Mírame. Así —aprobó, bajando la vista él también para ver cómo deslizaba el dedo índice entre las paredes resbaladizas, húmedas y calientes de mi sexo.

—¿Estás húmeda?

—Sabes que sí.

—Quiero saborearte —dijo—. Quiero recorrerte con la boca, penetrarte con la lengua.

—Sí —murmuré, y empecé a moverme para que pudiera hacerlo.

—No —me detuvo—. No te muevas.

—Cole, por favor.

—Llévate el dedo al labio, nena. Quiero ver lo bien que sabes.

Titubeé, luego hice lo que me pedía.

—Eso es. Chúpate, Katrina. Fuerte. Imagina que te estoy metiendo la polla en la boca. No —añadió—, no cierres los ojos. Eso es, nena. Joder, cómo me pones.

Y él a mí. Lo miré directamente a los ojos mientras me chupaba el dedo, resbaladizo y pringoso de mi propio deseo. Era algo pícaro, erótico, deliciosamente sexy, y chupé más fuerte, sin dejar de mirarlo a la cara, mientras crecía el deseo entre los dos y se convertía en un frenesí tal que casi podía ver los átomos dando vueltas en el aire sobrecargado.

—Ahora mastúrbate —me ordenó con una voz cruda, como si le costara una barbaridad controlarse—. Sigue chupándotelo, pero usa la otra mano. Pellízcate los pezones, fuerte, sí, joder, así —espetó al tiempo que yo me cogía el pezón entre los dedos y lo pellizcaba con fuerza.

Inspiré entrecortadamente, sobrepasada por el torbellino que se gestaba en mi interior. Mi cuerpo entero radiaba fuego y poder. Por los pechos, el vientre, el sexo...

—Ay, nena, quieres que te follen —dijo, y me ruboricé, consciente de que veía cómo se contraía y tensaba mi sexo por el deseo desesperado y cautivador.

—Venga. Llévate abajo el dedo que tienes en la boca y métetelo. No, dos. Por Dios, Kat, te juro que me vas a matar —exclamó mientras me veía tocarme al ritmo de sus palabras.

Jamás pensé que pudiera hacer algo así, que podría exhibir mi cuerpo y mi propia excitación de ese modo tan íntimo, pero, con Cole, el hecho de estar expuesta me excitaba más, no menos. Quería que viese el efecto que tenía en mí. Quería que la sensación aumentara. Y, cuando me dijo qué hacer —que me follara con el dedo, que me acariciara el clítoris—, hice lo que me pedía, y la visión se me nubló y el cuerpo entero se me tensó. Noté que crecía la sensación, que aumentaba el deseo.

Cuando todo aquello empezó a ser demasiado, cuando un empujoncito habría bastado para arrojarme al precipicio, me obligué a centrarme en su cara. En sus ojos.

Y vi arder en ellos un deseo intenso, al mismo tiempo que sus palabras y mis caricias me hacían estallar en un millón de pedazos.

Cuando el cuerpo dejó de temblarme, me derrumbé sobre él, jadeando.

—¿Quieres que te la chupe? —le murmuré al pecho.

—No —susurró.

—Pero tú no te has... Y yo quiero que te...

Me dio un beso en el cogote.

—Estoy satisfecho.

—La tienes dura como una piedra —dije, porque no había modo de ignorar la erección que le deformaba los pantalones y presionaba con insistencia su muslo.

—Me gusta —dijo—. Me la pones dura, Kat. No veo razón para cambiar eso en este preciso momento.

Sus palabras me sorprendieron, por eso que decían siempre los tíos de que se les congestionaban las pelotas. Claro que yo no era un tío, pero podía entender lo agradable que debía de ser la sensación de estar excitado. Además, en ese momento, lo único que me apetecía hacer era tumbarme allí, con el cuerpo pegado al suyo, sus dedos acariciándome distraídos la espalda.

—Creo que me he muerto —confesé al poco—. Esto debe de ser el cielo.

Paseó los dedos desde mi sexo hasta mis pechos y luego hasta mis labios.

—A mí me lo parece.

Me apartó el pelo de la cara.

—Tres de tres —dijo, y me hizo reír—. Supongo que no volverás a dudar de mí.

—Hay algo mágico en ti, Cole August. Imagino que siempre lo he sabido.

—¿Ah, sí?

—Claro —dije juguetona, y me levanté para estirarme. Me trasladé al sofá y me acurruqué en los cojines de piel blanditos—. ¿Por qué crees que te he elegido? Desde luego, por tu dinero, no, ni porque hables italiano. Pero tú dale a una chica un buen orgasmo...

—¿Cómo sabías que hablo italiano?

Se había levantado y se dirigía al mueble bar del rincón.

Fruncí el ceño e intenté recordarlo, mientras él abría un pequeño frigorífico y sacaba una botella de vino.

—No estoy segura. Quizá me lo contara Angie en algún momento. O Jahn —añadí, el tío de Angie, que había sido el mentor de los tres caballeros—. Tírame mi ropa, por favor —le dije cuando trajo la botella de shiraz y dos copas—. Tú no te pongas la camiseta si no quieres. Me gustan las vistas.

—Y a mí —repuso dándome un repaso antes de pasarme los pantalones y el top—. Pero así luego puedo volver a ver cómo te lo quitas.

—Siempre he sabido que eras listo.

Sonrió, se acercó y sirvió el vino. Me ofreció una copa y se sentó a mi lado.

—¿Cómo es que nunca hablas de ello? De Italia, digo.

Agitó en círculos la copa de vino como si meditara la pregunta.

—Yo no hablo de muchas cosas —respondió al fin.

—No, supongo que no. ¿Por qué no?

—Me gusta mirar hacia delante, no hacia atrás. Esa época ya pasó.

—¿Mala?

—No, buena, de hecho.

Por cómo lo dijo, pensé que le había sorprendido su propia conclusión. Como si hubiera muy pocas épocas buenas en su pasado.

—Siempre me ha parecido que sería emocionante vivir en otros países. Italia no está en mi lista, pero sueño con vivir un año en París. Quiero ver pasar todas las estaciones en Champs-Élysées.

—¿Y estás sola en ese sueño?

Le di un sorbo largo al vino, con los ojos clavados en Cole.

—No —dije sin más.

Se recostó en el sofá y se dio una palmada en las piernas. Me estiré y puse los pies en su regazo sin soltar la copa. Eché un vistazo a la alfombra en la que me había hecho correrme y no pude evitar pensar lo rápido que la cosa había pasado de puro fuego a gozo.

—Hay que prestar mucha atención por aquí —dijo Cole, como si me hubiera leído el pensamiento—. Las cosas pasan muy deprisa.

—Desde luego.

—Algún día te hablaré de Italia.

Lo escudriñé.

—Creí que no mirabas atrás.

—Creí que querías saberlo.

—Y quiero —contesté.

Lo que no añadí fue «quiero saberlo todo», pero creo que él lo oyó de todas formas.

Estuvimos así sentados un rato, blanditos y cómodos. Él sostenía la copa con una mano y me acariciaba la pantorrilla con la otra. Era muy agradable y debí de haber supuesto que no duraría demasiado.

No fue obvio, ni siquiera sé si podría decir cómo pasó exactamente, pero varió la intensidad de sus caricias y la ternura tomó un cariz vacilante. De pronto lo vi como a un hombre aterrado por la proximidad de una tormenta que fuera a arrancarlo de cuajo de la faz de la tierra.

—¿Por qué no me cuentas qué ocurre?

Llevaba un rato mirándose la mano con la que me acariciaba la pierna, estudiando el contraste de su piel oscura con mis piernas palidísimas. Al final del verano estaría dorada como un gofre, pero a comienzos de la temporada aún era de un blanco invernal. Entonces levantó la cabeza para mirarme a los ojos.

—Esto está muy bien —dijo.

—Ya, entiendo que te perturbe.

—Me gusta verte así, tan contenta que podría hasta pintar tu felicidad. Además, me gusta acariciarte, estar cerca de ti.

—A mí también me gusta. —No pude evitar el tono receloso.

—Tenías razón cuando decías que podías controlarlo. Lo de esta noche, todo esto. Todo lo que ha pasado desde que has entrado por la puerta. Has

sido todo lo que quería y más de lo que podía esperar.

Me humedecí los labios. Me estaba diciendo cosas muy agradables, pero un escalofrío de miedo me recorría la espalda.

—Lo has manejado bien, pero ¿qué pasa con el resto?

—No hagas eso. No des por sentado que sabes cosas que no sabes.

—¿No las sé?

Aquello me irritó.

—No, no las sabes. Antes has intentado asustarme diciéndome que buscabas el dolor y que querías hacerme daño.

—Lo digo en serio —espetó con una voz grave, peligrosa y rotunda.

—Lo sé —dije dejando la copa en la mesa. Retiré las piernas de su regazo y me arrodillé delante de él. Le cogí la copa y la dejé en la mesa con la mía —. Por si no te has dado cuenta, a mí también me ha gustado.

—Vainilla —sentenció—. Lo de hoy ha sido vainilla aguada.

—¿Tú crees que podría con el praliné de almendras?

—No bromeo, Kat.

—¿Y piensas que yo sí? Joder, Cole, me ha gustado lo que hemos hecho. Me han excitado los azotes y cuando me has atado las manos a la espalda...

—Inspiré hondo, asombrada de que solo hablar de ello volviera a excitarme —. ¿No lo ves? Estar a tu merced... me ha puesto cachonda. Ha sido nuevo para mí, e increíble. Como si me descubrieras un secreto maravilloso sobre mí misma.

Apuré el vino.

—Así que, si piensas que voy a salir de aquí sin mirar atrás, te equivocas. Te voy a suplicar más, en todo caso.

—Es ese más lo que me asusta —dijo, y creo que fue la primera vez que vi un miedo intenso y sincero en sus ojos.

Negué con la cabeza, sin comprender.

—Dios, Kat, ¿no lo entiendes? No me asusta que vayas a salir corriendo. Lo que temo es querer llevarlo demasiado lejos. ¿Tienes idea de cuánto debo esforzarme por no descontrolarme? ¿De lo fácilmente que pierdo la cabeza?

Recordé el ruido de la copa al hacerse añicos en la inauguración de la galería y las historias que había oído sobre el célebre temperamento de Cole.

Después pensé en la ternura con que me había acariciado y me había

limpiado las lágrimas. En la suavidad de su voz.

—Eso no va a pasar —dije.

—No me conoces tan bien.

«Claro que sí», pensé. Pero dije:

—Puede que no, pero quiero conocerte. Y sé lo que he visto hasta ahora.

Le escudriñé el rostro en busca de una reacción. De placer, de alivio o de rabia. En ese momento me daba igual. Pero no hubo nada. Permaneció impassible.

Se puso en pie.

—Voy a darme una ducha.

—Por favor, Cole. —Me levanté también—. No tengo miedo —espeté mientras él se disponía a salir de la habitación—. No lo tengo, joder, pero si tú sí, entonces no me toques. Limitate a llamarme.

No sé bien de dónde saqué aquellas palabras, pero funcionaron. Se detuvo en el umbral de la puerta.

—¿Que te llame?

—No hacías más que recular y recular. Apartarme de ti. Pero por teléfono, cuando me llamaste, no vacilaste. En absoluto. Ni hablar.

Recordé la rotundidad de su voz. La seguridad.

—Fue por eso, ¿verdad? —pregunté con voz suave—. Te resultó fácil llamarme porque no había riesgo. No temías hacerme daño porque no estabas allí.

Eso podía entenderlo. ¿No había sido más fácil para mí también? Yo no tenía problema para excitarme, pero con Cole ¿no había sentido las caricias de un hombre, aunque fuera imaginario, por primera vez desde... desde siempre?

Me había abierto la puerta y, Dios, yo quería hacer lo mismo por él.

No dijo nada, pero lo vi inspirar hondo y cerrar los ojos un instante demasiado largo.

Me acerqué un paso.

—Sí que estaba allí —le susurré—. Notaba cada caricia, cada sensación. Estabas a mi lado, Cole, y todo fue bien. Joder, fue más que bien. Fue increíble.

Esperé a que dijera algo y, al ver que seguía callado, insistí, decidida a

hacerle comprender.

—¿Quieres darme azotes? ¿Atarme? ¿Fustigarme, yo qué sé, u otra cosa?
—terminé sin convicción, porque, de hecho, ignoraba qué otra cosa podía ser
—. Pues llámame. Cuéntamelo. Descríbemelo. Cada golpe, cada marca.
Disfrútalo. Tómame, hazme daño. ¿No lo ves? Me estoy entregando a ti, total
y enteramente. Me puedes tener como quieras.

Apoyé la mano en su pecho desnudo y noté el latido de su corazón, fuerte
y rápido.

—Empieza así y verás. Quizá puedas llevarme contigo el resto del
camino. Porque yo quiero acompañarte, Cole. De verdad que quiero.

Traté de ver la respuesta en su rostro, pero su expresión era indescifrable,
y cerró los ojos. Me debatía entre el deseo y la esperanza, y sentí el impulso
de arrodillarme y suplicarle.

En cambio, me limité a esperar. Un momento, luego un poco más.

Frustrada, solté un suspiro lento y suave, y retiré la mano de su pecho.

Me la cogió de inmediato y volvió a ponerla exactamente donde estaba.
Hasta que no volví a tocarlo, no abrió los ojos de nuevo, y el deseo puro que
vi en ellos hizo que me dieran ganas de abrazarlo, de besarlo, de empezar a
cantar.

Sin embargo, permanecí inmóvil, con miedo a estar viendo demasiado o
esperando demasiado.

—Kat —dijo al fin con una voz tan apasionada y tan tierna que pensé que
me derretía.

—¿Sí?

—Dos cosas.

Asentí con la cabeza.

—A partir de ahora coge el teléfono cuando te llame. Da igual lo que
estés haciendo, si soy yo, cógelo.

Se me alborotó el corazón.

—Sí. —Recordé los libros que había leído, las películas que había visto
—. Sí, señor —añadí, y me recompensó con un esbozo de sonrisa—. ¿Y lo
segundo?

—Te quiero en mi dormitorio —contestó—. Y te quiero desnuda, Kat.

Sonreí.

—Qué curioso: es lo mismo que quiero yo.

12

Cuando entró en el dormitorio con el vino y las copas, yo estaba sentada al borde de su cama, desnuda, acariciándome suavemente el sexo con los dedos. Se detuvo en el umbral de la puerta y paseó despacio la mirada por mi cuerpo, empezando por los dedos de los pies hasta toparse con mis ojos.

—¡Qué descarada te has vuelto, rubia!

Qué razón tenía. Con ese hombre, era una desvergonzada. Lo quería todo y estaba más que dispuesta a jugar sucio para conseguirlo.

En ese instante estaba jugando todo lo sucio que sabía. Arqueeé la espalda, separé un poco más las piernas y me metí poco a poco dos dedos hasta el fondo.

—Confiaba en darte alguna idea. A modo de propuesta subliminal.

Esbozó una sonrisa.

—Ah, ¿en serio?

—Quiero que me folles, Cole. Que me la metas. —Meneé las caderas al ritmo de los dedos y lo observé mientras contemplaba el espectáculo, y eso me puso aún más cachonda—. Me propongo conseguir lo que quiero. Puedo ser muy persuasiva, te lo aseguro.

—Apuesto a que sí —dijo. Dejó el vino y las copas en una mesa próxima y se acercó a mí—. Si no recuerdo mal, te he dicho que vinieras, te desnudaras y te tumbaras en la cama mientras yo iba a por vino.

—Eso es lo que has dicho —reconocí—. Creo que ya te he comentado que nunca se me ha dado muy bien cumplir órdenes.

—Supongo que ya sabes lo que les pasa a las chicas traviesas.

Tiró del cordón de sus pantalones y dejó que le resbalaran al suelo. Sacó los pies de las perneras y se acercó a mí desnudo, con una erección completa, enorme y tremendamente intimidatoria.

Tragué saliva y mis ojos saltaron de su pene a su rostro. Me levanté y fui hacia él.

—Para que lo sepas, me propongo ser aún más traviesa.

Me agarré a sus caderas e, hincada de rodillas delante de él, le lamí la erección despacio, muy despacio, deteniéndome en la punta.

Se estremeció, gimió, dijo mi nombre con voz ronca y teñida de deseo. No respondí. Me metí la polla en la boca, la saboreé, la acaricié provocadora, lo llevé lo más lejos posible.

Le agarré el culo, noté sus dedos enredarse en mi pelo, tomar las riendas de mi cabeza y del ritmo de mis ofensivas, obligándome a ir más allá.

Me gustó saber que se la estaba poniendo más dura. Que lo estaba excitando más. Saber que quería aquello y que era yo quien le daba más placer, aumentando esa tensión y esa pasión tanto y tan deprisa. Estaba cerca, condenadamente cerca. Lo notaba en la tirantez de su cuerpo y en la fuerza con que anclaba los dedos a mi pelo. Lo sabía por el ritmo de su respiración y por los pequeños escalofríos que le estremecían el cuerpo y me traspasaban.

Se iba a correr y saberlo me ponía aún más cachonda. Estaba tan húmeda, tan excitada que pensé que iba a correrme yo también, solo del placer de saber que había conseguido llevar a Cole August al orgasmo.

Y entonces, sin avisar, se retiró, salió de mi boca y me dejó sentada sobre los talones gimiendo, excitada y desesperada por que se corriera. Por sentir que estallaba y saber que era obra mía, que yo se lo había provocado.

—En la cama —dijo todo autoridad y sensualidad.

Debí de titubear, porque me cogió del brazo y me levantó del suelo, después deslizó la mano entre mis piernas y me acarició el sexo. Me flojearon las rodillas y me dejé caer sobre su mano de forma que solo la presión de la palma envolviéndome el sexo impedía que me cayera.

—Mía —sentenció, y me metió dos dedos—. Joder, Kat, ¿tienes idea de lo mucho que te deseo? ¿De lo fuerte que te voy a follar?

—Demuéstramelo —lo desafié, y me levantó y me dejó en la cama. Me tumbé boca arriba, pero Cole hizo un gesto con el dedo para indicarme que

me volviera boca abajo—. A cuatro patas. Las piernas separadas. Quiero verte el coño. Quiero ver lo húmeda que estás, lo mucho que me deseas. Y quiero ver cómo se te pone rojo el culo cuando te zurre.

Noté que se me contraían las entrañas mientras obedecía. De emoción, sí. De deseo, sin la menor duda. Y un poco de miedo, también. Porque sus palabras revelaban una intensidad que no había detectado con los otros azotes, y esa pizca de miedo, ese no saber lo que venía o lo que tenía pensado me excitó aún más.

—Ay, nena. —Me acarició las nalgas y yo me mordí el labio inferior cuando me separó del todo las piernas y, deslizando la mano hacia abajo, se topó con mi sexo empapado y excitado—. Aquí —dijo tocándome con el dedo—. Te voy a follar muy fuerte. Dime que eso es lo que quieres.

—Sí.

La tormenta de emociones que me inundaba apenas me dejó pronunciar la palabra.

—Dímelo —insistió—. Quiero que lo digas.

—Quiero que me folles, Cole. Por favor.

—Me parece que lo puedes hacer mejor —dijo deslizando la yema del dedo para acariciarme apenas el clítoris.

Gemí, y un escalofrío me recorrió la piel. Me ardían los pezones de los duros que los tenía y el sexo me latía de un deseo tan desesperado que no estaba segura de que pudiera llegar a follarlo lo bastante ni lo bastante fuerte para satisfacerme.

—Kat —me instó, volviendo a meterme el dedo y paseándolo después con la yema empapada hasta el ano.

Tomé una bocanada de aire.

—Quiero que me la metas. Quiero que me agarres fuerte y me sacudas. Quiero que me folles con ganas, Cole. Quiero que me zumbes una y otra vez, hasta que no pueda más. Y luego quiero explotar.

—¿Y qué más?

—Por Dios, ¿no te basta con eso?

Se echó a reír.

—¿Frustrada, nena?

—Sabes que sí.

—Pues deja de provocarme y dime.

Entendí lo que quería decirme. Lo que me había dicho que quería hacer. Y, sí, lo que quería yo también.

—Quiero que me des unos azotes.

—¿Por qué?

—Cole...

Me revolví, sintiéndome de pronto expuesta y vulnerable, y no solo porque estuviera desnuda y con su mano entre las piernas.

Esperé a que dijera algo más, pero guardó silencio, y supe que aquello también formaba parte de mi castigo, por haberme ofrecido a Cole. Por haberle entregado no solo mi cuerpo sino mi ser entero. Mis deseos. Todo.

—Me ha gustado la sensación —reconocí en voz tan baja que sabía que estaba haciendo un esfuerzo para oírme—. He sentido dolor, pero tan punzante y tan puro, y estaba ya tan excitada que ha sido... ha sido algo más que dolor. Como una corriente eléctrica que me recorriera el cuerpo entero e hiciera la experiencia más viva y más plena. No sé —terminé sin convicción—. Solo sé que me ha gustado. Y que quiero más —añadí antes de que me preguntara—. Más y más fuerte, Cole. Quiero llegar más lejos. Quiero llegar a eso contigo.

Esperé su respuesta, que me dijera que le había dicho lo que quería oír. O, por Dios, que me exigiera que le revelase más de mí misma.

Pero Cole se había hartado de hablar. En su lugar, me acarició el culo con la mano. Suspiré, saboreando el placer de sus caricias. Pero me tensé también, porque estaba convencida de lo que venía después.

Y no me decepcionó, pues su mano no tardó en aterrizar en mi culo con una fuerte palmada. Como antes, noté la punzada y gemí de sorpresa y de dolor. Pero entonces me compensó con un roce suave y aquel agradable escalofrío volvió a recorrerme entera. Y lo hizo de nuevo, una y otra vez, en ambos glúteos alternativamente hasta encontrar un ritmo que no tardó en hacerme flotar y jadear y que logró que mi sexo vibrara de deseo insatisfecho.

—Ya —dijo Cole cuando los escalofríos se habían apoderado de mí de tal modo que me parecía estar hecha solo de electricidad. Me agarró de las caderas y me atrajo hacia sí, de forma que la punta de su polla topó con mi

sexo—. Estoy limpio —señaló—. Me han hecho análisis. Pero si quieres que use condón...

—No. No, quiero sentirte.

Tomaba la píldora, así que no tenía miedo de quedarme embarazada, y también yo sabía que estaba limpio. Pero agradecí el detalle, sobre todo teniendo en cuenta que yo, atrapada en la bruma del deseo, ni siquiera había pensado en protegerme.

—Bien —sentenció—. Qué húmeda estás, nena.

Y entonces, como para demostrarlo, me penetró. Despacio al principio; después, cuando se hubo introducido hasta el fondo, salió y volvió a entrar con violencia, como yo le había pedido.

Gemí y me dejé llevar por la sensación de la penetración. Por el tacto de sus manos en mis caderas, guiándome. Por la forma en que su cuerpo estallaba contra el mío, haciendo que el culo, evidentemente enrojecido, me ardiera aún más con cada empujón.

—Tócate —me pidió, tenso por el esfuerzo de contener lo que seguramente era un volcán en erupción—. Tócate y córrete conmigo.

Descargué todo el peso de mi cuerpo en un solo codo para poder complacerle, me llevé la mano a la entrepierna y me acaricié, describiendo pequeños círculos, dejando que creciera la sensación, consciente de que él me poseía enteramente y abandonándome al placer de aquella realidad agradable y demencial.

Entonces explotó, clavándome los dedos en las caderas con fuerza suficiente como para hacerme moratones, y eso bastó para provocarme el clímax. Esperó a que remitieran los escalofríos, los míos y los suyos, luego salió de mí y se tumbó despacio en la cama, me atrajo hacia sí y nos abrazamos, mirándonos a los ojos, pegados nuestros cuerpos satisfechos, mientras él acariciaba suavemente mi sensible pie desnuda.

—Eres asombrosa —me dijo.

—Tú me haces sentir asombrosa.

Me besó la frente con suavidad y, antes de cerrar al fin los ojos cansados, registré la satisfacción en su mirada oscura e intensa.

Tumbada boca arriba en la arena cálida, sentí que las olas me bañaban los dedos de los pies y retrocedían, refrescando mi piel demasiado caliente.

Tenía los ojos cerrados y Cole estaba junto a mí, paseando distraído los dedos por mi cuerpo, acariciándome los pechos, deslizándose hasta mi sexo.

Me metió un dedo y yo inspiré hondo, y el calor del sol y aquel hombre se apoderaron de mí.

Se movió y cayó sobre mí una sombra, tapándome momentáneamente el sol. Luego me separó de piernas, acariciándomelas, despacio, provocador.

Después noté la suavísima caricia de su lengua en mi sexo, suficiente, en cambio, para hacer que me arqueara y deseara más, anhelara más.

Dios, no me decepcionó.

Cerró la boca alrededor de mí. Me acarició y me saboreó con la lengua, bañándome, jugueteando, excitándome cada vez más hasta que...

¡No era él! Joder, no era él.

No era Cole, sino Roger. Un Roger de dieciséis años, pelo oscuro, ojos tristes y dedos suaves que jugaban con mi sexo, toqueteándolo y explorándolo, mientras yo me dejaba hacer, petrificada, asustada y excitada; las sensaciones se multiplicaban, pero debía contenerlas. Debía estar quieta y callada. Debía guardar el secreto, porque...

Porque...

Porque, si no lo hacía...

Desperté sobresaltada, pero no abrí los ojos.

Estaba tumbada boca arriba con las piernas separadas y notaba la lengua caliente de Cole acariciándome juguetona el clítoris. Quería apartarlo de mí, gritarle que parara.

Quería hacerlo, pero no quería explicarle por qué. No quería que descubriera en mi rostro mi secreto.

Pero tampoco quería que dejara de jugar con mi sexo, porque aquella sensación era una maravilla.

Así que me quedé allí, abierta de piernas, con la boca de Cole en ese lugar tan íntimo, su lengua experta haciéndome cosas asombrosas y el mundo entero reducido a aquel punto diminuto de placer que empezaba en ese sitio

concreto de mi entrepierna pero no tardaría en crecer y crecer hasta explotar.

Porque explotaría. Lo sabía. ¿No había conseguido Cole llevarme a eso ya, una y otra vez?

Esperé a que aumentara, saboreé los escalofríos, la próxima culminación de aquella pasión máxima. Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo, deseando en silencio alcanzar el clímax, porque ya no podía contenerme más.

Sin embargo, como en mis pesadillas, la explosión no llegaba.

Me retorcí contra su boca a modo de muda demanda, excitada y anhelante, pero sin encontrar alivio. Por Dios, quise gritar, porque había vuelto al principio. Incapaz de llegar al orgasmo. Incapaz de lograrlo. Incapaz de atrapar esa última oleada de placer absoluto.

Sobre todo, incapaz de explicárselo a Cole.

Así que hice lo único que podía hacer. Algo que sabía bien cómo hacer porque lo había hecho con todos los chicos con los que había salido. Con todos los que habían querido intimar conmigo.

Grité. Me arqueé. Dejé que mi cuerpo se estremeciera y temblara. Junté los muslos como si quisiera eludir ese exceso de placer casi doloroso.

En otras palabras, monté el número completo.

Y después, cuando concluyó mi interpretación, jadeé e inspiré hondo, me volví de lado y dije:

—Madre mía, ha sido... joder, ha sido increíble.

—Me alegra que lo pienses —dijo Cole, atrayéndome hacia sí.

Me volví y enterré la cara en su pecho y me acurruqué en él.

Él me besó el cuello. Yo me quedé como estaba, sin querer alzar los labios para besarlo, para que no descubriera la mentira, ni mi decepción.

Creía que me había curado, a falta de una palabra mejor. Que estar con él era lo único que necesitaba para arreglar lo que llevaba roto desde mi infancia.

Por lo visto, me equivocaba, y me odiaba por haber albergado esperanzas. Me odiaba aún más por preocuparme tanto por un puñetero orgasmo.

Pero me preocupaba, joder, me preocupaba.

—¿Tan gilipollas me crees?

Sus palabras, suaves por el tono y duras por el significado, me sacaron de mi ensimismamiento.

—¿Cómo?

Al alzar la vista, me topé con sus facciones angulosas y su mirada dolida.

—Ya me has oído.

Me erguí sobre un codo, confundida; no sabía qué había hecho.

—¿De qué me estás hablando?

—No hace falta que finjas un orgasmo para tenerme contento. Te aseguro que puedo digerirlo.

—Ah.

Por lo visto, no.

Algo entumecida, me tumbé y me volví hacia la pared, en lugar de hacia él.

—¿Por qué? —inquirió—. ¿Por qué no me has dicho que parase, que no estabas de humor? ¿Creías que me iba a enfadar? —dijo sin poder disimular la indignación y la decepción.

—No —respondí con rotundidad y me volví a mirarlo, porque debía entender que no era por él—. No —repetí.

—Entonces ¿por qué?

—Porque tú me has hecho sentirlo.

Frunció el ceño.

—No te sigo.

—Todo lo que has hecho, lo que estabas haciendo, ha sido asombroso. Despertar de ese modo. Tan sensual. Tan erótico. Me ha encantado.

—¿Pero?

Me obligué a seguir.

—Las sensaciones iban creciendo, como cuando la luz y el color convergen en un punto. Como la transformación que imagino que sufre una estrella antes de convertirse en supernova: todo se acumula en el interior, aumenta la tensión y la concentración hasta que no le queda más remedio que reventar en un estallido impresionante de luz y energía.

Inspiré hondo y me encogí de hombros.

—Al menos yo lo siento así —confesé—, el orgasmo, quiero decir.

Torció la boca.

—Lo del orgasmo lo entiendo. Sigue.

—He sentido eso, todo eso. Contigo, quiero decir. Estaba todo ahí, cada

sentimiento, cada sensación. Enorme y maravillosa, no sé, trascendental. Salvo porque no he podido llegar al final.

Frunció de nuevo el ceño y supe que no debía de entenderlo.

—Es como si fuera uno de esos burros que llevan una zanahoria colgando de la brida y la persiguen porque les apetece mucho pero no se dan cuenta de que jamás le darán alcance.

Me humedecí los labios.

—Solo que yo sí me doy cuenta. Porque ya he intentado comérmela en otras ocasiones. Ya he sentido cómo se acumulaba todo antes y sé que podría pasarme la noche entera persiguiendo la zanahoria y jamás la alcanzaría.

—Y por eso lo has fingido.

—Lo siento. Supongo que quería darte la parte que en teoría te tocaba. Porque de verdad me has hecho sentir de maravilla. Y, si te hubiera pedido que pararas, jamás lo habrías sabido. Y quería que lo supieras. —Titubeé—. ¿Tiene sentido para ti?

Alargó la mano y me acarició la mejilla con tanta ternura que me dieron ganas de llorar otra vez.

—Sí —contestó—, lo entiendo.

Suspiré aliviada.

—Pero lo siento. De haber sabido que ibas a notar que fingía, jamás lo habría hecho. —Fruncí el ceño—. Por cierto, ¿cómo lo has sabido? ¡No me digas que todos los hombres lo notáis!

Rió, lo que me ayudó muchísimo a sentirme mejor.

—No sé si los demás lo notarán. Ni siquiera sé si lo notaría con otra mujer. No es un tema de conversación que surja a menudo. Pero contigo lo noto porque te observo. Porque ya te he visto correrte tres veces. —Levantó un hombro como disculpándose—. Me importas, Kat. Por eso te presto atención.

Contuve las lágrimas, sintiéndome reprendida y especial a la vez.

—Ah.

Me pasó la yema del pulgar por debajo del ojo.

—Dime por qué.

—Lo he hecho sin pensarlo.

—No, no te pregunto por qué lo has fingido, sino qué te ha llevado a

hacerlo. Cuéntame qué te ha pasado.

Aparté la mirada y contemplé el resplandor naranja de la luz de la mañana que empezaba a colarse por la ventana.

—No ha ocurrido nada. Ya te lo he dicho. Yo soy así.

—Bobadas. —Me cogió la cara y me obligó a volver a mirarlo—. Aun siendo algo que puede darnos tanto placer, el sexo puede hacernos mucho daño. Cuéntame qué te ha pasado a ti, Kat. Y no me mientas.

Inspiré hondo, sin saber si podría hablar de ello. Pero se trataba de Cole y, en cuanto empecé a contarle la historia, me salió casi sin pensarlo.

—Supongo que cuando te he dicho que nunca me había corrido con un tío, no he sido del todo sincera. Sí me había corrido una vez. —Tomé una bocanada de aire y clavé los ojos en su rostro—. Yo tenía diez años —dije, y vi que se le escapaba una mueca de dolor.

—Sí, lo sé, ¿vale? Cuando yo tenía diez años y Roger dieciséis, pasábamos mucho tiempo juntos. Nuestros padres salían, en realidad hacían trabajillos juntos y, cuando viajábamos, ellos compartían dormitorio y a Roger y a mí nos metían en una habitación contigua, comunicada con la suya. Cerraban la puerta con llave, por supuesto. Yo no entendía lo que hacían, pero Roger sí lo sabía. Y le ponía cachondo.

—¿Qué te hizo? —me preguntó Cole, tan directo que me asustó.

No quería acordarme. No quería revivir aquello. Pero tenía que contarle, y Cole tenía derecho a saber qué me pasaba. Así que apreté fuerte el puño contra el costado y empecé.

—La primera vez que ocurrió yo no tenía ni idea de qué pasaba —dije—. Me había acostado y Roger se había quedado viendo una película; no solíamos alojarnos en hoteles donde pudieran alquilarse películas y había estado echando un vistazo a los títulos de adultos. No recuerdo qué vio. Tampoco sé si importa. Solo sé que yo me había dormido y de pronto me despertó aquella sensación, la de los dedos de Roger dentro de mis braguitas.

—¿Qué hiciste? —me preguntó con delicadeza.

—Nada —contesté en voz baja—. Me sentía confundida y asustada, y me quedé allí quieta. Estaba tumbada boca arriba y solo llevaba una camiseta larga y la ropa interior, así que fingí que seguía durmiendo.

Cole no dijo nada, pero se había puesto tenso y yo ya conocía los

síntomas de sus ataques de ira. Si Roger hubiera estado en la habitación con nosotros, no sé si habría podido controlarse.

—Continúa —me pidió después de un silencio que se me hizo eterno.

—Pues... bueno, ya sabes —dije—. Me tocó.

—¿Te penetró?

Negué con la cabeza, y el modo en que Cole estaba controlando su cólera me dio fuerzas. Podía hablar de aquello, sí, pero solo si lograba no implicarme.

—No —dije—, pero me hizo otras cosas. Jugó conmigo. Me exploró. No sé si lo hizo solo por curiosidad o si quería provocarme, pero yo mantuve los ojos cerrados y la respiración uniforme, y fingí dormir.

Inspiré entrecortadamente. Odiaba aquellos recuerdos. Odiaba revivirlos. Pero quería que Cole lo entendiera.

Él, a mi lado, me cogió la mano. No dijo nada, pero aquella firme presión fue suficiente para instarme a proseguir.

—Lo oía respirar, cada vez más deprisa, y la cama se sacudió un poco. Luego gimió y suspiró, y al final volvió a su cama.

Me tapé los ojos con los dedos.

—Tardé en darme cuenta de que se había hecho una paja, pero recuerdo que estaba asustada. No porque fuera a hacerme daño, no era eso lo que temía; me aterraba que descubriera que no dormía.

—No hace falta que sigas —me dijo Cole—. Si no quieres hablar de ello...

—No —repuse con rotundidad—. Sí quiero. Bueno, no. En realidad, no, pero quiero contártelo. Quiero que lo entiendas. Además, por raro que parezca, me alivia soltarlo.

—Me alegro —dijo, y me apretó la mano.

—El caso es que la noche siguiente todavía estábamos en ese hotel y yo procuré mantenerme despierta. Me gustaría decir que tenía pensado gritarle que no me pusiera las zarpas encima, pero no fue así en realidad. —Apreté los labios e inspiré hondo para poder seguir—. Y esta es la parte que más odio, porque lo cierto es que yo tenía diez años y era una bomba de hormonas ambulante.

—Y lo que te había hecho era horrible, pero te gustaba.

Miré a Cole admirada.

—Sí —confirmé—. Ay, sí. Y mientras fingía dormir, por un lado me aterraba que volviera a hacerlo, pero creo que temía más que no lo hiciera.

—Eso no es malo —me tranquilizó—. Eras una niña.

—Lo sé. De verdad. Pero... —me interrumpí encogiéndome de hombros.

—Supongo que volvió a tocarte.

—Supones bien —dije—. La noche siguiente volvió a meterse en mi cama. Y me tocó y me acarició, y esa vez me dio menos miedo. Y, en consecuencia, noté más lo que me hacía. Y me pareció increíble, ¿sabes? Todas esas sensaciones asombrosas que me recorrían, que trepaban y trepaban dentro de mí como rosas por el muro de un jardín de sensualidad.

Miré a Cole, pero él no dijo nada.

—Me gustaron esas sensaciones —reconocí—. Y la idea de que aquello fuera lo que hacían los adultos. Y que me hiciera sentir especial. Pero también sabía que estaba mal. Que era vergonzoso. Y que él era malo, pero yo peor, porque me gustaba.

—Joder, Kat —me dijo Cole cuando confesé aquello.

Negué con la cabeza.

—Era una niña. Estaba descubriendo el mundo. Te cuento cómo fue, no cómo es. —Me aferré a su mano—. Pero gracias.

Retomé los recuerdos, recuperé el hilo de la historia. Por suerte o porque así lo quiso, Roger nunca consiguió excitarme lo suficiente como para que llegara al orgasmo, pero aquellas noches se convirtieron en un ritual, y yo las esperaba con ganas, desde luego.

—Hasta que una noche, no sé por qué, me tocó más rato y yo no paraba de excitarme cada vez más, como cuando estás a punto de llegar al clímax, ¿sabes? Ya casi estaba ahí y sabía que esa vez era distinto. Por un lado, estaba aterrada y quería dejar de sentirme así, pero por otro lado, ansiaba aquella sensación, porque sabía que algo estaba pasando y necesitaba saber qué. Quería sentirlo.

—Te corriste —se adelantó Cole, y yo asentí.

—Intenté contenerme, pero no pude. Grité, me estremecí y, al abrir los ojos, vi que Roger me miraba fijamente. —Cerré los ojos con fuerza para defenderme del recuerdo—. Estaba horrorizado. Asqueado. Y juro que me

sorprendió que su mirada no me convirtiera en polvo en ese preciso instante.

—Kat —dijo Cole y, llevándose mi mano a los labios, me besó la palma.

No hizo otra cosa, pero fue suficiente. Me dio fuerzas para terminar.

—Esa fue la última vez que me tocó —proseguí—. Si no hubiéramos estado viajando juntos, probablemente esa habría sido la última vez que habría hablado conmigo. De hecho, solo estuvieron con nosotros unos meses más. No volví a verlo. Ni siquiera sé cómo se apellidaba. Pero supongo que, en teoría, antes de correrme contigo, ya me había corrido una vez con un tío. Gracias, Roger.

Me encogí de hombros, como diciendo que aquello era parte del pasado y que no afectaba a mi vida cotidiana más que el precio de las Oreos en China.

Como es lógico, Cole no se lo tragó.

—Nena —dijo, y me atrajo hacia sí.

Me acarició y me dijo que lo sentía. Me hizo sentirme querida y especial.

Y, mierda, me eché a llorar otra vez.

—Perdona. Perdona —repetí, limpiándome las lágrimas—. Cuando alguien se preocupa por mí, me pongo tontorrón. Es algo a lo que no estoy acostumbrada.

—¿Y tu padre?

—Le quiero, pero él siempre ha sido muy autosuficiente.

—Ahora me tienes a mí —señaló, y me hizo llorar de nuevo.

—Es por miedo, creo —sugerí pensando en el daño que me había hecho Roger—. Miedo a que si vuelvo a correrme, la persona con la que esté me deje. Aunque quizá no —rectifiqué—, porque tú eres el primero a quien de verdad no quiero perder.

—¡Qué honor!

Lo miré a los ojos.

—Es cierto —insistí, porque estaba decidida a sincerarme con él.

—Me tienes aquí —sentenció—. Y no pienso ir a ninguna parte.

Cerré los ojos e inspiré hondo, luego volví la cara para poder besarle la palma de la mano. Me sentí a gusto y segura y, por primera vez, me alegraba de hablar de toda aquella basura de mi pasado.

—En parte es algo de culpabilidad también, creo —añadí.

—No tienes por qué sentirte culpable de nada.

—Pero me siento culpable —repliqué—. Porque me gustaba. Me gustaba lo que sentía cuando me tocaba. Incluso... —Me interrumpí, luego me armé de valor.

Quería desahogarme, acabar con aquellos demonios de una vez por todas. Inspiré hondo.

—Algunas noches incluso le decía que temía las pesadillas y le preguntaba si podía meterme en su cama. Siempre me contestaba que sí, y yo lo hacía porque confiaba en que...

—Buscabas esas sensaciones porque son agradables. Pero sabías que él no estaba haciendo bien, tomándose esas libertades sin permiso y aprovechándose de una niña que, de todos modos, no tenía edad para consentir.

Me acarició el pelo y se enroscó uno de mis rizos rubios en un dedo.

—No eras más que una niña cuyo cuerpo empezaba a despertar, y sé que eso lo entiendes. Sé que en realidad no crees que haya nada por lo que debas sentirte culpable.

—Eso lo sé —dije—, pero una cosa es saberlo y otra muy distinta sentirlo. Y mi cuerpo no acaba de creérselo. Pero, bueno, da igual —proseguí—. Se acabó. Tú has conseguido que lo supere una y otra vez. Es asombroso.

—Me halagas, Kat, pero no me pongas en un pedestal. Te aseguro que estoy mucho más jodido de lo que te imaginas.

—Quizá los dos estemos rotos por dentro —afirmé—. Tal vez juntos podamos completarnos.

Me miró fijamente durante tanto rato que creí que no iba a volver a hablar, y empecé a asustarme. Aquellas eran las típicas palabras que se dicen en una relación y no sabía muy bien por qué las había dicho.

Aunque era mentira. Quizá me hubiera dicho a mí misma y a Sloane que Cole no era más que un entretenimiento, pero nunca lo había creído. ¿A quién puede dársele mejor mentirse que a alguien que se ha pasado la vida entera inventando mentiras?

Y esa mentira en concreto le había servido de bálsamo a mi corazón roto.

Pero Cole no me había roto el corazón. Más bien al contrario. Y en ese momento yo esperaba —no muy pacientemente— averiguar si él sentía lo mismo.

—Cole, por favor, di algo —le pedí.

—No me hace falta —repuso, y me envolvió con sus brazos—. Tú ya lo has dicho todo.

Nos abrazamos un rato y creo que me habría gustado quedarme así para siempre, pero no podía quitarme de la cabeza aquella idea inquietante.

—¿Por qué me resultó tan fácil ayer, pero cuando tú me has despertado antes, me he quedado bloqueada?

—Porque la otra vez tú lo dabas y esta yo te lo quitaba —dijo muy serio.

Me revolví en sus brazos para poder verle la cara y que él pudiera ver la confusión de la mía.

—¿Cómo has dicho?

En sus labios se dibujó una sonrisa burlona.

—Eres una sumisa, Kat.

Lo miré extrañada, intentando digerir la palabra y el concepto.

—No me gustan las etiquetas —prosiguió—, pero creo que es cierto. Ignoro si siempre lo has sido o lo que te pasó de niña te hizo cambiar, pero es así. Forma parte de ti. Cuando no eres tú quien lo da, te cierras, pero, si tú te entregas voluntariamente a alguien, entonces no solo te liberas sino que, además, le haces el mayor regalo posible: todo tu ser.

—¿Insinúas que cedo el control? No lo creo. Incluso contigo siempre he...

—Sí —me interrumpió—, eso es precisamente lo que digo, que siempre ha sido así, que antes no cedías el control, que lo agarrabas por las pelotas. Decías «esto es lo único que no te voy a dar»: yo misma, mi placer, mi cuerpo, mi alma.

Sus palabras resonaron en mi interior, limpias, verdaderas y puras. Salvo por un pequeño detalle.

—Te equivocas —espeté y, al ver que se disponía a rebatírmelo, le sellé los labios con el dedo—. No me sucede cuando «me entrego a alguien», Cole. Solo contigo. Tú eres el único en quien confío. El único al que se lo daría todo.

No fui capaz de descifrar la expresión de su rostro.

—¿Por qué?

—Porque tú me importas —dije repitiendo sus propias palabras.

Y entonces, al ver la sonrisa que le iluminaba el rostro, supe que lo que había dicho no solo era verdad, sino que había acertado al decirlo.

Como a Cole se le daba algo peor que a mí cocinar, tomamos un café y nos preparamos unos gofres congelados para desayunar. En realidad estaban bastante buenos, y disfruté de la confortable sensación hogareña de comerlos en su cocina bien iluminada, leyendo juntos el periódico y rozándonos las manos con los dedos cuando nos apetecía.

Incluso me ofrecí a recoger, ya que no suponía mucho más que cargar el lavavajillas y tirar a la basura el envase de cartón de los gofres congelados.

Me serví otra taza de café y miré el móvil para ver si tenía alguna llamada.

—Debería irme ya —dije—. Tengo que cambiarme antes de que empiece mi turno de las diez. Además, quiero ir a ver a mi padre antes.

Cole levantó la vista de la sección de economía.

—No —dijo, y retomó la lectura del periódico.

Alargué la cuchara que tenía en la mano y le bajé las hojas del periódico.

—Repíte lo que has dicho.

—Ya me has oído. No.

—No —repetí—. Espero que te refieras a que ha llamado Glenn y que no empiezo en el turno a las diez. Porque si te refieres a que no puedo visitar a mi padre, voy a cabrearme bastante.

—No puedes visitar a tu padre.

Retiré la silla de golpe de la mesa y me levanté de un salto. ¿Cole creía que él tenía carácter? Bien, pues no tenía ni idea del carácter que tenía yo.

—Siéntate, Kat —dijo con un tono prácticamente de aburrimiento—.

Siéntate y piensa. Sabes que tengo razón.

—Quiero ver a mi padre.

—¿De verdad? Porque siempre que vas, aumenta el riesgo de que alguien haya descubierto qué relación tenéis. De que estén siguiéndote y de que lo encuentren.

Me senté. No pensaba reconocerlo —en cualquier caso, no a menos que me obligara—, pero tenía razón.

—No conviene tocarle mucho las narices a Ilya Muratti. Y me da igual el cuidado que hayáis tenido tu padre y tú durante todos estos años, Muratti tiene muchos recursos.

—Tienes razón —admití—. Lo que pasa es que estoy preocupada. Quiero verlo. Hablar con él.

—Entonces llámalo con el móvil de prepago. Cuéntale que tenemos un plan.

—¿Tenemos un plan?

—Lo tendremos —respondió—. Y hasta que lo tengamos, tu padre no tiene por qué preocuparse.

—Eres bueno en esto —dije.

—Tengo mucha práctica —respondió, y alzó su taza.

—Me lo creo. —Me levanté para ir a por la jarra de café y nos serví a los dos—. ¿A qué te dedicas exactamente? Además de a falsificar manuscritos de Da Vinci, quiero decir.

—Digamos que estoy metido en varios asuntos y no todos son legales.

—¿Todavía?

—Evan es el único que está limpio del todo. Va a casarse con la hija de un senador. Y tiene otras razones. Lo pasa mucho mejor dirigiendo una empresa legal que no planeando un atraco o una estafa.

—¿Y tú?

—¿Está usted sometiéndome al tercer grado, señorita Laron? ¿Tengo que cachearla para ver si lleva un micro oculto?

—Cachéame si quieres; te lo pregunto porque me pica la curiosidad. —No confesé que deseaba conocer hasta el último detalle de su vida, aunque era la pura verdad.

—Créeme, tengo la experiencia y los recursos necesarios para ayudar a tu

padre. Y no me ando con remilgos. Haré lo que haga falta para mantenerlo a salvo, sin importar lo que sea. ¿Vale?

Asentí en silencio, porque lo que acababa de afirmar me ayudaba de verdad. Aún quería saber cosas sobre el pasado de Cole: ¿qué le ocurrió cuando era niño? ¿Cómo acabó en el reformatorio donde conoció a Evan y a Tyler? Sin embargo, todo eso podía esperar. En ese preciso instante necesitaba centrarme en mi padre.

—Bueno, ¿y cuál es el plan?

—Todavía estoy valorando las opciones. Dame un día para pensarlo. Para hablar con Evan y con Tyler y...

—Cole, no. No quiero que crean que... —Hablé con un hilillo de voz y me encogí de hombros, porque no estaba segura de qué quería ocultar.

Alargó una mano y entrelazó nuestros dedos.

—Todo el mundo tiene secretos. Los tres lo entendemos mejor que nadie. Los cuatro —rectificó—, contando contigo, claro.

—¿Estás contando conmigo?

—Por supuesto.

Esperé un segundo.

—Sí, pero mantenme informada, Cole, ¿vale? Se trata de mi padre. Y el plan que dices que tienes... quiero saber en qué consiste. Prométeme que me informarás —dije—. Prométeme que me contarás el plan.

—Te lo prometo.

Asentí en silencio, satisfecha. Luego ladeé la cabeza y me quedé mirándolo con detenimiento.

—¿Sabes?, no me has parecido muy sorprendido cuando te he confesado que no soy una ciudadana del todo honrada y ejemplar.

Me lanzó una mirada encendida por la llama de la pasión.

—No es precisamente un secreto que me gustas. Llevo un tiempo intentando averiguar cosas sobre ti.

—¿De verdad? —No pude ocultar el tono de sorpresa en mi voz.

—De verdad —reconoció—. Se te da bien ocultar tus huellas. No he logrado encontrar ni un solo dato anterior a tu llegada a Chicago. Es lo que me ha parecido más sospechoso.

—Mmm... —dije con un tono de total inocencia.

—Supongo que eso te convierte en una especie de Afrodita, nacida del mar. O del lago Michigan, como mínimo.

—¿Desnuda y saliendo de una concha? Me parece que no.

—Katrina Laron —dijo como si mi nombre fuera un suflé de chocolate, ligero y esponjoso sobre su lengua—. ¿Quién se inventó el nombre?

Llevaba tanto tiempo viviendo en mi burbuja de falsa identidad que estuve a punto de replicar que no entendía qué insinuaba. Pero hice memoria y respondí la pregunta.

—Fui yo. Escogí Katrina porque se parece a mi verdadero nombre.

—¿Que es...?

Le sonreí.

—Deberías saberlo.

—¿Catalina?

—A mi padre también le gusta esa isla.

—¿Y lo de Laron?

—El apellido lo escogí porque me gustaba el juego de palabras.

—Está bien. Me rindo. ¿A qué juego de palabras te refieres?

—En realidad, es un nombre de pila masculino, y es de origen francés. Significa «ladrón». Creí que me iba como anillo al dedo.

Por su expresión, quedó claro que estaba de acuerdo.

Fruncí el ceño al pensar en mi nombre y en mis diversas identidades, y en todas las cosas que hacían las personas que querían ocultarse, y en las cosas que podían hacerse para localizarlas.

—Cole —empecé a decir, pero él me hizo callar con un simple roce de la mano.

—No pueden encontrarte. No es fácil. Y aunque te localicen, no encontrarán a tu padre. Confía en mí, Catalina. Todo saldrá bien.

Y, como era Cole quien lo decía, le creí.

Unos diez minutos después de irme de su casa, me sonó el teléfono.

Miré la pantalla, vi que era Cole y sentí el dulce palpito de la expectación en el pecho.

Alargué la mano hacia el móvil y apreté el botón de contestar llamada con

el altavoz.

—Qué pasa, forastero —dije—. ¡Cuánto tiempo!

—Ha pasado demasiado tiempo —admitió—. Necesito que encuentres un lugar donde aparcar.

Torcí el gesto; hablaba con demasiada seriedad.

—¿Todo bien?

—Por lo que a mí respecta, todo de maravilla —dijo—, incluida tú.

—¡Ah! Pero entonces ¿qué...? —Recordé mi sugerencia de practicar sexo telefónico—. ¡Ah!

Él rió, y su risa fue puro fuego y malicia, y supe que no me equivocaba.

Maniobré para entrar al aparcamiento de un supermercado de la zona, me dirigí hacia el almacén de la parte trasera, donde se entregaba la mercancía, y aparqué en las plazas para empleados. Allí tendría cierta intimidad, o eso creía.

Había imaginado que recibiría esa clase de llamadas —si es que llegaba a recibirlas— estando en mi casa.

Pero no pensaba discutir. Y menos cuando Cole estaba dándole una oportunidad a mi ocurrencia.

Y, además, ya estaba cachonda. El simple sonido de su voz —el simple pensamiento de que me deseaba, de que estaba pensando en acariciarme y en follarme—, ¡por el amor de Dios!, solo por eso ya estaba mojada y tenía los pezones tan erectos y tan duros que casi me dolían al rozar con el encaje del sujetador.

—¿Dónde estás? —me preguntó.

—Estoy en el coche. En la parte trasera de un supermercado. Muy lejos de donde aparca el resto de los coches.

—No, no estás ahí.

—¿No?

—Estás en una habitación. Las paredes están pintadas de rojo. Hay una cama en el centro del dormitorio con una cabecera tapizada y una colcha de satén blanco. ¿Ves la habitación?

—Sí. ¿Es tu habitación?

—No —respondió—. Ahora mismo es nuestra habitación. Dime qué más hay en la habitación.

—Pues... velas —dije—. No hay luz eléctrica, pero hay velas en los candelabros de las paredes. Otras están colocadas en sencillos botes de cristal puestos en el suelo. La habitación está en penumbra y parece bailar con las llamas.

—Lo veo —dijo—. Y también veo algo más. Dos cosas. ¿Sabes cuáles son?

Me humedecí los labios con la lengua.

—Dímelo.

—Un baúl. Antiguo. De piel. Caminas hacia él y lo abres.

—¿Y qué hay dentro? —le pregunté imaginando el interior del baúl.

—Juguetes —se limitó a decir con un tono que me hizo evocar toda clase de fantasías eróticas—. El que me interesa es el que está arriba del todo. ¿Lo ves? Tiene un mango, casi como una porra envuelta en cuero negro. Y también tiene unos flecos. Finas tiras de terso cuero, más de una docena.

—Es un látigo —dije, y percibí mi tono de excitación y de fascinación.

—Muy bien.

—Ya te dije que no era tan inocente —comenté con la voz ronca.

—¿Alguna vez lo has usado?

—No.

—Bien —dijo—. Quiero que tu primera vez sea conmigo.

—Cole... —Y dejé la frase inacabada, pues no estaba muy segura de lo que quería decir.

—¿Sí?

—Yo... ¿Qué más hay en el dormitorio?

—Solo una cosa más. Una cruz de San Andrés. ¿Sabes lo que es?

—La verdad es que no —reconocí.

—Imagínate una equis hecha con travesaños de tersa madera. Está encajada en un marco, y ese marco está colocado en la pared. Tienes que situar el torso justo en el punto de cruce del aspa. Los tobillos abajo y las muñecas arriba. Estás atada, Catalina. Lo entiendes, ¿verdad?

Tragué saliva y asentí con la cabeza, aunque sabía que él no podía verme.

—Atada y desnuda y sin poder moverte. Para no poder hacer nada más que sentir. Quiero que vayas hasta allí, Kat. Quiero que vayas hasta allí, te desnudes y te coloques sobre la cruz.

Cerré los ojos y me lo imaginé. Imaginé los pasos que daba, lentos e inseguros. Me imaginé colocando los pies, apoyándome contra la cruz y levantando los brazos.

—Por debajo de las muñecas, los tobillos y el vientre, la cruz está acolchada. ¿Lo notas?

—Sí —respondí. Me removí en el asiento y separé las piernas. Un tímido fuego empezaba a arderme por todo el cuerpo, alimentado por el simple poder de la imaginación y la expectación generadas por las palabras que Cole aún no había pronunciado.

—¿Sabes por qué hay tantas sumisas a las que les gusta ser azotadas?

—¿Sienten placer?

Se echó a reír.

—Dicho con pocas palabras, sí. Pero es algo más profundo. La verdad es que al principio no produce placer. El placer se obtiene gracias al dolor, y no se puede alcanzar el primero sin haber sufrido el segundo.

—¡Ah! —exclamé de forma entrecortada y con una pizca de preocupación. Me obligué a recordar que estaba en el coche y que no había ningún látigo a la vista. Era solo un juego. Y estaba jugando con Cole; todo saldría bien.

—Estoy rodeándote los tobillos con las tiras —dijo—. Primero el izquierdo, luego el derecho. Me deslizo hacia arriba por tu cuerpo. Voy acariciándote la cara interna de los muslos, rozándote el sexo con la punta de los dedos, para provocarte. Solo un poco. Solo para asegurarme de que estás cachonda. De que lo deseas. De que tienes el cuerpo a punto.

—Está a punto. —Me di cuenta de que me había puesto la mano entre los muslos. Estaba toqueteándome el sexo y empezaba a contonear las caderas ligeramente, en busca de la cantidad justa de placer.

—Estoy subiendo un poco las manos, siguiendo la curva de tu culo, te agarro por la cintura, por los costados, y sigo subiendo para colocarte los brazos sobre la cruz. ¿Lo notas?

—Sí —dije.

—Ábrete de piernas —murmuró, y me di cuenta de que ya lo había hecho—. Los brazos arriba y bien separados. ¿Lo has hecho?

—Sí.

—¿Cómo estás?

—Cachonda. Muerta de curiosidad. Y un poco nerviosa.

—El placer se intensifica por la expectación creciente. Ahora sé que estás preparada. Quiero empezar con suavidad. Con sensualidad. También hay música. ¿Has escuchado la cantata *Carmina Burana*? —me preguntó refiriéndose a la conocida pieza de intensidad creciente, inspirada en cánticos sacros de la Edad Media.

—Sí.

—Está sonando de fondo. ¿La oyes?

—Sí —susurré, y la oía. Es una de mis piezas favoritas: emocionante, potente y ligeramente perturbadora, todo al mismo tiempo. Era la banda sonora perfecta para la situación.

—Voy rozándote con los flecos la espalda y los hombros. Y voy bajando cada vez más y más, hasta que te meto el látigo entre las piernas y... Oh, ¡Dios mío, Kat!, estás empapada.

—Sí —asentí, porque en ese momento fui incapaz de pronunciar otra palabra.

—Lo levanto y las tiras de cuero te acarician el sexo, te rozan el clítoris y lo estimulan. No te duele, los movimientos todavía son demasiado suaves, pero vas poniéndote cada vez más cachonda. Estás ardiendo. Y el roce hace que la llama empiece a avivarse.

Tragué saliva, porque lo sentía. El crepitar del calor entre los muslos. La estimulación del clítoris por el roce del cuero.

Deseé bajar más la mano, acariciarme y tocarme hasta que la suave pulsación de mi sexo se convirtiera en algo más salvaje y desenfrenado, pero eso iba contra las normas, y seguí con las manos apoyadas con firmeza contra la capota del coche.

—Te hago lo mismo por la cintura... Y, Kat, ahora voy a centrarme en ese punto. Pero la sensación te recorrerá todo el cuerpo. La sentirás por todas partes. Ya lo... Bueno, ya lo verás.

Tenía los ojos cerrados para imaginarlo mejor.

—¿Lo notas? ¿El delicado avance del cuero por tu piel? Desde la cintura: primero, por un lado de la espalda, luego por el otro. Voy imprimiendo ritmo, nena; llevo el látigo hacia atrás y lo hago restallar hacia delante. Un poco más

fuerte cada vez, luego un poco más, y los flecos te fustigan en el mismo lugar para que la sensación vaya aumentando; cada vez más y más, hasta que llega un punto en que no solo lo sientes, sino que lo experimentas. Cuando el dolor se transforma sutilmente en éxtasis. Cuando empiezas a flotar.

—Lo estoy sintiendo, ¡oh, Dios, Cole!, lo estoy sintiendo. —No tenía forma de saber si sería igual en la vida real, pero en ese mundo imaginario, veía mi espalda cada vez más roja. Imaginé cómo el dolor iba en aumento y entonces, justo cuando ya creí no poder aguantar más, el dolor fue sustituido por algo muy similar al éxtasis. Algo que me recorrió todo el cuerpo, que me encendió y que incluso me sacó de mí misma para permitirme alzar el vuelo, sujeta al ritmo de la mano de Cole y a la certeza de que él no me dejaría salir flotando.

Él siguió fustigándome con intensidad, describiéndome lo que yo estaba sintiendo, haciéndome levitar cada vez más arriba, y entonces, justo cuando estaba a punto de salir volando hasta un punto tan alto que temía no poder volver a descender, fue espaciando los latigazos hasta dejar de fustigarme en seco.

—Ya estás lista, nena, y ahora estoy justo detrás de ti. Siento cómo tu cuerpo irradia calor y te beso con suavidad los costados de la espalda, mientras te acaricio con una mano entre las piernas y con los dedos te estimulo el clítoris. Ahora te meto un dedo. ¡Estás tan mojada, nena, tan cachonda! Estás a punto de explotar, y voy a llevarte hasta el límite. Voy a ayudarte a alzar el vuelo una vez más.

—¡Por favor! —le supliqué mientras sentía la presión de sus dedos sobre el clítoris. El sexo me palpitaba con fuerza, y lo contraía para acoger las acometidas de Cole, para obtener más placer.

Seguí con las manos en el techo del coche, aunque quería tocarme. Quería llegar al éxtasis, aunque al mismo tiempo deseaba que fuera Cole quien me llevara hasta allí, porque estaba tan a punto de hacerlo y...

—¡Ahora, nena! ¡Córrete para mí! Deja que sienta tu dulce coñito contrayéndose sobre mis dedos. Déjame sentir cómo estallas.

Sabe Dios que lo hice; mi cuerpo se arqueó y empezó a temblar de tal modo por la violenta descarga de placer que estoy segura de que el coche empezó a temblar. Me recorrió entera como una serie de infinitas oleadas

orgásmicas, y experimenté un extraño momento de delicioso aturdimiento cuando temí que no pararía jamás. Creí que me quedaría perdida para siempre en el placer.

Pero los temblores empezaron a remitir y logré volver a respirar con normalidad.

—¡Oh, Dios! —exclamé, y me di cuenta de que no había parado de repetirlo, una y otra vez.

—¿Kat? —Percibí cierto tono de preocupación en el tono de Cole—. Nena, ¿estás bien?

—Estoy bien. Estoy mejor que bien. —Aún sentía los efectos secundarios en mi cuerpo, caliente y estremecido, y supe que quería experimentar lo mismo en la vida real. No estaba segura de qué significaba eso; nunca se me había ocurrido que algo así pudiera gustarme. Pero me había gustado. Sí.

—Ha sido... no sé. Ha sido mucho más intenso de lo que esperaba.

—Yo nunca... —empezó a decir, pero dejó la frase inacabada.

—¿Qué? —le exigí saber con impaciencia.

—Tú ni siquiera estás aquí, y ha sido una de las experiencias más íntimas que he tenido jamás.

—Pero ya lo habías hecho antes, ¿no?

—No contigo —se limitó a responder.

Cerré los ojos, estremecida. Deseaba retener sus palabras y atesorar la cercanía que me habían transmitido.

—¡Oh, gracias!

Se hizo un silencio entre los dos, pero no fue incómodo. Todo lo contrario, me sentía deliciosamente cercana a él.

—¿Puedo pedirte algo?

—Por supuesto —respondió.

—¿Sabes lo que se siente?

Se produjo una brevísima pausa, luego dijo:

—Lo sé.

—Así que no solo has fustigado a otras mujeres, sino que en realidad has recibido...

—Sí.

La simple idea me relajó. No estaba muy segura de cómo asimilar el

hecho de que me gustara la sensación de recibir latigazos. Sabía que en realidad nadie me había fustigado, pero Cole había conseguido sugestionarme muy bien. La experiencia había sido tan estremecedora que estaba convencida de que había reaccionado como si hubiera sufrido las punzantes laceraciones del auténtico cuero.

Al saber que Cole sabía qué se sentía, no me dio tanto reparo descubrir esa nueva faceta en mí.

—Me alegro —dije—. Me alegro de que a ti también te haya gustado.

—Lo necesito —dijo con un tono de voz neutro y pausado. Y luego, antes de que pudiera preguntarle qué quería decir, añadió—: Evan ha llegado. Tengo que colgar.

Cortó la llamada, y me recosté en el asiento, todavía jadeando y con la piel sensible por el suave tacto del látigo. Me sentía excitada y deliciosamente agotada.

Pero sobre todo me sentía deseada.

Cerré los ojos y recé en silencio para que el sentimiento que empezaba a crecer entre Cole y yo siguiera evolucionando, fuera el que fuese. Porque desde que se había colado en mi vida, no tenía el convencimiento de poder seguir adelante sin él.

No recuerdo haber ido jamás a trabajar al Perk Up de mejor humor. Bastó un cuarto de hora para que Glenn me hiciera bajar de las nubes.

—¿De verdad crees que los clientes quieren oírte tararear? —me preguntó mientras servía dos tazas de café a una de las clientas habituales.

—Me da igual si no quieren —repliqué.

—La cita de anoche acabó bien, ¿no? —preguntó Sarah, la clienta habitual.

Me limité a sonreír, porque soy demasiado educada para ir contando según qué cosas.

Sarah me guiñó un ojo cuando le entregué los cafés, y yo me agaché para seguir reponiendo el contenido de la pequeña nevera donde guardábamos las rodajas de limón y la crema de leche.

En cuanto Sarah se alejó y ya no quedaban clientes cerca que pudieran

oírnos, Glenn se pegó a mí, me cogió por las caderas y dijo:

—A eso me refería exactamente. A nadie le interesa tu vida sexual.

Lo miré a la cara, un tanto indignada, algo confusa y bastante cabreada.

—No he dicho ni mu sobre sexo —repuse.

—Y más te vale no hacerlo, maldita sea. —Señaló la nevera—. No quiero ver ni una mancha —dijo—. Y necesito que abras tú mañana.

Lo miré con la boca abierta.

—Mañana libro.

—Ya no.

Me incorporé y, al levantarme, tiré por accidente una jarra de café helado.

—¡Por el amor de Dios, Katrina! Limpia este desastre y date prisa. En cualquier momento empezarán a entrar los estudiantes.

Ignoré la mancha de café que iba haciéndose cada vez más grande.

—Mañana firmo el contrato de compra de mi casa. Hace semanas que pedí librar mañana.

—Beth se va. Ha conseguido un puesto de sustituta en un bufete de abogados o algo así. Y te toca a ti reemplazarla.

—Maldita sea, Glenn, no puedo.

Se quedó mirándome.

—Vale. ¿A qué hora es la firma del contrato?

—A las diez.

—Pues vienes y abres. Te dejo salir a las nueve y media, y vuelves a la once y media. —Levantó las manos anticipándose a mis protestas—. Es lo mejor que puedo ofrecerte.

Por un lado quería matarlo. Por otro, pensé en que el hecho de que siguiera vivo decía mucho de mi increíble capacidad de autocontrol.

—¿Tienes la menor idea de lo mucho que he trabajado para conseguir esa casa? ¿De lo mucho que significa para mí?

—¿Y tú sabes que a los parados no les conceden hipotecas? Haz lo que tengas que hacer y vuelve corriendo para llegar puntual.

—Glenn —dije con dulzura—, ¿sabes lo que me gusta de ti?

Entrecerró los ojos ligeramente.

—¿Qué?

—¡Ni una sola cosa, joder! —Y luego, con el gesto más teatral que pude,

me quité de golpe el delantal del Perk Up, se lo tiré a la cara y salí por la puerta.

No había razón alguna para ir hasta la casa, pero Glenn me había cabreado tanto que deseaba verla. Quizá solo buscara la confirmación de que era algo real y que al día siguiente sería mía.

Aunque no lo sabía.

Lo único cierto es que volví a entrar, me situé en el centro de la deslucida sala con las paredes desconchadas y pensé en todo su potencial oculto.

Se me ocurrió que era un potencial muy grande. Como sucedía con las personas, una casa ocultaba infinitas posibilidades bajo la superficie.

Eso era lo que había intentado explicarle a Cyndee un día que me arrastró por toda la ciudad visitando viviendas muy coquetas, con las paredes pintadas en tonos neutros y flores colocadas justo en el lugar apropiado. Habitaciones recién pintadas, moquetas recién aspiradas...

Bonitas, pero asépticas.

No podía evitar preguntarme qué demonios ocultarían aquellas manos de pintura fresca. O qué portales al infierno se abrían bajo esas moquetas de inocuo color beis.

Quizá fuera por la forma en que me habían educado, pero todo ese proceso de puesta en escena y de exhibición de la casa, el hecho de cantar sus alabanzas para vendérsela al mejor postor, me parecía algo muy similar a un timo. Una pequeña contrariedad de la que nunca se quejaba nadie. «Tú prepara bien el decorado, trae al mochuelo y te embolsarás tu comisión de forma totalmente legítima».

El proceso poseía cierta belleza que yo admiraba, y la profesión de agente

inmobiliario, un atractivo que me resultaba interesante. Nada de estar atrapada tras un mostrador, ni acosada por un jefe con un asqueroso aliento a leche agria que se pasaba el día gritándote a la cara.

Llevaba un par de semanas considerando la posibilidad de ser agente inmobiliaria y cada vez tenía más ganas de probarlo.

Era como lo que le había dicho a Sloane sobre Cole. Al final tendría que perseguir ese sueño.

Sonreí. Lo de perseguir a Cole me había salido bien. Quizá fuera una señal para que hiciera realidad mi deseo de trabajar como agente inmobiliaria.

—Lo primero es lo primero —me dije, y di un talonazo contra el suelo—. Mañana por la mañana a las diez serás mía. —¿Y cómo tenía la certeza de que comprar esa casa era lo que más me convenía? Porque no me sentía para nada ridícula hablándole en voz alta.

Pasé una hora más investigando el lugar, tomando medidas, anotando cosas, pensando en lo que tenía que comprar —además de la casa en sí, claro — para conseguir que mis escasísimos objetos encajaran en aquel diminuto lugar. Había pensado en pasar por los templos de la organización doméstica de la ciudad: Home Depot y The Container Store después de firmar el contrato de compra al día siguiente. Luego me pasaría la tarde disfrutando de la dicha que corresponde a la dueña de un hogar propio.

Después de eso, me encargaría de buscar otro trabajo. El curro del Perk Up quizá fuera una mierda, pero, hasta ese momento, contaba con mi ridículo sueldo para pagar la hipoteca.

Iba a regresar directamente a mi piso para hacer un par de cajas más, pero en cuanto me subí al coche, me dirigí otra vez y sin pensarlo hacia el motel de carretera Windy City.

Sabía que debería haber llamado a Cole, pero no lo hice. Me habría dicho que no fuera. Que, cada vez que iba, me arriesgaba a que nos descubrieran.

Tenía razón, por supuesto.

Pero yo sabía cómo identificar a un perseguidor y cómo despistarlo y, cuando llegué al motel después de dar mil vueltas precisamente para eso estaba segura de que no me habían seguido.

El motel se encontraba convenientemente situado junto a un restaurante de comida rápida Taco Bell. Dejé el coche en su aparcamiento y entré para

comprar un surtido de burritos y de tacos. Arrastré mi enorme bolsa en dirección al motel, eché un vistazo para inspeccionar la zona y me dirigí hacia la habitación de mi padre.

Llamé tres veces a la puerta.

—Papá, soy yo.

No respondió.

Fruncí el ceño y volví a llamar.

Pegué la oreja a la puerta, pero solo oí el latido de mi corazón a medida que el miedo iba apoderándose de mí.

Me había guardado una llave, no la había usado desde un principio por respeto a la intimidad de mi padre, pero la metí en la cerradura y abrí con impaciencia.

—Papá, si estás en el baño, te aviso de que estoy entrando.

Empujé la puerta para abrirla del todo y me quedé helada.

No estaba.

Aquello no tenía sentido. ¿Cómo se habría marchado? ¿Adónde habría ido?

Registré la habitación a fondo. No había nada en los cajones. No se veía ninguna maleta.

De pronto fui presa del pánico, pero intenté no perder los nervios.

¿Lo habrían localizado?

No, eso no era probable, porque la habitación habría estado patas arriba. Así que estaba a salvo. O, como mínimo, lo estaba cuando salió de allí. Pero ¿adónde habría ido?

¿No confiaba en que yo pudiera ayudarlo? ¿Se habría angustiado de pronto estando allí encerrado? ¿Habría visto que alguien lo vigilaba?

No lo sabía, maldita sea, no tenía forma de saberlo... Toda esa situación me cabreaba y me tenía acojonada. Era mi padre, ¡mi padre, por el amor de Dios! Y había desaparecido cuando yo era responsable de velar por su seguridad.

¡Joder!, ¡joder!, ¡joder!

Volví a cerrar la habitación con llave y salí dando grandes zancadas hacia la recepción. Un aburrido recepcionista con pinta de crío de catorce años estaba jugando con el móvil. Apenas se molestó en mirarme.

—¿Querías...? —me preguntó masticando un chicle con la boca abierta.

—Había un hombre en la habitación 247 —dije—. ¿Sabes adónde ha ido?

—Señora, los clientes de este motel no dejan direcciones de contacto. Antes estaba aquí y ahora ya no está.

—¿Y cuándo se ha ido?

—No hace mucho, la verdad. Se ha llevado sus cosas. Ha pagado las pelis que había visto y se ha pirado.

—¿En efectivo?

—Sí, y se ha largado con dos tíos.

Sentí una punzada de miedo que se me clavó como un puñal. Debía de ser cosa de Muratti. Sus matones habrían dejado que mi padre hiciera la maleta para darle la falsa sensación de que todo iba a acabar bien.

Tragué saliva para obligarme a contener el miedo y centrarme en lo importante.

—¿Cómo eran esos dos tipos?

El recepcionista arrugó el rostro mientras hacía memoria.

—Mmm... Uno era un tío guapo y trajeado, y el otro era un tío negro... medio hispano, de piel mulata, ¿sabes? Aunque... yo qué sé. Era alto, eso sí. Y también iba trajeado.

—¿Dijeron cómo se llamaban? —pregunté, aunque sabía que la respuesta sería negativa antes de que el chico dijera nada.

Pero eso daba igual. Ya sabía quiénes eran.

Evan y Cole.

«Mierda».

Estaba claro que a Cole se le había ocurrido un plan.

Sin embargo, a pesar de haberme prometido mirándome a los ojos que me mantendría informada, había ido al motel y había trasladado a mi padre sin decirme ni mu.

Me había mentado, maldita sea.

Y eso, sinceramente, me cabreaba.

Me quedé sentada en el coche con el motor apagado y la capota bajada mientras hacía un par de llamadas. Pero no saqué nada en limpio. Ni Cole ni

Evan respondieron, y aunque pillé a Angie en el trabajo, ella no sabía nada de nada.

—Evan solo ha dicho que Cole y él tenían un asunto del que ocuparse esta mañana. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Nada. —Me sentí culpable por el hecho de que Angie no supiera nada sobre mi padre. ¡Mierda!, ni sobre mi vida pasada. Pero ¿cómo iba a contárselo en ese momento?—. Nada —repetí—. Es una larga historia.

—¿Tiene algo que ver con que Cole y tú por fin os habéis enrollado?

Estaba comiéndome uno de los burritos con queso y frijoles, y me atraganté al escucharlo.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha contado?

La encantadora risa de complacencia de Angie hizo que saltaran chispas a través del teléfono.

—¡No me ha contado nada!, ¿te has vuelto loca? ¿Desde cuándo Cole comparte sus sentimientos?

—Pero...

—No nos ha contado nada, ni a Evan ni a mí. O si se lo ha contado a Evan, él no me ha dicho nada.

—Como si hubiera algo que Evan no te contara —le dije.

—Eso es cierto, ¿a que sí? —Lo dijo como dándolo por sentado, como si fuera una verdad irrefutable, y yo sentí una punzada de celos. ¡Qué bonito conocer tan bien a alguien! Confiar en el otro de forma tan absoluta.

—Supongo que Cole lo mantiene en secreto —prosiguió—. No, Kat, la triste realidad es que eres tú misma quien ha filtrado esa información secreta.

—¿Yo?! —exclamé con voz aguda por la indignación. Pero entonces supe quién había sido—. Flynn —dije.

—He desayunado con él esta mañana. Me ha dado besos para ti. Y —añadió como si nada— me ha pedido que te dijera que anoche no se incendió vuestro piso, por si era esa la razón por la que no habías ido a dormir.

—Os odio a los dos.

Ella rió.

—No, no nos odias. Y por eso eres mi dama de honor.

Lo admití con un gruñido.

—Está bien. A lo mejor sí que te quiero. Pero solo un poco.

—El sentimiento es mutuo, Kat. Y estoy supercontenta por lo tuyo con Cole. Hacía tiempo que se veía venir.

—Venga ya.

—Escucha, tengo una reunión dentro de un minuto, pero cuéntame rápidamente qué tal va lo de tu casa.

—Mañana firmo el contrato —dije, incapaz de disimular la emoción al hablar.

—Ya me parecía a mí que era mañana. ¡Es genial!

—Siento vértigo solo de pensarlo —reconocí—. Es como una especie de rito iniciático o algo así. —Dudé un instante y luego me obligué a continuar—. Escucha, en cuanto a lo de la casa... hay otra cosa que...

—¿Qué pasa? —Percibí la preocupación en su voz por lo agudo de su tono.

—Nada. Te lo juro. Es solo una cosa en la que he estado pensando. Tú ya sabes que siempre he tenido el plan de hacerme rica en poco tiempo. Bueno... Aunque no estoy muy segura de que esta sea la vía más rápida...

—Me tienes intrigada. ¿Me lo cuentas tomando una copa?

—¡Si te casas dentro de una semana! —le recordé—. ¿Cuándo se supone que tomaremos esa copa?

—¿Antes de la despedida de soltera? ¿O en el desayuno? En realidad, en cualquier momento, si logro separarte de Cole.

—Hablando del rey de Roma, necesito localizarlo otra vez. Y tú tienes que irte a la reunión. Ya encontraremos el momento de vernos —le prometí al despedirnos, antes de colgar.

Angie era una chica lista. Si meterse en el negocio de la venta inmobiliaria era una mala idea, ella me lo diría. Sin embargo, lo que más me gustaba era saber que tenía una amiga con quien compartir mis proyectos de futuro.

Me quedé sentada en el coche y me pasé los dedos por el pelo mientras me preguntaba desde cuándo puñetas me había convertido en una chica tan decidida.

Y cómo narices podía sentir esa seguridad si mi padre era un estafador, y dos de los hombres más buscados de Chicago estaban guardándole las espaldas, llevándolo de aquí para allá.

Los caballeros tenían un montón de empresas, y yo había llamado a todas. No había ni rastro ni de Cole, ni de Evan, ni de Tyler. Y cuanto más tiempo pasaba sin tener noticias de ellos —sin tener ni idea de dónde se habían llevado a mi padre, ni de cuál era su plan para mantenerlo a salvo—, más me cabreaba. Y sí, también me preocupaba más.

No tenía ninguna razón lógica para ir a ver a Sloane, pero fui de todas formas. Me convencí de que quería saber si ella tenía alguna pista. Y, si no la tenía, me iría bien distraerme un poco. Sin embargo, el verdadero motivo de la visita era otro.

Estaba a punto de comprar una casa, empezaba a ir en serio con un chico y estaba pensando en dedicarme a mi verdadera vocación, que nada tenía que ver con el arte de servir cafés.

Estaba echando raíces, tal como le había dicho a mi padre.

En otras palabras, estaba enfrentándome a los grandes retos de la vida, y aclarar las cosas con mis amigos era una forma de superarlos con éxito.

La nueva vida que estaba construyendo —la vida que empezaría al día siguiente, cuando firmara el contrato de compra de la casa— necesitaba cimientos sólidos. Pero hasta que no aclarase un par de mentiras contadas por omisión, esos cimientos serían inexistentes, y me aterraba que algún día todo cuanto hubiera construido se derrumbara, y que todo cuanto quería y deseaba se tambaleara, se viniera abajo y quedara reducido a escombros.

No quería correr ese riesgo. No en ese momento. No cuando estaba enamorándome de mi vida y de mi mundo. «Y de Cole», añadió una vocecilla que oía en mi cabeza.

Encontré a Sloane destrozando el saco de boxeo en el gimnasio del Drake.

—¿Machacándote para ponerte en forma? —le pregunté—. ¿O machando el saco para descargar tensiones?

—Las dos cosas —respondió, y le propinó al saco un buen puñetazo—. O puede que ninguna de las dos. ¡Mierda, no lo sé!

Dio un último golpe y retrocedió jadeando. Pasados unos minutos levantó las manos en mi dirección y la ayudé a quitarse los guantes.

—¿Te apetece que seamos de esas señoras que quedan para comer? —Se miró el reloj—. Corrección. Es la hora del cóctel. ¿Has venido a tomar una

copa?

—No la rechazaría.

—Vamos.

La seguí hasta el ascensor privado y luego hasta la elegantísima suite que ella llamaba hogar.

—Esto es un verdadero lujo —dije echando un vistazo a la zona de comedor, decorada con mucho gusto y bien amueblada.

—Sí que lo es —admitió mientras se desplazaba hasta una pequeña nevera situada junto a una barra de bar—. Aunque empiezo a sentirme algo encerrada. Me gustaría tener un patio. Unas cuantas flores. Lo que pasa es que un antiguo compañero está reformando su casa. Está quedándole bastante bonita. Yo no paro de comentárselo a Tyler, y él no para de cambiar de tema. —Frunció ligeramente el ceño—. Y eso empieza a ponerme de los nervios.

—¿Es que no quiere tener una casa?

—No lo sé. De momento me estoy dejando llevar. De todas formas, tenemos demasiados casos en marcha para ponernos a buscar casa. Pero es una conversación que al final tendremos que mantener. Son las pruebas a las que te somete la vida en pareja —añadió con un suspiro.

—Y te encantan —dije.

—Sí, me encantan —admitió, y sonrió con tantas ganas que su sonrisa iluminó la habitación.

—Bueno, pues si lo que te pasa es que tienes antojo de pintar paredes, ven cuando te dé la gana a mi casa. Haría cualquier cosa por conseguir que Tyler y tú estuvierais más tranquilos.

—Tienes razón —dijo al mismo tiempo que acercaba una botella de pinot noir a la mesa de centro del comedor—. Mañana es el gran día. —Descorchó el vino, nos sirvió una copa a cada una y levantó la suya para hacer un brindis—. Por la compra de una vivienda —dijo, y rió.

—Gracias. No me puedo creer que de verdad sea mañana. Para mí es importantísimo. Será la primera casa donde viva que no sea de alquiler.

—¿De verdad? ¿Te mudaste mucho cuando eras pequeña?

—Demasiado; era de locos —reconocí.

—Eso hace que el día de mañana sea todavía más especial. —Dio un sorbo a su copa de vino—. ¿Has venido porque te han entrado los típicos

miedos previos a comprar la casa? O... ¡Ay, mierda! ¿He olvidado algo de la boda?

—No. Para ser te sincera, me apetecía pasarme a verte y ponernos al día. —Me encogí de hombros—. Y quería preguntarte si sabías dónde está Tyler. Y si está con Cole.

—¿Ya has perdido a tu nuevo novio? —preguntó entre risas.

—¿Tú también has hablado con Flynn?

—No, he hablado con Angie. Y ella ha hablado con Flynn.

Puse los ojos en blanco para fingir que estaba cabreada, aunque debía admitir que en el fondo estaba disfrutando. Mis amigos se preocupaban por mí. Por Cole. Se alegraban por nosotros.

Eso era genial, y reafirmaba mi decisión de contarle a Sloane la verdad. Porque, cuanto más esperase, más arraigada estaría la mentira.

Y, a decir verdad, ya había esperado demasiado.

—Pero, respondiendo a tu pregunta —prosiguió Sloane sin darse cuenta de que yo había empezado a divagar—, no, no creo que Tyler esté con él.

—¿No crees?

—Cole ha llamado esta mañana y han hablado un rato, y he oído que Tyler le preguntaba si necesitaba ayuda. Cole debe de haber dicho que no, porque Tyler le ha respondido que menos mal porque tenía cosas que hacer. Lo que me ha sorprendido, la verdad, porque creía que hoy íbamos a ponernos al día con el papeleo del Destiny.

—¿Ha dicho qué iba a hacer?

—Estaba escuchando la llamada a hurtadillas —reconoció Sloane—. No me ha parecido muy apropiado preguntarlo.

Me quedé mirándola a la cara.

—Pero tienes una ligera idea. ¿Tú qué crees?

Se enderezó en el asiento.

—Me temo que no es nada bueno.

Ladeé la cabeza.

—¿Te preocupa que sea algo relacionado con los polis que están buscándolos?

Sloane se quedó mirándome sorprendida.

Puse los ojos en blanco.

—No ignoro a qué se dedican.

—Se supone que soy yo la que sabe a qué se dedican —dijo y lanzó un suspiro—. No he insistido en que Tyler esté limpio del todo en ese sentido, pero sí quiero que me mantengan informada. Y, sinceramente, lleva un tiempo pasando desapercibido, y eso me gusta.

—¿Pasando desapercibido para evitar a Kevin? —le pregunté. Kevin Warner era un agente del FBI que había salido con Angie y que en ese momento andaba con la mosca detrás de la oreja. Había fracasado en sus intentos de empapelar a los caballeros por toda clase de trapicheos que creía que habían perpetrado en el Destiny. No había conseguido acusarlos porque allí los caballeros no eran los malos, sino los buenos.

Sin embargo, Angie me había contado el resto de la historia. Kevin había seguido presionándolos, y le contó a Sloane los numerosos delitos que, según él, habían cometido los chicos. Por último le aseguró que haría cuanto estuviera en su mano por encerrarlos.

—Lo han apartado del caso —dijo Sloane—. Lo han trasladado a Washington y, por lo que yo sé, los chicos ya no están en su punto de mira. Al menos de momento. Con un poco de suerte, se recuperará de su mal de amores y olvidará a Angie y a Evan, y a todos los demás. Pero, en respuesta a tu pregunta, sí. Es la razón por la que los chicos se han andado con más cuidado durante un tiempo. Pero ahora estoy segura de que Tyler está metido en una especie de estafa relacionada con joyas...

—¿Una estafa de joyas?

—He descubierto que ha frecuentado mucho el barrio de las joyerías de diamantes. —Se pinzó el tabique nasal con el pulgar y el índice, como concentrándose para no perder la calma—. Otro tema del que tenemos que hablar.

Fruncí el ceño.

—Pero ¿estáis bien entre vosotros?

—¿Lo preguntas en serio? Estamos de maravilla. Te juro que voy por la vida sonriendo como una tontorrón. Lo que me sorprende es que no haya pajaritos de dibujos animados revoloteando alrededor de la cabeza. Lo que no quita que a veces se comporte como un perfecto imbécil. ¿Cómo? —preguntó—. Estás riéndote.

—Eres graciosa —dije—. Y me alegro de oírlo. A mí no se me dan muy bien las relaciones.

—Pero estás mejorando, o eso creo —dijo, y por su tono de voz, quedó claro que estaba hablando de Cole.

—Tal vez sí —dije—. Ahora mismo yo también estoy un poco cabreada con el hombre de mi vida.

—¿De verdad? ¿Por qué?

Dudé solo un instante. Luego inspiré con fuerza y le conté que mi padre se había metido en un negocio con Ilya Muratti, y que se suponía que Cole estaría ayudándolo, pero que me tenía cada vez más cabreada.

—¿Todo esto empezó porque tu padre puso en marcha una especie de estafa?

—¿Por qué lo dices?

—Antes era poli, ¿recuerdas? Una vez me contaste que tu padre tenía algo que ver con Tyler en relación con una estafa inmobiliaria. Y no me dio la impresión de que les hubiera salido muy bien.

—Tienes mucha razón. Y sí. Era una estafa. —Como no había mejor transición posible hacia el tema que me interesaba, aproveché el comentario para contarle lo ocurrido con mi padre y la falsificación del testamento. Y luego le hablé de mi vida. Cómo me había criado. De todas las estafas en las que había estado medio involucrada.

—Yo también estuve metida en el ajo —dije, y me sentí bien al contárselo—. Durante mucho tiempo, en realidad.

—Me alegro de que me lo hayas contado —dijo Sloane—. Para serte sincera, sospechaba algo por el estilo.

—¿De veras? ¿Por qué no me habías dicho nada?

—Supuse que me lo contarías cuando estuvieras lista. —Se encogió de hombros—. Creo que no me equivocaba. ¿Y ahora intentas dejarlo atrás?

—Eso espero. Sinceramente, es una de las razones por las que vine a vivir a esta ciudad. Casa nueva, borrón y cuenta nueva. A lo mejor es una tontería, pero... —Dejé la frase inacabada y me encogí de hombros.

—A mí no me parece ninguna tontería. ¿Se lo has contado a Angie?

Negué con la cabeza.

—Contártelo a ti era más fácil. Nosotras somos amigas desde hace menos

tiempo y, aunque no estaba muy segura, suponía, por algún motivo, que tú ya te lo imaginabas.

—Entiendo.

—Angie es un hueso algo más duro de roer. Hace ya mucho tiempo que somos amigas, pero la conocí porque planeaba estafarla. Y no estoy segura de que se lo tome muy bien.

La sonrisa de Sloane fue instantánea y sincera, y me hizo sentir mucho mejor antes incluso de que dijera nada.

—Estamos hablando de Angie. La sobrina de Jahn. Muy pronto la mujer de Evan. Creo que sabrá apreciar una buena ironía.

—Visto así... —Me terminé la copa de vino pensando en lo que Sloane había dicho. Y admití que tenía razón—. Gracias. Todavía sigo cabreadísima con Cole, pero me siento mejor con respecto a todo lo demás. Me alegro de haber venido.

—Yo también me alegro de que hayas venido. Está bien tener una excusa para dejar de hacer ejercicio antes de tiempo.

Empecé a levantarme, pero volví a sentarme.

—Escucha, hay otra cosa. Creo que quizá haya dicho algo que supuestamente no debía contar.

—Vaya. ¿El qué?

—Le dije a Cole que sabía lo del Firehouse. Y luego caí en la cuenta de que a lo mejor tú no querías que lo contara. Me refiero a que él imaginará que me lo has contado tú, ¿no?

—Seguramente, pero no te preocupes. Dudo que ponga un anuncio en *The Tribune* anunciando que es miembro del club, aunque no es un secreto de Estado.

—Bien. Me preocupaba haber traicionado tu confianza.

—¿Te ha llevado?

Negué con la cabeza.

—No. Pero... —me quedé callada.

—¿Qué?

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —empecé a decir y proseguí cuando ella asintió con la cabeza—. ¿Es lo que te gusta? Me refiero a lo que se hace allí.

—Digamos que Tyler me ha abierto al mundo en muchos sentidos. Me obliga a ampliar horizontes, y lo necesitaba. Además, me gusta —añadió con una sonrisa maliciosa.

Me quedé pensándolo un rato y luego reuní el valor necesario.

—Quiero que Cole me lleve, pero no sé si llegará a hacerlo.

—No sé mucho sobre Cole, así que podría equivocarme. Pero Tyler no pasaba mucho tiempo allí. Era más bien como una especie de complemento, ¿sabes? Como un juguetito más.

—Pero ¿en el caso de Cole?

—No sé qué obtiene allí, pero lo necesita. A lo mejor tiene miedo de que tú no puedas asimilarlo.

Supe que lo que acababa de decir era cierto. Aunque esperaba que quizá —y solo quizá— Cole empezara a entender que yo podía asimilar mucho más de lo que él creía.

—Debería dejarte en paz —dije.

—No te diré que te quedes si tienes cosas que hacer, pero se me ha subido un poco el vino. ¿Por qué no bajamos al bar y tomamos un aperitivo? ¿Algún cóctel afrutado, dulzón y malo para el cuerpo, y celebramos tu inminente firma del contrato de compra de una casa superestilosa?

—¿Podré hacerte preguntas sobre el Firehouse?

—¿Podré hacerte preguntas sobre cómo es criarse entre estafas?

Era un buen trato: las dos salíamos ganando. Sloane se puso unos tejanos a toda prisa y nos fuimos.

Íbamos hablando de esto y de aquello cuando llegamos al Coq d'Or. Sobre la boda, mi casa, nuestros planes de pasar un día en la playa. Pero enmudecimos de golpe cuando al entrar por la puerta vimos a los tres caballeros sentados a la barra tan panchos, como si Cole y Evan no hubieran estado matándome de angustia; por no decir que me tenían cabreadísima.

—¡Joder, no me lo puedo creer! —mascullé entre dientes.

Crucé la sala dando grandes zancadas y agarré la copa de Cole. Él levantó la vista para mirarme con una expresión confusa al principio y conciliadora después.

—Kat... —empezó a decir, pero yo no lo dejé acabar.

En lugar de dejarlo hablar le arrojé la copa; le empapé el rostro y la

camisa con el whisky más caro del bar.

—Esa ha sido la señal para que nos vayamos —dijo Sloane agarrando a Evan y a Tyler por el brazo.

—Vosotros quedaos —dijo Cole malhumorado, mientras se secaba la cara con una servilleta de cóctel y me agarraba por el brazo con la mano que tenía libre—. Ya nos vamos nosotros.

Me zafé de él de un tirón mientras me arrastraba hasta la salida y me detuve en seco cuando cruzamos la puerta.

—¡Maldita sea, Cole! ¿Qué narices estás haciendo? Me prometiste que me contarías el plan. ¿Y vas y te llevas a mi padre del motel sin llamarme siquiera? ¿Tienes idea de lo asustadísima que estaba?

A nuestro alrededor, la gente que acudía al bar después de su jornada laboral nos lanzaba miradas de preocupación al pasar por nuestro lado.

—¡Mierda! —dijo Cole, y volvió a agarrarme del brazo. Esta vez, cuando yo intenté zafarme, me sujetó con fuerza.

El baño de señoras estaba al final del pasillo, y él abrió la puerta de un empujón y prácticamente me tiró adentro.

—Pero ¿qué narices...? —empecé a decir, pero cerré la boca de golpe cuando él también entró al baño.

Una chica de unos veintitantos con pinta de recién licenciada se quedó mirándolo con la boca abierta y nos rodeó con mucho cuidado para salir huyendo.

—Entra —dijo, y me acorraló para que no tuviera más opción de entrar hasta el fondo del elegante aseo o tirarlo al suelo para largarme de allí.

Entré.

El baño del Drake es tan elegante como el resto del hotel, con una alargada repisa de mármol y múltiples asientos para que las damas tengan mucho sitio para poder empolvase la nariz y cotillear a gusto. Pero lo que hace especial a ese baño es que cada retrete está preparado como un aseo individual totalmente equipado, con su inodoro, su tocador, su espejo, su lavamanos e incluso un pequeño taburete tapizado para sentarse. Además, la puerta va del suelo al techo, lo que permite que la usuaria en cuestión disfrute de una intimidad total.

Cole empujó la puerta del primer retrete vacío y me arrastró a su interior.

—¿Estás loco? —le susurré mientras él cerraba la puerta con el pestillo.

No respondió a la pregunta. En lugar de hacerlo, me agarró por la cintura, me levantó y me sentó sobre el tocador. Lancé un suspiro ahogado, porque me di cuenta por primera vez de lo mucho más fuerte y corpulento que era Cole comparado conmigo.

—Maldita sea, Cole —dije, aunque ya se me habían bajado un poco los humos.

Me separó las rodillas y se colocó entre ellas mientras me presionaba sobre el tocador e invadía mi espacio personal.

—Me has tirado una copa encima —dijo con una voz tan grave y con un tono tan firme que supe que estaba luchando por controlar su malhumor.

—Te lo merecías.

—¿Por qué acudiste a mí para que ayudara a tu padre?

—Ya sabes por qué —espeté—. Porque creía que podías ayudarme.

—¿Y qué narices crees que estoy haciendo?

—No puedes entrar a la fuerza donde te dé la gana y...

—O todo o nada, Catalina —dijo.

—Gilipolces. Es mi padre; no puedes anularme así, sobre todo porque me habías dicho que me mantendrías informada. Me dijiste que era sumisa, y quizá tengas razón. Pero eso es solo en la cama, Cole. No fuera de ella. No en el mundo real.

Me quedé mirándolo a la cara: se le marcaron las líneas de expresión, se le tensaron las facciones y entrecerró los ojos al mirarme fijamente.

—No tengo ningún interés en privarte de tu independencia —dijo—. Pero

nunca hago nada a medias y no pienso estar preguntando una y otra vez cuáles son las normas del trato. Ya sé cuáles son las normas.

—¿Ah, sí? ¿Y cuáles son?

—Las mías —dijo, y supe, por el fuego que ardía en su mirada, que no estábamos hablando sobre las normas relativas al asunto relacionado con mi padre.

Me humedecí los labios con la lengua intentando no perder la compostura.

—Maldita sea, Cole...

—Quítate la ropa.

Me quedé paralizada. La orden me dejó un tanto impactada y, ¡qué narices!, me puso muy cachonda.

—Y una mierda.

Me agarró la camiseta por la parte de abajo y tiró de ella hacia arriba, con lo que dejó el sujetador a la vista.

—O te la quitas tú o te la quito yo.

Sentí cómo se me tensaba el sexo y me ardía la piel.

—Pues quítamela —dije.

Y lo hizo, tiró de la prenda hasta arriba del todo y me obligó a levantar los brazos para sacármela, luego la lanzó al suelo junto a la puerta. Se agachó y posó las manos sobre mi sexo por encima de los tejanos. Yo jadeaba, estaba tan cachonda que me sorprendía no tener los pantalones empapados.

—¿Vas a quitarte el sujetador o tengo que arrancártelo?

Me llevé las manos a la espalda y me desabroché el cierre, me quité el sujetador y lo tiré sobre la camiseta.

—¿Qué haces?

—Justo lo que deseo —respondió mientras me desabrochaba el botón de los tejanos y me bajaba la cremallera—. Son mis normas. —Me metió las manos por dentro de los pantalones y por debajo de las bragas, me penetró con un dedo, y su sonrisa maliciosa se amplió hasta el infinito cuando descubrió que no solo estaba mojada, sino chorreando—. Eres mía. Dilo, Kat.

—Tuya —dije. Ya me costaba emitir siquiera un sonido, como para estar formando frases...

—Y, en cuanto estés desnuda, voy a follarte. Voy a follarte con tanta

fuerza que vas a chillar, y los que estén ahí fuera sabrán exactamente qué estamos haciendo.

—Cole, no. —Pero lo dije solo por compromiso, y él lo sabía, ¡joder!, lo sabía. Me había puesto tan cachonda con sus palabras que las protestas que yo pudiera pronunciar no tenían sentido; mi cuerpo decía la verdad. Al imaginar lo que Cole acababa de describir, empezó a palpitarme el sexo y se me tensó alrededor de su dedo; esa era mi forma más elocuente de reconocer lo que realmente deseaba.

Él no se molestó en responder. Se agachó y me quitó los zapatos, me bajó los tejanos hasta los muslos y siguió hasta tenerlos hechos un guiñapo en el suelo. Pero me dejó las bragas puestas, luego me empujó contra la repisa y me puso de espaldas a él. Y quedé de cara al espejo.

Me vi reflejada, con las manos apoyadas en el tocador, los pechos voluptuosos y turgentes, y los pezones oscurecidos por la excitación. Tenía la cara roja, y los ojos algo vidriosos. Y Cole asomaba por detrás de mí, todavía vestido, todo poder y control y puro fuego masculino.

Oí la insinuante música de la cremallera de sus pantalones y luego sentí la presión de su polla contra mi culo.

—Ábrete de piernas, nena —dijo, pero yo ya lo había hecho. Lo deseaba. Tal vez estuviera enfadada, pero Cole había dado la vuelta a la situación, y en lo único que podía pensar en ese momento era en que deseaba sentirlo dentro de mí. Solo tenía que obedecerlo, dejarme llevar y entregarme a las sensaciones.

Lanzó un gruñido grave de satisfacción, se agachó y me acarició por debajo de las bragas.

—¡Oh, sí! —dijo—. Estás lista.

—Sí —susurré, y lancé un suspiro cuando apartó uno de los bordes de la prenda de satén.

—Agáchate. Eso es —dijo, y sentí la insistente presión de su polla y su acometida gradual aunque intensa cuando me penetró.

Tenía las manos en mis caderas y al moverse hacia delante, tiraba de mí hacia atrás. Me llenaba por completo, y la expresión de su rostro, tan pasional y tan intensa, estaba a punto de provocar que me corriera en ese preciso instante.

No se había quitado los pantalones, y la tela me rascaba el culo mientras me la metía por detrás. El hecho de saber que yo estaba prácticamente desnuda y que él seguía vestido —que estaba poseyéndome en ese retrete, y que podía llevarme adonde le diera la puñetera gana— me puso a cien, me seducía, me situaba al borde del éxtasis y me volvía loca de placer.

Dejó una mano en mi cadera, pero con la otra empezó a masturbarme toqueteándome el sexo de forma juguetona. Las sensaciones que me provocaba eran tan intensas que estaba a punto de sucumbir: el roce de sus dedos en mi clítoris, duro como una piedra e hipersensible; las acometidas rítmicas de su pelvis contra mi culo; la forma casi dolorosa en que me llenaba, metiéndomela tan hasta el fondo... y con una fuerza tan constante e inagotable...

Pero entonces, ¡oh Dios!, dejó de tocarme el clítoris para empezar a jugar con mis pezones. Me los pellizcaba, los apretaba con fuerza y me los retorció un poco. Las frenéticas oleadas de calor que me recorrían desde los pechos hasta el sexo se sumaban a la sinfonía de sensaciones eróticas que sonaba cada vez con más fuerza en mi interior.

—¿Te duele? —me preguntó al tiempo que me retorció un poco más los pezones.

—Sí —susurré con la esperanza de que eso lo hiciera parar.

—¿Te gusta?

—¡Dios, sí!

—Mira el espejo —dijo, y me di cuenta de que había cerrado los ojos. Los abrí y vi la imagen más erótica que había contemplado en mi vida. Las manos de Cole retorciéndome los pezones erectos. Mis piernas abiertas, mi sexo húmedo. Mi cuerpo cimbreado rítmicamente mientras Cole me la metía cada vez más hasta el fondo. Y luego, cuando fue bajando la mano por mi vientre para volver a estimularme el clítoris, mi boca abriéndose por la pasión y todo mi cuerpo estremeciéndose por el persistente y creciente clímax que amenazaba con aniquilarme.

—Dime qué ves —me dijo.

—Soy tuya —dije casi sin aliento—. Estoy a tu merced. Soy tu esclava.

—Siempre que quiera, de la forma que quiera. Dime que te gusta saber que es verdad.

—Sí, me gusta... ¡Oh, Dios, me gusta!

—¿Confías en mí, Kat?

—A ciegas.

—¿Podría hacerte esto, follarte en el baño del puto Drake, si no confiaras en mí?

—No.

—Entonces confía en que sé lo que hago.

Asentí en silencio. Y luego, como ya no podía aguantar más, susurré:

—Por favor...

—¿Por favor, qué?

Puse una mano sobre la suya, que estaba en mi pecho, y le levanté la otra, la que estaba en el clítoris, para que volviera a ponérmela en los pezones.

—Más fuerte.

—¡Oh, Dios bendito! —dijo, y mientras me apretaba más y yo gritaba por el delicioso dolor que me recorrió el cuerpo, sentí que él explotaba dentro de mí, y su descarga nos inundó a los dos.

Pequeños escalofríos dolorosos que se manifestaban en forma de placer me quemaban por dentro y fueron intensificándose hasta que mi propio orgasmo me hizo estremecer. En ese instante Cole dejó de retorcerme los pezones, y el clímax se reinició con tanta intensidad que tuve que sujetarme con fuerza a la repisa para no caer al suelo.

—¿Cómo lo consigues? —pregunté cuando logré volver a hablar—. Estaba cabreadísima contigo, luego apareces de golpe y lo utilizas para hacerme estallar de placer. Y no solo estallar, sino... ¡Oh, Dios, Cole, ha sido una locura!

Esbozó una sonrisa torcida.

—¿Sigues cabreada?

—Sí —reconocí—. Has faltado a tu palabra.

—Quería asegurarme de que tu padre estuviera a salvo lo antes posible —dijo Cole—. Y no he faltado a mi palabra.

—Gilipolleces. Tú...

—Pretendía decírtelo en cuanto te viera. Solo prometí mantenerte informada sobre el plan, Kat. ¡Joder!, en ningún momento te dije nada de avisarte antes o después de actuar.

—Esa es una excusa realmente penosa —dije—. Ya sabías a qué me refería. —Aunque al mismo tiempo empezaba a desinflarme. Maldita sea, Cole tenía razón y había actuado de buena fe. Había movido ficha, y rápido, para proteger a mi padre. Al margen de que pudiera estar enfadada, eso suponía un mundo para mí.

Me puse de puntillas y lo besé.

—No sé lo que ocurrirá mañana, Kat. Pero ahora mismo, en este lugar, eres mía. Y siempre cuido lo que es mío. Y eso incluye a los dos, tanto a ti como a tu padre. ¿Lo entiendes?

Asentí en silencio, porque sí lo entendía.

Humedeció una de las toallas de mano del aseo y me limpió, tratándome con muchísima delicadeza. Suspiré y levanté los brazos para que pudiera volver a ponerme la camiseta por la cabeza.

Estaba cuidándome, vistiéndome y adorándome. Ejercía cierto control sobre mí, sí, pero también fue un momento de delicada sensualidad. Pensé en eso, en la dicotomía del intenso sentimiento de calidez y de seguridad contrapuesto al dolor y al placer de ser fustigada y pellizcada.

Tal como imaginaba, acababa de descubrir algo más: Cole era como yo. No es que necesitara entregarse, sino que necesitaba dominar. No solo había deseado azotarme y pellizcarme, sino que lo había necesitado. En ese momento. La noche anterior. Porque, sin ello, no lograba llegar al orgasmo, como me ocurría a mí.

¿No me había dicho eso cuando me presenté en la puerta de su casa exigiéndole que me follara? «Me gusta», había dicho al hablar de infligirme dolor. «Lo necesito».

Estaba segura de que era capaz de entenderme porque también le había ocurrido algo, aunque yo no supiera qué. Algo que le impedía correrse a menos que pudiera dominar la situación infligiendo un dolor apasionado a su amante.

Me sentí tentada de pedirle que me lo contara. Pero no dije nada. Acabaría contándomelo; por el momento, me bastaba con entenderlo. Y con saber que, de una forma u otra —a pesar de toda la mierda que nos había hecho ser quienes éramos—, habíamos acabado el uno en brazos del otro.

16

Seguí a Cole para salir del baño de señoras y pasé totalmente de las miradas asombradas de dos mujeres que entraban al mismo tiempo que nosotros nos marchábamos.

—¡Oh, Dios! —susurré, pero Cole se limitó a sonreír de oreja a oreja.

—¿Estás lista para ver a tu padre?

—¿Estás de coña? ¡Por supuesto!

—Entonces vamos. —Se situó por delante de mí y recorrimos el pasillo hasta un ascensor privado.

Fruncí el ceño cuando apretó el botón de llamada.

—¿Vamos a subir para ver a Tyler y a Sloane? Pensaba que me llevabas a ver a mi padre.

Entró en la cabina del ascensor.

—Y eso hago.

El ascensor nos llevó hasta la sexta planta, y yo seguí a Cole por el pasillo hasta una habitación esquinera.

—La Fundación Jahn tiene una suite en este hotel para los visitantes de fuera de la ciudad. Resulta curioso, pero cuanto más dinero te gastas en alguien, más frecuentes son sus donativos para cualquier causa.

La Fundación Jahn, donde trabajaba Angie en ese momento, fue creada por Howard Jahn como organización de beneficencia con el objetivo esencial de conservar, restaurar y educar en lo relativo a todas las formas de expresión artística. Los tres caballeros ocupaban un puesto en la junta directiva, por eso no era de extrañar que Cole tuviera acceso a la suite.

—¿Y qué pasa con la seguridad? —pregunté cuando nos detuvimos delante de la puerta—. Seguro que hay cámaras en los ascensores y en los pasillos.

—Las probabilidades de que Muratti vea esas imágenes son muy pequeñas. Pero —añadió antes de que yo pudiera protestar—, de todas formas, hemos tomado precauciones. Tu padre lleva peluca, bigote postizo y alzas en los zapatos. No somos nuevos en esto, Kat. Recuérdalo.

—Ya lo sé —dije—. Pero es que es mi padre.

Me tomó de la mano y la apretó con fuerza.

—Ya lo sé.

—¿Y las camareras? —pregunté mientras él tocaba tres veces a la puerta—. ¿El servicio de habitaciones?

—Arreglado —dijo Cole—. Nadie lo ha visto. —Alguien abrió, y vi a una chica de aspecto alegre, de unos veintitantos y cuya cara me sonaba.

—¡Hola! ¡Adelante! —dijo la chica, y retrocedió para que pudiéramos entrar.

—Darcy, ¿te acuerdas de Kat? Es la hija de Maury.

—Es un hombre muy agradable —dijo Darcy, y me tendió una mano para saludarme—. Nos conocimos en el Destiny. Antes bailaba allí.

—Darcy va a volver a estudiar en otoño —dijo Cole—. Ahora está yendo a unos cursos de preparación para el acceso a la universidad, y hemos llegado a un acuerdo. Ella se queda con tu padre, atiende la puerta y lo mantiene escondido, y le pagamos un sueldo por pasar el resto del tiempo estudiando.

—No está mal —dije.

—Es un trato genial —afirmó Darcy mirando a Cole como si estuviera contemplando a un héroe al que venerase.

—Mmm... ¿Puedo verlo?

—¿Eh? ¡Ah! ¡Claro! Vamos. —Darcy se adentró en la suite, otra versión de la que ocupaban Tyler y Sloane, más pequeña aunque igual de elegante—. Se mete en una de las habitaciones cuando viene alguien: o las camareras, o el servicio de habitaciones o el de mantenimiento. Espera. —Avanzó a saltitos por la sala, luego recorrió un pasillo corto. Oí que llamaba a una puerta y decía el nombre de mi padre. Transcurridos unos segundos, él entró en la sala con una amplia sonrisa y los brazos extendidos hacia mí.

Lo abracé con fuerza y retrocedí un paso para mirarlo bien. Parecía tranquilo y descansado; ya no quedaba ni rastro del miedo que percibí en su expresión cuando se había presentado en mi piso. Me acerqué más a Cole y lo tomé de una mano para darle las gracias en silencio, porque él había desempeñado un papel muy importante a la hora de hacer desaparecer esa preocupación.

Nos acomodamos en el comedor, yo me senté en el brazo del sofá para poder estar cerca de mi padre, y Cole se quedó de pie junto a la ventana, mirando la ciudad. Darcy actuó como anfitriona y nos ofreció café, vino o algo más fuerte.

Yo pedí ese algo más fuerte.

—¿Estás bien, papá? ¿No estás inquieto?

—Ya me conoces, siempre estoy inquieto. Pero me conformo con quedarme aquí hasta que tu joven amigo me proponga otra cosa.

—Bien —dije—. Ha pasado por situaciones muy difíciles y sabe lo que se hace. Tienes que escucharlo.

—Eso es lo que hago. Has dado con un buen hombre; sabe ocuparse de mí. Y se ocupa de ti. No quería que corrieras ningún riesgo, pequeña, de verdad que no. Pero me alegro de haber venido.

Suspiré.

—Yo también, papá. Solo quiero que estés a salvo.

Le hice prometer una docena de veces o más que cumpliría todas las normas y que no haría ninguna estupidez.

—He hecho un par de averiguaciones más —dijo Cole, y se apartó de la ventana para reunirse con nosotros—. La propiedad es de primera, y aunque Frederick Charles no quiere vendérsela a Muratti, no es porque esté pensando en explotarla por su cuenta ni porque espere que su sobrina lo haga cuando la herede.

—Lo que ocurre es que no quiere vendérsela a un mafioso —dije.

—Exacto. Lo que nos permite jugar con ventaja.

—Ya entiendo lo que dices, pero aunque Frederick venda la propiedad, ¿Muratti no nos la tendría jurada? —pregunté.

—Sí, es de los que guardan rencor. Pero también está a punto de jubilarse, y su hijo, Michael, está empezando a llevar las riendas de la

organización. Michael no es un mafioso de la vieja escuela, no le va eso de ir poniendo cabezas de caballo en la cama de sus enemigos, y no le ve el sentido a cabrearse si el negocio no vale la pena.

Me fijé en la mirada de mi padre. Hasta ese momento, todo sonaba muy bien.

—Así que en cuanto nos hayamos quitado de en medio, creo que Michael tachará el nombre de tu padre de la lista como una mala opción, y cada uno seguirá por su camino.

—Eso crees —repetí.

—Bueno, nos queda esperar a ver qué pasa, no voy a mentirte. Pero a menos que quieras llamar a los federales, con lo cual estaríamos hablando de entrar en el programa de protección de testigos, es lo mejor que se me ocurre.

—He estado metido en líos más graves, cariño —dijo mi padre—. Puedo soportarlo.

Asentí en silencio y luego inspiré con fuerza.

—Vale, está bien. ¿Y cómo vamos a lograr que salga de esta?

—Se me ha ocurrido algo —dijo Cole—. Déjame pensar en los detalles y ya te lo contaré.

Iba a protestar, pero decidí quedarme callada. Al fin y al cabo, confiaba en ese hombre.

Y eso me hacía sentir de maravilla.

—Entonces ¿me has perdonado? —me preguntó Cole cuando estábamos en su Range Rover.

—Vamos a ver —dije, y empecé a contar con los dedos—. Tienes a mi padre controlado, mañana firmo el contrato de compra de mi nuevo hogar y acabamos de echar un polvo maravilloso. Si me llevas a casa para que pueda disfrutar recordándolo, sí, estarás perdonado.

—Puedo llevarte —dijo, alargó una mano y me acarició la nuca, un gesto tan íntimo que me hizo estremecer—. Me gusta verte feliz —dijo.

—Eso está muy bien, porque a mí me gusta sentirme feliz.

No tardamos mucho en llegar a la casa y, una vez más, abrí la puerta con la combinación que se suponía que no debía conocer.

—Eres una chica muy traviesa —dijo—. Aunque resulta útil tenerte cerca.

—Es la última vez que vivo peligrosamente —dije—. Mañana seré la dueña de este lugar y entrar será del todo legal.

Avanzó detrás de mí y me tomó de la mano. Con un rápido e intenso tirón me acercó a su cuerpo y acabé chocando contra él y riendo cuando me agarró por el culo.

—Me encantaría seguir proporcionándote algo de peligro, si es lo que deseas.

—Me gusta cómo suena —dije, y lo abracé para darle un largo y apasionado beso—. Y me apetece.

—Una vez más, nuestro deseo se sincroniza. —Retrocedió e hizo un movimiento de barrido con el brazo señalando la casa—. Enséñame todo.

Y lo hice, por supuesto; lo llevé de visita guiada por mi hogar. Le enseñé todas las habitaciones, todos los armarios, todos los recovecos y las grietas. Le conté dónde pensaba colocar los muebles, le conté por qué pensaba que iba a necesitar más estanterías y qué clase de verduras estaba decidida a plantar en mi diminuto jardín trasero.

También le enseñé mi dormitorio.

—Tengo la intención de pasar mucho tiempo en este cuarto —dije—. Y no pienso estar sola.

—¿Mañanas ociosas leyendo el periódico en la cama?

—Me va más el ejercicio. Estaba pensando en sexo salvaje, de ese con el que acabas colgada de la araña del techo. Pero si tú quieres, después podemos relajarnos leyendo el periódico.

Percibí en su mirada que estaba gustándole lo que oía; levantó la vista para mirar hacia arriba.

—Sí —dije—, ya lo sé. Comprar una araña para el techo está entre los primeros puestos de mi lista de cosas pendientes. Pero, sin tener en cuenta ese pequeño fallo, ¿qué te parece?

—Creo que has hecho un negocio redondo. El antiguo dueño de esta casa podría haberla vendido por lo menos un diez por ciento más cara, hasta un veinte incluso, si se hubiera molestado en arreglarla un poco.

—Eso fue lo que pensé. Y como ya no trabajo en la cafetería, tengo un montón de tiempo para dedicarme a arreglarla.

Ladeó la cabeza.

—¿Y eso? ¿Desde cuándo?

—Desde que mi jefe me demostró lo gilipollas que es e intentó fastidiarme lo de la firma del contrato y el derecho a disfrutar de mi casa. — Me encogí de un solo hombro con un gesto de indiferencia—. Que le den. Me las arreglaré bien sin él.

—No lo dudo —dijo Cole—. Pero si necesitas un sueldo, creo que técnicamente ya estás contratada en la galería.

Sonreí con suficiencia.

—Cuidado o te tomaré la palabra.

—Lo digo en serio —dijo—. Si necesitas ayuda para salir del bache, sabes que puedes acudir a mí, ¿verdad?

—Lo sé —respondí agradecida. La verdad es que sabía algo más. Podía acudir a él por asuntos relacionados con cualquier aspecto de mi vida. Para hablarle de mis esperanzas y de mis sueños. Y no solo podía acudir a él, es que lo deseaba.

Deseaba compartirlo todo con Cole. Porque lo que había entre nosotros era algo más que simplemente sexo. Era la vida misma. Éramos nosotros. Lo era todo.

—¿Qué haces? —dijo mirándome para adivinar qué pensaba—. ¿Imaginándote lo horrible que debe de ser tenerme como jefe?

—Para nada —le respondí juguetona—. Estaba pensando en lo poco que trabajaríamos.

Sonrió de oreja a oreja, pero la sonrisa se esfumó enseguida.

—¿Estás bien? De pronto te has quedado muy pensativa.

—De maravilla. Tengo dinero suficiente para pagar la hipoteca y los gastos durante al menos seis meses.

—Eso debería darte un margen para encontrar otro trabajo. ¿Quieres que hable con Tyler para que envíe tu currículum a una bolsa de trabajo?

—Gracias, pero no. En realidad, ya había pensado en algo. —Lo miré a la cara, vi su expresión atenta y me apresuré a contárselo—. En realidad, llevo un tiempo dándole vueltas. Desde que empecé con la búsqueda de casa. Creo... Creo que voy a sacarme la licencia para ser agente inmobiliaria.

—¿De verdad? —Asintió muy despacio con la cabeza, como si estuviera sopesando muy en serio lo que acaba de decir. A continuación una sonrisa

relajada afloró en su rostro—. Me parece que serías una agente inmobiliaria cojonuda.

Una tensión de la que no había sido consciente hasta ese instante se relajó de golpe.

—¿De verdad lo piensas?

—Es el trabajo perfecto para ti. Tienes don de gentes y sabes vender cualquier cosa o cualquier idea. Puedes llevarte de calle hasta al más pintado —añadió con sonrisa maliciosa—. Sí, creo que es una idea genial.

—Hoy estás ganando un montón de puntos.

—Me aseguraré de canjearlos pronto. —Describió un lento giro sobre sí mismo—. Sí, este lugar es un gran hallazgo. Tiene muchísimas posibilidades.

—En otras palabras, que hay muchísimo curro pendiente.

Se rió.

—Sí, eso también.

—¿Me ayudarás?

La respuesta me la dio con su mirada, y sus palabras no hicieron más que subrayar la verdad.

—No lograrás despegarte de mí.

Me tomé un instante para mirarlo, empaparme de él, y preguntarme por qué había tardado tanto en perseguir mis sueños. Porque, en ese momento, con Cole a mi lado, mis días sin sentido del pasado me parecían incluso más vacíos. Estaba decidida a llenar hasta los topes los días que me quedaban por delante.

Me dio un toquecito en la punta de la nariz.

—Has vuelto a desconectar —dijo—. ¿Dónde habías ido esta vez?

—Lejos —respondí sonriendo—. Contigo. Al país de las fantasías.

Su sonrisa fue amplia y llena de picardía.

—Me encantaría hacer realidad tus fantasías.

—Ya lo harás. Después de darme tu opinión sobre el resto de la casa — dije, y luego reí cuando lo tomé de la mano y lo llevé hacia la segunda habitación—. A esta solo le daré una mano de pintura. Supongo que Flynn la decorará como le apetezca.

—¿Flynn va a mudarse contigo?

—Ahora es mi compañero de piso y lo será cuando me mude. Necesita

compartir vivienda, y a mí siempre me ha gustado ahorrar. Y sobre todo porque me ayudará a pagar la hipoteca.

—No sé si me gusta mucho eso.

—¿Ah, no? —Me crucé de brazos—. Pues tendrás que invertir un montón de tiempo en venir a visitarme para asegurarte de que me porto bien.

—Kat...

Estaba provocándole, por supuesto, pero la expresión de Cole no era precisamente divertida.

—No estés celoso —dije, y aunque intenté que no se me notara que estaba molesta, no creo que lo consiguiera—. Ya sabes que no hay nada entre Flynn y yo. Y, sinceramente, si alguno de los dos tiene motivos para estar celoso, soy yo, en cualquier caso.

En cuanto lo dije, me arrepentí.

—¿De veras? —Habló con un tono exageradamente formal, como de ejecutivo reunido.

Ladeé la cabeza y crucé los brazos sobre el pecho.

—¡Venga ya, Cole!, ¿en serio? No juguemos a esto. Sé lo del Firehouse, ¿recuerdas? Y tengo una ligera idea de lo que ocurre en ese lugar. Sé que te follas a esa chica, Michelle. Y —añadí porque ya había cogido carrerilla— ni siquiera sé si has estado con alguien más desde que nos acostamos. Porque me dijiste que tenía que ser solo tuya, pero no dijiste nada de ti.

—¿Eso es lo que crees? —me preguntó con un tono neutro que no auguraba nada bueno—. ¿Que estoy con otra cuando no estoy contigo?

—¡Vaya, no tendría que haber dicho nada! Lo siento. De verdad. —Inspiré con fuerza—. No estoy acostándome con Flynn. Nunca me he acostado con Flynn. Pero no puede permitirse vivir solo, y no pienso dejarlo en la calle. Y no —añadí—, no creo que estés con otra.

Esa era la verdad, pero no importó, porque solo podía pensar en Michelle y el Firehouse y el cuero y... Ese era el problema. No sabía qué venía después de ese último «y». Maldita sea, odiaba la idea de que Cole no pudiera, o no quisiera, conseguir todo lo que necesitaba recurriendo a mí.

Porque aunque ya no se acostara con Michelle, con mi comentario lo había descolocado. Cole tenía miedo de ponerme muy al límite. Porque, a pesar de lo lejos que habíamos llegado ya, todavía nos quedaba mucho

camino por recorrer. Y era posible que no llegáramos a buen puerto hasta que él superase el miedo a perder el control.

—Lo siento —repetí—. No debería haberla mencionado. Me matan los celos, pero si dices que ya no la ves, te creo. Es que me has cabreado con lo de Flynn. Es mi amigo. Eso es todo.

—No tienes ningún motivo para estar celosa de Michelle. —En ese momento su tono dejó de ser neutro. Deseaba tranquilizarme y habló con mucha ternura.

—Pero sí lo estoy —dije mientras él me tomaba de las manos y me acercaba a su cuerpo—. ¿Es que no lo entiendes? Quiero lo que ella tuvo. Compartiste algo con ella, algo que yo no entiendo porque ni siquiera me lo has enseñado. Quizá sea algo insignificante, pero sin importar lo que hicieras con ella o lo que ella te dio, quiero que lo obtengas de mí.

—¡Ay, nena! —dijo, y me hizo suya con un beso salvaje y violento, se entrechocaron nuestros dientes, se entrelazaron nuestras lenguas, y todo fue pasión y fuego. Me daba vueltas la cabeza, sentí una confusión total de ideas, se disiparon todas mis preocupaciones hasta quedar convertidas en una bruma. Y cuando me agarró por el culo y me empujó contra su cuerpo para que notara cómo aumentaba su erección, solo podía pensar en poseerlo y en tocarlo, porque entonces sabría que era real y que era mío.

Desplazó las manos hasta mis hombros y me separó de él con la misma violencia con la que me había acercado a su cuerpo.

—No hay nada, nada que no consiga de ti. Tú me llenas, Kat. ¿Es que no lo ves? ¿Es que no lo entiendes?

—Sí que lo entiendo —dije, y pronuncié las palabras con un suspiro ahogado. Aunque no era la verdad. No del todo. Seguía temiendo no poder iluminar los rincones oscuros que se ocultaban en su interior. Que necesitara más de lo que obtenía de mí.

Al mismo tiempo rememoré nuestro encuentro telefónico en el coche. La forma en que me poseyó con una pasión salvaje en el Drake hacía solo un par de horas. Lo recordé todo y me sentí esperanzada. Decidí tomarme mi tiempo. Siempre había esperado que llegara un hombre así a mi vida, podía esperar un poco más para tenerlo por completo.

Me puso un dedo bajo la barbilla y me levantó la cabeza para que no

tuviera más opción que mirarlo a los ojos; su mirada intensa era decidida y ardiente.

—Dime lo que quieres —dijo, y la amabilidad de su voz contrastaba muchísimo con su dura expresión.

«Lo quiero todo», pensé. En lugar de eso, dije:

—Tómame aquí. Fóllame con ganas, como si quisieras matarme, con fuerza. Y en todas las habitaciones de la casa; esta noche, antes de que este sitio sea mío, solo porque la idea me pone cachonda.

Mis palabras le hicieron sonreír, pero sus movimientos irradiaban un calor abrasador cuando bajó la mano y me forzó a retroceder avanzando sin parar hacia mí, paso a paso, hasta que me tuvo pegada contra la pared. Se quedó ahí plantado, como una barrera infranqueable de fuerza masculina.

Se me aceleró el pulso y empecé a respirar con dificultad. Estaba tan pegado a mí que veía incluso cómo los latidos le agitaban la camiseta. Olía el perfume del deseo. Y la violencia que percibía en su mirada no dejaba lugar a dudas.

Con cualquier otro hombre, me habría invadido una oleada de terror punzante y fría.

En lugar de eso, ardía de deseo por él. Estaba mojada y dispuesta a entregarme. Y cuando me agarró por las muñecas y tiró de ellas para colocármelas por encima de la cabeza, solté un grito de pura pasión. Un gemido animal y desesperado de placer y de deseo que, incluso sin palabras, le rogaba que me tocara. Que me follara.

—¿Esto es lo que quieres? —gruñó, y me clavó una rodilla entre las piernas para que notara algo duro sobre el sexo—. ¿Lo quieres a lo bestia? —me exigió saber mientras me sujetaba las muñecas con una sola mano para que no me moviera, y usaba la otra para desgarrarme la camiseta tirando de ella desde el cuello. La violencia de ese movimiento me hizo gemir con desesperación e hizo que me mojara. Y cuando arrancó la fina tela que separaba las copas de mi sujetador, creí que me correría en ese mismo instante.

Me agarró los pechos, los estrujó con fuerza y rugí de placer. Se centró en un pezón sin piedad; lo agarró entre los dedos y le dio vueltas a la bolita erecta antes de empezar a apretarla cada vez más. Siguió así hasta que sentí el

estímulo no solo en el pecho sino en el sexo, y me froté sin reparos contra su rodilla, porque deseaba más. Joder, deseaba sentirlo todo.

—¡Oh, sí, te gusta a lo bestia! Deberías verte la piel, Kat, tan rosada y tan encendida. Dime que quieres que te folle.

—¡Sí que quiero! ¡Quiero que me folles!

—Dime que quieres sentir mi polla dentro de ti.

—Sí, Cole. Por favor. Métemela hasta el fondo. Métemela con fuerza.

—Dime que eres mía —dijo, y me soltó el pezón, luego me agarró por un mechón de pelo y empezó a tirar de él con fuerza—. Dime que eres mía —repitió—. Y dime lo que eso significa.

—Soy tuya —dije—. Y significa lo que tú desees, sin importar lo que sea.

Su mirada se encendió con el fuego de la pasión que yo sentía, y aprovechó que me tenía agarrada del pelo para obligarme a ponerme de rodillas.

—Quiero que me comas la polla, nena.

«Sí —pensé mientras buscaba a tientas su cinturón y luego la cremallera—. ¡Oh, Dios, sí!»

Estaba tan mojada, tenía el cuerpo tan estremecido que mi capacidad de raciocinio se reducía a una lujuria primitiva y pasional que solo Cole podía saciar.

Eso era lo que quería ver. Su lado más salvaje y peligroso. Quería ir hasta allí con él, porque nunca había estado y porque no había nadie más en el mundo en quien confiara para llevarme a ese lugar. No había otra persona en el mundo con quien quisiera adentrarme en la oscuridad.

Tenía la polla tan dura y tan gorda que lo único que deseaba era saborearla y estimularla y poseer al hombre que me había abierto las puertas del mundo hasta llevarme al borde del abismo. Empecé poco a poco, pasándole la lengua por todo el contorno, pero a Cole no le pareció bien, y me movió la cabeza para que mis labios se cerraran en torno a su polla y fuera tragándomela lentamente, chupándosela y saboreándola y estimulándola con la lengua.

Sabía a macho, a lujuria y a poder, y quería tragármela toda. Quería ser yo la que consiguiera que Cole se desplomara, y mientras gemía y me la metía con más fuerza, mientras me follaba por la boca, me concentré en

respirar al tiempo que me la tragaba cada vez más y más, aunque me ardía el cuerpo por la certeza de que la excitación iría en aumento.

Cole seguía agarrándome por el pelo con los dedos bien apretados y, a medida que se pegaba más a mí, me tiraba más del cabello y ejercía más control sobre los movimientos de mi cabeza. De esa forma conseguía lo que quería, aunque me obligaba a aumentar la velocidad y me la metía demasiado hasta el fondo.

Empezó a ser un poco desagradable, y sentí que me brotaban lágrimas calientes de los ojos, no de dolor, sino por esa extraña reacción física que nos hace llorar en ocasiones, como cuando cortas cebolla o estás haciéndole una buena mamada al chico que amas.

Aunque era un detalle sin importancia que quedaba en segundo plano por el placer que se apoderaba de mí; la deliciosa satisfacción de saber que mi boca y mi tacto habían llevado a Cole al borde del abismo y que estaban a punto de empujarlo al vacío.

Pero entonces aumentó la velocidad de las acometidas y me obligó a comérmela más deprisa; tuve que ladear la cabeza para no asfixiarme. Sin embargo, él estaba totalmente ido, y me tiró más fuerte del pelo para obligarme a recuperar la postura que tenía en un principio; la violencia del movimiento fue tan inesperada que me provocó dolorosas punzadas en el cuero cabelludo.

Solté un grito de dolor y eso hizo que me atragantara. Intenté controlar la situación y volver a respirar con normalidad, pero entonces sentí un fuerte empujón. De pronto estaba cayendo de espaldas. Eché las manos hacia atrás para no perder el equilibrio, pero me golpeé con fuerza el hombro contra el alféizar de la ventana, antes de caer de culo al suelo y emitir un grito de sorpresa y de frustración.

Mi penoso lamento quedó completamente eclipsado por la cara de espanto que puso Cole.

—Kat —dijo con un tono de voz tan desgarrado y abatido como su expresión.

Intenté levantarme y acercarme a él, pero, para mi asombro, me empujó hacia atrás y me obligó a retroceder. No pude articular ninguna palabra. Solo pude tenderle una mano, pero se quedó mirándomela como si fuera a

morderle.

Poco a poco —como si estuviera luchando con todas sus fuerzas por no perder los nervios— negó con la cabeza.

—Dios, Kat, no debería... Ya te lo dije. ¡Me cago en la puta!, ¿no te dije que llegaría demasiado lejos? ¿Qué te haría daño?

—No. —Mi voz sonó ronca, todavía me costaba respirar y me escocía la garganta.

Se quedó blanco, destrozado, y cuando levantó la mano y vio unos pelos de mi cabellera rubia todavía enredados entre sus dedos, creí que iba a vomitar.

Se alejó de mí; yo era incapaz de moverme. Me sentía atrapada en ámbar, contemplando impotente una horrible escena de la historia.

Cole se subió la cremallera y se abrochó el cinturón. Se metió una mano en el bolsillo y me tiró las llaves del coche al suelo.

—Tengo que irme.

—¡Cole, no! —Sus palabras fueron como una bofetada, y no hubo forma de ocultar mi miedo. No provocado por ese hombre, sino por el hecho de que se marchara.

Cole, no obstante, solo captó el miedo, no su motivación.

—Coge el Range Rover. Vuelve a casa tú sola. Y toma —añadió mientras se quitaba la camisa y me la tiraba—. ¡Joder!, te he destrozado la que llevabas.

—No te vayas —le supliqué, y cuando levanté la mano para secarme una lágrima que se me escapó, me di cuenta de que hacía un rato que lloraba.

Se detuvo en la puerta, y fui incapaz de percibir expresión alguna en su cara.

Se quedó mirándome durante un largo instante, salió de la casa y se adentró en la noche. Me dejó aturdida, sola y aterrorizada. Temía que por algún motivo el universo se hubiera desplazado y nosotros hubiéramos caído a un abismo antes incluso de tener la oportunidad de empezar algo.

Durante el resto de la noche seguí sintiéndome aturdida.

Lo llamé al móvil al menos nueve veces, pero no recibí respuesta. Fui a

su casa. Fui al Destiny. Fui a la galería. Fui a todas las empresas que tenían los caballeros, y a todos los bares que sabía que Cole frecuentaba.

Llamé a Angie y a Sloane, pero ni ellas ni los caballeros lo habían visto.

Dormí un par de horas, pero bastante mal. Eran ya más de las siete de la mañana y aún no lo había localizado. Tenía la firma del contrato a las diez y empezaba a estar desquiciada.

Sabía que acabaría haciendo que Angie llegara tarde al trabajo, pero necesitaba compañía y alguien que me apoyara. Fui a su ático y me paré a comprar unas rosquillas por el camino.

No me preocupaba que a Cole le hubiera ocurrido algo o que hubiera tenido un accidente. No, me preocupaba que se hubiera roto algo en su interior; algo que yo no entendía pero que sabía que debía reparar. De no ser así, me arriesgaba a perder a ese hombre para siempre.

—¡Uf! —dijo Angie, tras abrirme el portal y verme plantada en la puerta de su casa—. Estás hecha una mierda.

—Hola.

—¿Sigues sin saber nada?

Negué con la cabeza.

—No. ¿Tampoco os ha dicho nada a vosotros?

—No que yo sepa. Evan ha salido a correr. Puedes preguntárselo cuando vuelva, pero sabe que estás preocupada. Si se hubiera enterado de algo, me lo habría dicho o te habría llamado directamente.

—Mierda —dije, y me pasé la mano por el pelo, porque ya no sabía qué más hacer.

—¿Quieres contarme qué ha ocurrido?

—Lo único que deseo es que no hubiera ocurrido. Pero en resumen: él cree que hemos llegado demasiado lejos. Cree que me ha hecho daño.

—¿Y te lo ha hecho?

—No —dije—. No, no me ha hecho daño. Pero antes de que empezara todo esto, me dijo que no podía haber nada entre nosotros. Porque estaba convencido de que se pasaría de la raya y de que tarde o temprano acabaría haciéndome daño. Sinceramente, Angie, era algo que le preocupaba muchísimo.

—Y como estaba tan preocupado de que ocurriera, pues ha ocurrido. La

típica profecía.

—Es una tontería. Te juro que tiene más autocontrol que yo. No entiendo por qué no es capaz de verlo.

Ella se encogió de hombros.

—A veces es difícil verse a uno mismo, ¿sabes? —Se quedó mirándome—. Y hablando de verse a uno mismo, me parece que no te has cambiado de ropa desde ayer.

Me eché un vistazo, vi que tenía razón y me encogí de hombros.

—Entra a darte una ducha rápida. Luego busca algo que ponerte en mi armario. No quiero que estés hecha un asco cuando lo encuentres, aunque te sientas fatal. Cole es el que está hecho un asco, ¿verdad? Se supone que tú eres la fuerte.

—¿Segura?

—Segurísima. Y voy a preparar café para cuando salgas. Tienes pinta de necesitar un chute de cafeína.

—No quiero hacerte llegar tarde al trabajo.

Quitó importancia a lo que dije con un gesto despreciativo de la mano.

—¿Qué sentido tiene ser la directora si no puedes llegar tarde de vez en cuando? Además, quiero estar aquí cuando vuelva Evan. Por si se ha enterado de algo.

—¿Crees que sabrá algo?

—No lo sé. Pero a lo mejor Cole lo ha llamado mientras estaba corriendo. Esos tres siempre están en contacto, así que es probable. —Miró el reloj—. ¿A qué hora tienes la firma del contrato?

—A la diez.

—Te queda tiempo —dijo, y me señaló su dormitorio—. Venga. Nos vemos en la cocina.

Cuando reaparecí, quince minutos más tarde, me sentía mejor. Aunque no mucho. Y Evan seguía sin llegar a casa.

Me obligué a olvidarlo. Meforcé a respirar profundamente y a pensar que todo saldría bien. Tenía que salir bien. Porque necesitaba a Cole en mi vida, y, maldita sea, estaba segura de que él también me necesitaba.

—Todo irá bien —dijo Angie cuando me dejé caer en una de las sillas de la mesa de la cocina.

—No dejes de repetirlo —dije—. A lo mejor el universo te escucha. — Me zampé una rosquilla, la devoré, y luego me chupé el azúcar de los dedos —. Escucha. Hay otra cosa de la que te quiero hablar.

Frunció el ceño con un gesto de preocupación y se sentó a mi lado.

—¿Ocurre algo malo?

—No. No, es solo que... —Tomé aire—. Es solo que tengo un secreto y... ¡mierda! —dije—. No soy exactamente quien crees que soy.

—¿De veras? —Enarcó las cejas mientras se recostaba en el asiento, y para mi descanso, parecía más intrigada que cabreada—. Te escucho.

—Vale —dije, y se lo conté todo. Cómo me crié. El lío en el que estaba metido mi padre en ese momento. Incluso la gran verdad: que, cuando la conocí, pensaba convertirla en víctima de una estafa.

—¡Dios mío!, ¿de veras?

—Pues sí. —Me mordí el labio inferior.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora?

—Porque estoy a punto de comprar una casa.

Soltó una risa.

—Debemos ser muy buenas amigas, porque me parece todo muy lógico.

—¿No estás cabreada?

—¿Por qué iba a estarlo? Tú conoces mis secretos, y Dios sabe que los tengo. Y ahora yo conozco los tuyos. —Entrecerró los ojos—. A menos que esto sea una de esas estafas superlargas, que me levante mañana y descubra que te he cedido la propiedad del ático o algo así.

Me reí.

—¡Ya me gustaría!

—Bueno, pues ya está. Estamos en paz. Todo está claro. Te quiero. Y — añadió alargando una mano para agarrar la mía y apretármela con fuerza— ya se nos ocurrirá cómo solucionar lo de Cole.

Por cosas así era mi mejor amiga.

Me quedé en la entrada del hangar contemplando el reluciente y elegante jet privado de una de las numerosas empresas de los caballeros. Sabía que Cole estaba a bordo; pasados unos instantes, yo también estaría allí. Él no me había invitado —ni siquiera sabía que me encontraba en la pista—; solo esperaba que su expresión al verme en el avión fuera de alegría. No de rabia ni de miedo.

O, lo que hubiera sido peor, de reproche.

—Se va a Los Ángeles —había dicho Evan.

—¿A Los Ángeles? ¿Por qué?

—Por ti.

—¿¡Qué!? ¿¡Cómo!?

—Tendrás que preguntárselo a él.

—Maldita sea, te juro que lo haré. Si él se va, me voy con él.

—Bien —dijo—. No te lo habría contado si no creyera que es lo mejor.

—Me agarró de un brazo—. Tú le convienes, Kat. Y él lo sabe. No dejes que lo olvide.

—Y él me conviene —repliqué, y Evan esbozó una sonrisa compasiva.

—Ya lo sé —dijo—. Pero va a ser más difícil convencer a Cole. Lo quiero como a un hermano, pero, de nosotros tres, es el que está más jodido. Sinceramente, es el que tiene más razones para estarlo.

—Las razones me dan igual. No pienso renunciar a estar con él.

—Bien —dijo, y me besó en la frente.

En ese momento inspiré para reunir fuerzas, entré caminando en el hangar, sabiendo que la tripulación retenía el avión por mí. Estaban poniendo excusas técnicas, tal como les había ordenado Evan, para que Cole no empezara a preguntarse por qué no habían despegado todavía.

—Bienvenida a bordo, señorita Laron —me dijo una azafata muy menuda cuando empecé a subir la escalerilla de embarque—. El señor Black nos ha pedido que usted se quede en la zona de la tripulación hasta que hayamos despegado; luego puede pasar a la zona del pasaje.

Lo dijo todo como si no se tratase de una petición rarísima, y tuve que admirar su profesionalidad. El plan lo había ideado Evan, pero yo estuve muy de acuerdo con él. Porque no había forma de que Cole pudiera echarme del avión en cuanto estuviéramos volando a mil metros de altura.

La azafata, que se presentó como Jana, me ofreció una copa de vino antes del despegue, que yo acepté agradecida. Una vez en el aire, me ofreció otra, y también me la bebí de un trago. Cuando el avión había alcanzado la velocidad de crucero, y me autorizaron a levantarme y a cruzar la puerta que separaba las dos zonas, sentí el valor suficiente para crearme capaz de sobrevivir a la ira de Cole.

Inspiré con fuerza una vez, luego otra, descorrí la puerta, la cerré al pasar y accedí a la zona del pasaje. Lo vi enseguida, claro está, porque era el único pasajero. Estaba sentado en una de las butacas, con una mesa semicircular delante. Se había recostado en el asiento y llevaba una gorra de béisbol de los White Sox calada hasta las orejas, que le tapaba los ojos.

No me había visto, y me tomé un instante para echar un vistazo a mi alrededor. Nunca había estado en un jet privado; esa pequeña estancia era más parecida al vestíbulo de un hotel que al interior de un avión.

Había otras tres butacas alrededor de la mesa a la que estaba sentado Cole, era una especie de zona de encuentro. En el otro extremo de la cabina, había un sofá bajo una hilera de ventanillas a través de las cuales solo se veían nubes. Una pequeña mesa de centro ocupaba el espacio que tenía justo delante. Por último había dos lujosas butacas reclinables en el fondo de la

cabina.

La totalidad del espacio estaba forrado de elegante madera y de bruñidas molduras metálicas. La tapicería daba a la cabina un aire de comodidad y de lujo. Sinceramente, podría acostumbrarme a aquello.

Observaba el entorno para hacer tiempo.

Di un paso hacia Cole, luego otro y otro hasta estar a solo un par de centímetros de él. Apoyé una mano sobre la mesa para no perder el equilibrio.

Iba a decir su nombre, pero entonces él levantó la cabeza. No le vi la cara por la gorra, pero, transcurrido un instante, me quedó claro que estaba dándome un buen repaso y, cuando llegó a la cara, se quitó la gorra de golpe y la tiró sobre el asiento que tenía al lado.

—¡Kat! —exclamó, y creí percibir cierta tristeza en su voz, aunque también me pareció distinguir un tono esperanzado.

—¡Qué pasa! —dije—. ¡Qué haces tú por aquí!

Esbozó una sonrisa fugaz y tensa.

—He oído la puerta, luego tus pasos. He pensado: «Dios, no puede ser ella, porque eso sería un milagro», y no creo en los milagros.

Alargó una mano para tocarme, y yo se la tomé, y permití que tirase de mí para acercarme a él. Sus rodillas rozaron mis piernas, y esa conexión, esa chispa luminosa y apasionante que sentía siempre que estaba con él me recorrió por dentro y me llenó de calor y de júbilo. Lo que me hizo sentir como si hubiera llegado a casa.

—Yo sí creo en milagros —aseguré—. Y también creo en ti. Cole, no deberías haberte marchado.

—Tienes razón —admitió, y sentí como si me hubieran salido alas en el corazón—. No debería haberme ido así. Pero, Kat —añadió con amabilidad—, hice bien marchándome.

Esas palabras me golpearon con la fuerza de una bofetada; me había relajado demasiado pronto. Me había permitido albergar esperanzas, y eso me había hecho sentir un optimismo prematuro. Como Ícaro, había permitido que esas malditas alas del corazón me llevaran cada vez más alto, y lo único que había conseguido era caer en picado de regreso a la realidad.

—Eres un hijo de puta —dije con un tono tan tenso que amenazaba con

estallar, porque esa vez era yo quien intentaba controlar su malhumor—. Jamás había pensado que fueras ni cobarde ni idiota, pero ahora veo que eres las dos cosas. ¡Joder, no puedo creerlo!, eres las dos cosas.

—Maldita sea, Kat, no me hagas esto.

—¿Que no te haga qué? ¿Que no me enamore de ti? —En cuanto hube pronunciado esas palabras deseé retirarlas—. Mierda —dije, y me aparté de él enseguida; necesitaba espacio para pensar y para moverme.

Me fui corriendo hacia el sofá del fondo de la cabina y me dejé caer sobre él, me doblé hacia delante y metí la cabeza entre las manos. Odiaba a Cole. Lo odiaba a muerte.

Noté la presión de su mano sobre mi hombro, pero no levanté la vista. Sabía que no podía. Todavía no. No sin llorar. Le había revelado demasiados secretos de mi corazón, y no estaba de humor para que me lo partieran.

Los cojines del asiento se movieron cuando se acomodó a mi lado; me tomó de la mano y entrelazó sus dedos con los míos.

—Te perderás la firma de tu contrato de compra.

—Sí —dije—. Ya lo sé.

—Nena...

Lancé un suspiro.

—He hablado con Cyndee. Los vendedores firmarán su parte y yo firmaré cuando pueda. Al final conseguiré la casa.

—Eso no es lo que importa —dijo con amabilidad—. Lo que importa es el ritual. El hecho de estar allí. En esa diminuta habitación imprimiendo tu firma en todos esos documentos oficiales. Además, ¿los de la mudanza no van a tu casa el sábado?

Volví la cabeza para mirarlo.

—Hay cosas más importantes.

Me aguantó la mirada durante un rato y se pasó las manos por la cabeza. Se levantó, caminó hasta el fondo de la cabina, se volvió y regresó hasta donde yo estaba. Sabía que me observaba —podía sentir el peso de su mirada—, pero estaba concentrada en sus manos. En los puños que abría y cerraba. En la lucha que estaba librando consigo mismo.

Al final se plantó delante de mí.

—¿Sabes? En esa habitación del Drake, tu padre me halagó por haber

cuidado de ti. Y todo ha sido una puñetera pantomima por mi parte.

—Cole...

—No insistas. Prácticamente te violé en ese aseo de señoras. Te retorcí los pezones. Te hice daño. Y luego, en tu casa, casi te arranco el pelo y te hice llorar. ¡Me cago en la puta! Estaba tan centrado en mi deseo, en lo que necesitaba... ¡Joder!, en la necesidad de correrme, que ni siquiera me di cuenta de que te estaba haciendo daño. De que te estaba asfixiando. ¡Por el amor de Dios, Kat!, ¿sabes lo mucho que me dolió verte así? ¿Tirada en el suelo, con el rostro empapado en lágrimas? ¿Sabes lo mucho que me odié en ese momento?

Me había hecho llorar. Me sequé las lágrimas y me levanté para situarme delante de él. Le tomé la cara con ambas manos y le planté el beso más tierno del mundo en los labios.

—Para ser un hombre tan listo, que ha conseguido tanto en la vida, eres un idiota de mucho cuidado, Cole August.

—Catalina...

Le puse un dedo sobre los labios.

—Ahora me toca a mí —dije, y me enjuagué las nuevas lágrimas—. ¿Que me violaste en el aseo de señoras? ¿Estás de guasa? Me pusiste tan cachonda que hasta me da vergüenza reconocerlo. Fue un momento increíble, Cole, ¿es que no lo entiendes? Una situación perversa y sensual, con el punto de exhibicionismo justo para que una chica mala se ponga como una moto. ¡En serio! Fue como hacer realidad una fantasía, y fue asombroso.

Él quiso hablar, pero yo negué con la cabeza.

—No. No he terminado. ¿Has mencionado que me pellizcaste los pezones? ¿Dices que dolía? Bueno, caballero, pues, adivina, tengo un secreto que contarte.

Me apoyé en su hombro con una mano mientras me acercaba a su oreja para hablarle al oído. Sentí que se estremecía y, al mismo tiempo, me recorrió una oleada de calor, provocada por el roce de nuestros cuerpos y la proximidad entre nosotros.

—Sí que dolía —dije, y noté cómo se le tensaba el cuerpo—. Dolía y era una sensación maravillosa. ¡Joder, Cole!, ¡casi me corro! ¿Que me hiciste daño? Quizá sí, pero me encantó. Y duele de maravilla, ¿sabes? Se dice así,

¿no? Porque eso fue lo que me hiciste sentir.

—Kat. ¡Ay, nena!

Me eché hacia atrás para mirarlo a la cara.

—No paras de interrumpirme. Deja de hacerlo. —Señalé el sofá—. Siéntate. Antes de que atravesemos una zona de turbulencias o de que Jana nos eche el sermón por no llevar puesto el cinturón.

Se sentó y, para mi descanso, su expresión, que hasta entonces había sido de sufrimiento, empezaba a parecer de divertida curiosidad.

Me apoyé sobre la mesa que él tenía delante con la mirada clavada en su rostro.

—¿Has dicho que me has hecho llorar? Si no recuerdo mal, estaba pasándomelo de puta madre intentando que te corrieras. Me gustaba, Cole. Estaba completamente entregada. Estaba completamente entregada a ti.

Me arrodillé delante de él y le separé las rodillas para poder pegarme más a su cuerpo. De forma muy intencionada, pasé la mirada de su entrepierna a su cara, y, mientras tanto, alargué una mano y se la coloqué sobre la polla; noté cómo se le ponía dura al instante.

—Quería probarte, tragármelo todo, meterme tu polla tan hasta el fondo como pudiera porque me pone muy cachonda darte placer. —La polla se le ponía cada vez más dura por mis caricias y por mis palabras—. Pero adivina una cosa: es un tema fisiológico, ¿sabes? Me gustaría ver cómo lo harías tú para tragarte hasta el fondo una polla tan grande como la tuya sin que se te salten las lágrimas.

Esbozó una sonrisa fugaz.

—Preferiría no hacerlo.

—Sí, bueno, pues me lo debes. Estaba a punto de conseguir que te corrieras, y tú vas y me empujas hacia atrás, cabronazo. Y, en cuanto a lo de tirarme del pelo —proseguí antes de que me interrumpiera—, sí, eso me dolió. Me diste un buen tirón, no lo esperaba, y me dolió.

Puso cara de dolor, como si acabara de pegarle una bofetada.

—Vaya chorrada, Cole. Me tiraste del pelo sin querer. Algún día seguramente te darás la vuelta en la cama y me golpearás con un codo, y tendré un ojo morado durante una semana. Y no habrá sido porque hayas perdido los nervios y me hayas pegado una paliza.

—¿Y si lo hubiera hecho?

—No lo hiciste y no lo harías. No eres capaz de hacerlo. Ni de perder los nervios, seguro. No podrías hacerme daño aunque lo intentaras.

—Kat, no lo entiendes.

—Y una mierda que no lo entiendo. ¿Qué te acabo de decir? No había motivos para marcharse, pero igualmente lo hiciste. ¡Joder!, te fuiste pitando. Y eso sí que me dolió, Cole. No todo lo demás.

Él apartó la mirada, y yo reprimí un taco.

—¡Dios, tienes la mollera muy dura! Dices que no lo entiendo, pero te equivocas. ¿No lo ves? Me has descubierto una nueva faceta de mí misma, y me encanta. No me asusta lo que puedas enseñarme de ti. —Alargué una mano hacia él—. La verdad es que te entiendo más de lo que tú crees.

—Gilipolleces.

—Necesitas dolor —dije con dulzura—. Necesitas infligirlo. Y resulta que a mí me gusta mucho sentirlo. Me parece que encajamos a la perfección. Es la situación perfecta. Como la sal y la pimienta. Es lo que debería haberte dicho anoche, cuando estábamos en la casa, pero no supe cómo expresarlo. Lo deseaba, Cole. Cuando dije que deseaba darte todo lo que necesitaras obtener de mí, me refería a eso. Y no me asusta que puedas llegar demasiado lejos. Porque no puedes hacerlo. No lo harás.

Me miró parpadeando, pero no dije nada. «Por favor —pensé—. Por favor, déjame entrar en ese coco tan duro que tienes».

—Crees que no tienes el control, pero te aseguro que sí lo tienes. Todo el mundo lo pierde de vez en cuando. ¡Joder!, tú estás demasiado obsesionado porque llevas mucho tiempo conteniéndote.

Se frotó la cara con las manos y volvió a pasárselas por la cabeza. Luego se quedó mirándome; yo estaba ahí sentada con un nudo en el estómago a la espera de su respuesta.

—¿Cómo lo haces? —me preguntó al final.

—¿El qué?

—Convencerme de que quizá no esté tan jodido como creo.

Me encogí de un hombro.

—¿Y qué si estás jodido? Al menos no nos aburriremos.

Estuvo a punto de echarse a reír, y sentí un alivio repentino, porque quizá

la tormenta ya había pasado.

—En serio, Cole. ¿Quién no está jodido? Creo que todos lo estamos. Yo seguro que lo estoy. A lo mejor, el truco es aceptar que estás jodido, que los dos lo estamos, y seguir viviendo.

No dijo nada.

—Cole. Por favor. —Cerré los ojos e inspiré para dar con las palabras justas, porque sabía que estaba desnudando mi alma más allá de lo que resultaba inteligente o cauto. Aunque quizá con Cole no tenía que ser ni más lista ni más precavida. Quizá solo tenía que decirle cómo me sentía—. Te necesito —me limité a decir—. Al principio creía que solo te deseaba. Que eras como un picor que tenía que rascarme para poder eliminarte de mi organismo. Pero eres algo más que eso, y no puedo soportar la idea de perderte. Sinceramente, no sé si podría sobrevivir a tu pérdida. —Inspiré con fuerza—. Y ahora necesito que digas algo.

Me quedé sentada, inmóvil, rogando que hablara, aunque también temiendo las palabras que pudiera pronunciar. Pasado un rato, se levantó y se dirigió hacia el otro extremo de la cabina. Apoyó una mano en el brazo de una de las butacas, estaba dándome la espalda y tenía la cabeza vuelta hacia la ventana. Me dio la impresión de que estaba contemplando el mundo que se extendía ante nosotros.

—Siempre he salido adelante —empezó a decir con un tono grave pero firme—. Conseguí entrar en varias bandas. Me relacionaba con estudiantes, con profesionales de todas clases, con artistas y con todo el mundo en general. Se me daba muy bien imitar la forma de hablar y de actuar de los hombres con dinero. Sé adaptarme y que parezca fácil.

Se volvió para mirarme.

—Pero, en el fondo, no soy más que un gángster cualquiera.

—Gilipolleces —le solté, y mi respuesta fue inmediata y firme.

Él negó con la cabeza.

—No, es cierto. Es verdad, y no me avergüenzo. Así son las cosas, ¿sabes?

—No, no son así. Ya has dejado esa vida.

—Joder, claro que la he dejado. La he dejado porque soy listo. Y he tenido éxito porque no solo soy listo, sino que tengo los amigos adecuados.

—Y porque los tres habéis hecho algo de trampa —dije, y eso lo hizo reír.

—Eso es. —Inspiró con fuerza—. Soy capaz de manchar un lienzo con pintura y conseguir que le guste a la gente. Consigo que sientan algo aquí —dijo, y se dio un golpe en el pecho, sobre el corazón.

Yo quise decir algo, pero ignoraba adónde quería ir a parar con ese comentario, y me aterrorizaba hacerle perder el hilo. Por eso me limité a quedarme sentada, asimilando lo que decía y rogando en silencio que cuando terminase de hablar el mensaje fuera algo que yo deseara oír.

—Sé pintar el amor y el dolor, el honor y la nostalgia, y cualquier emoción, joder, la que te dé la gana. Pero ¿expresarlas? ¿Demostrarlas? Eso no se me da bien, nena.

Se me encogió el corazón cuando fui consciente de que todas aquellas palabras tan hermosas estaban relacionadas conmigo.

—No necesito que sepas expresarlas, Cole. Te necesito a ti.

Asintió en silencio, como si lo entendiera.

—Todo se resume a una sola cosa: estoy jodido, Kat. Pero tú también estás jodida.

Sonreí con suficiencia.

—Ya te lo he dicho.

—Sí me lo has dicho. Así que a lo mejor, en lugar de resistirme a esto que hay entre nosotros, debería aceptarlo. —Levantó la mano para invitarme a ir hacia él.

Fui y me refugié entre sus brazos, que era el lugar donde deseaba estar.

Él me besó en la frente y luego murmuró:

—Quizá tengas razón —repitió—. A lo mejor tendríamos que estar jodidos y juntos.

Levanté la cabeza para sonreírle, y me sentí más relajada de lo que me había sentido en muchas horas.

—Ya te he dicho que era lista.

—Y también de armas tomar. Si no hubiéramos estado ya volando, te habría echado de una patada del avión.

—Todavía no sé qué haces en este avión —dije, y me dejé caer en el sofá, atrapada por su abrazo. Se sentó y quedé a horcajadas sobre él. En ese

instante me invadió una oleada de felicidad tan intensa que borró de un plumazo el dolor y el miedo que había sentido hasta entonces.

Había subido al avión con la intención de recuperar a Cole, y eso era exactamente lo que había hecho.

Me colgué de su cuello con las manos para echarme hacia atrás y poder verle la cara.

—Aunque estuvieras asustado o enfadado, seguías pensando en mí. Vas a Los Ángeles por mí. Por mi padre.

—Sí —dijo, y alargó un dedo para recorrerme el contorno del labio inferior con la yema—. Me resulta imposible no pensar en ti, Kat. Aunque no hubieras acudido a mí, aunque no hubiera vuelto a tocarte nunca más, seguirías estando presente para mí todos los días y las noches, y ocupando mi imaginación. Si no pudiera tenerte, te dibujaría, y lloraría el haber perdido la oportunidad de acogerte entre mis brazos.

Pestañeé, y me corrió una lágrima por la mejilla.

Él me la enjugó.

—Te necesito ahora, Kat. Aquí, ahora y con intensidad. Porque necesito saber que estás aquí y que eres real; y que de verdad eres mía.

—Ya sabes que soy tuya —dije con la voz entrecortada porque tenía un cúmulo de emociones agolpadas en la garganta. Me incliné hacia delante, y nuestras bocas se encontraron, nuestros dientes entrechocaron y nuestras lenguas se entrelazaron. Me sentí embriagada, poseída por él; no pensaba echarme atrás.

Cole tenía una mano por debajo de mi camisa, y yo buscaba a tientas su cremallera. No tengo ni idea de cómo se las arregló, pero, de algún modo, consiguió que mi camisa y mi sujetador terminaran en el suelo. Yo estaba sentada a horcajadas sobre él con una mano por dentro de sus pantalones; tenía una erección tremenda, la polla dura como una piedra.

—Dios, necesito estar dentro de ti —dijo mientras me ponía la mano sobre el sexo y me acariciaba por encima de los tejanos como si fuéramos dos adolescentes salidos en el asiento trasero de un coche.

—Quiero tenerte en mi boca —dije.

—No. —Movié las manos, me agarró por las caderas y tiró de los tejanos hacia abajo—. Voy a follarte, Kat. Necesito estar dentro de ti. Necesito sentir

cómo me recubres con tu sexo.

Sentí cómo iba tensándoseme el cuerpo con sus palabras y empezaba a jadear y a respirar con dificultad.

—Lo que tú quieras —dije, me derretía por dentro porque sabía que, me deseara como me desease, yo estaba dispuesta a dárselo—. Lo que necesites. —Al borde de la locura, me esforcé por quitarme los tejanos y las bragas lo más rápido posible. Me quedé desnuda y sentada en su regazo, metiéndole los dedos por la cintura del pantalón con tal de quitárselos.

No se los bajé del todo, pero en cuanto tuvo la polla fuera, me importaron un bledo los pantalones, solo lo deseaba a él. Dentro de mí. Caliente, cachondo y con el sexo a punto de estallar. Me apoyé en sus hombros para montarlo bien, y me dejé caer para meterme su polla y colocar la punta justo en el centro de mi sexo.

—Ahora —dijo, y me agarró de las caderas para obligarme a bajar más, con fuerza y rapidez, para metérmela por completo. El dolor y el placer me recorrieron, sentí un estallido repentino de pasión encendida proyectado por la violencia del movimiento. Esa intensidad maravillosa y frenética me hizo gritar:

—¡Sí, oh, Dios, Cole, sí!

Mis palabras hicieron eco en la pequeña cabina, y cuando el sonido nos envolvió, abrí los ojos como platos. Había olvidado dónde estábamos, y vi que Cole torció el gesto cuando se dio cuenta de lo que yo estaba pensando. Entonces, de forma muy pausada y deliberada, levantó una mano y apretó el botón con el que el pasajero solicitaba absoluta intimidad.

—Jana ya lo habrá escuchado —susurré.

—¿Te molesta? —me preguntó mientras bajaba una mano para estimularme el clítoris—. ¿Te molesta que sepa que estoy follándote? ¿Que te la estoy metiendo hasta el fondo? ¿Que estás desnuda y cachonda, y que voy a hacerte chillar cuando te corras?

—No. —Apenas podía articular palabra por el placer que estaban provocándome sus palabras al mismo tiempo que sus caricias no me daban tregua—. No —repetí. Y entonces, como quería que él supiera que lo decía muy en serio, me incliné hacia delante y le rodeé el cuello con los brazos. De esa forma, re Coloqué el cuerpo y despegué el culo de sus piernas para

clavarme su polla una y otra vez con un ritmo sensual que nos volvió locos a los dos.

—Azótame —le dije, y sentí que su sexo se endurecía más dentro de mí al susurrarle esas palabras—. Ponme el culo rojo, Cole. Quiero sentir el escozor de tu mano incluso después de que me haya corrido. Azótame porque el hecho de que Jana sepa lo que estamos haciendo me pone muy cachonda. Azótame —murmuré— porque sabes que lo deseas. Y, joder, deseo sentir cómo te corres.

Emitió un gruñido como respuesta, un sonido instintivo, sensual y lleno de deseo. Y justo cuando temía que quisiera ignorar lo que le había pedido, sentí el delicioso escozor de su palmetazo en el culo. Solté un grito, pero él me hizo callar comiéndome la boca.

—Ahora —me ordenó al finalizar con el beso, y me propinó otro agradable azote en el culo. Eso me obligó a arquear el cuerpo de tal modo que no solo me estimuló el clítoris, sino que me clavé todavía más su polla—. Córrete para mí; ahora, Catalina.

Y luego, como era suya y sabía que siempre lo sería, me entregué a él y me desplomé entre los brazos de ese hombre que me había reclamado como suya.

—No hace falta que te diga lo mucho que te agradezco que nos hayas hecho un hueco en tu agenda precisamente hoy —le dijo Cole al guapísimo hombre sentado a la mesa con nosotros junto a su despampanante esposa.

Los reconocí a ambos en cuanto el camarero nos condujo por el acogedor restaurante Malibú hasta el comedor de la terraza. Se trataba de Damien Stark, una antigua estrella del tenis reconvertida en empresario multimillonario, que, además, había sido noticia hacía no mucho tiempo. Sexo, escándalos, asesinatos... La prensa sensacionalista se alimenta de esas cosas, sobre todo cuando eres tan fotogénico como Stark y su esposa del momento: Nikki Fairchild Stark.

Aunque no tardé en dejar de sentirme abrumada por su fama. Damien era natural y cercano, además de muy sencillo: llevaba una camiseta lisa y unos tejanos negros. Y cuando Nikki insistió en que ella y yo compartiéramos unas patatas con queso —una elección no muy habitual en una mujer de Los Ángeles guapa como una modelo—, estuve a punto de enamorarme de ella.

—Hoy no había ningún problema —respondió Nikki al comentario de Cole—. Nuestro vuelo no sale hasta tarde; será una maravillosa cena antes del viaje.

—Y la galería está aquí al lado —añadió Damien—. Podemos pasarnos por allí en cuanto terminemos.

—Me encantaría —dijo Cole—. No he viajado hasta aquí solo para ver cómo van nuestras empresas, así que si podemos hacer una visita rápida, sería genial.

—¿Una galería de arte? —pregunté confusa. Cole me había explicado que aquel viaje a Los Ángeles lo hacíamos para ayudar a mi padre; en ese momento entendí menos que nunca por qué estábamos cenando con Damien Stark. De pronto aparecía una galería de arte de la nada, y empecé a ponerme un poco nerviosa. No es que no confiara en Cole, sino que tenía la sensación de que estaba ideando una gran estafa para poder librarse de una más pequeña.

Cole me dio un apretón en la mano.

—La galería no tiene nada que ver con la propiedad del casino —dijo. Por lo visto, me había leído el pensamiento. Sus palabras también me transmitían que, fuera lo que fuese que planeara en Los Ángeles, estaba relacionado directamente con el problema de mi padre. Y que no era un secreto o, como mínimo, no era del todo secreto. De no ser así, no habría mencionado lo del terreno delante de Damien.

—Todavía no sé cómo os conocisteis —dije.

—Hace años que conozco a Cole —explicó Damien—. Nos conocimos a través de uno de sus socios, Evan Black, y en este último año, más o menos, hemos ido conociéndonos mejor.

—Evan le compró un par de galerías a Damien hace cosa de un año —añadió Cole—. Se las transfirió a Paladin Enterprises, y he estado supervisando la operación durante los últimos seis meses.

Nos sirvieron la comida, y la conversación se centró en esos temas superficiales de los que habla la gente en una bonita noche de primavera. Los planes para el día siguiente, la vacaciones de verano; hablamos sobre películas, sobre coches, sobre la increíble hamburguesa con queso que la camarera me plantó delante...

Me terminé la cena y estaba intentando decidirme entre el pastel de manzana y el cuenco de frutos del bosque, una opción ligeramente más sana, cuando llegó un mensajero a nuestra mesa. Le entregó un paquete a Damien, quien le echó un rápido vistazo y se lo pasó a Cole.

—Creo que estabas esperándolo.

El sobre era delgado, salvo por un bulto que se veía en el centro. Cole introdujo la mano en el interior, sacó otro pequeño sobre acolchado y lo metió en la mochila de cuero que había llevado al restaurante. Por último

sacó un fajo de papeles.

—Para ti —dijo, y me lo entregó.

Bajé la vista, confundida al principio y luego un tanto mareada cuando vi lo que era.

—¿El contrato de propiedad de mi casa?

—Lo he arreglado para que lo escanearan y lo enviaran al despacho de Damien.

—Y los enviaré esta misma noche por mensajería para que puedas entrar a tu casa mañana mismo —dijo Damien—. Felicidades, por cierto.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé mirando a ambos hombres—. ¡Gracias!

Cole me apretó la mano.

—Es tu primera casa. Es importante.

—¿Tu primera casa? —repitió Nikki, y asentí con la cabeza con la mirada vidriosa de alegría y sin avergonzarme lo más mínimo—. Entonces tenemos que brindar —dijo y levantó su copa medio llena de vino—. ¡Por tu nueva casa! ¡Que esté siempre llena de amor y de felicidad!

—Gracias —dije al mismo tiempo que todos entrechocábamos nuestras copas.

Se inició un debate generalizado sobre la casa, y seguramente maté a Nikki de aburrimiento con los detalles sobre dónde iba a colocar los muebles. Sin embargo, tuvo la educación suficiente para parecer interesada. Aunque, teniendo en cuenta que hizo un par de sugerencias, puede que lo estuviera realmente.

—Ahora que Katrina ha firmado su contrato —dijo Damien volviéndose hacia Cole—, debería decirte que todos los documentos que tienes que firmar estarán listos por la mañana. Siento tener que estar fuera de la ciudad, pero Charles se reunirá contigo en mi despacho, y él se encargará de todo. Más adelante, Nikki y yo os veremos en Chicago para la boda.

—Tengo muchas ganas de ir —dijo Cole—. Y te agradezco mucho que estés jugándotela así.

—No estoy jugándomela —dijo Damien—. Es una buena inversión, aunque un tanto peliaguda en ciertos detalles.

Nikki puso los ojos en blanco.

—Como si eso no fuera lo que más le gusta.

Damien se encogió de hombros.

—Bueno, sí que me gusta. —Le acarició el hombro con los dedos, pero se dirigió a Cole—. Supervisaré la operación desde Tokio. Pero, si necesitas algo, Charles se encargará de todo —añadió refiriéndose a su abogado.

—¿Tokio? —pregunté—. ¿Por negocios?

—De hecho, sí, pero no míos.

—Es la primera presentación internacional de mi empresa de desarrollo de software —dijo Nikki—. Doy gracias a Dios de que Damien esté allí para cogerme de la mano.

En realidad habían estado toda la noche tomándose de la mano y acariciándose.

Verlo me había alegrado. Es más, me había hecho desear lo mismo. Sin embargo, caí en la cuenta de que Cole me había tenido cogida de la mano casi toda la velada. Y en ese momento sus dedos reposaban sobre mi muslo. Durante la comida me había pasado el dedo pulgar por el labio para limpiarme un poco de mostaza. Y en más de una ocasión me había dado a probar un trozo de su postre con el tenedor.

Lo tomé de una mano y lo miré a los ojos.

«¿Qué?», me preguntó moviendo los labios.

Pero me limité a sonreír y a pensar en lo mucho que ya tenía y en lo afortunada que me sentía por el simple hecho de estar con ese hombre. Al menos de momento, todo marchaba bien en el mundo.

Cuando Cole sugirió que hiciéramos una visita rápida a la galería, esperaba ver cuadros de vivos colores con motivos marinos. Imágenes de criaturas nadando en el océano, tan típicas en las comunidades costeras del Pacífico.

Pero en lugar de encontrar esos motivos, me vi a mí.

No solo a mí, por supuesto. Sin embargo, había toda una pared dedicada a retratos parecidos a los que había visto en la galería de Chicago. Todos eran rostros anónimos, cierto, pero como ya conocía el tema de los retratos, no me resultó difícil reconocerme.

—No tenía ni idea —dije, y tomé a Cole de la mano—. ¿Cuántos has pintado?

Torció la boca de una forma peculiar.

—¿Cuántas horas he perdido observándote?

—¿Las has perdido? —le pregunté bromeando.

—Las he invertido —dijo—. Atesorado. Disfrutado.

Me acerqué más a él y lo besé.

—Mejor así —dije—. Y me siento muy halagada. Estoy asombrada. —Sacudí la cabeza porque me costaba encontrar las palabras para expresarme—. Cada vez que me veo en un lienzo y sé que han sido tus trazos los que me pusieron ahí... No sé, Cole. Se enciende una llama dentro de mí. Me hace sentir especial.

—Eso es porque eres especial —dijo—. Es porque no puedo verte de otra forma.

Nikki y Damien nos habían acompañado, y aunque Damien se había dirigido hacia el fondo de la sala para admirar las coloridas esculturas de cristal, Nikki estaba lo bastante cerca para oír la conversación. Cuando Cole me besó en la mejilla y luego se dirigió a toda prisa hacia el otro extremo de la sala para ir a reunirse con Damien, ella se situó a mi lado.

—No pretendía cotillear —dijo Nikki—, pero no he podido evitar oíros.

—No pasa nada —dije—. Me encantan estas imágenes. Me enamoré de la primera que vi incluso antes de darme cuenta de que era yo.

—¿De veras? —Enarcó una ceja—. ¿Y cuando te diste cuenta de que la había pintado Cole?

Apreté los labios.

—Ya se lo he dicho a él... Me hizo sentir especial. —Lo que no añadí, porque todavía era incapaz de decirlo es voz alta, era que me hacía sentir amada.

Situada a mi lado, Nikki asintió en silencio y percibí la comprensión en su rostro.

—Damien no pintó tu retrato —dije—, pero supongo que tú sientes lo mismo.

—¿Lo sabes?

Encogí un hombro.

—A estas alturas, creo que lo sabe todo el mundo.

Damien Stark había pagado un millón de dólares por un retrato erótico de

Nikki desnuda. En el retrato ella era una modelo anónima, tenía el rostro oculto. Pero cuando se reveló su identidad, junto con el hecho de que Damien y ella eran pareja, la prensa sensacionalista enloqueció.

Cuando salió la noticia me sentí mal por ella. Y en ese instante, como ya la conocía, desprecié incluso más a los medios.

—Tuvo que ser un infierno —añadí—. Siento que hayas tenido que pasar por todo eso.

—Yo también —dijo—. Pero sobreviví. No fue fácil, ni divertido, pero al final me ayudó a ser más fuerte. Puede sonarte a conclusión barata, pero te lo digo de corazón. Y obtuve algo maravilloso de todo aquello.

—¿Qué fue?

—Damien, por supuesto. Pasamos por ello juntos. Y cuando lo superamos, demostramos al mundo algo que ya sabíamos.

—¿Y qué es?

—Que estamos hechos el uno para el otro. —Se encogió de hombros—. Simple, pero cierto. —Entonces sonrió, fue una sonrisa amplia y feliz—. Os miro a Cole y a ti, y eso es lo que veo. ¿Tengo razón?

Miré hacia el otro extremo de la galería, al lugar donde Cole estaba con Damien: dos hombres maravillosos que eclipsaban todo el arte que colgaba a su alrededor.

—Sí —dije—. Creo que estamos hechos el uno para el otro. —Y deseé con todas mis fuerzas que Cole creyera lo mismo.

—¿Seguro que no te apetece una noche en la ciudad? —me preguntó Cole frente al hotel Beverly Wilshire mientras veíamos a Edward, el chófer de Damien, sumergirse de nuevo en el tráfico con la limusina—. Los Ángeles. Una limusina. Todo un mar de posibilidades.

—La única posibilidad que deseo eres tú —dije—. En nuestra habitación. Preferiblemente sin ropa.

Sonrió.

—Visto así...

Me tomó del brazo y entramos en el hotel que, pese a ser mi primera visita, me resultaba tan familiar por la cantidad de veces que había visto *Pretty Woman* en la adolescencia. En aquel entonces estaba más interesada en la escena musical de las compras que en la trama amorosa, pero recordaba que al final Vivian se quedaba con la ropa y con el hombre a pesar de los momentos en que había parecido que él y sus conflictos personales iban a fastidiarlo todo.

Miré al hombre que me llevaba del brazo y no pude reprimir una sonrisa. No lo había visto venir, pero no podía negar que también yo deseaba un final de cuento de hadas. Y pensaba hacer cuanto estuviera en mi mano para conseguirlo.

—¿Qué? —preguntó Cole al reparar en mi mirada.

—Estaba pensando en este hotel —dije mientras cruzábamos el exquisito vestíbulo rumbo a los ascensores—. Muchas celebridades pasan por aquí. Y algunos hombres que están como trenes.

Enarcó las cejas de manera casi imperceptible.

—¿Estás planeando cazar a un actor de cine?

—En absoluto. —Entrelacé mi brazo con el suyo—. Estaba pensando que el hombre que me acompaña está infinitamente mejor.

—Qué curioso. —Cole detuvo sus pasos y me dio un beso rápido, apasionado y profundo—. Yo estaba pensando lo mismo de la mujer que me acompaña a mí.

Nos habíamos registrado antes de que Edward nos llevara a cenar a Malibú, de modo que fuimos directamente a nuestra habitación de la octava planta.

—Todavía no me has preguntado qué hacemos aquí —dijo Cole cuando el ascensor se abrió en nuestra planta—. Ni cuál es el plan para tu padre.

—Es cierto —repuse de manera desenfadada adelantándome unos pasos—. No te he preguntado nada.

Me dio alcance en la puerta y me frenó la mano antes de que pudiera introducir la llave en la cerradura.

—Katrina.

—Solo estoy jugando de acuerdo con tus reglas —dije—. Recuerdo lo mucho que te esforzaste en hacerme entender eso en el lavabo de señoras del Drake. ¿O lo interpreté mal?

Sacudió la cabeza con visible regocijo y me arrebató la llave.

—No.

—Bien.

Abrió y entró detrás de mí. En cuanto la puerta se hubo cerrado, me apreté contra él y procedí a desabotonarle la camisa celeste que había combinado con unos tejanos gastados.

—Si te soy sincera, espero que ser buena chica sea aún más gratificante de lo que lo fue ser castigada. —Me puse de puntillas y le mordisqueé el lóbulo—. De lo contrario, ¿por qué no ser mala?

—Buena pregunta. —Deslizó un dedo por mi mentón para alzarme la boca y besarme—. Además, me gusta castigarte...

—Puedo ser mala —dije cubriendo con la mano su polla ya dura—, y tenemos por delante una estupenda noche en un hotel de ensueño para que me castigues por portarme mal.

—O te recompense por portarte bien.

—O las dos cosas —susurré antes de apretarle la polla y de arrancarle un gemido.

—No te muevas. —Cole me dejó de pie a un metro de la puerta. Teníamos una habitación estándar, no una suite, y me gustaba que fuera pequeña e íntima, sin mucha cosa más aparte de una cama, una mesa y una silla.

Era como si la habitación estuviera descartando todas las demás posibilidades, dejándonos sin otra cosa que hacer aparte de desnudarnos y de disfrutar el uno del otro. Por mí, ningún problema. Aún estaba tensa por la forma en que Cole había salido corriendo en Chicago. Me había recuperado un poco en el avión, y un poco más con Nikki y Damien, pero no me sentiría del todo bien —no me sentiría del todo suya— hasta que hubiera pasado unas cuantas horas en sus brazos. Hasta que Cole me hubiera buscado una y otra vez. Hasta que me hubiera tomado de todas las formas posibles.

Y hasta que se quedara conmigo después.

Se sentó en el borde de la cama y me miró. Permanecí estática, consciente de que eso era parte del juego pero impaciente por moverme porque empezaba a notar calambres en las piernas. Cuando creí que no podía aguantar más, dijo una palabra, solo una.

—Desnúdate.

No contesté. No sonreí. No hice nada salvo avanzar cuatro pasos hasta colocarme frente a él.

No había tenido tiempo de cambiarme antes de correr hasta el avión, y eso quería decir que tampoco llevaba equipaje. Afortunadamente, sabía por mis incontables pases de *Pretty Woman* que solucionar una crisis de vestuario en Rodeo Drive era cosa fácil, o por lo menos si tenías dinero. Yo lucía un deslumbrante vestido cruzado de Dior de color azul claro. Y puesto que lo había pagado Cole —incluidas las bragas de encaje y el sujetador de realce —, supuse que tenía derecho a ver cómo abandonaba mi cuerpo.

Desabroché el fajín y abrí el vestido hasta que me colgó de los hombros como un salto de cama para dejar al descubierto el sujetador, las diminutas bragas y unos alucinantes zapatos de tacón de aguja azules.

—¿Te gusta?

—Yo diría que estas vistas me gustan todavía más. Creo que deberías llevar el vestido así a partir de ahora.

—Puede —dije juguetona—, pero creo que se podría mejorar.

Deslicé una mano por mi estómago hasta que mis dedos desaparecieron bajo la tira de encaje de las bragas. Estaba húmeda y caliente. Arqueando ligeramente la espalda, me acaricié la piel desnuda y jugué con mi clítoris lo bastante para que un intenso hormigueo me recorriera el cuerpo.

Tenía los ojos abiertos, clavados en Cole, y cuando escuché su gemido quedo y gutural, supe que acababa de ganar un asalto en el juego al que estuviéramos jugando.

Retiré la mano y me llevé el dedo a la boca. Mi gesto fue recompensado con otro gemido y un ronco «Vas a acabar conmigo, Kat» que me hizo reír.

Impulsado por un leve movimiento de mis hombros, el vestido me resbaló por el cuerpo. Me quité el sujetador y lo arrojé con desenfado al suelo. Luego le llegó el turno a las bragas, hasta que me quedé frente a Cole completamente desnuda salvo por los sexis zapatos de aguja.

Me acerqué hasta quedar a unos centímetros de él.

—Si estuviéramos en el Destiny tendrías prohibido tocar.

—Por suerte, no estamos en el Destiny —repuso antes de dejar que sus dedos viajaran por mi cuerpo. Por mis brazos, mis muslos y mis senos. Eran caricias delicadas, casi despreocupadas, pero las sensaciones que me provocaban no lo eran en absoluto.

Tenía las piernas juntas, pero sus manos me producían tales oleadas de excitación que mi cuerpo estaba deseando estallar. Abrí ligeramente las piernas, me incliné hacia delante y le puse una mano en el hombro para no perder el equilibrio y acercarme a su oído.

—Estoy a punto —susurré—. Haz que me corra.

Retrocedí lo justo para ver el anhelo reflejado en su rostro. Vi la manera en que apretaba la mandíbula en su esfuerzo por mantener el control. Y escuché una única e inesperada palabra:

—No.

Frustrada tanto por la tensión de mi cuerpo como por la expresión de regocijo que vi en sus ojos, enarqué una ceja.

—Como quieras —repuse, y me llevé los dedos al sexo porque era un

problema que podía solucionar sola.

—No —repitió—. Esta noche las reglas las pongo yo. No te correrás hasta que yo te lo diga. Y tan solo harás lo que yo te diga.

Volví a enarcar la ceja.

—A sus órdenes, señor.

Esbozó una sonrisa de suficiencia y clavó la mirada en el suelo.

—Creo que me gustaría verte de rodillas. Y sé que me gustaría ver tus labios alrededor de mi polla.

Me obligué a mantener el semblante inexpresivo cuando le miré. Cole estaba cerrando el círculo, regresando al punto en el que habíamos estado antes de que huyera de mi casa, y no podía negar que estaba nerviosa.

Pero lo cierto era que yo deseaba esa noche —sin melodramas, sin lamentos— y sabía que Cole también la deseaba. Sí, estaba nerviosa, pero confiaba en él. Es más, sabía que no me convenía desobedecerle.

Me arrodillé delante de él, le coloqué las manos en las rodillas y le separé las piernas con cuidado. Luego avancé hasta notar la presión del colchón en la parte inferior de mi cuerpo.

Aguardé a que se desabotonara los tejanos y se bajara la cremallera, pero se limitó a inclinar ligeramente el torso hacia atrás y a apoyarse en las manos. Me miró y por un momento solo fui consciente del calor que parecía vibrar entre nosotros.

Luego rompió la conexión echando la cabeza hacia atrás con una larga exhalación.

Mensaje recibido. Me correspondía a mí liberarle, chuparle, llevarle hasta el final.

Yo tenía el control... pero en realidad no lo tenía. Porque estaba obedeciendo las órdenes de Cole. La arrodillada era yo y los dos lo sabíamos.

Y cómo me gustaba eso. Porque él tenía razón: había poder ahí. Poder y sumisión. Esa dualidad me excitaba. Y más me excitaba que Cole hubiera visto ese lado de mí. Que hubiera visto con tanta claridad todo mi ser.

Despacio bajé la cremallera y saqué la polla. Pasé un dedo suave por ella, cerré la mano alrededor de la base y procedí a deslizarla arriba y abajo mientras mi cuerpo se iba poniendo tenso y caliente conforme su erección crecía bajo mis dedos. Deseaba volverlo loco, hacerle perder la cabeza.

Deseaba que llegáramos juntos hasta el borde del precipicio y lanzarme al abismo con él.

Deseaba al hombre. Y deseaba todo lo que lo acompañaba.

Inspiré hondo, súbitamente abrumada. Levanté la cabeza para buscar sus ojos, pero los tenía cerrados, y la expresión de puro gozo que vi en su cara me produjo tal sensación de poder femenino que una sola caricia en el clítoris me habría hecho saltar al vacío.

Utilicé la lengua para jugar con su glande y lo rodeé con la punta de esa manera que todos los artículos de las revistas íntimas juraban que volvía locos a los hombres. A juzgar por sus jadeos profundos y guturales, no había duda de que tales artículos tenían razón.

Cambió el peso del cuerpo para apoyarse solo en una mano. La otra la enredó entre mis cabellos. Me puse tensa y me obligué a relajarme. Yo lo quería. Sobre todo quería que Cole supiera lo mucho que deseaba darle placer de la manera que él juzgara oportuna.

Con la presión de su mano en la parte posterior de mi cabeza, me introduje la polla en la boca y procedí a chuparla con avidez. Mi cabeza subía y bajaba al ritmo de su mano. Cole tenía la polla dura, tensa, a punto de estallar, y con cada empujón de su mano me obligaba a hundírmela un poco más, hasta que tuve la certeza de que iba a correrse de un momento a otro. Y aunque no estaba segura de que pudiera manejar la fuerza de su explosión, quería intentarlo.

Pero entonces se detuvo, salió de mi boca y se recostó en la cama.

Levanté la vista, temiendo que le hubiese asustado de nuevo hacerme daño, pero lo que vi en sus ojos no era preocupación, miedo o rabia. Era deseo puro y candente.

—Sobre la cama —dijo con la voz ronca y firme—. De rodillas sobre la cama.

Preguntándome qué estaba tramando, pero decidida a hacer lo que me pidiera, obedecí. Estaba tan caliente que notaba la humedad entre mis muslos, y el menor soplo de aire entre las piernas me provocaba espasmos.

Me coloqué de rodillas sobre la cama, con las piernas ligeramente abiertas. Tenía los codos apoyados, de tal manera que mi espalda estaba plana como una mesa. Me notaba los pechos turgentes y pesados, y estaba

deseando tocarme. Acariciarme los pezones. Levantar una mano y deslizarla entre las piernas. Notar lo mojada que estaba y saber que era Cole quien me había llevado hasta semejantes niveles de excitación y de placer.

La cama tembló cuando se levantó, y al volver la cabeza vi que me estaba mirando.

—Esta es la imagen que conservo de ti en la cabeza —dijo—. De rodillas, abierta, lista y deseándome con desesperación.

—Sí —murmuré.

—¿Recuerdas la primera vez que estuviste así? Fue en mi casa. Habías entrado hecha una furia.

—Cómo iba a olvidarlo.

—Me sorprende que haya sido capaz de pensar en otra cosa desde la primera vez que te acaricié. Me llenas por completo, Kat, y no soporto la idea de que aún no seas del todo mía.

—Lo soy.

—No, no lo eres —replicó—. Pero lo serás. ¿Confías en mí, nena?

—Sabes que sí.

—Bien, porque esta noche voy a follarte fuerte. Voy a exigirlo todo de ti. No voy a dejar la más mínima duda en tu mente de que me perteneces. —Se inclinó sobre mí, paseando las manos por mi espalda, y sus caricias me hicieron sentir conectada. Completa. Y tremendamente viva.

En algún momento Cole se había quitado los tejanos y los calzoncillos, y la punta de su erección se apretaba contra mí y jugaba con mi sexo entrando lo justo para hacerme jadear y querer más. La cama tembló de nuevo cuando procedió a colocarse de rodillas detrás de mí y noté la presión de su polla en mi ano, dura e insistente, y un tanto aterradora.

Debí de inspirar hondo, porque la apartó y me oí soltar un gemido de decepción.

—Mi chica quiere que la lleve hasta ahí —dijo leyéndome a la perfección.

—Sí —respondí, expresando un deseo que hasta ese momento no había comprendido del todo.

—Bien —dijo, y se inclinó para susurrarme al oído—: Yo también.

Solo dos palabras, pero el fuego que desprendían me inundó e hizo que

mi anhelo creciera.

—No te muevas —me ordenó.

Se levantó y regresó poco después con un sobre acolchado que había llegado con los documentos de mi compraventa. Rodeó la cama para verme la cara y, con un gesto teatral, abrió el sobre y sacó algo que parecía un vibrador pequeño pero con una forma más cónica y un reborde en la punta.

—¿Sabes qué es? —preguntó dejándolo sobre la cama.

Asentí.

Enarcó las cejas.

—¿En serio? Dímelo.

—Un tapón anal —contesté apostando por un tono desenfadado que fracasó estrepitosamente—. Ya te he dicho que no soy ninguna ingenua.

Se echó a reír.

—Es cierto. Pero ¿lo has usado alguna vez? —Se colocó detrás de mí y me acarició la espalda y las nalgas—. ¿Alguna vez ha entrado algo en este ano tan bonito y estrecho? —Me separó las nalgas con suavidad y me apretó el dedo contra el contorno del ano.

Ahugué un grito, sorprendida por el contacto y la descarga de deseo que me sacudió como un preámbulo de lo que estaba por venir.

—No —contesté—. Ya te lo dije. Nunca. Nadie. Nada.

—Justo lo que deseaba oír.

Alcanzó el sobre y sacó un tubito de lubricante. Levantó la tapa, se vertió un poco en la yema del dedo y lo pasó por la sensible piel que se extendía entre el ano y la vagina. Cada delicioso movimiento aumentaba la fuerza de la tormenta que crecía dentro de mí, hasta que no pude soportarlo más.

—Cole —dije entre dientes—. Por favor.

—Por favor ¿qué?

—Ya... ya lo sabes.

—Por favor ¿esto? —preguntó. Lentamente me introdujo su dedo lubricado en el ano.

Ahugué un grito y me mordí el labio, sorprendida por la oleada de placer que estalló dentro de mí.

—Sí —dije—. Dios, sí.

Tomó el tapón anal y, bajo mi atenta mirada, lo untó de lubricante. Yo

estaba todavía de cuatro patas. Todavía vulnerable. Todavía abierta de par en par. Y hasta el último detalle de esa imagen me ponía caliente. Deseaba sentir todo lo que Cole tenía que ofrecer, deseaba que me llevara todo lo lejos que yo fuera capaz de llegar. Lo deseaba todo.

Deseaba a Cole.

Segura de que podía leerme el pensamiento, busqué su mirada. Durante un instante no hubo nada más salvo esa conexión entre nosotros. Luego se inclinó sobre mí y me plantó un beso entre los omóplatos mientras sus dedos resbalaban hasta mi ano y jugueteaban con el tapón, sin llegar a introducirme pero apretándome lo suficiente para exasperarme.

—No voy a follarte por aquí, esta noche no. Pero voy a follarte con esto dentro de ti. Te quiero completamente llena. Quiero ver cómo te corres sabiendo que te he tomado por completo. Que cada sensación depende de mí y está sujeta a mi control. ¿Lo entiendes?

—Sí. —Me costó pronunciar la palabra. Tenía el cuerpo tenso, el sexo ardiendo de deseo.

Me introdujo primero el dedo. Despacio, de manera casi juguetona, hasta que los músculos del ano se me relajaron. No me dolió; al contrario, había algo perversamente erótico en el hecho de ser acariciada ahí, follada por ahí. El sexo se me contraía al ritmo de las delicadas embestidas, y los pezones se me habían puesto duros como piedras.

Con la otra mano empezó a acariciarme el clítoris y a jugar conmigo negándose a penetrarme a pesar de mis ruegos desesperados. Peor aún, martirizándome y provocándome lo justo para acercarme al orgasmo. Finalmente retiró la mano, de manera que mi cuerpo era todo pasión, fuego y deseo.

Le habría maldecido, pero estaba demasiado decepcionada para abrir la boca.

—¿Frustrada?

—Cole. —Su nombre sonó en parte como un ruego, en parte como un gemido.

Soltó una risita.

—Hasta el borde del precipicio, nena. Y cuando tenga la certeza de que estás tambaleándote en la cúspide me sumergiré en ti y sentiré cómo estallas

alrededor de mi polla. Pero ahora... —dijo en un tono burlón.

Retiró el dedo de mi ano y lloré la pérdida de ese contacto, de la dulce sensación que hasta esta noche no había sabido que anhelaba.

—Tranquila, nena —prosiguió con una comprensión íntima de mi estado y de mis deseos—, aún no hemos terminado.

Suavemente sus dedos lubricados me acariciaron el ano para abrirlo y acto seguido noté la presión —no era dolorosa, pero sí intensa— cuando me introdujeron despacio el tapón. Ahogué un grito, sintiéndome llena y, maldita sea, deseando sentirme más llena aún. Deseándolo todo. Deseándolo todo de él.

—Cole. —Quise decir algo más, pero me había quedado sin habla. Estaba demasiado embargada por la sensación.

—Imagina que soy yo, que es mi polla la que te provoca, la que te abre, la que te lleva todo lo lejos que puedas llegar.

—Si —gruñí.

—Date la vuelta, nena. Date la vuelta y siéntate en el borde de la cama. Las piernas separadas, las manos sobre las rodillas. Quiero ver lo caliente que estás.

Obedecí, y cuando el peso de mi cuerpo hundió el tapón aún más en mí, el pulso se me aceleró. Respiré hondo para tranquilizarme, y abrí las piernas un poco más cuando la mirada de pasión pura y sin reservas que vi en los ojos de Cole me inyectó confianza.

—¿Te gusta? ¿Te gusta cómo te llena?

—Sí —reconocí.

—Dime qué deseas.

—A ti —dije—. Te deseo dentro de mí.

—¿Así? —Se colocó delante de mí, me acarició el sexo y me introdujo un dedo hasta el fondo.

Solté un gemido. Estaba tan excitada que fue un milagro que no estallara.

—Sí. No. Por favor, Cole.

—Por favor ¿qué?

—Por favor, fóllame.

—Será un placer —dijo—, pero todavía no. Creo que no estás del todo lista.

—¿Bromeas? —protesté—. Creo que nunca lo he estado tanto.

Esbozando una sonrisa que daba a entender que tenía un secreto, agarró de nuevo el sobre y, una a una, empezó a sacar cosas. Una cadena de oro unida por dos pinzas metálicas. Un rollo de cuerda de esparto. Y, claro, ya había sacado el tapón y el lubricante.

Me humedecí los labios, incapaz de ocultar mi regocijo.

—No me lo puedo creer. ¿Hiciste que te enviaran todo eso con los documentos de mi compraventa? —Le miré fijamente—. No voy a preguntar por qué... esa parte ya la he pillado. Pero ¿cómo?

—Es increíble lo que puedes conseguir sin apenas previo aviso en una ciudad como Los Ángeles si estás dispuesto a pagar el servicio.

Enarqué las cejas.

—No sé si debería estar impresionada o muerta de vergüenza. —En realidad no hablaba en serio. Tenía la piel caliente, los pezones duros. Mi sexo ardía de deseo por Cole, y la sensación de plenitud en mi ano, de ensanchamiento, me ponía todavía más cachonda.

Cole me miró los pechos y luego siguió inspeccionando con parsimonia el resto de mi cuerpo. Una sonrisa lenta le curvó los labios.

—Estás impresionada —dijo—. ¿Te meto el dedo en el coño para demostrarlo?

Solté un gruñido que probablemente era un sí.

Rió entre dientes.

—No, creo que no. Todavía no. —Cogió la cuerda—. ¿Quieres que te enseñe lo que puedo hacer con esto? ¿Quieres que te explique con todo detalle cómo esta cuerda hará que te corras?

Yo no podía hablar. Joder, no podía ni asentir con la cabeza. Pero la respuesta era sí. Un gran, desesperado y apremiante sí.

Me cogió de la mano y me levantó de la cama con cuidado. Estaba desnuda frente a él, con el cuerpo ardiendo. Me sentía salvaje y lasciva, como si Cole pudiera follarme toda la noche y dejarme aún insatisfecha.

Y luego, cuando agarró la cuerda y empezó a moverse a mi alrededor — cuando noté el roce del esparto en la cintura mientras lo anudaba para improvisar un cinturón—, otras emociones se sumaron a la mezcla. Curiosidad. Entusiasmo. Pasión.

Era evidente que Cole tenía un plan, y yo deseaba vivir cada segundo. Por otro lado, estaba nerviosa, pues desconocía sus intenciones. No entendía por qué me había puesto esa correa en la cintura.

Y los nervios no hacían sino aumentar mi excitación.

—Es como un cinturón, ¿ves? —explicó pasándome un dedo por la cintura, en el punto donde yo notaba la agradable presión de la doble hebra de esparto—. Y ahora voy a pasártelo por debajo —dijo, y procedió a deslizar por entre mis piernas los dos largos de cuerda que me colgaban por detrás.

Tiró de ellos con firmeza, haciéndome ahogar un grito, y casi logró que me corriera cuando me los pasó por los dos lados de la vulva de tal manera que el esparto me rozaba el interior de los muslos al mismo tiempo que ejercía cierta presión sobre el sexo.

—Cuéntame qué sientes.

—Es una sensación extraña —dije—. Agradable. Noto una presión que me excita. Y... —Callé y negué con la cabeza.

—Nada de secretos —dijo—. Quiero saberlo todo.

—Me pone caliente saber que me estás atando —reconocí sin poder mirarle a los ojos—. Saber que estoy completamente a tu merced. Confío en ti —añadí levantando la vista—. Más de lo que imaginas. Pero eso no cambia el hecho de que sigue siendo...

—¿Peligroso?

Asentí, y el calor me tiñó las mejillas.

—Y eso hace que resulte aún más excitante —concluí. Mi voz era apenas un susurro, como si la confesión de esa verdad tan íntima fuera a arrojarme al abismo. Como si fuera el secreto último con el que me lo estaba jugando todo, el secreto que iba a dejarme totalmente expuesta a él. Totalmente vulnerable.

Pero lo deseaba, y de qué manera. Deseaba ser vulnerable ante él. Lo deseaba todo con él. Deseaba ir con él todo lo lejos que pudiéramos, y más lejos aún.

Lo sabía con absoluta certeza. Pero, sobre todo, deseaba a ese hombre por entero. Quería ver qué había dentro de él. Comprender sus necesidades y deseos.

Quería que se abriera a mí. Y esperaba y rezaba para que al abrirme yo a

él —al confiar plenamente en él—, él confiara a su vez en mí.

Mientras tales pensamientos daban vueltas en mi cabeza, Cole hizo un nudo para unir las dos cuerdas. Hecho esto, me colocó el nudo justo encima del clítoris antes de proceder a atar los extremos de la cuerda a la sección que me rodeaba la cintura por delante.

El resultado final semejaba unas bragas sin entrepierna, suponiendo que las bragas estuvieran hechas de cuerda y diseñadas para estimular el sexo al menor movimiento.

—Si te mueves, si respiras siquiera, te hará perder el sentido.

—Ya lo estoy perdiendo —confesé. El nudo me presionaba la carne sensible, provocándome espirales de placer. Sin embargo, era una sensación frustrante, porque aunque resultaba condenadamente agradable, no crecía, y comprendí que el objetivo de ese montaje era poner cachonda a una mujer sin que pudiera llegar a correrse—. ¿No te parece un poco cruel? —pregunté sarcástica.

Cole rió.

—Solo un poco. ¿Qué puedo decir? —Deslizó una mano hasta mi sexo y arqueé el cuerpo, pidiendo más—. Me gusta verte tan excitada, pero no te correrás hasta que yo lo diga.

—Si alguna vez he dicho que eras un buen chico, lo retiro.

—No soy un buen chico, nena. Creía que ya lo sabías.

Casi se me escapa una sonrisa, pero enseguida me distrajo la forma en que Cole había deslizado sus dedos por debajo de la cuerda, a la altura de mi ombligo, y me estaba conduciendo de nuevo a la cama. Con un movimiento raudo, me levantó del suelo y me apretó contra su torso. Murmuró mi nombre, y sin darme tiempo a sumergirme en la dulce sensualidad de ser sostenida por sus brazos, me tumbó en la cama con suavidad.

Pero no con la suavidad suficiente, pues al dejarme sobre la cama la cuerda que me rodeaba de forma tan íntima resbaló por mi clítoris al mismo tiempo que el peso de mi cuerpo me hundía el tapón en el ano. Ahogué un grito y me aferré a Cole.

—¿Eres consciente de lo que me estás haciendo? —pregunté con la voz ronca de excitación—. ¿Tienes idea de lo cachonda que me has puesto?

—Pretendo llevarte mucho más lejos —respondió antes de alcanzar las

dos almohadas que descansaban en la cabecera de la cama. Las arrastró y me las puso debajo de las caderas, aupándolas mientras mi torso descendía ligeramente hacia el colchón.

Me abrió las piernas y el movimiento hizo que el maldito nudo jugara despiadadamente conmigo lanzándome descargas de placer y provocando en mí tanta frustración, tanta impaciencia y tanto anhelo que me entraron ganas de gritar.

—Por favor —dije procurando que mi voz sonara desapasionada—. Por lo que más quieras, Cole.

Avanzó entre mis piernas con la polla erecta. Su rostro reflejaba tanto deseo y tanta adoración que me dije que podría correrme simplemente por la manera en que me miraba.

—La próxima vez quiero atarte las manos a la espalda, darte la vuelta y tomarte por detrás. Pero esta noche quiero verte la cara cuando te corras, y cuando... —Se interrumpió, y vi un brillo malicioso en sus ojos.

—¿Cole?

—Dime que quieres ir más lejos. —Su voz había adquirido una nueva intensidad que aumentó aún más mi excitación—. Dime que te gustó mi palma en el culo, mi mano retorciéndote los pezones. Dime que te gustó mi dureza.

Noté que el sexo se me contraía como respuesta a sus palabras y a su voz.

—Sabes que sí.

—Dímelo —repitió.

—Me gustó. Me gustó todo.

—Nena, quiero darte todas las formas de placer que conozco, pero algunas de ellas solo pueden alcanzarse después de traspasar el umbral del dolor. Voy a llevarte hasta allí. Te llevaré hasta lo más alto, te lo prometo. ¿Confías en mí?

—Como en nadie.

Agarró la cadena y la sostuvo delante de mí. Era de oro, con dos pinzas tipo caimán en cada extremo. Bueno, en realidad no eran pinzas tipo caimán porque no tenían dientes. Solo un plástico liso y suave.

—La línea entre el placer y el dolor varía. Lo que puede ser doloroso en un momento dado —explicó Cole mientras abría la primera pinza y la cerraba

sobre mi pezón erecto— puede convertirse en placer un instante después.

Sentí que el pezón me ardía y tuve que morderme el labio para no gritar. Dios, cómo me dolía. Pero debajo había algo más, y para cuando Cole me hubo colocado la segunda pinza en el otro pezón, el primero vibraba con una sensación cálida y deliciosa que hacía que todo mi cuerpo pareciera maravillosamente consciente y más grande que la vida.

—Dolor —dijo dando a la pinza uno golpecito con el dedo que me arrancó un gemido e hizo que esa cálida sensualidad se disparara y provocara un calor y un fuego que dolían y no dolían—. Y placer —continuó mientras mi cuerpo cedía a la pasajera sensación y cruzaba el umbral descrito por Cole hasta el maravilloso manto de placer que aguardaba al otro lado.

Tragué aire, sobrecogida por esas reacciones. Por lo sensible que tenía la piel. Por el erotismo que había adquirido hasta la caricia más leve. Y por la forma en que hasta el roce del aire en mi carne contenía la intensidad de un amante.

—Quiero darte las dos cosas —susurró contemplando extasiado mis piernas abiertas, mi espalda arqueada, mi sexo atado, mis pezones pinzados.

Yo era un objeto para su gozo y para el mío propio. Y esa simple ocurrencia hizo que el cuerpo se me estremeciera de placer, que el clítoris se me hinchara y se me endureciera todavía más, de manera que cada movimiento y cada respiración eran una tortura, pues el condenado nudo se frotaba contra mí y el tapón trabajaba al unísono para recordarme que era enteramente suya.

—Más y más —dijo Cole—. Esta noche no, pero con el tiempo quiero llevarte todo lo lejos que puedas llegar, Kat. Dime que tú también lo deseas. Dime que quieres todo lo que yo pueda darte.

—Sí —gemí—. Dios mío, sí.

—Ahora voy a follarte —anunció, y casi lloré de alivio.

Descendió sobre mí y casi me desmayé de placer cuando ajustó la cuerda para que le acariciara el pene por los lados al penetrarme.

Hizo justamente eso, y me sorprendió la forma en que el movimiento de la cuerda con su polla intensificaba el movimiento del nudo contra mi clítoris. Y lo mucho que sus fuertes embestidas desplazaban el tapón dentro de mi ano, desencadenando un torrente de sensaciones. Y lo mucho que la creciente

presión de las pinzas, sumada a las demás sensaciones, lanzaba descargas eléctricas por todo mi cuerpo y conseguía que hasta el roce más leve contra mi piel me encendiera.

Estaba a punto, lista para explotar más deprisa que nunca. Contuve el aliento y jadeé el nombre de Cole, expectante, loca de deseo. Y a través de esa neblina gris de embriaguez sexual me percaté de que Cole había agarrado la cadena por el centro. Y en el momento en que yo alcanzaba el orgasmo, tiró de ella lo bastante fuerte para arrancarme las pinzas de los pezones con un movimiento limpio y violento.

El dolor me atravesó los senos, pero ese mismo dolor se transformó enseguida en placer. Y durante ese minúsculo intervalo entre uno y otro el mundo estalló a mi alrededor y me corrí con una violencia desconocida hasta entonces. Estaba enloquecida. Fuera de mí. Mi sexo se aferró a la polla de Cole y lo arrastré conmigo en el orgasmo más intenso, más veloz y más excitante que había experimentado en toda mi vida. Un orgasmo que me dejó exhausta, sin aliento y completamente atónita.

—Uau —dije cuando regresé al mundo—. Ha sido, ha sido...

Cole se rió.

—Ya lo creo que ha sido —convino, y me dio un beso apasionado y profundo. La clase de beso que marca a una mujer de una manera que ni el sexo salvaje logra marcar.

Me atrajo hacia sí y me rodeó con los brazos. Yo seguía atada, y eso me hacía sentir pequeña y frágil. Era como si Cole me estuviera manteniendo a salvo y protegiendo de las cosas terribles que acechaban en el mundo.

Me quedé flotando sobre una ola de satisfacción, pero sus palabras seguían resonando en mi cabeza.

—Más, has dicho —murmuré—. ¿Me contarás que es ese más?

—¿Intrigada? —preguntó en un tono burlón.

—Puede.

—No te lo contaré, te lo mostraré. No todo de una vez, y únicamente cuando estés preparada. Confía en mí, Kat. Confía en que haré de este viaje una experiencia excepcional para ti.

—Confío. —Tras cierto titubeo, dije—: ¿Me llevarás al Firehouse cuando regresemos a Chicago?

Puede que fueran imaginaciones mías, pero tuve la impresión de que se ponía tenso.

—Tal vez —respondió—. No lo he decidido aún.

—Vaya.

Ignoro por qué me decepcionó su respuesta, pero así fue.

—¿Es por Michelle? ¿Es ella la razón de que no lo hayas decidido aún?

Se recostó y me hizo rodar sobre él para mirarme a los ojos.

—No, no es por Michelle.

Asentí, sabedora de que debía dejar el tema. Lo sabía por el tono de su voz. Sin embargo, fui incapaz de contenerme.

—¿Estuvisteis juntos?

—No.

—Ah. —Me humedecí los labios—. Te vi la noche de la inauguración. Te oí discutir con Conrad. No sé. Pensé que... —me encogí de hombros.

—Conrad Pierce es un capullo —dijo Cole—. Estaba intentando reclutar a algunas de mis chicas para que se prostituyeran. Le dejé bien claro que no tenía nada que hacer.

Recordé la ira de Cole aquella noche y la juzgué de lo más comprensible.

—¿También quería reclutar a Michelle?

Cole suspiró.

—No. —Luego añadió—: Joder, Kat. Michelle se dedica a eso, ¿vale?

—Ah. Entiendo. —Vacilé un instante antes de continuar—. ¿Le pagas? Para follártela, quiero decir.

Apretó la mandíbula, como si estuviera luchando por mantener el control.

—¿Podemos acabar con el interrogatorio?

—Lo siento. —Rodé sobre mi espalda, súbitamente fría por el abismo que sentí abrirse entre nosotros—. En serio, da igual.

—Mierda. —Le oí soltar una exhalación antes de notar la presión de su mano en mi hombro—. Mierda —repitió, esa vez en un tono más quedo—. Soy yo quien lo siente.

Respiró hondo, y la ironía de la situación —yo en cueros, atada y con un tapón en el ano mientras hablábamos de otra mujer— no me pasó inadvertida.

—No quiero tener secretos contigo. —Me atrajo de nuevo hacia sí para poder mirarme a los ojos, y la intensidad que vi en su rostro casi me mata—.

Aunque los tengo, no voy a mentirte —prosiguió—. Pero quiero empezar a deshacerme de ellos, así que deja que comience diciendo que no pago a Michelle pero me acuesto con ella. O me acostaba. No he vuelto tocarla desde que estoy contigo. No he querido. No lo he necesitado.

Me miró y noté esa dulce punzada en el corazón.

—¿De veras? —Mis palabras tenían sabor a esperanza. Es más, tenían sabor a amor.

—Ya te lo he dicho, Kat. Tú me llenas por completo. Quizá me lleve un tiempo comprender qué significa eso, de qué modo se manifiesta, pero sé que es cierto. ¿Serás paciente conmigo, nena? ¿Puedes dejar que encuentre las palabras a mi manera, a mi ritmo?

—Puedo —contesté, porque el pasado, en el fondo, no importaba. El Cole del que me había enamorado era el que tenía delante. El resto era historia y rumores. Y todo eso podía esperar.

20

—¿Cole?

—Mmm. —Su voz sonaba distante y cercana a la vez.

—Antes de dormirte, ¿crees que podrías quitarme la cuerda y, en fin, todo lo demás?

Oí el murmullo sordo de una risa.

—No lo sé. Me entran ganas de dejarte así, ligada para mi propio deleite, mía para tomarte cuando me apetezca.

—Ya soy tuya —repuse—. No necesitas las cuerdas.

Vi la emoción en sus ojos como respuesta a mis palabras. Y cuando con suma delicadeza me quitó el tapón y la cuerda, pensé que nunca había experimentado nada tan erótico como ser atendida por ese hombre.

Después yacimos sobre las sábanas con las piernas entrelazadas. Yo paseaba los dedos por su torso, disfrutando del contacto con su piel.

—Gracias —dije al fin—. Por enseñarme esto. Por enseñarme que a mí también me gusta.

—Ay, nena. —Me acarició la mejilla, y aunque su tono era inequívocamente dulce, pude ver los nubarrones que le empañaban la mirada.

—¿Qué he dicho?

Incorporó el torso y se inclinó hacia delante, acompañando el gesto con dos profundas inspiraciones.

—Me alegro de que te guste. No hay nada que desee tanto como darte placer.

Se levantó y se dio la vuelta para mirarme. Me senté en la cama, inquieta

por el tono comedido de sus palabras. Quería suplicarle que me explicara qué ocurría, pero sabía que lo haría tarde o temprano. Simplemente necesitaba hacerlo a su ritmo, y yo simplemente necesitaba ser paciente.

—Para mí no es una cuestión de gustos. Es una necesidad, un requisito. Maldita sea, es lo que me alimenta.

Tenía la mirada fija en mi rostro e ignoraba qué veía en él. ¿Comprensión? Un poco, quizá. En realidad solo quería abrazarle, porque al margen de que lo entendiera o no, sabía que Cole estaba sufriendo. Y lo único que deseaba —lo único que volvería a desear jamás— era ver a ese hombre feliz.

—Quiero ayudarte —dije simplemente—. Quiero entenderte.

—Lo sé. Yo también lo quiero. Te dije que no quería secretos y lo dije en serio. Pero eso no significa que sea fácil.

—No lo es. Creo que lo más difícil que he hecho en mi vida es hablarte de Roger.

—Tú eres más fuerte que yo, Katrina Laron, aunque en el fondo siempre lo he sabido.

—Eso no es cierto —repliqué—. Cuéntamelo todo. Por duro, horrible o complejo que sea, busca el principio y empieza por ahí.

Me miró un largo instante antes de estrecharme entre sus brazos y besarme con vehemencia. Luego tomó asiento en el borde de la cama y corrí a sentarme a su lado, con una pierna debajo del muslo para poder estar de cara a él.

—Tú tienes a Roger viviendo en la sombra de tu pasado —comenzó. Sus palabras destilaban dolor—. Yo tengo a Anita.

Tomé su mano y la sostuve con fuerza. No dije nada, pues sabía que continuaría cuando pudiera.

—Nunca pensé que hablaría de ella. Quería olvidarla, hacer ver que esa cabrona no existía.

—Pero existe —repose quedamente—, y aunque pudieras olvidarla, eso no cambiará lo que te hizo. No obstante, hablar ayuda. —Acerté a esbozar una sonrisa de ánimo—. Por si te lo estabas preguntando, sé por experiencia que hablar de las mierdas de la infancia con alguien que te importa es una gran ayuda.

Se aferró a mi mano unos segundos antes de soltarla y levantarse. Caminó hasta la ventana y abrió las cortinas. Era tarde ya, el cielo estaba oscuro y las estrellas no podían atravesar la cortina de luz artificial que envolvía la ciudad como un halo.

Detrás de Cole se divisaba la silueta de edificios, algunos de no más de tres plantas, que llenaba el espacio y terminaba abruptamente en una oscura extensión de océano que parecía elevarse y fundirse con el negro intenso del cielo nocturno.

—Tenía once años cuando me metí en el mundo de las bandas. Era joven, pero no para esa vida. Sobre todo no para un niño como yo, que necesitaba dinero. Porque vivía con mi abuela y mi tía, y yo cuidaba de ellas. No había otros hombres, por lo menos ninguno que se quedara, y tampoco creo que las hubiese dejado a cargo de ellos. ¿Cómo iba a hacerlo si mi abuela me había acogido y se había matado lavando y cosiendo para otros cuando la zorra de mi madre me dejó en sus manos, y luego se quedó sin nada cuando la cabeza empezó a fallarle?

—¿Dónde está tu madre?

—Murió —respondió Cole sin el menor atisbo de emoción—. Era yonqui y puta, y murió cuando yo tenía cinco años. Y menos mal que la palmó. Ya se había envenenado a sí misma y me había envenenado a mí. Mientras estaba embarazada de mí bebía, fumaba crack y hacía Dios sabe qué cosas más, y dio a luz a un bebé escuálido y llorón que estaba tan enganchado como ella.

Estaba paralizada. No tenía la menor idea de cómo reaccionar a algo así. Quería levantarme y abrazarle. En lugar de eso, le di espacio.

—Joder —dijo después de pasarse las manos por la cabeza y tragar aire—. No pretendía desviarme así. El caso es que mi abuela cuidó de mí casi desde el día que nací. Me hizo trabajar, me hizo pensar, me hizo ser algo mejor de lo que habría sido. Así que cuando el Alzheimer llamó prematuramente a su puerta, aunque yo solo tenía once años, supe que a partir de ese momento me tocaría a mí cuidar de ella y de mi tía.

—Demasiada responsabilidad para un niño —dije.

—Demasiada, y prácticamente inviable si quieres conseguir el dinero de manera legal. Pero si no tienes demasiadas manías, siempre están las bandas. Y como las tienes delante de las narices desde que pones un pie en este

mundo, ya te sientes cómodo entre ellas. Yo formaba más o menos parte de los Dragones desde el instante que abandoné el útero, pero a los once ingresé oficialmente.

—¿Los Dragones? ¿Era el nombre de la banda?

Asintió.

—¿Por eso tienes un tatuaje de un dragón?

—No. Lo tengo porque salí de ella. —Se dio la vuelta para que pudiera verle mejor la espalda—. El símbolo de la banda era un dragón pequeño que te hacías en el hombro derecho. ¿Lo ves?

Busqué con detenimiento y encontré el contorno de un dragón oculto en el dibujo más audaz e intrincado de la hermosa criatura que cubría la espalda de Cole.

—Este lo diseñé yo. Contraté a un artista para que me lo grabara en la espalda. El objetivo principal era cubrir esa marca y crear mi propio símbolo.

—Es fantástico —dije absurdamente orgullosa no solo de que hubiera hecho tal cosa, sino de que se le hubiese ocurrido—. Convertiste algo horrible en algo hermoso.

—Por lo menos lo intenté. Pero la parte horrible todavía acecha en los márgenes. Me estoy adelantando —dijo antes de que pudiera preguntarle qué había querido decir con eso—. Estaba hablando de la banda. Andábamos metidos en todo, pero principalmente en drogas, y el resto del tiempo lo dedicábamos a proteger nuestro territorio y a todas las gilipolleces que acompañan esa clase de vida. Ya entonces sabía que eran gilipolleces —reconoció mirándome a los ojos—, pero también sabía que era la única opción que tenía.

—Debió de ser muy duro. —Podía imaginármelo, tan joven y con la inocencia arrebatada. Los ojos se me llenaron de lágrimas y las enjuagué enseguida.

—No fue fácil. Pero no pretendía convertir esto en una clase sobre la cultura de las bandas.

—Querías hablarme de Anita —señalé.

—Fue mi rito de iniciación —dijo en ese tono apagado que me daba ganas de abrazarlo con todas mis fuerzas.

—¿Qué significa eso?

—Significa que para recibir tu parte de cualquier ingreso obtenido por la banda tenías que ser miembro pleno. Y nadie era considerado miembro pleno hasta que perdía la virginidad. Peor que eso. No les bastaba con una noche, no, tenían que iniciarte a conciencia. Y ahí es donde entra Anita.

—Fue tu primera experiencia.

—No imaginas hasta qué punto. —Su voz rezumaba odio—. Le gustaba el dolor. El dolor de verdad. Darlo y recibirlo. Quemaduras de cigarrillo. Estrujarte la polla con un alambre. Cuchillos. Pajas metidas por la uretra y a saber qué cosas más por el culo. Era una cabrona sadomasoquista, y supeditaba cada maldito orgasmo a uno de sus jodidos juegos.

Meneé la cabeza, negándome a creer lo que me estaba contando.

—Te hizo...

—El dolor tiene forma de parábola. Después de un rato se convierte en placer. No solo la clase de dolor que he compartido contigo, sino el dolor de verdad. El dolor de la tortura. La clase de dolor que sonsaca secretos de Estado y delata a espías. Pero si cruzas la línea, la tortura deja de funcionar porque la víctima entra en un estado de euforia. Por tanto, si quieres cargarte las conexiones sexuales del cerebro de alguien, coges a un niño, un niño que apenas haya tenido una erección y aún menos un orgasmo, y te dedicas a ponerle caliente y hacerle pajas una y otra vez. Primero le haces daño, luego le das placer, luego le haces daño otra vez... —La voz, dura hasta ese momento, se le quebró—. Mierda.

—No tienes que contarme nada más —dije.

—He de hacerlo, porque en mi caso hay algo más aparte de la manera en que los enfermizos juegos de Anita me trastornaron y trastocaron todo lo que me la pone dura. Puso a prueba mis límites con el sexo, pero a eso has de sumarle la mierda que me dejó mi madre: problemas para controlar los impulsos y manejar la rabia, toda esa mierda que se queda contigo cuando tienes la condenada etiqueta de «bebé del crack». Eso me convierte en una puta bomba a punto de explotar, y puedes estar segura de que el sexo es uno de los detonantes.

Caminó hasta el fondo de la habitación, regresó y se alejó de nuevo. Yo le observaba con el corazón roto por el niño que había sido y el hombre que era.

Finalmente se detuvo delante de mí.

—La conclusión final es que estoy jodido hasta el fondo.

—No. —Me levanté para tomar su cara entre mis manos—. La conclusión final es que eres el hombre más fuerte que conozco.

—Kat...

—No —dije con firmeza—. No te atrevas a discutirme eso. Puede que estés jodido, ¿y qué? ¿Quién no lo está? Pero no estás loco. No llevas las cosas tan lejos. No explotas. No te haces daño ni me haces daño a mí.

Vi que quería interrumpirme y le puse un dedo en los labios.

—Has desafiado tu pasado de muchas maneras, Cole. —Mantenía el tono dulce, confiando en que comprendiera lo muy en serio que iban mis palabras—. Tú no eres como Anita. Ella es cruel, tú no. Tú eres todo lo contrario. —Lo abracé y descansé la mejilla en su pecho—. Lo sé porque eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Al principio tropecé con un cuerpo rígido, pero después noté el roce de sus labios en mi pelo y sus brazos rodeando mi cintura. Se relajó y pegó su cuerpo al mío.

—Caray, Kat —dijo—, me dejas sin aliento.

El corazón se me llenó de dicha. Me aferré a él otro instante antes de separarme para poder verle la cara.

—Vuelve a la cama conmigo —dije—. Quiero que me abracés.

—Si te abrazo, ya no podré soltarte.

Me tumbé en la cama y lo arrastré conmigo para sumergirme en la sensación de sus brazos alrededor de mi cuerpo y su piel contra mi piel.

—Me encanta estar así, simplemente tendida a tu lado. Es agradable.

—Sí —respondió él al cabo de un instante. Me acarició el hombro con las yemas de los dedos—. Dentro de ti arde una energía salvaje tan intensa que cuesta soltarla, pero estos momentos dulces... son la leña que necesitas para arder.

Me estremecí, conmovida por sus palabras.

—Realmente eres un artista —susurré—. Expresas belleza no solo con la pintura, sino también con las palabras.

—Puede. O a lo mejor es simplemente que tú eres mi musa.

Como la idea me gustó, cerré los ojos e intenté conciliar el sueño. Pero había algo que me tenía intrigada, y al final la curiosidad pudo más.

—Cole, ¿estás despierto?

—Mmm.

—¿Tú también necesitas el dolor? Quiero decir, ¿necesitas recibirlo?

Tardó en contestar, y cuando lo hizo sus palabras sonaron extrañamente distantes, como si temiera poder espantarme si daba demasiada importancia a la pregunta, y no digamos a la respuesta.

—Lo he necesitado, pero no te pediría que me lo hicieras.

Medité su respuesta. Luego rodé sobre el costado para descansar mi mano en su pecho y notar los latidos de su corazón. Estaba abrumada por todo lo que me había contado. No solo por los hechos, sino por las emociones y las necesidades que ocultaban.

—Si lo necesitas —susurré—, solo tienes que pedírmelo. Dices que soy tuya, Cole, pero tú también eres mío. —Respiré hondo y confié en que comprendiera que hablaba completamente en serio—. Y siempre te daré lo que necesites.

—Lo sé —dijo—. Gracias.

Satisfecha, asentí con la cabeza. Pese a mi confesión, él aún no me había dicho que me amaba. Pero me había contado sus secretos. Me había confiado su pasado.

Había abierto su corazón y me había permitido entrar en él.

Y con un hombre como Cole, tan celoso de sus secretos, esa era la esencia del amor.

21

Me despertaron las manos grandes de Cole acariciando mi cuerpo desnudo.

—Mmm, buenos días.

—Vuélvete a dormir —susurró—. He quedado en el centro con Charles. No quería despertarte, pero tampoco podía marcharme sin tocarte.

Apreté la palma de su mano contra mis labios.

—Me alegro. —Me acodé sobre la cama—. ¿Seguro que no quieres que te acompañe?

—¿Acompañarme? Siempre me gusta que me acompañes, pero en este caso no es necesario. No si confías en mí.

—Sabes que sí.

—Te explicaré el plan al completo una vez que sea firme, pero primero quiero asegurarme de que la cosa está encarrilada, de que Charles no se ha topado con ningún imprevisto. —Enredó los dedos en un mechón de mi pelo—. Quiero ocuparme de esto por ti, Kat. Quiero que sepas que puedes venir y decirme «Necesito esto» y tener la certeza de que, sea lo que sea, te lo daré.

Sentí una opresión en el pecho, una sensación dulce, como un abrazo a mi alma.

—Lo sé. —Me puse de rodillas para besarle—. Ahora vete a hacer tus cosas.

Lo observé marcharse con un suspiro, pues iba trajeado y, la verdad, estaba impresionante. Cuando la puerta se cerró consideré la posibilidad de seguir durmiendo, pero el encanto del sur de California era irresistible, y en menos de una hora estaba duchada, vestida y con un bagel con queso

cremoso y al menos un litro de café en el estómago.

No tenía coche, pero sí dinero, de modo que le pedí a un taxista que me pasara por Beverly Hills. La experiencia fue más satisfactoria de lo que había imaginado, pues el hombre se conocía la zona al dedillo y me señaló al menos doce casas que habían pertenecido a diferentes estrellas de la edad de oro de Hollywood.

Luego se adentró en las colinas y el paseo perdió interés, pues la mayoría de las casas se hallaban detrás de enormes muros de piedra o tan alejadas de las verjas de entrada que no había nada que ver. Sin embargo, cuando llegamos a Mulholland Drive aluciné. Hacía un día muy despejado, según mi chófer, y podía ver toda la zona oeste desplegarse a mis pies, así como los tejados de algunas casas que parecían poder alojar a todos los habitantes de un país pequeño pero que probablemente solo estaban ocupadas por una pareja con un hijo y un perro mimado.

Cuando regresé a Beverly Whilshire ya estaba rumiando sobre el mercado inmobiliario de Chicago y la manera de posicionarme en él para vender casas como esas, residencias cuya comisión podía mantener a un agente inmobiliario a cuerpo de rey durante un año entero.

En parte lamentaba mi plan de abandonar el mundo de la estafa por esa nueva profesión. Si combinara ambas cosas probablemente me forraría.

La ocurrencia me hizo gracia, y entré en el ascensor con una sonrisa. Mi sonrisa se amplió cuando consulté el móvil y vi que era casi la una. Con un poco de suerte, Cole estaría esperándome en la habitación.

Pero no estaba y, tragándome la decepción, intenté decidir qué quería hacer. Estaba debatiéndome entre bajar a tomar una copa al bar o coger un taxi hasta la playa de Santa Monica y mandar un SMS a Cole para que se reuniera allí conmigo, cuando vi que la lucecita del teléfono que indicaba que había mensajes estaba parpadeando.

Sabía que no era Cole porque él me habría llamado al móvil. De todos modos, pulsé el botón para escuchar los mensajes, no fuera a tratarse de algo importante, y me vine abajo cuando oí una dulce voz de mujer.

«¡Cole, tesoro, soy Bree! Estoy deseando verte pero he de cambiar nuestros planes. También te he dejado un mensaje en el móvil, pero como todo el rato me sale directamente el buzón de voz, me temo que anoté mal el

número y he estado molestando a otra persona».

Rió desenfadadamente, y sentí un deseo repentino de darle un puñetazo en la nariz. ¿Quién diantre era esa mujer? ¿Y de qué planes estaba hablando?

«En fin, espero que escuches alguno de mis mensajes. Llámame, ¿vale? ¡Te quiero! Ah, y aquí tienes mi teléfono por si lo necesitas de nuevo», añadió antes de recitar de un tirón un número con el prefijo 310, el cual había averiguado recientemente que incluía Los Ángeles.

Pulsé el botón para poner fin al mensaje y me quedé sentada en la cama mirando el teléfono como si fuera un animal salvaje a punto de mordirme. Escuché el mensaje por segunda vez. Y por tercera.

En ningún momento variaba. En ningún momento daba la menor pista sobre quién era esa mujer y por qué llamaba «tesoro» a mi novio.

Y, por supuesto, en ningún momento dejaba entrever por qué Cole no me había hablado de ella.

Me dije que Cole no estaba acostándose con esa mujer. Él mismo me lo había dicho, ¿no? Ni con Michelle ni con ninguna otra.

Por consiguiente, no tenía sentido alterarse.

Pero estaba alterada, maldita sea. Y aunque esa mujer fuera una ex amante, ¿no tendría que habérmelo contado?

Y dado que mi nombre aparecía en el registro de la habitación grande y claro como el de Cole, no había infringido ninguna regla básica de protocolo por escuchar el mensaje, ¿no?

Me golpeé la frente con el pulpejo de la mano con la esperanza de recuperar la cordura. Porque podía o bien pasarme otra media hora inventando otra docena de excusas absurdas o bien agarrar el teléfono, marcar el número de la mujer y explicarle educadamente que Cole estaba en una reunión. Y con igual educación preguntarle quién coño era.

Elegí la segunda opción, y casi me atraganté cuando me salió la voz de Cole.

—Kat —dijo en tono de disculpa—, siento haberme retrasado. Y te pido perdón por lo que debes de estar pensando.

Abrí la boca para responder, me di cuenta de que no sabía qué decir y la cerré.

—¿Catalina? —La disculpa se había convertido en preocupación—.

¿Estás ahí?

—Sí. —Me aclaré la garganta y probé de nuevo—. Sí, estoy aquí.

—¿Puedes bajar? Quiero presentarte a alguien.

—¿Bajar? ¿Estás aquí?

—En el vestíbulo.

—Ah —farfullé al tiempo que el universo se enderezaba tímidamente. Porque era evidente que no me estaba invitando a bajar para presentarme a su amante—. No tardo.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, encontré a Cole de pie junto a una mujer de una belleza despampanante, piel de ébano, piernas que no parecían tener fin y una sonrisa amable y cálida. Aparentaba poco más de veinte años.

Y Cole tenía el brazo alrededor de sus hombros.

Al verme lo retiró y lo sustituyó por una mano protectora sobre su espalda.

Salí del ascensor mirándolos de hito en hito, y estoy segura de que mi desconcierto era patente.

—Katrina Laron, te presento a Bree Crenshaw, mi tía.

Bree me tendió la mano y su adorable sonrisa se amplió todavía más.

—Me alegro de conocerte. Cole no hace otra cosa que hablar de ti.

—Bree...

Ella se rió.

—Lo digo en serio. Y si esta mujer aún no sabe que la adoras, Cole, tienes que decírselo. Y si ya lo sabe, deberías decírselo más a menudo.

—Bree está estudiando enfermería —repuso Cole con sarcasmo—. Le encanta dar consejos a sus pacientes.

Liberada al fin de mi angustia, solté una carcajada.

—Es un placer conocerte, pero pensaba que las tías tenían más años.

La noche previa, cuando Cole me habló de sus años con las bandas, lo imaginé cuidando de dos mujeres mayores. De pronto me daba cuenta de que debió de ser como un padre para Bree. O, por lo menos, como un hermano mayor.

Bree me tomó del brazo y juntas cruzamos el vestíbulo en dirección al elegante bar situado junto al restaurante.

—Déjame adivinar, eres hija única.

—Eh, sí.

—Yo soy la hermana de la madre de Cole. Mi hermana tuvo a Cole a los quince años y murió cinco años más tarde. —Asentí con la cabeza al recordar lo que Cole me había contado de su madre—. Yo nací cinco años después de eso. —Bree se encogió de hombros—. Mi madre era muy joven cuando dio a luz a mi hermana, y tuvo complicaciones cuando me dio a luz a mí.

—Sufrió un derrame cerebral durante el parto —explicó Cole—. Los médicos creen que eso pudo contribuir a la aparición del Alzheimer. Trajo a Bree al mundo a los cuarenta y dos y unos años más tarde ya tenía la cabeza prácticamente ida.

—Qué triste.

—Sí —dijo Bree—. Y esa es otra de las razones de que parezca la hermana pequeña de Cole en lugar de su tía. Fue él quien me crió y quien cuidó de mi madre.

Cole se volvió hacia mí y me cogió la mano.

—Debí contarte que era más joven que yo, pero no lo pensé —dijo, consciente sin duda de mi desconcierto inicial—. Bree es simplemente Bree, y no se me ocurrió explicarte que era más joven.

—¿Explicar? —inquirió Bree mientras tomaba asiento frente a una de las mesas del bar.

—Cole me contó anoche la historia de su vida —dije.

—¿En serio? —Bree enarcó las cejas—. Espero que sea verdad. Cole se guarda demasiadas cosas, y no hay razón para ello.

—Bree. —El tono de advertencia de Cole era inequívoco, y no pude evitar preguntarme qué secreto familiar ocultaba que, en opinión de Bree, debía dejar salir. No podía ser Anita. Francamente, dudaba de que Bree conociera ese secreto. No, tenía que ser otra cosa. Algo que ponía en la voz de Cole ese tono tenso y misterioso.

—No es un secreto de Estado, Cole. Ya sabes que yo opino que debería salir a la luz.

—Me niego a hablar de eso en estos momentos. ¿Te ha quedado claro?

Bree puso los ojos en blanco y yo reprimí una sonrisa. Con o sin secreto, me gustaba la relación que tenían. Era normal, humana y dulce.

Instintivamente cogí la mano de Cole y la estreché con fuerza.

Cole me miró un tanto sorprendido.

—Lo siento, la quiero pero a veces me saca de mis casillas.

—Estoy aquí —le recordó Bree.

—Sois maravillosos —dije, incapaz de ocultar mi regocijo—. Me alegro mucho de haberte conocido, Bree.

—¿Has oído eso, Cole? —preguntó Bree con una sonrisa triunfal—. Sabía que esta chica me caería bien. —Ladeó la cabeza y miró fijamente a Cole—. No lo fastidies, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré —replicó él en un tono irónico.

—Tranquila —añadí yo—, no se lo permitiré.

—Bien —dijo Bree—. Entre nosotras, puede que aún haya esperanza para él.

Después de dos rondas de copas y de varias rondas de conversaciones acerca de todo y de nada, metimos a Bree en un taxi y le dijimos adiós con la mano hasta que el coche se perdió en la distancia.

—Me gusta —dije, aunque no dudaba de que Cole ya lo había notado—. Es estupenda.

—Sí. Siento no haberte avisado antes de que a lo mejor quedábamos con ella. No era seguro que pudiéramos coincidir. Bree es muy importante para mí, y como tú también lo eres, quería que os conocierais.

—Me alegro —dije, aunque mis palabras sonaron emocionadas.

—No me digas que no sabías lo mucho que significas para mí, Kat. No es ningún secreto que me llenas por completo. —Me ofreció su mano y avancé gustosamente hacia él cuando tiró de mí—. Tú eres mi futuro —dijo— y Bree es mi pasado. Tenía sentido que os conocierais.

—Conseguirás hacerme llorar.

Me pasó el pulgar por debajo del ojo a fin de enjugar una lágrima que se había escapado para demostrar mis palabras.

—Demos un paseo. —Me cogió de la mano—. Quería que la conocieras porque ayer no acabé de contarte toda la historia. No es algo de lo que hable a menudo, pero Bree tiene razón, tienes que saberlo. No —se corrigió—, quiero que lo sepas.

—Bien. —Entrelacé los dedos con los suyos y echamos a andar por la

impecable Beverly Hills.

—Estás al corriente de mis ataques de furia y de mis problemas para controlar mis impulsos. Sabes lo del crack, lo del desastre de madre que tuve y de lo mucho que todo eso me jodió en el tema del sexo.

—Sé lo que me has contado —dije—, y sigo pensando que no estás jodido. Creo que tú eres tú. Eres el hombre del que me he enamorado, Cole. Y eres un hombre íntegro.

Ahí estaba yo, diciéndole una vez más que le amaba cuando él no me había dicho aún esas palabras. Pero no importaba. Él necesitaba saber qué sentía yo. Es más, yo necesitaba que él lo supiera. Quería que tuviera mi amor para poder abrigarse con él, como si fuera una manta, cuando me contara esas cosas horribles. Para que pudiera recordar que pasara lo que pasase, yo siempre estaría ahí.

¿Y qué más daba si él aún no me había dicho esas palabras? Sí, quería oírse las decir en alto, pero lo cierto era que me las decía cada día. No con palabras, sino con gestos. La manera en que me hablaba. La manera en que cuidaba de mí. La manera en que me trataba.

Pensé en la forma perversa en que me había follado la noche previa. Las muchas maneras en que había buscado su propio goce. Las cosas que había hecho para provocarme dolor y placer. Y, sobre todo, pensé en las razones por las que había obrado de ese modo.

Porque quería llevarme hasta lo más alto. Porque quería marcarme como suya.

Cole August estaba enamorado de mí, lo reconociera o no. Y eso me hacía feliz, me llenaba de orgullo.

—No me conociste de niño —continuó Cole—. Era un salvaje. Cualquier cosa me hacía saltar. Fue Bree quien me enseñó a dominarme, quien me mantenía con los pies en la tierra. No porque se lo propusiera. Joder, ella no era más que un bebé. Sino por su presencia, por el hecho de que esa personilla estuviera en mi vida y yo fuera responsable de ella. Porque para entonces mi abuela estaba totalmente ida. Estaba allí, pero con la mente ausente. Yo era para Bree un padre, un hermano y un amigo. Y durante mucho tiempo ella fue todo mi mundo.

—Es una chica estupenda —dije—. Creo que es un testimonio andante de

tus excepcionales aptitudes como padre.

—O de su excepcional personalidad.

—También —convine—. Pero la historia va de algo más que de vuestra admiración mutua.

Se detuvo bajo un toldo.

—Sí.

Guardé silencio y dejé que se tomara su tiempo. Me acarició el hombro. Tan solo fue el roce de un dedo sobre la fina tela de mi blusa, pero comprendí que estaba evaluando la situación, asegurándose de que yo era real y de que ese momento no iba a evaporarse.

—Quiero contártelo todo —dijo al fin—. Kat, has de saber que no le he contado esto a nadie más. Nadie sabe lo que sucedió con Anita ni lo que me dispongo a contarte. Ni siquiera Bree. Ni siquiera Tyler y Evan.

El puño que a veces me oprimía el corazón empezó a cerrarse de nuevo. Asentí con una inspiración trémula. Luego, como no podía no besarle, me incliné hacia delante y le rocé los labios.

—Gracias —dije.

Una pequeña sonrisa le curvó los labios, pero no llegó hasta los ojos. Había regresado a sus recuerdos, y cuando habló de nuevo sus palabras sonaban lejanas.

—Bree fue violada —dijo sin más preámbulo—. Y apaleada de manera brutal.

—Dios mío, Cole, cuánto lo siento.

—Tenía ocho años. Ocho. Yo estaba intentando buscar una salida. Había cabreado a algunas personas, entre ellas a una banda rival. Su castigo fue que uno de sus nuevos fichajes se ganara su ingreso en la banda violando a esa niña. —La voz se le quebró—. Casi destrozaron a una de las mejores personas que conocerás en tu vida por mi culpa, porque querían castigarme.

—No fue culpa tuya. No fue culpa tuya —repetí con firmeza, porque quería que me escuchara.

—Tal vez no, pero sí fue culpa mía lo que sucedió después.

—¿Qué ocurrió? —pregunté, segura de que podía adivinar la respuesta.

—Enloquecí —dijo—. Perdí por completo el control. Los maté. Maté al cabrón que la violó y a los capitanes de la banda que le habían empujado a

hacerlo.

Tragué saliva pero no dije nada. ¿Qué podía decir? ¿Que lo entendía? Sí, lo entendía. ¿Que creía que unos cabrones capaces de hacer algo así a una niña merecían morir? Desde luego que lo creía, pero sabía perfectamente que no era el caso de los jueces.

Y comprendí que Cole tenía que vivir con las consecuencias de sus actos todos los días de su vida.

—No puedo ni recordar cómo tomé la decisión de hacerlo, pero sí recuerdo con una claridad absoluta la satisfacción que me produjo hundirles el puño en la carne, notar cómo los huesos se les hacían añicos, acabar con la vida de cada uno de ellos. Me gustó, Kat. Joder, salí a buscarlos. Lo necesitaba, porque era la única manera en que podía apagar la rabia que había estallado dentro de mí como un puto volcán.

—Torturaron a una niña. Tú la defendiste, luchaste por ella. Y gracias a eso pudo crecer para convertirse en una mujer excepcional.

No contestó, pero pareció aspirar mis palabras como si fueran oxígeno, como si el simple hecho de poder aferrarse a ellas hiciera un poco más llevadero todo lo demás.

—Me pillaron, como es lógico. Si hubiese sido capaz de mantener un mínimo de cordura probablemente se me habría ocurrido una manera de ocultar lo que había hecho, pero no podía en el estado en que estaba. Fui juzgado y condenado. Y así fue como conocí a Evan y Tyler.

—¿En el reformatorio? ¿Te enviaron a un reformatorio pese a tener tres condenas por asesinato?

—Me habían diagnosticado problemas para controlar los impulsos. Gracias, síndrome del bebé adicto al crack —añadió con una mueca—. Y en aquel entonces el sistema estaba llevando a cabo un programa experimental. Archivaron mi expediente porque era menor de edad, pero el programa estipulaba que si el acusado, ya de adulto, era arrestado por homicidio, el expediente archivado podría reabrirse y utilizarse como prueba en el nuevo caso. —Encogió los hombros—. En otras palabras, nunca podré liberarme de mi pasado.

—No tienes que liberarte —dije—. Solo tienes que aprender a vivir con él. Como el resto de la gente. Pero eso, en cualquier caso, pertenece al

pasado. Además, ¿no me dijiste en una ocasión que preferías vivir la vida mirando hacia delante?

—Es muy propio de mí decir algo así —reconoció—, pero eso no significa que sea cierto, o inteligente.

—Tonterías. Tú no vas a matar a nadie. Tu pasado está enterrado y así seguirá. Solo tienes que confiar en tu capacidad para mirar hacia delante. Y si no puedes confiar en ti, confía en mí. Porque yo confío plenamente en ti, y yo soy una mujer muy inteligente.

Tal como esperaba, sonrió. Pero la sonrisa duró poco.

—Ahora no puedo imaginarme matando a alguien adrede, pero mi lado oscuro no ha desaparecido. El problema para controlar los impulsos que tenía de niño y de adolescente sigue ahí, y sé que en cualquier momento puedo trastornarme. Es como vivir caminando sobre dinamita.

—Pero tú no estás trastornado, Cole. ¿No lo ves?

—Porque luché contra ello cada condenado día, Kat.

—Exacto. Estás luchando y estás ganando. —Me abracé a su cintura—. Tienes más control del que crees.

—Algún día perderé esa batalla y haré verdadero daño a alguien. —Me alzó el mentón—. ¿Y si ese alguien eres tú?

—Eso es imposible, y por una razón muy sencilla: porque no vas a perder la cabeza. Tú no eres capaz de ver lo fuerte que eres, pero yo sí. La única manera en que puedes hacerme daño es dejándome. —Tragué saliva, súbitamente emocionada—. No me dejes, Cole —dije consciente de que con esas palabras estaba desnudando mi alma—. Por favor, no me dejes nunca.

—Nunca —susurró mientras me abrazaba con fuerza. Y aunque la palabra que dijo fue «nunca», sabía que el mensaje era: «Te quiero».

Katrina Laron, la diosa del hogar.

Así me sentía cuando me detuve en medio de la sala de estar de mi nueva casa, rodeada de cubos de pintura, de sábanas, de pinceles y de rodillos.

Los de la mudanza debían personarse al día siguiente, y esperaba tener la sala de estar pintada para que cuando llegaran los muebles pudiera adecantar una estancia y sentir que había conseguido algo.

Eso no quería decir que hubiese terminado con la sala. Aún me quedaba lidiar con el suelo, comprar las cortinas, reparar las ventanas que parecían propensas a atascarse hiciera el tiempo que hiciera y ocuparme del resto de detalles fantásticos e irritantes que implicaba ser propietaria.

Hacía tres horas que era dueña de la casa y ya estaba perdidamente enamorada de ella.

Y hablando de perdidamente enamorada, escuché la cadencia familiar de los pasos de Cole en el porche y me di la vuelta justo en el instante en que abría la puerta mosquitera.

Bajo el brazo llevaba dos obsequios envueltos para regalo: uno grande y uno pequeño. La otra mano sujetaba una caja de herramientas sobre la que hacía equilibrios un ramo de rosas.

—¿Para mí?

—No. Me gusta llevar regalos y rosas allí donde voy con mis herramientas. Le da un carácter más festivo a las reformas.

Puse los ojos en blanco y me acerqué corriendo para echarle una mano antes de que se le cayera todo y reclamar mi beso.

—Felicidades —dijo después de besarme tiernamente en los labios—. Estás preciosa. Te sienta bien ser propietaria.

Teniendo en cuenta que llevaba el pelo recogido bajo una gorra de béisbol, unos pantalones cargo manchados de pintura y una camiseta de Disneyland, sabía que mentía. Aun así, agradecí el piropo.

—Todavía no tengo nada para poner las flores —dije echando un vistazo a la sala como si un precioso jarrón de cristal fuera a materializarse por arte de magia—. Pero creo que hay un vaso de Taco Bell en la basura. Podemos usarlo.

Cole procedió a desenterrar el vaso y a echarle agua mientras yo retiraba el papel y el plástico de las flores. Las colocamos sobre la repisa de la chimenea y reculamos para admirarlas.

—Ahora la sala está mucho más acogedora.

—Hay más cosas. —Cole señaló los dos paquetes que descansaban en el suelo.

Sintiéndome como una niña el día de Navidad, sonreí.

—No tenías que traerme nada, pero me encanta.

Rió y señaló el paquete más grande.

—Primero ese.

Lo levanté, y enseguida advertí que bajo el envoltorio se ocultaba una obra de arte enmarcada.

—Espero que sea un original de Cole August —dije—. El precio de sus cuadros se está disparando.

—Ese hombre tiene verdadero talento. Adelante, ábrelo.

Lo abrí y ahogué un grito al ver la figura del lienzo. Mi figura. Este retrato era diferente del que colgaba en la galería, y tampoco lo había visto en su estudio. En él aparecía desnuda, de espaldas al espectador, con las manos planas sobre una pared roja. Tenía las piernas ligeramente abiertas, lo suficiente para no resultar obscena pero sí insinuante. Y el tatuaje era inconfundible. Para quien no fuera capaz de leerlo, también aparecía escrito con delicadas letras sobre la pared. *Ad Astra*. «A las estrellas».

—Es increíble —dije con franqueza—. Impactante y provocativo. ¿Cómo has podido pintarlo tan deprisa? Quiero decir, ¿de dónde has sacado el tiempo?

—No es nuevo. Lo pinté el año pasado. —Me miró a los ojos y esbozó una sonrisa al reparar en mi cara de asombro—. Lo tenía en la pared de mi despacho del Destiny. Pensé que quedaría mejor aquí.

—¿Un año? Pero... —Volví a mirar el retrato y las lágrimas se me agolparon en la garganta—. Cuánto tiempo hemos perdido, Cole.

Se acercó y me rodeó la cintura.

—En ese caso, tendremos que asegurarnos de no perder ni un solo segundo más.

Me retuvo un largo instante. Luego me plantó un beso en la coronilla.

—Quiero que abras el otro, pero primero tengo una noticia que darte. El terreno es nuestro y tenemos la escritura. La propiedad está ahora fuera del alcance de las manos avariciosas de Ilya Muratti y en las arcas del recién creado Casino Building and Investment Trust, del que Damien Stark es accionista principal y yo presidente y segundo inversor.

—¿Y a Damien no le importa enfrentarse a Muratti?

—Ni a él ni a mí. Nosotros no le hemos traicionado, no le hemos robado el terreno. Lo compramos en una transacción en condiciones de igualdad a un vendedor que no quería vendérselo a Muratti.

Se llevó mi mano a los labios y la besó.

—Como medida de precaución, Damien pidió a su abogado que llamara a Michael Muratti, el hijo de Ilya. Stark tiene muchos contactos, por lo que le fue fácil decirle a Michael que un pajarito le había contado que el plan de Ilya de falsificar el testamento había fracasado; no con esas palabras, claro; y preguntarle si tomarían represalias, porque en ese caso Damien podría decidir desprenderse de la propiedad.

—¿Y?

—Michael no tiene el más mínimo interés en jugar a las revanchas. Ellos perdieron la propiedad, nosotros la adquirimos, fin de la historia. Tiene intención de llevarse a su padre a Italia para una reunión familiar y confía en poder convencerle de que se retire allí. Quiero que tu padre siga en el Drake unas semanas más, por lo menos hasta que Muratti abandone el país, aunque creo que este asunto quedará pronto en el olvido.

—¿En el olvido? —repetí—. A costa de millones de dólares. Damien ha debido de poner una fortuna. Y probablemente tú también. Señor —dije al

comprender por primera vez el verdadero alcance de sus actos—, no puedo creer que hayas hecho eso por mí y por mi padre.

—En primer lugar, haría cualquier cosa por ti. En segundo lugar, ni a Damien Stark ni a mí nos gusta tirar el dinero por la ventana. El precio era alto, sí, pero ese terreno tiene una ubicación excelente. Para ser franco, espero que el mal criterio de tu padre acabe añadiendo unos cuantos millones a mi cuenta.

—Vaya. —Asentí con la cabeza—. No me hace gracia que hayáis corrido semejante riesgo, pero al menos eso es un consuelo. Brindo por que ahora seáis aún más asquerosamente ricos que antes —dije alzando una copa imaginaria.

Cole levantó otra copa imaginaria y brindó conmigo antes de entregarme el segundo regalo. Tenía forma de rectángulo y estaba envuelto en un papel rosa, y cuando lo sacudí no oí absolutamente nada.

—Ni idea de qué puede ser —dije.

—Pues tendrás que abrirlo para averiguarlo.

Eso hice, con cuidado al principio, hasta que perdí la paciencia y rasgué el papel.

El rectángulo resultó ser un estuche de terciopelo con una bisagra de metal. Un joyero.

Miré intrigada a Cole, cuyo semblante permanecía imperturbable. Lo abrí y ahugué un grito al ver la gargantilla que refulgía sobre el terciopelo negro. Estaba hecha de docenas de cubos de oro aplastados y unidos con pequeñas bisagras, una joya que hacía pensar en princesas egipcias.

—Es preciosa.

—La hice pensando en ti. Te prometo que quedará aún más bonita en tu cuello.

—¿La has hecho tú? —Pasé los dedos por la intrincada joya, admirando los detalles y el tiempo invertido en ella.

—Sí. Y ahora —dijo Cole quitándomela de las manos con suavidad— quiero vértela puesta.

Siguiendo sus instrucciones, me levanté el cabello y le di la espalda para que pudiera ponérmela. En la casa aún no había espejos, así que utilicé el de la polvera que llevaba en el bolso. Pese al extraño ángulo, podía ver que la

gargantilla era más que una joya exquisita. Era arte. Era una declaración.

Era un collar, y era mío.

Es más, significaba que yo era de Cole.

La acaricié con los dedos, temblando levemente porque el obsequio me había conmovido.

—Gracias —susurré—. Es perfecta.

—Lúcela esta noche —dijo.

—¿En la fiesta? —pregunté refiriéndome al cóctel en el yate de Evan.

—Sí, y también después.

—¿Después?

—En el Firehouse. —Sus palabras, aunque simples, destilaban pasión—.

Si todavía quieres ir, te llevaré esta noche.

Si no fuera por el agua que nos rodeaba, el yate que Evan mantenía amarrado en el puerto de Burnham —llamado *His Girl Friday*— podría parecer un apartamento de lujo.

Vale, quizá fuera una exageración, pero lo cierto era que el barco era enorme, confortable y además podía acoger esa fiesta de entre treinta y cincuenta invitados, número que fluctuaba porque era una recepción informal donde los amigos llegaban para tomar unas copas y transmitir sus felicitaciones por la futura boda antes de poner rumbo a su excitante noche en la ciudad.

Aunque puede que estuviera proyectando. Que yo esperara que mi noche con Cole fuera excitante —dada la promesa del Firehouse— no quería decir que los demás invitados tuvieran planes igual de interesantes.

Llevábamos en la fiesta no más de media hora y ya me estaba impacientando. Injusto, supongo, teniendo en cuenta que el motivo de ese cóctel era brindar por la inminente boda de mi mejor amiga, pero mentiría si dijera que no estaba deseando largarme. Quería explorar ese antro. Quería conocer sus secretos.

Quería entender lo que Cole deseaba y necesitaba.

Sobre todo, estaba terriblemente intrigada.

Y los dos cosmopolitan que ya me había tomado no habían conseguido

tranquilizarme. En lugar de eso, notaba una agradable vibración dentro de mí. La clase de vibración que, si no me controlaba, podría volverme lo bastante audaz para acercarme insinuantemente a Cole y susurrarle obscenidades al oído a fin de que se diera un poco de prisa.

Me pareció un plan tentador —un plan que estaba contemplando de verdad— hasta que Flynn se me acercó en la cubierta.

—Hola —dije abrazándolo por el cuello—. Te he echado de menos. —En realidad no había pasado tanto tiempo, pero yo ya estaba en la casa y él seguía en el apartamento. Y a decir verdad, pasaba casi todo el tiempo con Cole, lo que quería decir que los ratos con mi compañero de piso quedaban relegados.

Injusto, quizá, pero así era con los amores nuevos.

—¿Ya has empezado a embalar tus cosas? —le pregunté—. El contrato de alquiler está a punto de terminar.

—Lo sé. De hecho, quería hablarte de eso.

Fruncí el entrecejo.

—¿Qué ocurre?

—He decidido conservar el apartamento. No es que no me encante compartir casa contigo, pero había olvidado lo mucho que me gusta vivir solo.

En mi cabeza estallaron las alarmas.

—Flynn, vivir solo no merece el esfuerzo. Ya me entiendes.

Meneó la cabeza, entre divertido y contrito.

—Con mi nuevo trabajo puedo permitírmelo.

—¿Nuevo trabajo?

Ladeó la cabeza, mirándome con extrañeza.

—¿Cole no te lo ha contado? Estoy dirigiendo la barra principal del Destiny.

—Ah. —Tras quedarme cortada unos instantes, le di un abrazo—. Lo siento, estaba... Olvídalo, es genial —acerté a decir al fin. Y lo decía en serio. El Destiny era un lugar de trabajo fantástico y estaba segura de que Flynn ganaría mucho más dinero allí. Lo que me había dejado pasmada, y aún me tenía desconcertada, era que no estaba segura de las motivaciones de Cole. Teniendo en cuenta que había olvidado comunicarme la pequeña

noticia, presentía que sus razones no eran del todo inocentes.

—Teníamos una vacante —dijo Cole cuando lo acorralé poco después.

—Ya. Y supongo que tu oferta no tiene nada que ver con el hecho de que no te gustara la situación de mi compañero de piso, ¿verdad?

—Yo diría que todos salimos ganando. Flynn consigue un sueldo más alto y mejores condiciones, y tú —añadió pasando un dedo por la intrincada gargantilla— tienes una casa para ti sola. Sinceramente, las posibilidades son infinitas.

Intenté en vano mantener la seriedad.

—Y ahora que lo pienso —dijo dando unos golpecitos a la gargantilla—, creo que deberíamos empezar a despedirnos de la gente.

Eso hicimos, entreteniéndonos un poco más cuando llegamos a Angie, no solo para agradecerle la fiesta sino para esperar con ella a que el guardia de seguridad del puerto se llevara a un hombrecillo enjuto que Angie había visto sentado en uno de los bancos del muelle.

—Al principio pensé que era un invitado —explicó—, pero cuando vi que no se movía del banco y que no apartaba la vista del barco, me dio mal rollo.

El guardia de seguridad que se había llevado al hombre llamó a Angie por teléfono justo antes de que Cole y yo nos marcháramos para decirle que era un turista de Kansas que, al parecer, pensaba que contemplar una fiesta en el barco de un ricachón estaba entre las cosas que tenía que hacer antes de morir.

—La gente es rara —comentó Angie, y como no podía rebatírsele, ni siquiera lo intenté.

Seguía pensando en eso cuando Cole detuvo el Range Rover frente a la entrada del Firehouse, donde aguardaba el aparcacoches. Bajó y rodeó el vehículo para abrirme la portezuela. Dedicué unos instantes a contemplar el edificio de aspecto anodino que ocultaba lo que imaginaba que eran docenas de fantasías y de aventuras. Las posibilidades me intrigaban y me inquietaban a la vez, y miré a Cole en busca de aliento.

Me cogió la mano con un gesto automático y en lugar del aliento que necesitaba sentí distancia. El estómago se me encogió, y no pude evitar preguntarme si el problema era yo, o si a Cole le preocupaba que no fuera capaz de soportar las cosas que sucedían ahí dentro.

—Señor August —dijo una rubia joven y bonita que iba prácticamente en cueros—, bienvenido de nuevo. —Me obsequió con una sonrisa y devolvió su atención a Cole—. ¿La sala de siempre?

—Sí —respondió él, y tuve que reprimir un gesto de sorpresa al oír la tensión en su voz. Tensión que no hizo sino aumentar una vez que, ya inscritos, me puso una mano en la espalda para conducirme por un pasillo oscuro.

Habíamos dado solo dos pasos —y mis ojos no se habían acostumbrado aún a la penumbra— cuando se detuvo.

—No.

Fue lo único que dijo antes de dar media vuelta, agarrarme del brazo y arrastrarme hacia la salida.

—¡Cole! —aullé cuando pasamos como una flecha junto a la atónita recepcionista y llegamos a la calle—. ¿Qué demonios te pasa? ¿Es por mí? ¿Es por Michelle?

—Este no es lugar para ti.

—Maldita sea, Cole, pensaba que ya lo habíamos superado. Puedo hacerlo. Quiero hacerlo.

—Lo sé. —Sus palabras eran quedas y destilaban dureza—. Pero yo no quiero que lo hagas.

Di un paso atrás.

—Vale, empecemos de nuevo. ¿Qué he hecho? ¿Por qué estás enfadado conmigo?

Su rostro pareció venirse abajo.

—Joder —espetó antes de propinar una patada al neumático del Range Rover que el mozo había recogido del aparcamiento—. Maldita sea, Kat, no es contigo con quien estoy enfadado, sino conmigo. ¿Es que no lo entiendes? No quiero que entres ahí, y no porque piense que haya algún problema con el Firehouse o contigo.

Se colocó frente a mí y me enjugó una lágrima que no sabía que había derramado.

—Es por lo que significas para mí —continuó con tanta dulzura que mis lágrimas empezaron a manar libremente—. Es porque yo venía aquí porque necesitaba algo que no podía conseguir en ningún otro lugar, porque

necesitaba una garantía. Pero ya no la necesito. Si de verdad eres mía como dices, de la manera en que espero y creo que eres mía, ya no necesito este lugar. ¿Entiendes lo que te digo?

Asentí entre aleccionada y sorprendida.

—¿Y te parece bien?

¿Bien? Con cada palabra, con cada caricia, Cole me estaba diciendo lo mucho que yo significaba para él. ¿Cómo no iba a parecerme bien?

Y sin embargo...

Cole, que había estado escudriñándome hasta ese momento, frunció el entrecejo.

—Vaya, nena, lo siento. Si quieres entrar, no pasa nada. Lo entiendo.

—No, no —repuse—. No es una cuestión de que quiera entrar o no. Sloane me habló un poco de este lugar, y si te soy sincera, la idea de tener público no me hace mucha gracia.

—¿Pero?

Me encogí de hombros y desvié la mirada.

—Supongo que quiero vivir la experiencia. —Reuní valor para buscar sus ojos y tropecé con una mirada llena de ternura y de comprensión—. Quiero lo que podría tener ahí dentro contigo.

Cole apretó la mandíbula y asintió.

—De acuerdo, entremos.

Lo agarré del brazo, negando con la cabeza.

—No me has entendido. Quiero que me lleves allí, pero me da igual si es en el Firehouse, en tu habitación, en mi casa o en el asiento de atrás del Range Rover. ¿Entiendes lo que te digo? Lo quiero todo, Cole. Todo lo que eres y todo lo que tienes que ofrecer. Reconozco que el Firehouse me intriga, pero tampoco es tan importante. Y si no quieres que entremos, no pasa nada. —Me llevé la mano a la gargantilla que me había regalado—. La luciré donde tú quieras. Mi único deseo es que me lleves hasta el final.

—He estado pensando en eso —dijo Cole con un brillo extraño en los ojos—. Estaba esperando el momento adecuado para sacar el tema.

Ladeé la cabeza.

—¿De qué estás hablando?

—En lugar del Firehouse, quiero llevarte a nuestro cuarto de juegos.

Enarqué las cejas.

—¿Con juguetes sexuales y esas cosas?

Rió con regocijo.

—Caray, Kat, eres fantástica. Sí, con juguetes sexuales y esas cosas.

Volví a ladear la cabeza y crucé los brazos.

—Lamento decirlo, pero creo que no tenemos un cuarto de esos. Y si resulta que sí lo tenemos, me jode que no te hayas molestado en mencionarlo hasta ahora.

—Porque todavía no existe, pero en vista de que te has quedado con una habitación libre, se me ocurre que podríamos darle un uso de lo más interesante.

Tenía que reconocer que su planteamiento era impecable.

Durante los días que siguieron dividimos nuestro tiempo entre Home Depot y Forbidden Fruit, la sex shop del barrio que Cole me enseñó y en la que pasaba fascinantes ratos figoneando.

No obstante, lo que encontré aún más interesante fue que Home Depot se convirtiera en nuestro destino principal. Yo estaba fascinada con la pintura corporal comestible —a la que pretendía que Cole diera un buen uso, dadas sus innatas aptitudes artísticas—, pero él tenía toda su atención puesta en las maderas, los tubos, las escuadras y los tornillos.

Era un poco desconcertante la cantidad de ferretería que estaba entrando en ese cuarto. Y, a decir verdad, tenía la sensación de que Cole estaba intentando superar el montaje del Firehouse, fuera cual fuese.

Estaba fabricando una cruz de San Andrés, la cual, para ser franca, era el primer artilugio que quería probar. Pero también tenía algo que parecía un potro y un trozo de tubo con unas correas en los extremos para los tobillos que, según me explicó, era una barra separadora.

Había una pared con ganchos y pasadores diversos para permitir posturas diferentes. Una araña de luces que Cole me dijo que serviría —una vez montada debidamente— de barra superior para un columpio sexual que había encargado.

Teniendo en cuenta lo mucho que me habían gustado los columpios a los cinco años, la idea de combinar un columpio y sexo me llenaba el estómago de mariposas.

Además de todas esas cosas, Cole tenía al menos una docena de artilugios y de aparatos en fase de creación de los que no me había hablado.

—Confía en mí —decía.

Y como yo confiaba, le dejaba a solas con su bricolaje mientras yo me dedicaba a guardar los objetos más íntimos en bonitas cestas y a elegir los colores del cuarto, lo cual no me resultó difícil porque tenía claro que quería un morado oscuro, y si Cole no estaba de acuerdo, tendría que volver a pintar él mismo la habitación.

Acababa de pasar el rodillo por una de las paredes cuando me di la vuelta y vi que me estaba mirando.

—No te atrevas a decirme que lo estoy haciendo mal —le advertí—, porque lo único que estoy haciendo es pintar una pared de morado. Y hasta alguien como yo, que solo sabe dibujar muñecos de palitos, puede hacerlo.

—Quítate la ropa y colócate delante de la pared.

Fruncí el entrecejo.

—¿Cómo?

—Se me ha ocurrido una idea.

Afilé la mirada, pero Cole remarcó su exigencia enarcando las cejas.

—A sus órdenes, señor —dije, y me quité los pantalones cortos y la camiseta con parsimonia.

—Levanta los brazos como si hicieras saltos de tijera. Toma. —Me tendió las gafas protectoras que llevaba cuando utilizaba la sierra circular—. Por si acaso.

—¿Por si acaso?

No respondió. Y como sabía lo que me convenía, obedecí. Me puse las gafas, levanté los brazos y me eché a reír cuando empezó a sacudir un pincel mojado, salpicándonos a mí y a la pared, hasta crear la silueta de una mujer en una postura que parecía de júbilo.

—Otra —dijo Cole mientras yo me reía y cambiaba de pose. Y así hasta que la pared quedó cubierta de dinámicas siluetas... y yo de pintura.

—Estás preciosa. —Se acercó y pasó un dedo por las manchas de mi piel para jugar a conectar los puntos—. Me gusta pintarte —susurró en un tono lleno de promesas.

—Me toca —dije—. Fuera esa ropa.

Pero no lo pinté. En lugar de eso me abracé a él y transferí la pintura de mi cuerpo al suyo. Cole se rió y me tumbó en el suelo, que por suerte estaba cubierto de sábanas.

Resbalamos el uno contra el otro —acariciándonos, jugando con la pintura, riendo como niños— hasta que la energía cambió y se volvió más caliente, más apasionada.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunté, porque no podía reprimir más tiempo esa pregunta—. ¿Qué somos el uno para el otro?

—Todo —respondió Cole tirando de mí para besarme.

Y cuando su boca envolvió la mía y su dulce sabor me arrancó un gemido, supe que tenía razón.

—¿Qué te parece? —preguntó destapándome los ojos para que pudiera ver la cruz de San Andrés terminada. Estaba montada frente a una pared de espejos, sobre un cubo de madera que permitía rodear la cruz y ver por el espejo el rostro de la persona ligada a la misma.

Era de madera pulida y el acolchado de cuero parecía cómodo.

Noté que el cuerpo se me tensaba solo de mirarla. Había deseado esa cruz desde que Cole había propuesto crear un cuarto de juegos. Qué demonios, desde que me puso en aquella cruz imaginaria en mi coche y me flageló la espalda con la fusta de flecos.

—Cole —dije, y descubrí el apremio en mi voz.

—Lo sé, yo también. Pero creo que esta noche tienes otros planes.

Fruncí el entrecejo, porque era cierto. De hecho, estaba poniéndome los pendientes frente al tocador de mi dormitorio, preparándome para irme, cuando Cole me había llevado al cuarto de juegos para enseñarme la cruz.

—Solo querías provocarme.

—Cómo me conoces. —Se colocó detrás de mí y me abrazó por la cintura.

Yo llevaba puesta una minifalda Lucky Brand y una camiseta de pico. Cole introdujo una mano por dentro del escote y de la copa del sujetador.

Con la otra me desabrochó la falda, deslizó dos dedos bajo las bragas y me penetró.

—Estás mojada —susurró—. Eres una niña mala.

—Tú me ha puesto caliente —repliqué—. Ahora tendré dolor de huevos toda la noche.

—Pero que muy mala —prosiguió, y me pellizcó el pezón lo bastante fuerte para hacerme gritar y conseguir que mi sexo se aferrara a sus dedos—. Un adelanto de lo fuerte que voy a follarte cuando vuelvas a casa.

—Un adelanto demasiado breve —protesté—. Creo que deberías hacer que me corra y dejarme satisfecha antes de que me vaya a contemplar hombres medio desnudos paseándose por un escenario.

—Ni lo sueñes. Además, me gusta la idea de que vuelvas caliente y mosqueada. Tendré una razón más para azotar este precioso culo.

Retiró la mano rozándome el clítoris en el proceso y arrancándome un gemido de placer y de frustración.

Hice el trayecto hasta casa de Angie alterada, y el alcohol y los hombres medio desnudos de The Castle —nuestra primera parada de la despedida de soltera de Angie— no me ayudaron a calmarme. No porque me interesaran, pero mi reputación de típica mujer norteamericana se habría ido al traste si no hubiera apreciado por lo menos los cuerpos de esos bailarines, aun cuando la mayor parte del tiempo se diluyeran en mi mente fantasiosa para ser sustituidos por Cole.

Fue una celebración informal, pues Angie había decidido abandonar la idea de una fiesta multitudinaria y salir a divertirse solo con Sloane y conmigo. Nuestra última noche de mujeres en la ciudad antes de convertirse en la esposa de Evan Black.

Habíamos empezado en The Castle porque las copas allí eran fuertes, los tíos estaban buenos y los dueños conocían a nuestros hombres, lo que nos permitió sacarles algunos bailes especiales de más a un palmo de la cara de Angie. Bailes que Sloane y yo grabamos con el móvil para enseñárselos a Evan.

Una vez entonadas, pedimos a Red que nos llevara a Forbidden Fruit. La idea era comprarle a Angie juguetitos para su luna de miel —y a ese respecto se nos fue un poco la olla—, pero yo también tenía que hacer compras personales, y antes de volver a la limusina compré un regalo para Cole y para mí, algo a lo que esperaba dar algún uso muy pronto.

La última parada, naturalmente, fue el Destiny, con cuyas bailarinas Sloane y yo nos habíamos confabulado para que se llevaran a Angie a los camerinos, la vistieran y le permitieran obsequiar a Evan con un baile privado.

Era otro momento iPhone, pero Sloane tendría que ocuparse sola. Yo estaba demasiado concentrada en el hombre que estaba hablando con Flynn en la barra sin apartar los ojos de mí.

—En una escala del uno al diez, ¿cuán borracha estás? —me preguntó Cole cuando me abracé a su cuello y lo besé con vehemencia.

—Estoy muy borracha —dije—. Muy, muy borracha. Pero tengo un regalo para ti.

—¿No me digas? Me alegra saber que has pensado en mí mientras estabas de juerga con las chicas.

Dejé la caja de Forbidden Fruit sobre la barra y le susurré algo al oído mientras paseaba la mano por su muslo y dejaba que mis dedos buscaran su polla ya erecta.

—Solo pensaba en ti —dije—. En tus manos, en tu polla, en tu boca. — Señalé la caja—. Ábrela.

Levantó la tapa y encontró una fusta de flecos de cuero negro idéntica a la que había conseguido materializar en mi imaginación.

Levantó la vista y en sus ojos descubrí el mismo brillo de expectación que refulgía en los míos.

—Llévame a casa —le ordené rozándole nuevamente la oreja con los labios—. Llévame a casa ahora.

—Por supuesto —dijo, y juro que infringimos una docena de normas de tráfico y que llegamos a casa en poco más de media hora. Una hazaña que casi desafiaba las leyes de la naturaleza.

—Voy a follarte —anunció una vez en el cuarto—. Esta noche voy a tomarte de todas las maneras posibles, pero primero te quiero en la cruz. Quiero tu espalda roja. Quiero que tu cuerpo cante.

Me limité a asentir con la cabeza, pues tenía la boca demasiado seca para formar palabras.

Sin esperar a que me lo ordenara, me coloqué en la cruz. Y mientras lo hacía sentí que la realidad y la fantasía se fusionaban. Ya lo había

experimentado antes. El contacto de las ligaduras en las muñecas y los tobillos. La presión del cuero acolchado contra la piel.

Y luego —sí— la mordedura afilada del primer azote, y del segundo, y de muchos otros mientras el dolor iba en aumento, pero también el placer. Un placer que crecía bajo el dolor y se elevaba como la lava de un volcán que no tardaría en estallar y cubrirlo todo.

Y así fue. Adrenalina, endorfinas, polvo mágico. Desconocía la causa y tampoco me importaba. Lo único que sabía era que había cruzado una línea, como en la fantasía. E igual que Cole me había guiado en el coche a través de palabras, me estaba guiando a través de la carne.

Estaba flotando. Estaba perdida. Estaba extasiada. Y el hecho de que esa clase de sexo, donde el morbo suave daba paso a cosas más fuertes, me atrajera tanto no hacía sino reafirmar mi certeza de que Cole y yo encajábamos a la perfección.

Un hecho que Cole demostró de una forma mucho más literal cuando me sacó de la cruz. Gemí contra su cuerpo sintiéndome viva y terriblemente excitada. Tenía el cuerpo débil y lánguido, pero el sexo caliente y mojado, y los senos sensibles.

Me colocó boca abajo sobre la cama, una postura con la que pensé que trataba de protegerme los hombros, todavía doloridos por los azotes, pero resultó ser mucho más.

Me pasó la mano despacio por la espalda y se inclinó sobre mí para besarme. Me abrió las piernas y me penetró con fuerza, y su mano en mi clítoris me llevó aún más alto y más lejos.

Sentía su polla caliente, maravillosa y familiar dentro de mí, o por lo menos así fue hasta que noté el lubricante en sus dedos y, a renglón seguido, el pulgar contra mi ano.

—Voy a tomarte por aquí —anunció—. Necesito tenerte de todas las maneras posibles. Necesito sentir que me exprimes.

Asentí, incapaz de decir palabra, pues mientras Cole hablaba había estado haciendo cosas increíbles, provocándome, ensanchándome, preparándome, así que cuando me apretó la polla contra el ano estaba lista, por lo menos todo lo lista que podía estar.

Entró. Despacio y con suavidad, pero aun así ahogué un grito de dolor.

—¿Duele?

—Sí —confesé—. Pero me gusta —añadí con la misma franqueza.

—Iré despacio —dijo—. Joder, nena, estás preciosa.

—No te detengas —le ordené—. Lo quiero todo.

—Glotona.

—Sí —convine, y ahogué otro grito cuando se hundió un poco más dentro de mí. Volví a sentir dolor, pero después de eso se produjo un milagro, porque el dolor se convirtió en placer, tal como había sucedido en la cruz.

—Más fuerte —le exigí—. Por favor, Cole, quiero el resto de ti.

—¿Estás segura? —preguntó, y cuando asentí me embistió una vez más, provocando oleadas de dolor y de placer en todo mi cuerpo.

Su gemido coincidió con el mío, y empezó a follarme fuerte, como había prometido. Fuerte, rápido y hondo, hasta que explotó en mi interior y cayó desplomado sobre mí. Luego, apretándome contra él, me acarició perezosamente el clítoris hasta hacerme alcanzar el éxtasis.

Después de eso yací entre sus brazos. Tenía la cruz frente a mí, y me quedé un rato mirándola.

—Gracias —dije al hombre acurrucado contra mí.

—¿Por qué?

—Por todo, pero en estos momentos por eso. —Señalé la cruz—. He sentido cosas que no había sentido nunca. Me he sentido viva. Me he sentido... —Me interrumpí antes de pronunciar la palabra que quería decir. «Amada». En lugar de eso, terminé el pensamiento con «especial».

Permanecimos un rato tendidos sobre la cama. Luego Cole se levantó y caminó hasta la cruz. Se detuvo unos instantes frente a ella y se volvió hacia mí.

—Vas a tener que abrochar esas correas —dijo, y sentí un temblor en el cuerpo.

—¿Estás seguro, Cole?

—Claro. Quiero eso de ti, si estás dispuesta a dármelo.

Asentí, aunque tenía que reconocer que estaba nerviosa. Y cuando Cole se colocó en la cruz, le ató a toda prisa los tobillos y las muñecas. Me volví hacia el espejo y al verlo allí, desnudo y ligado, sentí que algo cambiaba dentro de mí, como la sensación cuando caes de un bordillo. Ese hombre —

ese hombre fuerte, ese hombre herido— se estaba dando a mí. Estaba entregándome su confianza, sus emociones, su alma y su corazón.

Me sentí pequeña y algo asustada. Tenía miedo de no hacerlo bien, miedo de convertir lo que había entre nosotros en algo malo en lugar de bello.

Me miró por el espejo y en sus ojos vi comprensión.

Encogí un hombro en un gesto que podría haber sido de disculpa.

—Me da miedo hacerlo mal —reconocí quedamente para ocultar lo ridícula que me sentía.

—Lo harás bien, nena —dijo—. Ve poco a poco.

Así lo hice, tratando de imitar lo que él había hecho, deseando darle el mismo placer que él me había dado a mí. Empuñé la fusta de flecos, la sacudí de la manera que él me había enseñado y se me escapó una mueca de dolor en los dos primeros intentos, que resultaron ser sumamente flojos.

Cole me miró entonces a los ojos y la pasión que vi en ellos me inyectó fuerza. Probé de nuevo y esa vez noté el impacto. Y supe que lo había hecho bien por el gemido de placer que salió de su garganta.

Necesité algunos azotes más para encontrar el ritmo, y aunque mis golpes no eran ni de lejos tan precisos como los de Cole, me manejaba bien. Y mientras lo azotaba —mientras veía los flecos quemarle la piel— sentí crecer dentro de mí un poder primitivo, un poder que parecía aumentar con la intensidad de sus gemidos.

—Kat —dijo al rato, arrancándome del trance sensual en el que me había sumido.

Cuando me volví hacia el espejo, nuestras miradas se encontraron. Y la autoridad que vi en sus ojos me desarmó, me arrebató el poder y lo puso a él de nuevo al mando pese a seguir ligado a la cruz con las piernas y los brazos abiertos.

—Desátame —dijo, y me apresuré a obedecer.

En cuanto le quité las ligaduras, me levantó en brazos y me llevó a la cama.

—¿Tienes idea de lo alucinante que ha sido? —preguntó maravillado.

Asentí con la cabeza, incapaz de hablar, segura de que se me saltarían las lágrimas si decía algo. Porque, efectivamente, había sido alucinante, y también lo era la unión que compartíamos. Esa nueva intimidad que no podía

ser sustituida ni siquiera por la forma en que me abrazó, la forma en que me abrió, la forma en que se hundió dentro de mí.

Y cuando estallamos juntos y volví a acurrucarme entre sus brazos, dejé que las lágrimas brotaran libremente, demasiado emocionada para poder contenerlas.

—No, nena, no —dijo mientras me acariciaba el pelo y me besaba la sien—. Has estado fantástica. De veras, ha sido increíble. Tranquila —añadió, y siguió diciéndolo mientras yo luchaba por dejar de llorar para poder hablar.

—No estoy dolida —dije al fin—. En serio. Tú que ves dentro de mí, ¿cómo es posible que no lo sepas? —Inspiré hondo—. No estoy dolida, sino todo lo contrario. Estoy impactada. Estoy abrumada. Todavía no puedo creer lo unida que me siento a ti en estos momentos.

—Catalina. —Eso fue todo lo que dijo antes de apretarme contra su cuerpo y besarme con furia. Cuando se apartó, vi una pasión en su rostro que no creía haber visto antes y que confié en retener para siempre en mi memoria.

Una pasión que me emocionó, pero fueron sus palabras lo que hizo que el mundo desapareciera bajo mis pies.

—Te quiero.

Me aferré a su cuerpo con el corazón palpitante.

—Cole. —No fui capaz de decir nada más.

Me acarició el pelo, me observó detenidamente y me cubrió la frente de besos.

—Ay, nena —murmuró—. Lo siento, lo siento mucho.

—¿Lo sientes? —Noté que la voz me temblaba—. ¿Sientes haber dicho que me quieres?

—Siento no habértelo dicho antes. Pensaba que lo sabías.

—Lo sabía. Lo sé. —Cerré los ojos y unas lágrimas calientes me resbalaron por las mejillas—. Pero temía que no fueras a decirlo nunca.

—Lo he dicho cada vez que te tocaba —susurró—. Cada vez que te miraba.

—Es verdad —reconocí, y con una sonrisa añadí—: Yo también te quiero. Más de lo que puedo expresar. Más incluso de lo que puedo imaginar.

Me dio un beso lento y tierno.

—¿Recuerdas cuando te dije que el sexo puede jodernos? —preguntó pensativo.

Asentí.

—Es cierto, pero debí ser más concreto. El sexo ocasional, el sexo con la persona equivocada, el sexo desapegado, todo eso puede joderte la cabeza. Pero lo que tenemos nosotros, el sexo combinado con el amor, cariño, creo que eso es lo que nos hace plenos.

La luz ambarina del sol del atardecer envolvía el interior del pabellón McGinley, en el Jardín Botánico de Chicago, de una sensualidad mágica, como si a todos los allí reunidos para la boda de Angie y Evan nos hubieran transportado al país de las hadas.

Los suaves acordes de la orquesta habían predominado durante la última hora, pero de pronto comenzó una música solemne, una marcha tradicional que nos acompañó a Sloane y a mí por el pasillo hasta nuestros lugares respectivos al otro lado de Tyler y de Cole.

Sin apenas darme tiempo a mirar de reojo a Cole, la música dio paso a una marcha nupcial. Los invitados se pusieron en pie y se volvieron para ver entrar a Angie con un deslumbrante vestido de cuentas cosidas a mano y una cola de tres metros.

Avanzando por el pasillo del brazo de su padre, parecía flotar, y el silencio era absoluto salvo por la marcha nupcial. Hasta los insectos del jardín parecían haber callado por deferencia a esa mujer cuyo aspecto era tan radiante que parecía iluminada por dentro.

En el instante en que su padre la entregó a Evan, que parecía tremendamente feliz, tuve que parpadear para ahuyentar las lágrimas. Cuando el pastor comenzó la ceremonia, permanecí al lado de Sloane, agarrando mi ramo, y me volví hacia el mar de rostros. Había algunos amigos, pero el resto eran desconocidos, y recordé que aunque Angie se había convertido enseguida en una parte importante de mi vida, las dos teníamos muchos años a nuestras espaldas de los que la otra nada sabía. Curiosamente, la idea me

reconfortó. Tenía tantas cosas que descubrir aún sobre mis amigas. Sobre Cole. Qué caray, sobre mí.

Miré de soslayo a Cole, que estaba junto a Tyler y a Evan, y advertí que me estaba observando. Yo ya estaba emocionada por el simple hecho de estar en una boda, pero fue tal la ternura que vi en su mirada que tuve que desviar la vista por temor a echarme a llorar de verdad.

Me concentré en Evan, en la expresión de su cara, que traslucía amor, dicha, pasión y muchas otras emociones inspiradoras.

Yo también quería eso, me dije. Quería estar en el lugar de Angie, avanzar por el pasillo hacia el hombre que amaba.

Quería ver a Cole mirarme de ese modo.

Bodas. Contuve un suspiro y me concentré de nuevo en la novia. En mantener la sonrisa. En intentar recordar lo que la madre de Angie me había pedido que hiciera después de la ceremonia para ayudar al personal contratado para el banquete.

Tenía la cabeza tan llena de cosas que la boda transcurrió en una neblina romántica que no se levantó hasta que escuché el familiar «Puede besar a la novia» y vi a Evan estrechar ávidamente a Angie entre sus brazos.

Después de eso hubo más música y otro desfile por el pasillo seguido de felicitaciones y fotos, besos y abrazos.

En un momento dado Tyler agarró un micrófono y —tras el chirrido de retroalimentación— pidió silencio. Empezó felicitando a Angie y a Evan, habló de lo mucho que estaban hechos el uno para el otro, deleitando a la multitud.

—Pero ya basta de hablar de ellos —dijo—. Tengo algo que anunciar, y se me ha ocurrido que una boda es el lugar idóneo. —A su lado Sloane estaba ruborizándose ligeramente, lo cual me pareció desconcertante y divertido dado que ella raras veces se sonroja—. Esta mañana le he pedido a Sloane que se casara conmigo y ella me ha concedido el honor de aceptar. Gracias —añadió cuando estallaron los aplausos—. Pero he de añadir que Evan ya no es el hombre más afortunado hoy aquí. Tiene que compartir ese título conmigo.

—¿Por qué no? —gritó una voz entre los invitados—. Vosotros lo compartís todo. Y ya puestos, ¿dónde está Cole?

Todas las miradas se volvieron hacia mí —no hacia Cole— y noté que las

mejillas me ardían aún más que a Sloane.

Por fortuna, el personal empezó a pedir a la gente que regresara al pabellón, que rebosaba de comida y de vino y de una música maravillosa que un grupo interpretaba quedamente en un rincón.

Me rezagué un poco intentando encontrar a Cole, que había sido engullido por el torrente de gente cuando salíamos del pabellón en tropel. No di con él, así que entré en el pabellón con la esperanza de encontrarlo allí. No lo vi —al principio no—, pero sí divisé a Sloane. Estaba en la pista de baile en brazos de Tyler, y su rostro resplandecía como si tuviera velas alumbrándola por dentro. Reparó en mí y la sonrisa se le ensanchó. Alzó la mano, me señaló la sortija y pronunció con los labios la palabra «diamantes» antes de reírse como una niña mientras su recién acuñado prometido la hacía girar y la besaba con pasión en medio de la pista de baile.

En un momento dado los demás bailarines se separaron y ahí estaba Cole. Observándolos también con una expresión de nostalgia y de felicidad. Probablemente notó el peso de mi mirada, porque se volvió y sus ojos encontraron de inmediato los míos. Durante un instante solo existimos él y yo en el mundo. Entonces sonrió y el hechizo se rompió, pero no me importó. Sentí que podía hacer frente al resto del mundo porque tenía a ese hombre a mi lado.

Ignorando a los bailarines, cruzó la pista de baile tomando el camino más corto.

—Algún día —dijo. Me agarró la mano y me miró con un anhelo que me hizo temblar—. Algún día serás una novia preciosa.

El corazón se me paró un segundo, pero antes de que pudiera pensar en sus palabras —antes de que pudiera procesarlas o incluso permitirme preguntarme si realmente Cole quería decir lo que yo esperaba que quisiera decir— me arrastró hasta la pista de baile y juntos nos sumergimos en la música, la gente y la alegría del momento.

Feliz. Una palabra tan sencilla pero tan poderosa. Así me sentía con Cole.

Había otras emociones, por supuesto. Deseo, lujuria, necesidad, curiosidad, avidez y ternura. Y muchas más.

Yo seguía sonriendo como una boba horas más tarde, después de que los invitados hubieran comido el pastel y la limusina extralarga se hubiera

llevado a Evan y a Angie para comenzar su luna de miel de cuento de hadas. Estaba junto a la fuente de champán, cubriéndome el pecho con los brazos, cuando Damien y Nikki se acercaron para despedirse.

—Ojalá pudiéramos quedarnos —dijo Nikki—. Nos encantaría pasar más tiempo contigo y con Cole, y apenas he visto Chicago. Pero quizá en otra ocasión.

—Nos encantaría —dije con franqueza.

Damien me dio un beso en la mejilla, y reparé en las miradas de asombro y de envidia de algunas de las invitadas que se habían pasado la noche haciéndole disimuladamente fotos con el móvil.

—Si no vas con cuidado —le previne—, acabaremos saliendo en Facebook.

—Que cuenten lo que quieran —dijo Nikki. Ladeó la cabeza para señalar a Damien—. Hace tiempo que se acostumbró a las habladurías. Al fin estoy llegando a un punto en que ya no siento que vivo en una pecera. O, para ser más precisa, estoy empezando a sentirme como un pez que puede ignorar lo que sucede fuera de la pecera.

Reí, pero no pude evitar pensar que había tenido suerte con Cole. Aunque salía con frecuencia en los periódicos, y a partir de entonces sin duda yo también sería incluida en las fotos, su fama se limitaba a Chicago. Nikki y Damien eran reconocidos en todo el mundo, y más les valía no ser pillados en un escándalo porque no tendrían dónde esconderse.

Sinceramente, prefería mi situación.

—¿Has visto a Cole? —me preguntó Damien.

—Toda la tarde, y casi siempre pegado a mí —dije—. Hace un rato se ha llevado a Tyler a un lado. Creo que los he visto bajar hacia el agua.

Cuando Nikki y Damien se alejaron para seguir con las despedidas, busqué a la señora Raine para que me informara de mi misión posnupcial. Minutos después vislumbré a Cole y a Damien hablando cerca del pabellón. Por lo visto Damien tenía algo más que decirle aparte de adiós, porque Cole no parecía contento.

Me disponía a acercarme a ellos para preguntarles qué estaba pasando — y si debía inquietarme por mi padre— cuando la señora Raine me reclutó para que me ocupara del personal de catering y de las flores. Vacilé, pero

sabía que Cole no haría nada que pusiera en peligro a mi padre, ni permitiría que siguiera allí si corría el riesgo de ser encontrado.

Para cuando terminé mis obligaciones nupciales de dama de honor, la mayor parte de los invitados se había marchado y yo también estaba lista para irme. Aún quería saber de qué habían estado hablando Cole y Damien, pero podía esperar a estar en el coche para preguntárselo.

El problema era que no encontraba a Cole por ningún lado.

Al principio no le di importancia; Cole era mayorcito y en el banquete aún quedaban invitados suficientes para que alguno se lo hubiera llevado a un lado para charlar. Pero transcurrida media hora empecé a inquietarme de verdad.

—No desde hace por lo menos una hora —me dijo Tyler cuando le pregunté si había visto a Cole.

—Estaba hablando con Damien, y no parecían muy contentos. ¿Sabes si ha ocurrido algo?

—No —dijo Tyler—. Sé que hace unos días hubo problemas en la galería de Los Ángeles. Unos chicos de Malibú apedrearon las vitrinas. Quizá sea por eso.

Fruncí el entrecejo. Quizá, pero algo me decía que no.

—Sea lo que sea, no lo encuentro por ningún lado. Si lo ves, dile que lo estoy buscando.

—¿Le has enviado un SMS?

Asentí.

—Aunque lo más seguro es que después de la ceremonia olvidara volver a poner el sonido al móvil.

—Puede que haya ido a la oficina del servicio de catering —me dijo Sloane cuando Tyler se marchó a saludar a un conocido—. Si traen documentos durante una boda, querrá decir que son importantes.

—¿De qué estás hablando?

—¿No has visto al mensajero? Ha venido hace unos veinte minutos. Puede que Cole tuviera que firmar algo y enviarlo por fax.

Fruncí el entrecejo y fui en busca de la mujer que nos habían asignado de coordinadora. La mujer llamó a la oficina, pero el personal de allí le dijo que no habían visto a Cole en todo el día.

—Eso significa que tiene que estar por aquí —dijo Sloane, pero yo empezaba a tener un mal presentimiento.

—Voy a ver si el Range Rover sigue aquí —dije.

Sloane enarcó una ceja.

—No digas tonterías. Cole no te dejaría colgada.

—No me dejaría colgada. Tú estás aquí, ¿no?

Sloane arrugó la frente pero no replicó. Tampoco dijo nada hasta que llegamos al aparcamiento y encontramos el espacio donde Cole había estacionado el Range Rover vacío.

—Esto empieza a ponerse feo —farfulló.

Una de las ventajas de que Sloane fuera ex policía y actualmente trabajara en la agencia de investigación de los Tres Caballeros Guardianes era que tenía acceso al sistema de rastreo del Range Rover de Cole. No solo eso, sino que podía acceder al mismo a través de una aplicación web, y guardaba el portátil, la cámara y otras herramientas de su oficio en el portaequipajes de su Lexus.

—La costumbre —comentó encogiéndose de hombros mientras encendía el portátil e iniciaba la sesión.

Estábamos sentadas en su coche, yo con los ojos clavados en la pantalla y martilleando el suelo con el pie porque el programa no arrancaba lo bastante deprisa para calmar mis nervios.

Cuando finalmente se inició, mi frustración fue en aumento. No entendía nada, por lo menos hasta que Sloane realizó algunos ajustes y convirtió las especificaciones al modo mapa. Señaló con el dedo un punto morado que parpadeaba en la pantalla.

—Está en la zona sur de la ciudad. —Se volvió hacia mí—. En pleno meollo. Y el vehículo no se mueve.

—En pleno meollo —repetí contemplando las rayas que representaban calles de barrios que no conocía y no estaba segura de querer conocer—. ¿Te refieres a barrios de bandas?

—Sí.

Me dije que no debía ponerme nerviosa, pero reconozco que estaba teniendo problemas para seguir mis propios consejos.

—Bien, entonces iré allí.

—Iremos allí —me corrigió Sloane antes de poner el coche en marcha.

—¿Y Tyler? —le pregunté.

Como respuesta pulsó el botón del volante para conectar el manos libres. Salió el buzón de voz, y Sloane me miró encogiendo los hombros.

—Está relacionándose —dijo—. Y no, no le hará ni puñetera gracia que nos metamos en territorio de bandas sin él, pero tengo años de experiencia en homicidios y una Glock en la guantera. Aun así, la decisión es tuya. Si quieres esperar, esperamos.

Negué con la cabeza.

—En lo que a mí respecta, ya hemos esperado demasiado. —No podía sacudirme el presentimiento de que algo terrible había sucedido, aunque ignoraba qué.

—En ese caso ya me las veré con Tyler más tarde. —Sloane me dirigió una sonrisa y apretó el acelerador—. Si se cabrea, solo significa que tendré que recompensarle con una noche de sexo salvaje.

—Visto así —dije, y agarré el cinturón de seguridad, diciéndome que eso aumentaría mis probabilidades de salir con vida de nuestra búsqueda.

Incluso con Sloane al volante tardamos más de cuarenta y cinco minutos en llegar al cruce de Fuller Park, donde hallamos el Range Rover de Cole estampado contra un dispensador de periódicos que podía o no haber estado ya convertido en un amasijo de hierros.

—Mierda. —Sloane sacó la pistola de la guantera y se la metió en el bolsito de cuentas. Como no cabía, la empuñadura asomaba por arriba.

Levanté una ceja.

Se encogió de hombros.

—En este barrio casi prefiero llevarla a la vista. Echemos un vistazo al coche. Puede que tengamos suerte y encontremos a Cole durmiendo la mona en el asiento de atrás.

Lo dudaba, pero como la esperanza es lo último que se pierde, la seguí. Al otro lado de la calle, dos yonquis escuálidos sentados en el bordillo situado frente a un edificio de ladrillo ruinoso, que creo que era un bar aunque no podría jugarlo, nos llamaron. Arrastraban las palabras y no parecían interesados en acercarse, algo que, francamente, agradecí.

A unos metros del lugar donde el Range Rover se había empotrado contra el dispensador de periódicos había un banco, y me di cuenta de que se trataba de una parada de autobús. Estaba ocupado por un tipo de constitución fuerte, con una camiseta imperio mugrienta y un brazo plagado de tatuajes, que daba largos tragos a algo oculto en una bolsa de papel marrón. Estaba girado hacia nosotras, pero no podía saber hacia dónde miraba porque unas gafas de sol le cubrían los ojos. Aun así, estaba segura de que éramos el objeto de su atención, y me dediqué a vigilarlo mientras Sloane examinaba el coche de Cole.

Tenía la cabeza completamente quieta y estaba inmóvil, pero esbozó una sonrisa lenta para mostrar una ristra de dientes con fundas de oro que brillaron con la luz agonizante del atardecer.

A decir verdad, me alegré de que Sloane llevara pistola.

—¿Algo? —pregunté con la esperanza de que Sloane escuchara mi ruego silencioso de que espabilara.

—Nada. —Probó la portezuela y esta se abrió. Paseó la mirada por el interior del vehículo y se volvió hacia mí—. Fuera lo que fuera lo que le ha traído el mensajero, o lo tiene consigo o se lo ha dejado en la boda.

Nuestro amigo de la dentadura dorada se puso en pie y se nos acercó.

—¿Necesitas ayuda, Ricitos de Oro? ¿Qué ocurre? ¿Uno de los tres ositos te ha dado plantón en el baile?

Contemplé mi vestido de dama de honor y torcí el gesto.

—Algo así —reconocí.

—Kat. —La voz de Sloane poseía un tono de advertencia, y comprendí que me estaba recordando que ese tipo podía pasar de mirarme a matarme en un abrir y cerrar de ojos.

Enderecé los hombros y lo miré ladeando la cabeza para transmitir una imagen de seguridad.

—¿Te estás ofreciendo a echarnos una mano?

—Depende. A esto, zorrillas blancas, invita la casa: si estáis buscando al cabrón que se cargó ese pedazo de coche, estáis en el lugar equivocado.

—¿Sabes dónde está? —pregunté.

—Sé dónde no está. Y ya no está por aquí, eso seguro. Pero el muy hijo de puta ha provocado serios daños en mi manzana antes de pirárselas.

—Daños —repitió Sloane—. ¿Te refieres a empotrar el coche contra el dispensador de periódicos?

—Joder, no. El coche casi ni lo tocó. Me refiero a sacar la llave de las ruedas y machacar esa cosa a hostias —explicó señalando el amasijo de hierros que en otros tiempos había dispensado periódicos.

Miré a Sloane. Todavía ignoraba qué había cabreado a Cole de ese modo, pero si la había emprendido a golpes con el dispensador, significaba que era más grave de lo que pensaba.

—¿Has visto hacia dónde se ha ido? ¿Se ha marchado caminando? ¿Ha llamado a alguien? ¿Ha tomado un taxi?

El tipo soltó una carcajada que me puso los pelos de punta.

—Joder, tía, ¿crees que esto es Nueva York? ¿Que la peña sale a la calle y para un taxi como si tal cosa? Vuelve al cuento de hadas del que has salido.

—Puede que lo haga —dije—. Pero primero dime ¿qué ha pasado? ¿Adónde se ha ido?

—¿Por qué debería hablar con una zorra rubia que se dedica a hacer preguntas sobre un hermano?

—Soy su novia.

—Y una mierda. Tu culito de princesa no podría con ese cabrón.

—Mi culito de princesa puede hacer maravillas —repliqué—. Y ahora dime adónde coño ha ido.

—La señorita los tiene bien puestos —dijo el tipo con un asentimiento de cabeza, quizá en señal de respeto—. No tengo ni pajolera idea de adónde se ha largado, pero le ha lanzado tres de los grandes a mi muchacho Kray y se ha llevado la moto en la que estaba sentado. Un cacharro de puta madre. Podría estar en cualquier parte.

—Tiene razón —dijo Sloane—. Sin GPS es como buscar a ciegas.

—¿Adónde crees que puede haber ido? —Me froté la cabeza.

—No lo sé —dijo Sloane—. ¿Por qué ha venido aquí? ¿Porque es el barrio donde creció?

—Quizá. Déjame pensar.

Dimos las gracias a nuestro informante, quien, en un arrebatado de caballerosidad, nos dijo que sacáramos nuestras blancos culos de allí porque estaba oscureciendo y el próximo cabrón con el que nos topáramos podría

querer algo más que hablar del pirado de mi novio.

Siguiendo su consejo, regresamos al Lexus y volvimos a la carretera principal.

—Espera un momento —dije.

Sloane redujo la velocidad mientras yo marcaba el número de Bree de Los Ángeles. Confiaba en que hubiese hablado con Cole, pero cuando me dijo que no le pedí la dirección de la casa donde había crecido.

—¿Todo bien?

—Eso espero —respondí antes de prometerle que la llamaría en cuanto supiera algo.

Sloane condujo muy despacio por delante del hogar donde Cole había crecido, una habitación en la segunda planta de un edificio de ladrillo roñoso con pinta de poder venirse abajo en cualquier momento. Sentada en la escalinata había una mujer mayor, y cuando la interrogamos nos dijo que dentro no había nadie. Barajé la posibilidad de entrar para verlo con mis propios ojos, pero cuando Sloane señaló que la moto que Cole había comprado no se veía por ningún lado, estuve de acuerdo en que era preferible largarse de allí.

—Llévame a casa —dije notándome el cuerpo pesado y maltrecho, no sabía si por la preocupación por Cole o simplemente porque estaba abrumada por la pobreza y la miseria del barrio donde había crecido. Lo único que sabía era que solo necesitaba acurrucarme en el sofá y llorar.

Bueno, casi solo.

Lo que más necesitaba en el mundo era a Cole.

—No estamos lejos de la casa de Cole —observó Sloane al tiempo que dirigía el coche hacia Hyde Park—. Puede que su intención fuera ir a su casa pero decidiera dar un rodeo. Miremos primero allí y luego, si quieres, te llevaré a casa.

Asentí con la cabeza, aunque no me hacía ilusiones, y cuando llegamos a la casa la encontramos vacía.

—Te lo ruego —dije después de llamar de nuevo al número de Cole y no obtener respuesta—, llévame a casa.

Sloane asintió y pusimos rumbo a mi casa en silencio. Una vez dentro, me acurruqué en el sofá.

Sloane me preparó un chocolate caliente y se acuclilló a mi lado.

—¿Quieres que me quede? —me preguntó.

—Sí. No. —Me incorporé—. No —repetí con firmeza—. Vuelve con Tyler. Puede que se le ocurra algo. Llámame si encuentras a Cole. No sé... —Me encogí de hombros, sintiéndome inútil—. No sé si es lo mejor, pero me gustaría estar sola.

Sloane plantó una mano en el sofá y la otra en mi hombro y me miró fijamente a los ojos.

—Sea lo que sea, seguro que está bien.

Asentí, aunque tenía mis dudas al respecto. Habíamos llegado tan lejos Cole y yo. Sin embargo, cuando había sucedido algo terrible, no había acudido a mí. Cole había estallado —había perdido los estribos a juzgar por el dispensador de periódicos—, pero yo había estado completamente fuera de su radar.

Sabía que Sloane tenía razón: algún día Cole conseguiría sanar. Había luchado por ello. Había resuelto todos los problemas que le habían surgido. Se había machacado y había conseguido apaciguarse. Se pondría bien. Seguro que se pondría bien.

Y me alegraba.

Pero lo cierto era que cuando las cosas se habían puesto feas, había huido de mí en lugar de acudir a mí. Y ese simple hecho me oprimía el corazón.

Sloane se quedó un rato más y al final se marchó con la promesa de que iría a buscar a Tyler y de que me llamaría si averiguaban algo. En cuanto oí que el coche se alejaba, me levanté de un salto. No estaba segura de lo que iba a hacer, pero sabía que necesitaba moverme.

Lo que de verdad quería era enfrentarme a Cole. Decirle que era un idiota. Clavarle el dedo en el pecho y preguntarle en qué coño estaba pensando. ¿Acaso no sabía que podía contármelo todo? ¿Que no tenía que ocultarme su genio? ¿Que si necesitaba explotar podía hacerlo delante de mí?

¿Acaso no sabía que le amaba? ¿Acaso no entendía qué significaba eso?

Presa de la frustración, agarré el móvil y marqué su número una vez más. Y una vez más me salió el buzón de voz.

—Maldita sea, Cole —espeté—. ¿Dónde estás? Llámame. Me estás asustando, ¿sabes? No porque tenga miedo de que te hayan hecho daño, sino

porque tengo miedo de que... —Se me cortó la respiración y parpadeé con violencia para contener las lágrimas—. Simplemente tengo miedo —concluí abatida. Y como no quería seguir diciendo chorradas, colgué.

Acto seguido llamé a mi padre al teléfono de prepago. No era consciente de haber tomado la decisión de llamar, pero el teléfono empezó a sonar y comprendí que aparte de ver a Cole, lo único que quería en ese momento era oír a mi padre decirme que todo iba a salir bien.

—Kitty Cat —dijo con dulzura.

—Papá. —La única palabra que fui capaz de pronunciar a través de las lágrimas que se agolpaban en mi garganta.

—¿Me llamas para darme una buena noticia? Pensaba que no llamarías a tu viejo hasta que todo este asunto pasara.

—Lo sé. Lo siento, no era mi intención crearte esperanzas.

Se hizo el silencio. Luego la voz de mi padre volvió a sonar dulce y queda.

—Cariño, ¿qué ocurre?

Y esa fue la gota que hizo estallar el dique.

—Nada —dije mientras las lágrimas manaban libremente de mis ojos—. Nada que tenga que ver contigo, quiero decir. Supongo que... —respiré hondo—, supongo que simplemente tengo ganas de verte y no puedo, todavía no. Pero necesitaba oír tu voz.

—Me estás asustado, criatura. ¿Piensas contarle a tu padre qué ocurre? ¿Te has metido en problemas?

—No —me apresuré a contestar—. No. Es Cole.

—¿Os habéis peleado? —preguntó en un tono protector.

—No, pero cuando dé con él creo que sí nos peharemos. —Le conté en pocas palabras lo ocurrido. Que algo había disgustado a Cole y que había desaparecido en la noche para luchar contra sus demonios.

—Bueno, son sus demonios, ¿no? —dijo mi padre.

—Sí, pero...

—Dale una oportunidad, cariño.

—¿Una oportunidad?

Suspiró.

—El amor no cambia a las personas, criatura. Todo lo contrario. El amor

te permite quitarte la armadura que te has puesto para protegerte de la gente chungu que hay en el mundo. ¿Amas a Cole?

—Sí.

—¿Le amas menos porque necesite estar un tiempo a solas?

—No, claro que no. Pero... —Noté que mi miedo y mi enfado se diluían ligeramente—. Quiero ayudarle —me atreví a confesar—. Quiero que me necesite.

—Estoy seguro de que te necesita. Pero ¿significa eso que ha de seguir el guión que tú tienes en la cabeza? Dale espacio. Habla con él. No crees un problema hasta que exista de verdad. He visto la manera en que te mira ese muchacho —añadió mi padre—, y créeme si te digo que te ama.

Estaba sonriendo para cuando colgué, lo cual era todo un milagro teniendo en cuenta que no estaba más cerca de encontrar a Cole. Pero las palabras de mi padre habían conseguido calmarme, y me entristecía que Cole hubiera pasado toda su vida sin unos padres que velaran por él.

Aunque en realidad no era así.

Ladeé la cabeza mientras daba vueltas a ese pensamiento. Puede que Cole no hubiera tenido un padre y una madre. Puede que no hubiera llevado la típica vida con unos padres, una valla y un perro. Pero había tenido hermanos, ¿no? Tyler y Evan.

Y había tenido un padre. Había tenido a Jahn.

Yo quería ver a mi padre pero no podía, de modo que había optado por la siguiente mejor opción: telefonarle.

Cole no podía ir a ver a Jahn ni hablar con él, pero si quería sentirse cerca de su amigo y mentor, podía ir al lugar donde había vivido.

Podía ir al antiguo apartamento de Jahn.

Nadie contestó cuando llamé al interfono, pero me dije que no importaba. Cole estaba ahí dentro, porque tenía que estar ahí dentro. Porque si no estaba, se me habían acabado las ideas, y eso era sencillamente inaceptable.

Angie me había dado una llave y la clave de seguridad meses atrás para que pudiera utilizar el gimnasio y la piscina siempre que me apeteciera. No obstante, nunca había entrado en el apartamento propiamente dicho sin su

permiso.

Esta noche lo hice.

—¿Hola? —llamé cuando entré en el vestíbulo—. ¿Cole?

No hubo respuesta. Volví a llamarle mientras cruzaba la sala de estar y entraba en la cocina y los dormitorios.

Nadie.

Regresé a la sala con una expresión ceñuda. La estancia estaba impoluta. Era evidente que nadie había cargado contra ella en un arrebato de ira. ¿Significaba eso que Cole no había estado allí? ¿O significaba simplemente que había empezado a calmarse?

Howard Jahn solía decir a quien quisiera escucharle que una de las razones por las que compró ese apartamento era que la sala de estar tenía una magnífica escalera de caracol que conducía a una azotea aún más magnífica. Me volví hacia la escalera y dejé que mi mirada viajara hacia arriba.

Por favor, pensé, y caminé hasta ella.

Subí despacio, deseando encontrar a Cole y, al mismo tiempo, deseando aplazar mi decepción si no estaba.

No estaba.

No había luces en la azotea cuando pasé por la puerta de cristal corredera al suave suelo de pizarra. Eché un vistazo a mi alrededor, mirando a través de la negra noche primero hacia la barandilla y el cristal que daban al lago y luego hacia la cocina completamente equipada y la zona para sentarse.

Ni rastro de Cole.

Respiré hondo, permitiendo que mis hombros subieran y bajaran mientras aceptaba la desagradable realidad. Me disponía a volver adentro cuando algo sobre un pequeño banco de hierro situado delante de la barandilla de cristal me llamó la atención. Un sobre amarillo. Y encima del sobre, la piedrecilla verde que había visto frotar a Cole cuando estaba preocupado, frustrado o disgustado.

Antes de venir me había puesto unos tejanos, así que me guardé la piedra en el bolsillo. Lo del sobre era más delicado. Quería abrirlo. Pero no me decidía.

Sin embargo, no podía combatir aquello que no podía entender, así que inspiré hondo, abrí la solapa ya despegada y volqué el contenido sobre mi

regazo.

«Dios mío, Dios mío, Dios mío».

Fotografías. Docenas de fotografías.

La clase de fotografías que aparecen en revistas que solo existen para que los hombres se masturben. Y en todas ellas salía yo.

Yo con las piernas abiertas sobre la cruz de San Andrés.

Yo inclinada hacia delante con las piernas separadas y la polla de Cole penetrándome con fuerza. Sin embargo, él no salía en la foto. Solo se me reconocía a mí.

Yo ligada fuertemente con una cuerda y el clítoris presionado por un nudo.

También reconocía el lugar. ¿Cómo no iba a reconocerlo? Mi casa. Nuestro cuarto de juegos. El fotógrafo había encontrado resquicios en las persianas. Se había colado en el jardín trasero de mi casa y había visto cómo Cole me hacía suya y yo me entregaba a él de mil formas diferentes.

Mientras las miraba, se me revolvió el estómago y la bilis me trepó hasta la garganta. No por lo que mostraban, sino por la manera en que lo mostraban. Convertían mis momentos más íntimos en algo frío, violento y grotesco.

Mi intimidad había sido distorsionada hasta convertirse en pornografía.

¿Quién? En ese momento juro que podría haber matado al cabrón que había violado nuestra intimidad de forma tan brutal. Pero ¿quién demonios lo había hecho? ¿Y qué pretendía hacer con esas horribles fotos?

Me disponía a llamar a Sloane para contarle lo ocurrido cuando me sonó el móvil. Casi di una voltereta hacia atrás para sacármelo del bolsillo, y cuando vi que era Tyler y no Cole, me desinflé.

—¿Sabes algo? —le pregunté.

—Cole está en el BAS —dijo Tyler refiriéndose a Black, August, Sharp Security—. Acabo de introducir la clave. Voy a entrar.

—No —dije—, déjame a mí. Estoy en el apartamento de Evan. Llegaré en menos de diez minutos.

—¿Tienes idea de qué está pasando? —preguntó Tyler—. ¿Qué hace en la oficina? ¿Por qué diantre ha pedido el avión privado para esta noche?

El avión privado.

Pensé en el cuarto de armas del BAS. Y pensé en el hecho de que un avión privado no tenía que lidiar con la seguridad del aeropuerto.

—¿Adónde va? —pregunté, experimentando una sensación de náuseas cuando las piezas empezaron a encajar.

—El plan de vuelo tiene como destino Atlantic City —dijo Tyler.
Solté una maldición.

—Sé por qué va allí —dije—. Va a matar a Ilya Muratti.

Lo encontré en el cuarto de armas, metiendo cajas de munición en un talego que ya contenía dos pistolas y un revólver.

—¿Piensas cargarte a todo su personal? —pregunté quedamente—. ¿O solo a él?

No se volvió, pero vi que se le tensaban los hombros.

—Maldita sea, Cole, no puedes hacer eso.

—Ya lo creo que puedo —dijo despacio; sus palabras eran tan afiladas y estaban tan llenas de dolor que parecían sangrar—. De hecho, es lo único que puedo hacer.

—No. —Di un paso, luego otro. Me detuve justo detrás de él y posé una mano suave en su espalda.

Esperaba que se apartara, y al ver que no se movía cerré los ojos, la manifestación física de un suspiro de alivio. «A lo mejor no lo he perdido del todo».

—Por favor —dije—, date la vuelta y mírame.

Pensé que me ignoraría, pero se volvió poco a poco y me clavó la mirada. Una mirada fría y decidida, peligrosa y desesperada.

Negué con la cabeza.

—No puedes hacerlo.

—¿Has visto las fotos? —preguntó en un tono tenso y severo. Sus palabras destilaban ira, pero una ira dirigida a sí mismo más que a Muratti—. ¿Has visto el puto infierno en el que te he metido?

—¿Tú? ¿Crees que es culpa tuya? Por Dios, Cole, esto es tan culpa tuya

como lo que le ocurrió a Bree. Nadie tiene la culpa salvo Muratti y el cabrón del fotógrafo que se coló en mi propiedad. Y —añadí porque había cogido velocidad— si crees que hice algo contigo con lo que no estaba completamente de acuerdo, con lo que no disfruté como no había disfrutado en mi vida, quiere decir que eres imbécil.

En ese momento parte de la tensión abandonó su cuerpo. Se recostó en la mesa donde descansaba el talego.

—¿Por qué has venido? —preguntó.

—No vayas a Atlantic City. —Dejé el sobre en la mesa antes de tenderle la piedra. Al cogerla nuestros dedos se rozaron. Y como siempre, sentí el impacto de la conexión. Es más, vi en sus ojos que también él la sentía—. No lo mates, Cole. Ni siquiera por mí.

Se frotó la cabeza y soltó una larga espiración. Se había quitado el esmoquin de la boda y llevaba unos tejanos y una camiseta gris que le marcaba los músculos de los brazos y el torso. Sin una pistola ya era mortífero. Con una era imparable.

Aun así, estaba decidida a detenerlo.

—Dime algo, joder —espeté.

Quería zarandearle, abofetearle. Meterle un poco de juicio en la sesera. Pero era un momento tenso —él era pura tensión— y el sentido común me decía que debía utilizar la disuasión. Que enfurecerme con un hombre que podía sucumbir a la rabia tan fácilmente sería como echar gasolina a las llamas.

Al rato su dedo pulgar empezó a frotar la piedra verde con movimientos lentos y uniformes.

—Me la regaló Jahn —dijo sin más preámbulo y sin levantar la vista—. ¿Te lo había contado?

—No.

—Nos dejó a cada uno una carta y un regalo. Algo simbólico, en realidad, algo que tenía un significado para él.

—¿Por qué esta piedra era importante para él? —pregunté.

Cole se volvió hacia mí y me miró directamente a los ojos.

—La compró en su luna de miel —dijo—. En su primera luna de miel —añadió irónico—. Su mujer decía que era demasiado nervioso, que necesitaba

algo para canalizar el estrés.

—Pero la historia no acaba ahí. —Yo había conocido a Howard Jahn. Ese hombre tenía un millón de capas. Y si había dejado una piedra relajante como legado, tenía que existir una razón más profunda.

—Me conocía mejor que nadie —continuó Cole—. Que nadie excepto tú —añadió, y algo dentro de mí que había permanecido frío y marchito comenzó a florecer y a crecer—. Conocía mi carácter. Sabía que mi madre fumaba crack. Sabía la facilidad con que podía estallar. Sabía lo de las bandas y sabía lo que había hecho. También sabía lo que era capaz de hacer. Y Jahn creía que yo podía contenerme, que podía controlar mi genio en lugar de dejar que mi genio me controlara a mí.

—Howard Jahn era un hombre inteligente —dije—. Sabía que había un motivo para que me cayera tan bien.

Vislumbré un atisbo de sonrisa en sus ojos. Apenas duró un instante, pero me lanzó otro cabo de esperanza al que agarrarme.

—Jahn me decía que algún día encontraría a la mujer idónea para mí. Una mujer que me daría paz, que me ayudaría a controlarme. «Algún día la encontrarás», decía. Pero me dio la piedra relajante para que la usara hasta entonces.

Se había dado la vuelta mientras hablaba, y estaba contemplando distraídamente la pared forrada de armas: pistolas y escopetas, armas de electrochoque y a saber qué más. Pero aunque no me estaba tocando ni mirando, sabía que hablaba de mí, que yo era la mujer que Jahn le había prometido. Y eso me llenó de una alegría agridulce.

Pero ese no era el final.

—Sigue —susurré—. Cuéntame el resto.

Cuando se volvió hacia mí, ya no había dureza en su mirada. En sus ojos vi amor. Vi adoración. Y —por desgracia— vi dolor.

—Tú eres esa persona, Kat. Te quiero, no imaginas hasta qué punto. Pero es más que eso. Tú has hecho algo más que colarte en mi vida. Has encontrado tu lugar exacto. Eres la mujer idónea para mí.

Le apreté la mano mientras se me saltaban las lágrimas porque era incapaz de contener tanta emoción.

—Haces que me sienta pleno —prosiguió con la voz ronca por una

emoción que yo no alcanzaba a identificar—. Y lo único que he hecho es joderte la vida.

Algo frío y oscuro me envolvió con fuerza, robándome el aliento.

—No —susurré. Sabía que estaba pensando en esas horribles fotos—. Dios, no, tú no has jodido nada. Y aunque así fuera, matar a Ilya Muratti no cambiará las cosas.

—Sí —espetó.

—Tonterías. Lo único que cambiará es que volverán a abrir tu expediente.

—Joder, Kat, no tienes ni idea.

—Porque hay algo que no me cuentas. —Tuve que hacer un esfuerzo para no gritar, de tan frustrada que me sentía—. ¿Qué sabes que yo no sé? ¿Cómo consiguió Muratti esas fotos?

—Porque la jodí. Porque mi brillante plan de mantenerte a ti y a tu padre a salvo se fue a pique.

Negué con la cabeza sin comprender.

—Muratti no dejó piedra por remover —dijo Cole. Se frotó la sien, como si estuviera luchando con una violenta jaqueca—. Acerté en que no se vengaría de Stark, incluso en que cuando indagara sobre mí, eso desviaría su atención de tu padre. Pero Muratti fue hasta el fondo, y al indagar sobre mí se enteró de tu existencia, y por el camino el hijo de puta cayó en la cuenta de que eras hija de Maury Rhodes.

Sus palabras me hicieron recular como un puñetazo en el pecho.

—No —balbuceé—. ¿Cómo?

—Sobre el papel parece que hayas surgido de la nada, Kat. Algo así es difícil de rastrear, desde luego, pero también resulta sospechoso. Y Muratti es un hombre curioso y con recursos. Si necesita encontrar algo, lo encuentra.

Meneé la cabeza y me apoyé en la mesa para no tambalearme.

—Por lo visto te siguió. Nos siguió. ¿Y sabes que dio una maldita fiesta cuando su recadero le informó de la clase de fotos que había conseguido hacernos? La cruz de San Andrés. La barra separadora. La fusta. La venda en los ojos. ¿Qué te parece, Kat? —preguntó en un tono cargado de rabia y de frustración—. ¿Crees que a tu papá le gustaría ver una foto de su pequeña con un tapón en el culo?

Me encogí y desvié la mirada.

—Mierda, mierda, lo siento. —La dureza en su voz fue reemplazada por una ternura tal que los ojos se me llenaron de lágrimas—. Pero tienes que entenderlo. —Respiró hondo—. Sé que es culpa mía. Tendría que haberlo visto venir. Tendría que haberte protegido mejor.

—No —susurré—, no es culpa tuya.

—Sí lo es. —Me miró a los ojos—. La he cagado. Pero es un error que pienso enmendar ahora mismo.

—Cole, no puedes.

—Ya lo creo que sí. Muratti sacará esas fotos a la luz, Kat. Si no le digo dónde está tu padre, las difundirá por todas partes.

—Vaya. —Fue la única palabra que acerté a pronunciar. Tragué saliva. Inspiré hondo—. No vamos a decirle dónde está mi padre. No pienso entregárselo a Muratti en bandeja.

—¿Sabes? A veces Muratti puede ser una persona razonable. —Un horrible sarcasmo le teñía la voz—. Dijo que si yo mismo difundía esas fotos, si yo mismo permitía que el mundo entero las viera, dejaría tranquilo a tu padre. Nada de represalias.

Le miré a los ojos y me abracé el torso. Esas fotos saliendo a la luz. Mi padre las vería. Mis amigos las verían. Mis momentos íntimos —nuestros momentos íntimos— arrojados a los sabuesos de la prensa amarilla.

Y aún así no podía asegurarme de que luego se largarían. No lo harían.

Yo no era un personaje público como Nikki Fairchild, pero viviría el mismo infierno. Por lo menos su retrato había sido arte. Sacadas de contexto, esas fotos eran repugnantes. Eran la clase de fotos que correrían por todos los medios de comunicación sensacionalistas. Que serían colgadas en YouTube.

Era la clase de mierda que vivía eternamente, y con un hombre como Cole August de protagonista, incluso más.

Esas fotos me perseguirían el resto de mi vida.

Y Cole lo había visto desde el principio. Había visto que la única forma de proteger mi intimidad era ensuciándose de nuevo las manos.

—Cole —dije abrazándome a su cuello mientras el corazón se me hacía añicos. Al principio no respondió. Luego descansó su frente en la mía y me rodeó la cintura.

—No quería que te enteraras. Quería mantenerte al margen de esto, a

salvo, pero por lo visto también he conseguido cagarla en eso.

—Ya basta, Cole —dije con suavidad.

—No se me ocurrió que acabaría yendo a casa de Jahn —continuó, y dudé de que me hubiera oído—. Dejé el sobre allí, junto con la piedra, para Tyler y Evan, para que entendieran lo sucedido en el caso de que no regresara. Por si las moscas, vaya.

Me aparté para mirarlo a los ojos.

—Aunque en realidad no esperaba tener problemas. Planeaba ir allí, matar al hijo de puta y a los matones que se interpusieran en mi camino, volver aquí, destruir la carpeta y regresar a casa contigo.

—Por Dios, Cole. —Apenas podía hablar a través del revoltijo de pensamientos que me invadía la mente—. ¿Cómo coño podías estar seguro de que eso acabaría con el problema? Puede que Muratti haya dejado una copia a alguien justamente para impedir que le mates.

—No es su estilo —repuso Cole—, así que supuse que era un riesgo calculado. Si yo tenía razón, tú estarías a salvo y nunca te habrías enterado de lo sucedido.

—¿Y si no la tenías?

—Si no la tenía, por lo menos el cabrón que te hizo eso estaría pudriéndose en el depósito de cadáveres.

Me mesé el pelo.

—¿Me lo habrías ocultado? ¿Me habrías mentido?

—No tienes ni idea de lo lejos que iría para protegerte. —Me acarició la mejilla mientras me observaba detenidamente, como si estuviera estudiando cada línea, cada poro, cada átomo—. Quiero la sangre de Muratti, Kat, y la tendré.

Meneé la cabeza, abrumada por la miríada de emociones que me embargaban.

—Crees que no puedes controlarte, pero ¿no te ves? Ahora mismo eres puro control. Prácticamente estás temblando de lo fuerte que es tu empeño. —Le estreché la mano—. Llévalo aún más lejos —dije—. Lleva aún más lejos ese control dando marcha atrás.

—¿Marcha atrás?

—No puedes hacerlo, ¿es que no lo entiendes? Si matas a Muratti,

volverás al lugar donde estabas antes. Y tú no eres esa persona.

—Seré quien tenga que ser con tal de mantenerte a salvo. —Notaba la tensión que crecía dentro de él, una tensión primaria, animal, como si estuviera preparándose para una pelea—. Te lo prometo. Puedo hacer lo que haga falta sin ningún problema.

Volví a mesarme el pelo mientras buscaba una respuesta. En realidad me daba igual que matara a Muratti. Por lo que sabía de ese hijo de puta, merecía morir. Pero las consecuencias para Cole me aterraban.

—¿Y si devolvéis el terreno?

—Se lo propuse, pero ya no le interesa. Quiere venganza.

—¿Qué me dices del hijo? —pregunté—. Quizá esté dispuesto a hablar con su padre y...

—No —me interrumpió Cole—. Hablé con Michael, y tienes razón con respecto a él, es mucho más razonable. Pero quien manda aquí es papá y así será hasta que estire la pata.

—Tú no puedes precipitar su muerte.

—Sí que puedo, Kat. Puedo y lo haré. Joder, ¿es que no lo entiendes? Te quiero —dijo, y la pasión que destilaba su voz casi me derriba—. Te quiero y voy a cuidar de ti. Voy a protegerte, y también a tu padre. Voy a asegurarme de que no os pase nada a ninguno de los dos y de que esas condenadas fotos no vean nunca jamás la luz.

Cole se había apartado de la mesa mientras hablaba, y había avanzado hacia mí, obligándome a retroceder hasta la pared del fondo. Me tenía acorralada contra ella, con una hilera de armas de fuego a la izquierda.

Estaba atrapada en sus brazos, respirando con dificultad, tratando de encontrar las palabras mágicas que le hicieran desistir de su plan. Que le hicieran razonar y pensar en otra solución. Porque tenía que haber una salida. Porque yo no podía vivir así. No podía vivir en la pesadilla que estaba desplomándose a mi alrededor.

—Aquí solo importas tú, Kat. Ilya Muratti no es nadie para nosotros. —Me atrajo hacia sí y me besó con vehemencia—. Dilo, Catalina. Di que no es nadie.

—No es nadie —dije, y tiré bruscamente de él. Necesitaba su contacto, sus manos. Lo necesitaba fuerte, duro y salvaje.

Ignoraba cómo íbamos a salir de esa, cómo íbamos a encontrar una solución que no nos destruyera a él o a mí, pero sabía que teníamos que hacerlo. Porque yo tenía que ser la mujer en los brazos de Cole, y él tenía que ser el hombre en mis brazos.

—Dios mío, Kat —dijo quitándome la camiseta—. ¿Tienes idea de lo importante que eres para mí? ¿Tienes idea de lo que sería capaz de hacer para mantenerte a salvo?

—Sí —respondí en tanto que forcejeaba con mis tejanos, conseguía quitármelos y tiraba luego de los suyos. Estábamos enloquecidos, desesperados. En ese momento lo necesitaba todo de él. Necesitaba su protección, sus caricias y su amor.

Dios, cómo encajábamos. No solo en el sexo, sino en la vida. En la manera de ver el mundo. En el día a día.

Sobre todo, en el amor.

—Kat —murmuró. Bajó la cabeza hasta mi pecho. Yo no llevaba sujetador, y su boca se cerró sobre mis pechos para lamerlos, morderlos y provocarlos, para lanzarme descargas de placer que me recorrían desde el pecho hasta el clítoris y hacían que me retorciera bajo sus caricias. Estaba tan excitada que deslicé una mano audaz hasta mi sexo mojado y lo acaricié.

—Sí, sí —gimió él cerrando su mano sobre la mía—. ¿Tienes idea de lo excitante que es esto? ¿De lo dura que me la pone saber que estás caliente, que me deseas?

—No hay un solo momento que no te desee —dije confesándoselo todo, porque él ya lo sabía de todos modos, y no me quedaba nada que ocultarle—. Por favor, Cole —supliqué abrazándome a su cuello y tirando de él hacia el suelo—. Te necesito dentro de mí ahora. Por favor.

No vacilé, y cuando me abrí para él, el hombre al que adoraba se hundió dentro de mí y su cuerpo me embistió como si con la fuerza del movimiento pudiera hacer que el resto del mundo desapareciera.

—Te quiero —susurré al sentir que el placer crecía y me envolvía.

—Te quiero —repetí, porque necesitaba saber que lo había oído.

—Te quiero por todo lo que eres —continué mientras él me penetraba cada vez más hondo, como si con cada arremetida contra mi cuerpo buscara castigarse a sí mismo—. Por todo lo que has hecho. ¿Es que no lo ves, Cole?

Me has desarmado y me has vuelto a armar, y te quiero por eso. Te quiero con toda el alma.

—Me has dado el mundo —dije cuando noté que su cuerpo se tensaba dentro de mí y temblaba en el dulce instante de la explosión.

—Me lo has dado todo —proseguí cuando mi propio orgasmo me atravesó como una descarga eléctrica.

—No me lo arrebatas —murmuré con el cuerpo saciado y la voz débil—. No me lo quites. Una vez me prometiste que nunca me dejarías. Si me dejaras no podría soportarlo. Has de saber que no podría soportarlo.

Me estrechó contra su cuerpo.

—¿Y sin embargo podrías vivir con esas fotos publicadas?

—Si es necesario —contesté, y por primera vez comprendí el alcance de lo que había estado diciéndole—. Sería horrible, pero si a cambio de eso puedo estar contigo, estar contigo de verdad, podría soportar eso y mucho más.

No respondió. Solté un gruñido de frustración.

—Maldita sea, Cole, ¿qué tengo que hacer para demostrártelo? ¿Enviar las putas fotos como felicitaciones de Navidad?

Me abrazó y noté que su cuerpo temblaba un poco, hasta que comprendí que era de risa.

—Probablemente nada tan extremo —dijo—. Aun así, Kat, necesito saber que estás segura.

—Lo estoy. —Le acaricié la cabeza y el rostro. Lo miré fijamente a los ojos, porque necesitaba asegurarme de que entendía cuán en serio iban mis palabras—. Puedo sobrevivir a cualquier cosa si sé que estás a mi lado. Si realmente quieres protegerme, llévame lejos de aquí. Llévame a Europa o a Nueva Zelanda, o a una isla tropical para que esté lejos de internet, de la televisión y de la gente que conozco. Pero no hagas nada por lo que puedan separarte de mí. Porque has de saber que si te detienen o los matones de Muratti van a por ti, eso acabará conmigo. Y la culpa la tendrás tú.

Me observó detenidamente.

—¿Estás segura?

Me aferré a sus manos.

—Podré superar lo de las fotos. Mi padre podrá superar lo de las fotos. En

cuanto a mis amigos, mi trabajo y mi reputación, no será fácil, pero pasará. —Respiré hondo—. Pero si te pierdo, me marchitaré. Será mi final. Créeme, Cole. Créeme y luego decide. ¿Vas a elegir lo que tú crees que necesito o harás caso de lo que yo te digo que necesito?

Lo besé suavemente en los labios.

—Hagas lo que hagas, seguiré queriéndote. Además, Cole —añadí—, ¿te has dado cuenta de lo que ha ocurrido esta noche? Te has corrido sin necesidad de estímulos morbosos, sin dolor. Únicamente conmigo y lo que hay entre nosotros.

Lo observé con detenimiento mientras meditaba mis palabras y caía en la cuenta de que eran ciertas. Esboqué una pequeña sonrisa, lo miré a los ojos y reí al ver su exultante expresión de orgullo.

—Tranquilo —añadí en un tono pícaro—, me gustan las cosas tal y como están. Pero siempre está bien tener opciones.

—Sí. —Suspiró y me atrajo hacia sí—. Joder, Kat, eso es precisamente lo que he estado intentando hacerte entender. Quiero tener la opción de protegerte, tal como le prometí a tu padre. Pero esa es justamente la opción que no me estás dando.

—Desde luego que sí —espeté—. ¿Es que no lo ves? Tú eres el escudo entre yo y el mundo, y esa es una protección mayor de la que podría soñar. ¿Quieres comportarte como un hombre fuerte y maduro? Pues haz lo que te pido. Quédate conmigo. Sácame del país hasta que lo peor haya pasado. Pero ni se te ocurra dejarme.

Me estaba mirando con una expresión extraña.

—¿Qué?

—Te adoro —dijo—. Me cuesta creer que haya podido vivir todo este tiempo sin ti.

—Pues entonces entenderás por qué tengo tan claro que no puedo correr el riesgo de enfrentarme a un futuro sin ti.

Asintió despacio.

—Entonces ¿le decimos a ese cabrón que publique las fotos? —pregunté.

—Si realmente estás segura.

—Nunca he estado tan segura de nada —declaré—. Salvo de ti.

—No quiero estar presente cuando hagas la llamada —dije una vez instalados en el avión privado.

Cole ladeó la cabeza y me miró con recelo.

—No he cambiado de opinión —me apresuré a añadir confiando en que no viera el nudo en mi estómago—, pero eso no quiere decir que la situación me guste o que esté impaciente por que las fotos salgan a la luz.

Me escudriñó el rostro, como si buscara algún indicio de engaño. Imagino que le gustó lo que vio, porque finalmente asintió con la cabeza.

—De acuerdo —dijo—. Llamaré desde la cocina.

—Tráeme una copa de vino a la vuelta. La necesitaré.

Asintió y me besó.

—Eres la mujer más fuerte e increíble que he conocido en mi vida.

—Si fuera tan fuerte no estaría arrastrándote fuera del país.

—Que quieras irte del país solo significa que eres lista. —Me acarició la mejilla con el pulgar—. Existe el dolor bueno y el dolor dañino. Quedarse sería un dolor dañino.

—No —repuse—. Si estás a mi lado, todo es bueno. —Respiré hondo—. ¿Está a punto todo lo demás? ¿Mi padre?

—Evan y Tyler lo sacarán del Drake en cuanto yo haya hecho la llamada. Le han organizado una estancia de varios meses en las Fiyi. No puedo garantizarte que no vea las fotos, pero sí puedo prometerte que no se las pasarán por la cara.

—Bien. Gracias.

Cole afiló la mirada.

—Sabes perfectamente que no hay nada que agradecer.

—Te equivocas —repuse—, pero no hace falta que volvamos a discutir eso. —Me senté en uno de los sillones y deslicé un dedo desenfadado por la superficie de la mesa que tenía delante—. ¿Piensas decirme de una vez adónde me llevas?

—A París —respondió—. Una vez me dijiste que querías vivir allí.

—¿Lo recuerdas?

—Eres como oxígeno para mí, Kat. ¿Cómo podría olvidarme de respirar?

Observé a Cole dirigirse a la parte delantera del avión; el hombre al que amaba me hacía más feliz de lo que había soñado nunca y, pese a lo que

estaba sucediendo a nuestro alrededor, me hacía sentir más segura de lo que jamás habría creído posible.

Pensé en la llamada que estaba haciendo, en las fotos que pronto saldrían a la luz.

Aguardé a que las náuseas se apoderaran de mí, pero no fue así. Solo experimenté un ligero malestar, como esa sensación desagradable cuando tienes que darle una mala noticia a un amigo.

Lo superaría. Con Cole a mi lado lo superaría.

Al rato la puerta plegable se abrió y Cole entró de nuevo en la cabina de pasajeros. Me levanté de inmediato, alarmada por la expresión de su cara. No era de rabia. Tampoco de indignación, de tristeza, de instinto protector o de cualquiera de las otras emociones que había previsto.

No. Parecía perplejo.

—¿Cole? —Lo agarré del brazo y lo llevé hasta el sillón. Luego me senté a su lado—. ¿Qué ocurre?

—Está muerto —dijo—. Acabo de hablar con Michael. Ilya Muratti ha muerto.

—¿Muerto? ¿Cómo?

Me clavó una mirada indescifrable.

—Alguien entró anoche en su casa, fue hasta su dormitorio, le pegó un tiro en la cabeza y consiguió salir de la casa sin ser detectado.

Me recliné en el sillón presa de una mezcla de sorpresa y de alivio. Pero esas emociones fueron inmediatamente sustituidas por el miedo.

—¿Tú no...?

—No —replicó Cole tan rápido y contundente que no dudé de sus palabras—. Y aunque no puedo asegurarlo, creo que fue Michael.

—¿Michael? ¿Crees que Michael mató a su propio padre?

—Sí.

—Pero ¿por qué?

—El viejo era un lastre. Toda esta mierda contra ti y el asunto de la vendetta contra tu padre. Ilya era un hombre vengativo y le gustaba tener su imperio en un puño. Michael es un hombre práctico.

Lo medité unos instantes y dejé que mi cerebro asimilara las repercusiones de lo que Cole estaba diciendo.

—Las fotos —dije arrastrando las palabras—. Si Michael no está interesado en vengarse, no hay razón para que publique las fotos.

—No —convino Cole—, no la hay.

—¿Crees que estará dispuesto a olvidar el asunto?

—Eso me ha dicho. —El rostro de Cole se iluminó con una sonrisa lenta—. Todo ha terminado, nena. Incluso se ha comprometido a enviarme por correo la tarjeta de memoria. Sé que no es perfecto, porque podría tenerlas guardadas en la nube, pero creo que estás a salvo.

Me hundí en él, presa de un profundo alivio. Y cuando sus brazos me rodearon, me dejé ir y lloré.

—Ya no tenemos que irnos —dijo Cole cuando finalmente dejé de llorar y empecé a respirar con normalidad—. ¿Quieres quedarte en Chicago?

—¿Tú?

—No. Quiero enseñarte París. Quiero enseñarte el mundo entero.

—Genial. —Me incorporé y eché un vistazo a la cabina con una sonrisa maliciosa—. Quiero ver mundo, pero primero quiero disfrutar del vuelo. No se me ocurrió la primera vez que volamos, pero este lugar tiene posibilidades. No está tan bien equipado como nuestro cuarto de juegos —bromeé—, pero creo que servirá.

Un brillo pícaro apareció en sus ojos.

—Estaba pensando que cuando te vengas a vivir conmigo, podríamos reformar tu casa de arriba abajo. Olvídate del cuarto de juegos. Tendremos una casa entera de juegos.

—¿Cuando me venga a vivir contigo? —pregunté mientras la idea deliciosamente decadente de una casa de juegos desaparecía de mi mente como una piedra en el agua—. ¿Es que voy a vivir contigo?

—Supongo que es un primer paso. —Cole me cogió la mano—. Luego vendrán el anillo y los hijos —prosiguió, colocando la palma sobre mi barriga.

—Oh —dije, sintiéndome mareada y algo abrumada. Su esposa. Su compañera. Su todo—. ¿Es una proposición? —pregunté.

—No —contestó.

Desvié la mirada para que no pudiera ver la decepción en mi cara.

Me dije que era una boba. Mi padre y yo estábamos a salvo. Cole y yo

estábamos juntos, enamorados y felices. El resto llegaría con el tiempo. Pero Cole había dicho la palabra, y de pronto la tenía en la cabeza y la quería, porque era otra manera de decirle al mundo que yo era suya y él era mío.

—¿Catalina? —dijo en un tono increíblemente tierno. Me volví hacia él—. ¿Recuerdas que en una ocasión me preguntaste cómo me había ido por Italia?

—Claro. —Fruncí el entrecejo, extrañada por el brusco cambio de conversación.

—Aunque viví principalmente en Florencia, pasé un mes en Roma y casi dos semanas en Venecia. Sé que quieres ver París, pero ¿te importaría que fuéramos luego a Italia? Me gustaría enseñártela.

—Me encantaría conocerla. Quiero compartir todo lo que estés dispuesto a darme.

—Bien. —Se recostó en el sofá con la espalda sobre el reposabrazos. Me acurruqué contra él y suspiré mientras sus brazos me envolvían, atrapándome de una forma que me hacía sentir segura y amada.

—¿Has oído hablar del Puente de los Suspiros? —preguntó.

—Me suena —dije—, pero no sé de qué.

—Es un puente cubierto que hay en Venecia. Es precioso, y muy antiguo. Dice la leyenda que si los amantes se besan bajo el puente al atardecer, se amarán y serán felices toda la vida.

—Me gusta esa leyenda.

—A mí también. Entonces quizá te interese saber que tengo la intención de llevarte allí al atardecer. Y cuando pasemos por debajo del puente te besaré, tal como dice la leyenda. Y luego, Catalina Rhodes, te pediré que te cases conmigo.

—Oh. —El corazón se me paró hasta dejarme sin aire—. En ese caso deberías saber que tengo la intención de aceptar. —Sonreí segura y satisfecha en el círculo de sus brazos—. Pero ahora mismo creo que deberíamos practicar ese beso. ¿Tú no?

—Sí.

Y el hombre que un día iba a convertirse en mi marido —el hombre que me amaba y me desafiaba, que me provocaba y me adoraba, el hombre que me había salvado de tantas maneras maravillosas—, me estrechó contra su

cuerpo y me besó apasionadamente.

Me aferré a él y dejé que todos los miedos y las preocupaciones me abandonaran, dejé que el pasado se diluyera, hasta que en mi mente ya solo quedó ese momento y mis fantasías sobre el futuro.

Un futuro que Cole y yo afrontaríamos juntos.

Agradecimientos

Para las maravillosas fans de las trilogías «Stark» y «Deseo» que he conocido en persona y a través de las redes sociales. ¡Sois las mejores!



JULIE KENNER es una célebre autora de literatura romántica. Nacida en California y abogada de profesión, sus novelas de romance erótico *Desátame*, *Poséeme* y *Ámame*, y la *nouvelle Tómame*, publicadas en Grijalbo en 2013 y 2014, han obtenido un éxito destacado, posicionándose durante semanas en las listas de best sellers del *New York Times* y del *USA Today*.

Al rojo vivo es la esperada tercera novela de su nueva trilogía, «Deseo», después de *Deseado* (mayo, 2014) y *Seducido* (julio, 2014).